Más ácida que los
cítricos es la primera
parte de la trilogía de
Eden

El que mata a las personas
es la segunda parte de la
trilogía de Eden

Cerca como una perla perfecta
es la tercera parte de la
trilogía de Eden

© 2020 Erik Willems

D/2026/Erik Willems, autor y editor

Diseño de la portada: Peter

Vanbekbergen Primera edición:

diciembre de 2020

Segunda edición: marzo de

2026 ISBN: 9789082144826

Contacto, información y ePub en línea: www.edentrilogy.com

El que mata a las personas

Erik Willems

Dedicado a mi mujer y a mis hijos

Agradecimiento a Johanna

ÍNDICE

1. LAS LÁGRIMAS SON LÁGRIMAS, LAS PIEDRAS SON PIEDRAS .8
2. LA CASA DE ABEL....23
3. SUFICIENTE....24
4. EN CAMINO....32
5. LA CAÍDA, NO LA CAÍDA....40
6. SIBA....50
7. SHIRA....79
8. DESPERTAR A CIEGAS....88
9. LUNA LLENA....108
10. LA CARGA....114
11. LA MAREA ALTA....117
12. EL MANZANO....123
13. EL OTOÑO....127
14. ELON....129
15. UNA LUNA LLENA, DOS NACIMIENTOS....138
16. EL ANCIANO Y EL ÁNGEL (PARTE 1)....143
17. EL PEQUEÑO ABEL....159
18. LA CASA DEL PEQUEÑO ABEL....178
19. EL ANCIANO Y EL ÁNGEL (PARTE 2)....179
20. GRAÜLV....194
21. TRISTEZA....195
22. PUESTA DE SOL....204
23. LA CASA DE SHIRA....217
24. AMANECER....218
25. DESATADA....224
26. LA VÍCTIMA....241

27. SETH....252
28. LAS PIEDRAS SON PIEDRAS, COMO LOS HERMANOS SON HERMANOS....260
29. LA DESPEDIDA DE HENOCH....287
30. EL CANTO DE LA MONTAÑA....298
31. LA CASA DE HENOCH....312
32. EL REENCUENTRO....321
33. UN NUEVO COMIENZO....333
34. LA CASA DE ADÁN Y EVA....345
35. LA CASA DE CAÍN....351
36. LA CIUDAD DE LA HUMANIDAD....361

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

La confianza es, en definitiva, lo único que nos queda. Debe ofrecernos la esperanza de que aún podamos triunfar en el amor, mientras que nuestros fracasos en el amor no deben frenar nuestra confianza. Tras cada fracaso en el amor, la esperanza nos muestra desde lejos el amor que nos espera con amor.

La confianza en lo imposible nos hace lograrlo paso a paso. Así pues, solo hay un camino posible: dar prioridad al amor por encima de todo y en todo, siempre y en todas partes. El amor es la única vía y el único objetivo correctos. Las trampas forman parte del camino: caímos, caemos y caeremos. Solo profundizar en el conocimiento del amor, con sus trampas incluidas, nos ayuda a vadear con seguridad el pantano y así llegar a la otra orilla.

El primer experto por experiencia, con la misión más difícil de todas, se llamaba Caín, o también «el que mata a los hombres». Precisamente por eso, el primer capítulo del Génesis, al margen de cualquier ciencia, es tan impresionantemente sabio: el primer ser humano nacido fuera del Edén es el asesino de su hermano. Es NUESTRA historia a todos, en innumerables variantes. Mi querido amigo y compañero de viaje Oscar Wilde me lo contó durante nuestros largos viajes imaginarios.

«Y todos los hombres matan lo que
aman, que todos lo oigan:
Algunos lo hacen con una
mirada amarga, otros con una
palabra halagadora, el
cobarde lo hace con un beso,
¡el valiente con una espada!».

Oscar Wilde, de «La balada de la cárcel de Reading», 1897

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Esta segunda parte de la trilogía se diferencia de las otras dos por su aire a «El Señor de los Anillos» de Tolkien. Los lobos ocupan un lugar destacado, hablan y se libra la batalla entre el bien y el mal por la pluma blanca y la negra. Motivo: no había otra forma de concederle descendencia a Caín y, para ello, necesitaba una mujer de la que no se hacía mención alguna en el Génesis. La explicación totalmente sorprendente de por qué no se mencionaba a una mujer para Caín no la comprendí hasta que estaba escribiendo a mitad de la tercera y última parte de la trilogía. Continuará…

1. LAS LÁGRIMAS SON LÁGRIMAS, LAS PIEDRAS SON PIEDRAS

«Y con lágrimas de sangre limpió la mano, la
mano que empuñaba el acero:
Porque solo la sangre puede borrar
la sangre, Y solo las lágrimas
pueden sanar».

Oscar Wilde, de «La balada de la cárcel de Reading», 1897

Lágrimas[1] .

Bañaban la piel pálida de su rostro y tropezaban junto a él con troncos banales, cantos rodados o zanjas poco profundas. En los tiempos del Edén, las lágrimas no existían. También Caín las había ignorado durante muchos años; su ego nunca las había conocido. Le resultaban extrañas, como si nunca hubieran formado parte de él. Como en un embalse de sal y agua, tras una presa aparentemente inexpugnable, se habían mantenido pacientemente y se habían multiplicado. Como cristales de arrepentimiento, dolor o soledad, habían intentado en vano separarse de la sangre de sus ojos. Se habían mantenido ocultos allí durante años y parecían haber perdido así su brillo.

[1] *Lo que sucedió antes: el perdón de sus padres por el asesinato de Abel libera a Caín.*

Hasta ahora. Ahora brillaban con los colores del diamante, en un resplandor de piedra líquida extraída de la capa más profunda. Había llegado su momento. Solo experimentaban el triunfo como el triunfo de una derrota aceptada. Eso estaba oculto en su esencia y en su destino. Para ello habían sido creados en su día como principales coherederos del destino de todos. Si dentro del Edén no tenían razón de ser, fuera del Edén se volvían aún más importantes como los silenciosos mensajeros de un corazón humilde. Quien durante años negara su existencia, aprendería a conocerlos en una avalancha.

Como ahora. Las lágrimas incontenibles de Caín le hacían tropezar con tocones banales, cantos rodados o zanjas poco profundas. Llorando, se levantaba una y otra vez. Las caídas le parecían siempre merecidas, el levantarse con dificultad, más que justificado.

Los ojos de perdón de su madre habían ahuyentado a los demonios, roto el dique y mostrado en su corazón, misericordiosamente, solo un rastro de caos. En el cristal y en el corazón, así debían cambiar ahora, poco a poco, su vaso y su espejo.

Se precipitó cuesta abajo hasta llegar al río. Llovía sin cesar y las gotas se unían formando largos hilos. Caín ya hacía tiempo que no sabía qué era lo que lo mojaba: si la lluvia, el río o las lágrimas. Si su cueva, en lo alto del desfiladero, no le había parecido una buena idea justo antes de encontrarse con sus

, ahora se sentía atraído hacia ella. Remontando la corriente, vadeó el río tambaleándose y agotado. El agua le impedía caer, mientras que una noche sin luna, con un telón de lluvia, le hacía imposible seguir trepando hacia la cueva. A tientas y tanteando, encontró por casualidad la gran roca en la que Abel le había esperado antes de llegar él mismo a la cueva con la balsa. Temblando de frío, Caín acogió el calor reconfortante.
Estaba rodeado de gotas del cielo y del río. Su repiqueteo se disolvía en la cámara de su memoria. «¡Qué suerte, Abel, que no te hayas ahogado! No fui capaz de ayudarte. No sé qué me pasó. Debía de estar agotado. Me desmayé de cansancio. Soñé que me quedaba dormido junto a Loep, pero me desperté al timón. Estaba preocupado por ti. ¡No sabía que nadaras tan bien!». Caín yacía ahora exhausto sobre la roca en la que Abel se sentaba cuando le dirigió estas palabras tras aquella noche maravillosa. Anhelante, miró río arriba a través del desfiladero, como si esperara verse a sí mismo en una balsa en cualquier momento. ¿Qué respondió Abel entonces? Al igual que Abel, que le sonrió sin decir una sola palabra, Caín sonrió ahora entre lágrimas, como solo la risa puede llenar de verdad una lágrima. Al mismo tiempo, se dio cuenta de cómo su

relato sobre su cansancio le había de haber parecido a Abel poco relevante, incluso superfluo. Sin embargo, Abel no parecía desilusionado. Abel rara vez reaccionaba con desilusión, dejando siempre espacio. ¿Cuánto más le quedaba aún por aprender de su hermano? ¿Quién eres tú, Abel? ¿Quién eres tú, Caín? La propia piedra conocía la respuesta. En los temblores de Caín reconoció perfectamente a su hermano, quien en su día había sido su huésped por una noche de la misma manera. Por mucho que la piedra sintiera que su noble linaje era el mismo, la diferencia entre ellos le quedó clara de inmediato. La piedra guardó silencio y llevó la historia de ambos. Ungió y vendó las heridas de Caín con vibraciones imperceptibles y, durante una noche, soportó en silencio el peso de la marca en su mejilla. En ese mismo instante, Caín no podía estar más cerca de su hermano, del mismo modo que incluso las piedras más distantes son hermanas entre sí. Vibrar y ser vibradas es su lenguaje y su oído. Llevar es su ser. No hacen nada por sí mismas ni parecen valer nada y, sin embargo, solo ellas se convierten en diamante. Son el esqueleto del mundo sobre el que la arena, la arcilla, la tierra y el agua buscan apoyo agradecidas. Se comportan como gotas en espera, hasta que pueden desmoronarse y esfumarse como polvo, o hasta que son escupidas por un volcán para convertirse así en la montaña.

La piedra conoce la canción de la montaña, aunque la montaña misma

la canción de la montaña, y aunque el mar no conozca su propia canción. Pero tanto la gota como la piedra conocen la canción del mar y de la montaña. Cada una la lleva a su manera, pero ambas comparten el mismo anhelo. Sin condiciones.

El temblor incesante de Caín hizo vibrar la piedra, como las piedras de la tumba de Abel siguen vibrando y contando su historia de piedra en piedra, en cualquier lugar de la tierra. Lo que sabe una piedra, lo saben todas.

Caín, agotado, apoyó la mejilla con la marca sobre la piedra y cerró los ojos, tal y como Abel había hecho poco antes. Con un tono grave, la piedra resistió el ardor de la marca, pero al mismo tiempo condujo la humilde oración de Abel hasta las puertas del Edén. El tono llegó a Caín palabra por palabra, hasta lo más profundo de su oído y su subconsciente, de modo que le pareció como si Caín estuviera pronunciando las propias palabras de Abel. Sintió y aceptó su ternura como la caricia de la mano de su madre sobre su mejilla, su sumisión y obediencia como el rastrillo en su mano que se ponía desinteresadamente al servicio de la tierra y sus frutos. Si en una visión pudiera caer un rayo, este habría golpeado con toda su fuerza en el momento en que se oyó a sí mismo hablar con la voz de Abel: «No soy yo

digno de entrar en el Edén, Señor. Mi hermano es más digno». ¡Mi hermano es más digno! El espíritu receptivo de Caín protestó violentamente contra el mensaje de la piedra. Se sentía, comparado con su hermano, para nada digno de entrar en el Edén.
Precisamente por eso, y solo por eso, pudo saborear por un segundo la dulzura del silencio del espíritu de Abel que siguió a ello, lo que hizo que su protesta se acallara de inmediato. Un silencio sagrado congeló su espíritu, como las piedras sobre la tumba de Abel dejaron de repente de vibrar y todo el cosmos se llenó del amor insondable del propio Yahvé. Entonces, como si fuera una orden, la piedra de la grieta liberó por completo la visión de Caín, haciendo que toda la imagen se desvaneciera. Sin embargo, el subconsciente de Caín reaccionó a la velocidad del rayo. Su cerebro grabó febrilmente las palabras de la oración de Abel con profundos surcos en su arcilla gris, tras lo cual finalmente experimentó la paz. Gotas pesadas bailaban alrededor de su espíritu exhausto y entonaban una nana, incluso antes del nuevo nacimiento. Las piedras son piedras, como los hermanos son hermanos. Dormía.
Por fin.

Un tímido sol matutino se colaba tímidamente entre las escarpadas paredes del desfiladero y cubría el cuerpo helado de Caín con un mullido manto. Las nubes se tiñeron de blanco como la nieve

y se dispersaban apresuradamente para darle más calor a Caín. Incluso la piedra le proporcionaba un calor que hacía mucho tiempo que no sentía. El agua que chapoteaba con fuerza del río crecido tras la intensa lluvia de esa noche instaba a Caín a despertar. Vacilante, parpadeó para volver a cerrarlos rápidamente. Quería revivir el sueño y descendió, plenamente consciente, a los profundos surcos que las palabras de Abel habían trazado en la arcilla de su cerebro. «¡Mi hermano lo vale más!» Rápidamente se puso en pie, completamente despierto, y cayó de inmediato de rodillas. Sus ojos se llenaron de lágrimas una vez más; su pequeñez y su insignificancia se dibujaban ante él en el río, a la luz del sol naciente. Las lágrimas enfriaron la espada de los querubines, lo que le permitió vislumbrar el Jardín del Edén. Con la cabeza vuelta hacia el Djebel Akhbar, suplicó a su hermano: «¡Perdóname, hermano! No soy digno de que me llames digno». Se derrumbó. «Siento tanto lo que te hice. ¡Perdóname! No soy digno de tu amor.»

Con dolor combatiría su dolor; tomó su cuchillo y se hizo un profundo corte en una de las venas del brazo. Su corazón palpitante expulsaba la sangre. Se la untó con ambas manos en los ojos ardientes. «Te he ofendido, Señor». Sus ojos lloraban sangre. «Es

bien que Tú me rechaces y que los hombres y los animales me aborrezcan. He ofendido tanto a mis padres. Soportaré mi destino. Esta carga será siempre más ligera que la que ellos deben soportar por mi culpa». Murió mientras pronunciaba estas palabras. «¡Perdóname, hermano!». Una vez más cayó sobre la piedra, que le ofrecía apoyo. «¡Perdóname! ¡Perdóname!». Eran las últimas palabras de su hermano, que repetía cada vez más alto, hasta que las gritó. Las paredes del desfiladero amplificaron su grito desgarrador hasta lo alto de las nubes, mientras el río llevaba las palabras y su sangre río abajo, hacia lo profundo del valle. Su dolor era desenfrenado, su grito desgarrador. Repitió las palabras sin cesar, encogido y luego tumbado de largo sobre la roca.

Una mujer, una madre, se había dirigido hacia el río al amanecer. El intenso aguacero de aquella noche había arrastrado la sangre de Abel del campo de sangre. Se filtraba en pequeños surcos hacia abajo y seguía el camino hacia el río que ella recorría cada día.
Como siempre, llevaba la calabaza vacía para regar el árbol de la vida en el pequeño jardín del Edén. Se trataba de algo más que agua. Era un ritual, un sacrificio, una acción de gracias, más que nunca. Al fin y al cabo, el día anterior había sido dramático en todos los sentidos. Sus

dos hijos habían muerto y las oscuras nubes de tormenta acentuaban su dolor. Su corazón latía lento y con pesadez. «A'shadu», tardó un momento. «An la», tardó más. «Il la llah», una eternidad.

Aquella noche no se había vuelto más fácil cuando sintió calambres en el bajo vientre. El dolor fue empeorando poco a poco. No se lo contó a Adán, que ya era bastante infeliz. Eva siguió con dolor y dificultad el riachuelo con la sangre de Abel y llegó al lugar donde se mezclaba con el río crecido. El rojo escarlata se transformaba suavemente en tonos gris verdosos. Cuando se agachó para llenar la calabaza, sintió de repente un espasmo intenso en el bajo vientre que reconoció de hacía mucho tiempo. Si el nacimiento de Abel había sido fácil, el parto de Caín había sido casi inhumano. Y, sobre todo, no había sido divino. La Mujer había sido creada en el Edén sin dolor a partir de la costilla del Hombre, quien tampoco había sentido dolor alguno. El doloroso parto de su primer hijo había sido una completa sorpresa para Adán y para ella. Adán no recordaba en absoluto que un parto pudiera doler. Al ver tanto dolor durante las primeras contracciones, entró en pánico, se alejó lloriqueando y la abandonó a su suerte.

Eva misma percibió instintivamente el dolor como algo secundario. ¿Acaso no había sido inmensamente feliz durante su embarazo con cada latido o cada patada de la vida en su vientre? Por mucho que le doliera la pelvis y por mucho que su vagina amenazara con desgarrarse, nada de eso se comparaba con el inminente encuentro con el primer ser humano fuera del Edén. El primer ser humano lloró a gritos, lo que lo distinguía claramente del mundo animal. Esto desconcertó a Eva de inmediato, como si le hubiera hecho daño a su bebé, pero pronto comprendió que el dolor era indispensable para cada respiración y toda la vida fuera del Edén. La vida y el dolor seguirían yendo de la mano a lo largo del resto de su vida. En su enorme y espontáneo amor por este pequeño ser, reconoció al instante el amor que ella misma había sentido en el Edén hacia Yahvé y todas las criaturas. Era el amor mismo que había experimentado con tanta intensidad dentro del Edén, el que ahora nacía fuera del Edén como un regalo de Yahvé. Un amor de una sencillez, naturalidad y espontaneidad que había perdido rápidamente durante aquella primera noche dramática, cuando Adán abusó de ella. Pero aún más dolorosa fue la constatación de que el primogénito de la humanidad fuera del Edén resultó ser un asesino, y además del hermano al que tanto amaba.

El espasmo en el vientre de Eva se intensificó de repente con tal fuerza que estuvo a punto de caer al río. Con gran esfuerzo

, reprimió un grito, pero al mismo tiempo se sobresaltó al oír un grito espeluznante que provenía de más arriba en el río: «¡Perdóname!». Inmediatamente reconoció la voz de Caín.

¡Su hijo ansiaba el perdón! ¡Caín estaba vivo! ¡Ya no sentía la muerte en él! Agotada, se dejó caer a la orilla del río y escuchó con atención el dolor de su renacimiento. Cogió una piedra grande y redonda de la orilla y la apretó con fuerza contra su corazón, como si fuera su Caín recién nacido. Tarareaba suavemente, como si tuviera al pequeño Caín en sus brazos y lo estuviera arrullando. Las piedras de la orilla hacían vibrar su suave caricia río arriba, hacia la mejilla de su hijo renacido.

Cuando los gritos de Caín se fueron apagando poco a poco, el dolor de su vientre también se fue disipando. Le dio las gracias a Yahvé una vez más, depositó con delicadeza la piedra en las aguas del río, en el lugar donde el arroyo con la sangre de Abel se desvanecía en el río, y les deseó a ambos un buen viaje. A continuación, llenó la calabaza de agua y reanudó el camino hacia arriba. Ella llevaría lo que Yahvé llevaba por ella. ¡Cómo lo dulce podía volverse amargo! ¿Acaso Belial tenía razón después de todo: solo conoces lo dulce si has conocido lo amargo? Se rió de la astucia de Belial, pero al mismo tiempo se preocupaba mucho por su descendencia, que sin duda caería en esta trampa de la razón. Esperaba y rezaba para que su descendencia, al

igual que ella, pudiera recibir la prueba de que

Yahvé permanecía siempre cerca, incluso del maldito «Aquel que mata a los hombres».
En el Edén no existían el cristal ni el espejo. Sus ojos eran entonces ojos directamente conectados con el corazón. Sus lentes no se veían empañadas por una mente obstinada. No reinaba ninguna niebla que ocultara la presencia de Yahvé. No existía la palabra «yo». No había una densa neblina sobre el torrente de amor que brotaba generosamente de la fuente eterna de amor llamada Yahvé. Una vez fuera del Edén, esa neblina sobre la muerte de Abel le jugó una mala pasada a Eva. Ya no era una telaraña delicada, sino que parecía una sucia cortina de humo que, con su dulzura contagiosa, la engañaba para que cuestionara a Yahvé y pensara en su lugar. ¿Encontraría así una respuesta a la apremiante pregunta de por qué Yahvé le dio una nueva vida a su hijo Caín, mientras que Abel no tendría esa misma oportunidad? Intuyó vagamente que era la manzana mordida la que le traía ese recuerdo, pero aun así siguió devanándose los sesos sobre cómo Yahvé podía conciliar eso.
Una fuente de amor nunca puede agotarse de forma selectiva, sabía ella, mientras intentaba ver a través de los vapores amarillos de azufre. De repente, la salvó un reflejo forjado a lo largo de años: «Es Belial quien me hace pensar esto», seguido del recuerdo de la última visión de Yahvé: «¡En libertad os salvaré!». Al instante,

humildemente la cabeza y pidió perdón a Yahvé, arrepentida, por su impaciencia y su osadía. ¡Qué rápido podía lo dulce volverse amargo! ¡Qué difícil era mantener el alma en las alturas que ella era capaz de alcanzar! ¡Qué difícil era levantar el alma tras la caída! ¿Cómo podía el gesto más amoroso de Yahvé despertar en el ser humano, estúpido y altivo, la ilusión de que, después de todo, no era el más amoroso, como si el ser humano supiera más de amor que Yahvé, que es el Amor? Ya no vivía en el Edén, eso quedó demostrado una vez más. Su cuerpo se arrastraba cada día por la empinada cuesta con una calabaza de agua. Sus manos estaban siempre ocupadas buscando y preparando comida.
A menudo le costaba mucho que su sonrisa brillara. Su mente se abría camino con dificultad, a ciegas, a través de un bosque oscuro. Pero su corazón, su gran corazón, lo había dejado sano y salvo con Yahvé en el Edén. Ahora que a su hijo más muerto, Caín, se le había concedido una nueva vida, estaba segura de una cosa: de ahora en adelante, Yahvé podía pedirle cualquier cosa. Ella le serviría.
Incondicionalmente.

El remordimiento de Caín gritaba hasta que sus cuerdas vocales fallaron, pero su espíritu seguía suplicando perdón, hasta que también ese arrepentimiento adormeció el dolor y trajo paz.

Sus lágrimas fueron encontrando poco a poco su antiguo cauce. Sentado sobre la piedra, mojó el dedo en la sangre de su brazo y dibujó con ella una manzana magullada en su frente. Prometió a Yahvé llevar el signo con dignidad; no quería ocultarlo en absoluto bajo su barba en crecimiento. A continuación, sumergió su brazo sangrante en el río, dejó que el agua se llevara las gotas de sangre y limpió y purificó su cuerpo con el agua de la montaña y del cielo.

Más abajo, en el valle, el río unió la sangre de ambos hermanos y los llevó juntos hacia el mar. El giro se había producido. Caín sabía lo que debía hacer. Iría a la tumba de su hermano y retomaría el camino hacia el Edén. Conocía el camino hasta allí, pero las palabras para entrar eran nuevas para él. Tan intensa como había sido su rebeldía, tan fuerte era ahora su disposición a aprender. Cada mosquito que le picaba le dolía tanto como la mordedura del oso. «El que mata a los hombres» llevaría esta carga con dignidad.

Desde detrás de la cima del Djebel Akhbar, un ángel observaba atentamente.
Los ángeles de Yahvé no lloran ni ríen. Con seriedad escrutadora, despojan su tristeza de toda lágrima, su

alegría de cada risa. Tiemblan como nadie al saber de lo que son capaces los ángeles caídos. Disfrutan ante la visión de Yahvé y están sumamente preocupados por el ser humano que les ha sido asignado.

Djibril, con la mirada fija e inmóvil ante sí, estaba aún más profundamente y con gran seriedad lleno de la mayor alegría: el hombre caído, Caín, no estaba perdido para Yahvé.

2. LA CASA DE ABEL

«El hombre es fundamentalmente deseo de ser y el deseo es carencia».

Jean-Paul Sartre, 1943

¿Señor?

Todo está en el ser, Abel.

No cuesta ningún esfuerzo.

Yo soy el que soy.

Tú estás aquí. Yo soy.

3. SUFICIENTE

Caín parecía renacido. Respiraba una vida que antes no había conocido. Sabía más suave que antes. Besó agradecido la piedra para despedirse, agarró con determinación la cuerda de cuero que conducía a la cueva y comenzó a izarse con dificultad. Sus brazos le revelaron rápidamente cuánta fuerza había perdido y sus músculos hambrientos suplicaban por primera vez de nuevo por alimento. En la cueva esperaba encontrar aún una reserva de maíz. Tres veces tuvo que descansar, agotado, antes de poder poner un pie en la cueva. Se sentía extraño. Todo había permanecido intacto durante su ausencia y, sin embargo, nada era ya igual. Aquí había vivido una vez un forastero. La cueva estaba llena de trofeos que solo hacían referencia a lo que ya no quería o no podía ser. Vio el fogón con las dos piedras en las que Abel y él habían pasado horas juntos. Se movió con recelo en círculos a su alrededor. Belial había destrozado tantos recuerdos que era difícil encontrar una línea temporal clara en ellos.

Apenas se atrevía a confiar en sí mismo. Pasó un minuto que pareció durar horas antes de que se atreviera a dar unos pasos con cautela. En un instante

corrió hacia el fondo de la cueva, donde había un montón de pieles viejas amontonadas, y enseguida encontró lo que esperaba encontrar: el viejo traje de cuero gastado de Abel. Metió la nariz apresuradamente y aspiró el olor de su hermano hasta lo más profundo de su cerebro. Eso le trajo a la memoria los inviernos de antaño, juntos bajo ese montón de pieles, cómo los dos exhalaban y inhalaban el aroma del otro como si fuera una sola boca. Se puso el chaleco gastado de Abel. Caín había adelgazado mucho en los últimos meses y podía ponerse fácilmente por encima su propia piel de oso, que le había quedado grande.

Un dolor inexplicable en el brazo con el que había lanzado la lanza mortal intentó reprimir su profunda gratitud, pero tuvo que ceder. Sus ojos se negaban a mirar solo hacia fuera y se atrevían de vez en cuando a echar un vistazo hacia dentro para poner orden en sus asuntos. Vio cómo siempre se había comportado con orgullo y como un superior frente a Abel. Apenas se había tomado el tiempo de escuchar a Abel, o se había negado a comprenderlo siquiera. Fue un valiente comienzo de introspección, pero no llegó más allá. Buscó, guiado por su intuición, una forma de avanzar en este difícil proceso. Se obligó a volver al lugar de la hoguera y caminó de piedra en piedra. Dudaba sobre en qué piedra sentarse primero

. Una piedra le resultaba extraña, la otra aún más. Primero se sentó en su antigua piedra y miró justo frente a él, al lugar vacío donde Abel solía sentarse, pero no funcionó. No, se trasladó rápidamente al lugar de Abel con la esperanza de verse a sí mismo tal y como los ojos de Abel debieron de mirarlo alguna vez. A primera vista no vio a nadie frente a él. Tampoco a segunda vista. Pasó el tiempo y pasó el tiempo. Pero él siguió sentado. Luchaba consigo mismo.

El sol dirigía lentamente sus rayos más débiles hacia la cima del Djebel Akhbar y se preparaba para despedirse. Eso le impulsó a apresurarse para comprender, desde la posición de Abel, el vacío que tenía ante sí. Le llamó la atención que no sintiera ningún amor por el Caín que tenía justo delante y se preguntó si eso era cierto. Cambió rápidamente de lugar e intentó de nuevo, desde la posición de Caín, mirar hacia el lugar vacío de Abel y evocar en su mente al Abel de entonces. Y sí, no le costó mucho recordar los ojos amorosos de Abel y volver a encontrarlos. Volvió rápidamente a sentarse en la piedra de Abel. Intentó imitar la mirada y las expresiones faciales de Abel ante Caín, al otro lado. ¡Y sí! Cuanto más amorosamente miraba al Caín, que le resultaba totalmente ajeno, más sentía que el amor crecía en su interior y mejor se sentía. Además, sus ojos se veían cada vez

se veían cada vez más obligados a cerrarse para unirlo todo y convertirlo en un nuevo Caín, que, por extraño que pareciera, él mismo resultaba ser. La preciosa semilla de Abel germinó en su mente. Cuanto más crecía, más redención y hambre sentía por fin. Agotado, de repente ansió comer. Corrió ansioso hacia el almacén de mazorcas de maíz. La gran calabaza estaba agrietada y la paja de las mazorcas que se había desparramado no presagiaba nada bueno. Abrió la calabaza y vio a unos cuantos ratones huir a toda prisa por la grieta más grande. Un ratón se quedó allí, respirando con dificultad, sin moverse. Su naricita olfateaba el aire para captar al menos algo del enemigo. Caín sacudió la calabaza y se sorprendió al ver cómo el ratoncito seguía mirando fijamente ante sí, inmóvil. «Soy yo, el Maldito, el que mata a los hombres, ¡vete rápido!», susurró en voz baja, con la silenciosa esperanza de que eso no sucediera. Dejó la calabaza abierta y se llevó su hambre, por el momento, hasta el borde de la cueva para darle tiempo al animalito a escapar de él.

Contempló con reverencia el Djebel Akhbar. No tardaría mucho en ponerse el sol por completo, con estos días cada vez más cortos y una luna rojiza al acecho. Acarició con ternura el pelaje desgastado de Abel que lo envolvía.

recordó la historia del regalo que Abel había traído a sus padres desde la cima de la montaña. Esta vez su hermano no estaba detrás de él, solo había un ratoncito que seguramente ya habría huido. Era extraño, pero era exactamente la misma sensación de calidez. «No tiene sentido, porque Abel me traía tortas de maíz, pero ¿y tú?». Caín se dio la vuelta sonriendo, se acercó de repente con curiosidad a la calabaza y, para su sorpresa, vio que el animalito seguía allí. «Tú te estás comiendo mi maíz, pero quizá aún no lo entiendo». Lo cogió Ahora tenía al ratoncito asustado en la mano y se preguntaba, asombrado, por qué no salía corriendo al ver su marca. Lo colocó en la palma de su mano izquierda y lo levantó justo delante de la marca que tenía en la mejilla izquierda. «¿Cómo es posible? No lo entiendo». Así como la mayor sabiduría se revela discretamente al discípulo, Caín comprendió de repente con sabiduría infantil: «¡Ahora lo veo! ¡Estás ciego!». Caín se conmovió profundamente: «Lo que no fui para Abel, intentaré serlo ahora para ti. Cuidaré de ti y te llamaré por lo que no tienes: Sin Ojo». Se llevó al pequeño ratoncito ciego ante su propio ojo y besó suavemente a la criaturita en su hocicito tembloroso y asustado. «Bueno, el nombre de Sin Ojo me parece un poco largo para un ratoncito tan pequeño

ratoncito. Genog, así te llamaré. Bienvenido, hermanito y mi salvador en la adversidad».
Se sorprendió de sí mismo porque se sentía ayudado por el ratoncito. Dejó a Genog con cuidado sobre la piedra donde Abel solía sentarse y le contó toda la historia de su vida, mientras molía el maíz duro hasta convertirlo en harina. Encendió un fuego y colocó la mezcla molida en un círculo alrededor de Genog, para que el animalito se sintiera siempre rodeado de comida. Observó al ratoncito con atención. Poco a poco, este se fue sintiendo a gusto gracias al calor y a la comida.
Caín solía coger a su amiguito en la mano, acariciarlo y dejarlo correr por la marca que tenía en la mandíbula y la frente, tras lo cual, agradecido, lo volvía a colocar en la piedra de Abel. No paraba de contar. Cuanto más le revelaba a Genog, más experimentaba su presencia como un regalo, y más tenía que alejarse Belial de él.
La luna de color rojo anaranjado en la cima del Djebel Akhbar, como una torre de fuego; la noche que los separaba protectora del día con todas sus tareas y su hambre; el resplandor del fuego que se apagaba; la atención y el instinto de supervivencia de hombre y animal enfrentados… Todo aquello los unió aquella primera noche en un vínculo que ambos sintieron como vital.

Tanto Caín como Genog encontraron así el alimento tan necesario para seguir viviendo. Para Genog significaba dejarse cuidar, para Caín significaba poder cuidar. De repente, ambos dieron sentido a la vida del otro. Caín sintió por primera vez en su vida que realmente necesitaba a alguien. Y Genog simplemente no podía sobrevivir sin otra persona. Caín comenzó a confeccionar una bolsita junto al fuego humeante. Sus dedos hábiles recuperaron rápidamente su ritmo de antaño y, con destreza, crearon una casita con una correa para Genog. Cuando la bolsita estuvo terminada y Genog se metió en ella, pareció como si los ojitos, que no tenía, se le cerraran. Por primera vez en mucho tiempo, Caín también cayó en un sueño largo y sereno.
El fuego se apagó, al igual que el dolor de su conciencia se liberó en un sueño. El sueño le habló de la manzana curada. El espíritu del hombre es, al fin y al cabo, voluble, busca y encuentra en un sueño todas las alturas y las profundidades. El espíritu humano es ávido de conocimiento y, al mismo tiempo, conservador. Se expande y se encoge. Manda y suplica. Acepta y rechaza. Conoce el miedo y la paz. Tiene sed y se sacia. Crea hambre y sacia. Obliga y libera. Lo revela todo, pero nunca el Edén, porque el Edén no es un sueño.

El amanecer no los despertó y el sol, en la estrecha rendija de la grieta, hacía todo lo posible por esconderse tras nubes de un negro azabache.

Yahvé siempre ama al ser humano caído. Belial lo encuentra todo ridículo y acecha. Djibril vigila.

El ser humano resulta ser valioso.

4. EN CAMINO

Cada mañana, Caín humedecía un poco de tierra con su saliva y, a ciegas, pintaba con ella la manzana magullada de su frente. Así podía estar seguro de que cualquier ser con el que se cruzara lo reconocería como «Aquel que mata a los hombres». No por orgullo ni por miedo a un oso que se le acercara, sino porque quería asumir su destino. Quería expiar todas sus muertes. Seguía llevando el traje gastado de Abel bajo su propia piel de oso. Aparte de eso, apenas se llevó nada: ya no llevaba lanza, solo un cuchillo pequeño, una piel extra para abrigarse y una bolsa para guardar provisiones durante el camino. Y, por supuesto, llevaba colgada al cuello la bolsita de cuero en la que su pequeño amigo Genog tenía su nido. Partió con la intención de buscar primero a Djibril en el Djebel Akhbar, para luego dirigirse hacia el este, en dirección al Edén.

Mientras tanto, el otoño ya había avanzado bastante, con noches que de vez en cuando cubrían las hojas caídas con mantos de fina nieve. Hizo todo lo posible por abastecerse de provisiones comestibles para el camino. Guardó el grano para Genog. Él, por su parte, buscaba sobre todo manzanos silvestres. En el pasado se había burlado de esos frutos arrugados para herir a Abel, pero ahora representaban un alimento bienvenido, símbolo de

su arrepentimiento y expiación. Su sentimiento de culpa crecía día a día, pero, sorprendentemente, lo sentía menos como una carga. Más bien funcionaba como una guía indispensable y fiable que necesitaba urgentemente para hacer lo correcto. Ya no se preocupaba por sí mismo, solo por su nuevo amigo, Genog. Genog significaba cada día más para él. Podía hablar con él, sentir su calor, y le conmovía cada vez que Genog también buscaba con gusto su cálida mano.

El camino era largo. Volvería a tomar la ruta occidental hacia el Djebel Akhbar. La ruta oriental le resultaba menos familiar y no le parecía muy sensato probar nuevas rutas justo antes del invierno. Conocía bien ese camino, un camino que le llevaría junto al desfiladero donde, junto con Abel, había pasado una vez un ciclo lunar entero. Algo le decía que no debía evitar ese lugar. Aún así, esperaba encontrar allí una respuesta a la pregunta de por qué su hermano se había encariñado tanto con aquel horrible lugar.

Tardó catorce días en un viaje que antes solo le llevaba cinco. Físicamente, aún no se había recuperado del todo del ataque de Belial. Las montones de hojas caídas hacían que el camino fuera casi imposible de encontrar. Echaba de menos a Loep. ¡Loep! Las noches se volvían cada vez más frías y los días mucho más cortos. Le preocupaba cómo iba a pasar el invierno

le preocupaba. El Djebel Akhbar aún estaba lejos, ¿y encontraría a Djibril allí a tiempo?
Sumido en sus recuerdos, llegó inesperadamente a la curva que precedía a la trampa. Sus pasos se ralentizaron. Justo después de la última curva, vio de repente a una osa que caminaba inquieta de un lado a otro alrededor de la trampa y no dejaba de mirar hacia abajo. La osa estaba extremadamente delgada para la época del año. Caín se escondió rápidamente detrás de un árbol para observar aquel extraño espectáculo. Se oyeron gritos desde el fondo del foso. La osa huyó rápidamente ante Aquel que mata a los hombres.
De nuevo se oyeron gritos lastimeros desde la trampa, que Caín reconoció de inmediato como los de un osezno. Esperó pacientemente. Justo cuando estaba a punto de rendirse, la osa volvió a aparecer. Arrastraba un montón de ramas y lo dejó caer en el pozo. Caín creyó entender lo que hacía y salió con cautela de detrás del árbol. La osa se sobresaltó. Se quedó completamente inmóvil, olfateó el aire y miró tensa a Caín. Retrocedió. ¿Qué oso no conocería a «el que mata osos»? Curioso, Caín se acercó a la osa. Ella vio la marca y volvió a alejarse apresuradamente de él.
Se acercó con cautela a la trampa. Los gemidos lastimeros del osezno se acallaron de repente. Miró con cuidado por encima del borde y vio los ojos asustados del osezno. Este intentaba levantarse, como si

quisiera huir, pero caía una y otra vez. No conseguía apoyarse en su pata delantera derecha por más que lo intentara. Caín no lo pensó dos veces y descendió al foso con las correas que aún colgaban allí. El osezno ya no gritaba, pero lloraba de miedo por la marca. Caín se la quitó rápidamente de la frente para tranquilizar al osezno y le dijo en voz baja: «Tranquilo. Voy a ayudarte». Con cuidado, le tendió la mano y el osezno se calmó. Caín se tomó su tiempo e intentó evaluar desde la distancia qué le pasaba a esa pata. No era una herida abierta y tampoco parecía estar realmente rota. Tuvo que armarse de paciencia hasta que el oso se dejó examinar. Era un macho que gozaba de buena salud. Alrededor de la trampa yacían arbustos de arándanos aplastados. Ahora comprendía cómo la osa había mantenido con vida a su cría todo ese tiempo. El esfuerzo que eso había requerido le había pasado una factura casi imposible de pagar de cara al invierno que se avecinaba. Tan delgada como estaba la osa, le resultaría imposible sobrevivir a la hibernación.

Caín volvió a mirar a la cría aterrorizada y se fijó en algo curioso. Se sentó y se quedó boquiabierto. ¡La oreja! La oreja izquierda de la cría colgaba flácida, parecía rota. De repente recordó con claridad cómo su lanza había rozado la oreja izquierda de la primera cría de la osa que Loep había matado. Y ahora estaba

junto a su antigua presa en la misma trampa donde una vez había pasado semanas con Abel. «¡Djibril!», gritó una, dos, tres veces, para que todo el valle pudiera oírlo. Salió a gatas de la trampa para esperar a la osa. La vio acercarse con cautela desde lejos, cargando un arbusto de arándanos del que apenas quedaban bayas. La mayoría se habían caído por el camino o ya estaban podridas. Estaba demacrada y agotada. Despertó una profunda admiración en Caín. Guardaba su comida para su cría, sabiendo muy bien que lo pagaría con su vida. Eso le recordó inmediatamente a Caín a su madre. La osa soltó el manojo de ramas y se alejó un poco más de Caín. Dudaba. Caín recogió las ramas y las arrojó al pozo. El cachorro respondió agradecido, como si su madre las hubiera arrojado allí.

Caín se volvió hacia la osa. Quería ir directamente al grano y le mostró la marca en su mejilla. Sorprendentemente, ella no se asustó. Al contrario. «Tú sabes quién soy y yo sé quién eres. Tú mataste a mi hermano Loep y yo maté a tu cachorro. Pero también maté a mi hermano Abel». Caín tuvo que tragar saliva. «Soy un asesino mayor que tú, porque ¿quién mata a su propia sangre?». Caín no sabía si la osa lo entendía, pero eso no le preocupaba en ese momento. Tenía que poder

confesarlo ante todo el cosmos. La osa inclinó la cabeza por un momento, como si ella también quisiera expresar su pesar. Caín continuó: «Siento lo que te hice y ayudaré a tu cría. Después del invierno le ayudaré a escapar del pozo. Primero tiene que curarse la pata. No sé muy bien qué le pasa, pero lo resolveré. Una vez más, siento haber matado a tu cría». La osa volvió a inclinar brevemente la cabeza y se miraron de nuevo fijamente. También sus ojos expresaban su pesar por Loep.
«Y otra cosa», continuó Caín, «llamaré a tu hijo Elon, si te parece bien». Tuvo que tragar saliva de nuevo. Cada especie animal conocía, por tradición, la palabra más importante del Edén.

Era primavera. Adán y el aún joven Caín estaban trabajando en el campo y, al final del día, contemplaban satisfechos el trabajo realizado. Caín estaba orgulloso de su padre y muy contento de poder hacer casi tanto trabajo como él. Adam también estaba orgulloso de su hijo mayor y le dio las gracias varias veces con una palmada en el hombro. A lo lejos vieron acercarse a Abel, que jugaba con el pequeño Loep.
«Es curioso, ¿verdad, papá?, cómo Abel puede hablar con Loep». Adán lo miró con ternura, rodeó con el brazo el hombro de Caín y respondió pensativo: «Entre ellos hay elon».

respondió de inmediato a la mirada inquisitiva de Caín. «Elon significa "amor" en la lengua del Edén».
«¡Entonces tú también eres elon,
papá!». «Tú también, mi hijo
elon».

La osa también conocía la lengua de Edén y ambos se miraron profundamente a los ojos. Caín vio algo que nunca hubiera creído posible. Le pareció ver una lágrima en los oscuros ojos de la osa. Se le hizo un nudo en la garganta; nunca había pensado que los animales pudieran llorar. Con voz quebrada, continuó: «Prepárate ahora para el invierno. A partir de ahora le llevaré las bayas a tu hijo, para que puedas reponer fuerzas y sobrevivir al invierno. Tu hijo te necesita después del invierno». La osa se dio la vuelta y Caín la siguió a poca distancia. El camino era una gran huella pisoteada. Llegaron a un claro donde antes había habido montones de arbustos de bayas. Ahora era un gran desastre. Ya no quedaban muchas bayas en los arbustos restantes. La osa nunca podría ganar peso a tiempo para sobrevivir al invierno. Caín empezó inmediatamente a recoger las bayas y las guardó en su bolsa de provisiones.
Un poco más adelante había grandes robles y imponentes hayas. Le dejó claro a la osa que recogería bellotas y hayucos para ella, a lo que la osa

La osa empezó a atacar los arbustos de arándanos con sus garras y su hocico. Cuanto más tiraba para arrancarlos, menos bayas quedaban en ellos. Caín intentó entonces explicarle con gestos que debía reponer fuerzas urgentemente con bellotas y hayucos, ricos en energía, y que él mismo recogería las bayas para su hijo, pero ella no parecía entenderlo. La osa lo miró tranquilamente, con las orejas pliegadas hacia atrás de forma muy amistosa y con una mirada agradecida. Resultaba desarmador. Le hizo recordar… «¡Madre!», exclamó Caín y abrazó a la osa como si también fuera su madre, tras lo cual se arrodilló y se inclinó como ante su madre.

Djibril observaba impasible y respetuoso, y no estaba lejos de ellos, detrás de la cima del Djebel Akhbar. Pensó para sí mismo: «Incluso los animales recuerdan el Edén».

5. LA CAÍDA, NO LA CAÍDA

Poco después, el invierno llegó implacable.
Cada día, Caín y la osa recorrían el camino hacia el bosque de los arbustos de bayas. Genog se quedaba solo con Elon; se llevaban muy bien. Solo que a Caín no se le ocurría ningún nombre para la osa; le había tomado demasiado respeto. «Madre» era el único nombre digno de ella, pero ese nombre ya lo tenía su propia madre, a quien adoraba por encima de todo. Su máximo respeto por la osa consistió, al final, en dejar de dibujarse la manzana mordida en la frente. Al fin y al cabo, ella era una de las pocas que sabía que él era un asesino, al igual que ella había sido la asesina de su amada Loep. Ella también llevaba una marca similar en lo más profundo de su pelaje. Eran iguales en el bien y en el mal. ¿Acaso necesitaban aún nombrarse el uno al otro?

Una noche, el invierno ya no cubrió la tierra con un manto fino como un hilo, sino directamente con una capa de nieve de varios metros de espesor. Caín se despertó por la mañana en el pozo y temblaba. Había tomado precauciones para el invierno. Había construido un techo resistente sobre la zona de descanso del pozo, había acumulado una reserva de arándanos que había recogido junto con la osa y

había hecho una alfombra de ramas para poder dormir sobre el suelo helado. Así, Elon y Genog podrían pasar el invierno cómodamente. De vez en cuando encendía una hoguera con las ramas sobrantes para que Genog y Elon disfrutaran un poco del agradable calor. La espesa capa de nieve impedía a Caín seguir recolectando arándanos, pues él también se debilitaba a simple vista debido a la escasa comida. Su vista se iba deteriorando poco a poco. Por mucho que Caín suplicara a la osa que dejara de hacerlo, ella seguía abriéndose camino cada día, completamente sola, a través de la nieve profunda para abastecer a Caín y a Elon. Eso agotaba sus últimas fuerzas. El frío glacial convertía la nieve en afilados cristales de hielo. Con las pocas fuerzas que le quedaban, se arrastraba hasta los arbustos y excavaba en busca de arándanos, hasta que un día dejó de aparecer. Caín empezó a preocuparse. Esperó un día más, pero también ese día se desató una tormenta de nieve. Caín animó a Elon mientras le masajeaba la pata delantera torcida. A la mañana siguiente, Caín se despertó con un rugido espeluznante. ¡La osa! Caín asomó inmediatamente la cabeza por encima del pozo. A lo lejos vio, muy borroso, cómo una manada de lobos, liderada por una extraña figura, intentaba ahuyentar a dos smilodontes,

temibles gatos de dientes de sable, que se habían clavado en la osa.

Caín no dudó ni un segundo. Lanzó de inmediato un grito de ataque para acudir en ayuda de la osa. Los lobos alzaron la vista sorprendidos, ya que habían ahuyentado a los felinos de dientes de sable con facilidad. Los lobos se alinearon disciplinadamente detrás de su líder de manada y esperaron. Caín apenas avanzaba por la nieve alta y ya casi no veía nada. Era más que ceguera por la nieve. Solo distinguía contornos difusos. En las últimas semanas, en el foso, se había dado cuenta de cómo su vista disminuía progresivamente. Se acercó a unas pocas decenas de metros del líder de la manada. «¿Djibril? ¡Por fin! Ayúdanos». Pero el líder de los lobos se dio la vuelta y se alejó lentamente junto con la manada. La osa apenas daba señales de vida. Tenía horribles heridas en todo el cuerpo. Pero él apenas podía distinguirlas. Jadeando, Caín se inclinó sobre la osa moribunda. Rompió a llorar. «¡No me dejes solo ahora!» Mantuvo sus ojos enfermos y buscadores muy cerca de los de la osa y solo vio dos manchas oscuras. No vio sangre, solo la sentía. «Quiero darte las gracias por lo que me has enseñado. Podemos matar, pero muchas veces es mejor dar nuestra vida, como tú has hecho ahora por tu cría y por mí. Siento

una vez más por haber matado a tu otro cachorro. También te perdono por haber matado a Loep en su día. Te prometo que cuidaré de Elon». Mojó el dedo en su sangre, dibujó primero una manzana magullada en su frente, pero luego dibujó a tientas una manzana sana en la frente de la osa.
La osa comprendió perfectamente lo que estaba pasando. Caín oyó cómo su respiración se detenía de repente y cómo la vida se desvanecía de sus ojos. Dejó que las lágrimas corrieran libremente. Sollozando, con los pies helados, emprendió el camino hacia el pozo.
Gritaba sin cesar: «¡Djibril, ayúdame!». No esperaba respuesta ni le daba oportunidad a Djibril. «¡Djibril, ayúdame! ¡No soy digno de ello!».

Una vez más, Djibril observaba en silencio.
La caña se había doblado, pero no se había roto.

Caín se dejó caer en el pozo, completamente entumecido. El escaso fuego aún ardía y rápidamente lo avivó. No entendía qué le pasaba a sus ojos. No le dolían, pero cada vez más tenía que hacer todo a tientas y a ciegas.
No tuvo tiempo de compadecerse de sí mismo, toda su atención se centró en Elon. Le tomó la cabeza entre los brazos y le susurró: «Tu madre ha muerto.

cuidaré de ti a partir de ahora. A partir de hoy intentaremos pasar juntos el invierno durmiendo». Caín ya estaba tan acostumbrado a dar por sentado que Elon, al igual que su madre, lo entendía todo. Y así era, aunque el propio Elon apenas pudiera hablar un lenguaje inteligible. Elon buscó su lugar en un rincón del pozo y cerró los ojos con tristeza para no volver a abrirlos en todo el invierno. Genog también se acostó a dormir con una provisión de harina de maíz en la bolsa, pegada al cálido pelaje de Elon.
Caín se quedó solo. No podía predecir cómo acabaría todo esto. Ya no tenía el control. No se le ocurrían vías de escape, solo podía resignarse. Inevitablemente, sus pensamientos volvían a Abel, que una vez había pasado aquí semanas solo sin ninguna perspectiva de ayuda. Igual que él ahora. Abel había conocido a Djibril. Esa era la única esperanza que aún albergaba: conocer a Djibril. Cuanto mayor se hacía su desesperación, más claro le dejaba su instinto que esa era la única salida para comprender a Abel.

El invierno que siguió fue extremadamente duro. Belial disfrutaba poniendo a prueba de ese modo a su antiguo discípulo. Era como si incluso los segundos se hubieran congelado y todo se hubiera detenido en un único y gélido carámbano. Este se erigía como un

agujeta contradictoria de la atemporalidad, inexplicablemente más larga y gruesa, y parecía así convertir el pozo en hielo. Caín hacía tiempo que no se atrevía a encender fuego para no despertar a Elon y a Genog de su letargo invernal. Se cubrió con todas las pieles de animales que le quedaban, pero nada servía. Una noche vio que solo había una solución para no morir de frío: se acurrucó en silencio contra el suave vientre de Elon y apoyó la cabeza entre sus dos patas delanteras. Se apretó la bolsita de Genog contra el pecho. Elon dormía profundamente.

Caín por fin se sintió cómodo. La respiración lenta y susurrante de Elon sonaba como una nana. Todo se aquietó y se detuvo, como una semilla en lo profundo de la tierra que solo puede germinar tras un sueño profundo, o como el óvulo fecundado en el útero que espera pacientemente durante meses y de repente ve la luz de la vida.

Sus pensamientos descendían en una gran espiral hacia el centro de todos sus círculos. Llegaban allí vacíos y contemplaban inmóviles el vacío mismo, en el lugar donde solo las leyes del subconsciente profundo despiertan en un nuevo pensar y saber. Los anillos de la espiral transportaban a Caín por círculos de ojos largamente olvidados.

El círculo más externo y más grande de la espiral lo llevó a los ojos de Loep durante la tormenta en el río. Lo que

lo que entonces le había parecido incomprensible, ahora se hacía evidente y comprensible. «Djibril está ahí, ¿no? Deja que él lleve el timón, Loep, y todo saldrá bien». Ahora se ponía en el lugar de Loep, quien en aquel momento le había transmitido ese mensaje.

El siguiente círculo de la espiral, algo más pequeño, lo llevó hasta los ojos de Adán en el campo. «Es que no se puede explicar, padre, lo que tú quieres explicar a alguien que no ha conocido el Edén, no puedes hacer nada al respecto. Lo único que podemos hacer juntos es cortar, cortar, cortar, cortar». Ahora parecía él mismo estar tranquilizando a su padre.

El siguiente círculo, de nuevo algo más pequeño, le hizo recordar los ojos de Abel en la cueva sobre el desfiladero, cuando Abel le contó con entusiasmo el regalo de la manzana curada que había podido dar a sus padres. «Es fantástico que pudieras traer un regalo así para nuestros padres, hermano. ¡No hay mayor regalo que ese!». El círculo más pequeño de la espiral lo llevó a los ojos de su madre en su despedida, cuando el granito se resquebrajó. «Perdóname, madre, y yo también te perdono». Sobre todo los ojos de Eva habían provocado algo fundamental en el corazón y la comprensión de Caín: le mostraron la clave de esa situación contradictoria y allí resultó que «fingir» era un medio maravilloso para ello.

Inmediatamente, este fue el principio del fin de la espiral. Ahora caía de lleno de vuelta al centro de todos sus círculos y miraba a través del espejo como si fuera cristal y se veía a sí mismo como el Caín tal y como le gustaba ser visto a través de los ojos de su madre, de Abel, de su padre, de Loep.

Aquel invierno, en aquel pozo, en aquella soledad, en aquella desesperanza, Caín vislumbró el amor que llevaba en lo más profundo de su ser. Su espejo se convirtió en cristal y su ojo interior le abrió de repente las puertas de su corazón.
Todo lo que vio en la espiral a través de los ojos de los demás resultó ser más valioso y más acertado que lo que antes creía ver con sus propios ojos. La retroyección se convirtió de repente en proyección hacia la introyección. «Hacer como si» se convirtió en un nuevo dato que podía significar algo. Caín obtuvo la llave de lo contrario, la llave para ver lo posible en lo imposible, para encontrar lo buscado en el movimiento inverso de lo inesperado. Mientras su cabeza descansaba sobre la cálida pata de Elon, se vio a sí mismo como nunca se había conocido, pero como quien, sin lugar a dudas, resultaba ser.
Del mismo modo, el amor de su hermano se reflejaba en su corazón: «te quiero», pero también «quítame cariño», algo que había pasado por alto por completo. «Quítame cariño» le parecía

algo egoísta, pero ahora veía cómo solo quien quiere a alguien puede quererse a sí mismo sin caer en el amor propio. Querer a otra persona resulta ser una oportunidad, un regalo que se le da al otro, pero también a uno mismo: se convierte en una situación en la que todos ganan.

Antes le parecía que eso no debía ser así. La repentina conciencia de tantas oportunidades perdidas le dolía, y fue precisamente ese dolor el que pudo corregir su amor con amor. La madre que conjuraba el signo de Yahvé con sus lágrimas y lo besaba con ternura; el padre que aceptaba con gratitud la sangre de Abel al asestar el golpe y no le reprochaba nada a él, Caín. La mirada de Abel justo antes de morir. Los ojos de la osa al despedirse. Los ojos ciegos de Genog que lo miraban con ternura y lo instaban a seguir viviendo por él. Los ojos temerosos de Elon que debían vencer el miedo a la marca. Todos delataban su dolor, pero un dolor en el amor. Todos sacaban fuerza para sanar del dolor de su fracaso.

Ahora le tocaba a él afrontar su fracaso ante ellos. Ya no podía eludirlo. Las imágenes fueron desenterradas por feroces oleadas de profundas hendiduras y antiguas cavidades en su cerebro, rindiendo homenaje al incomparable dolor y dignidad de cada uno. Ya lo había vivido una vez, hacía mucho tiempo, pero esta vez

el espíritu de Caín se quedó piadosamente en silencio. El mar recuperó su paz y su calma y se tomó el tiempo de depositar suavemente esas frágiles imágenes en ese fondo nuevo para él. Lentamente, al principio aún vacilante, el mar se retiró completamente vaciado hacia una marea en una orilla lejana. Las imágenes que quedaron en el reflujo se mostraron más nítidas y claras que nunca. La luna y el sol lucían su belleza sin filtros y en estado puro. Nada despertaba ya a Caín, pues ya estaba despierto. Su espíritu renacido se resistía obstinadamente a abandonar ese momento. Comía a tientas los arándanos, bebía de vez en cuando un poco de agua helada, hacía sus necesidades, pero nada despertaba a Caín, pues ya estaba despierto. No se resistía y solo oponía resistencia a la resistencia, y Caín renació sin renacer.
Djibril estaba cerca y se lo llevó, en estado de vigilia, a las murallas del Edén. Permitió a Caín mirar a través de los ojos de un Abel que descansaba y que no se consideraba en absoluto digno de entrar en la ciudad.

Por el momento, Djibril no le permitía ver más a través de los ojos de Abel. «El amor debe curar, no matar», pensó el buen médico.
Al fin y al cabo, la caña aún no se había roto.

6. SIBA

Djizeh no era más que un cachorro de lobo de dos años cuando decidió que no tenía futuro en la manada de sus padres. Sus amigos, los jóvenes cuervos, lo habían convertido en quien era. Era su mejor compañero de juegos. A ellos les gustaba ignorar a los hermanos de Djizeh porque Djizeh era el único que se tomaba en serio sus juegos, lo que les hacía sentir muy apreciados. Los jóvenes cuervos siempre estaban al acecho para desafiarlo. Con el tiempo, Djizeh no hacía otra cosa que intentar anticiparse al «peligro», desentrañar sus estrategias, frustrar sus planes e idear contraataques. Eso lo hizo hábil, rápido, ágil e inteligente. Aguzó su instinto, mucho antes de que sus hermanos se dieran cuenta de que tenían instinto.

Que los jóvenes cuervos idolatraran a Djizeh no le gustaba a su hermano, un año mayor que él. Estaba celoso de la adoración que recibía Djizeh. Un día, el hermano ya no pudo soportarlo más. Se tumbó junto al campo de juego de Djizeh y sus amigos, fingiendo indiferencia. Cuando Ra, uno de los cuervos favoritos de Djizeh, pasó junto al hermano sin sospechar ningún peligro, este le atacó traicioneramente

y agarró al cuervo con el pico para acabar con él. Djizeh, bien entrenada, no lo pensó ni un segundo. Saltó sobre el cuello de su hermano y siguió mordiendo hasta que este soltó a su presa. Djizeh ganó de golpe un enemigo, pero al mismo tiempo una amiga para toda la vida. Ra se convirtió en su mejor amiga emplumada. Durante los días siguientes, Ra no se apartó ni un metro de su lado para curarse poco a poco de su ala maltrecha. Ningún buitre ni marta se atrevería a atacarla con Djizeh a su lado.

Djizeh disfrutaba asumiendo responsabilidades. Pero dentro de la manada se le dejó claro por todas partes que no era popular, y menos aún entre su hermano mayor, que no era menos fuerte que él. Se enfrentaba a la elección de abandonar sus ambiciones de líder de la manada o fundar una propia.

Una de sus sobrinas, un año mayor que él, Siba, había mostrado una predilección especial por él; se sentía muy atraída por él. Los demás cachorros de un año no le gustaban y, en lo más profundo de su corazón de loba, sabía que Djizeh era el elegido para ella. El joven Djizeh también se sentía atraído por ella, lo que le impulsaba a demostrar aún más rápido que era un líder de confianza. Después del invierno saldría a cazar para mostrarse como un lobo consumado ante Siba.

Una mañana temprana de primavera tomó la decisión de partir solo hacia las mesetas más altas a lo largo del Djebel Akhbar, donde los cervatillos parecían una presa factible. Pudo engañar a todos, excepto a su amiga Ra. Ella siguió de cerca a su amigo y lo mantuvo minuciosamente informado de cualquier obstáculo o oso. Las estribaciones algo más altas y aún densamente cubiertas de vegetación del Djebel Akhbar, al este, eran un refugio soñado para muchos ungulados después de que el invierno por fin hubiera cedido los prados. En pequeños claros de hierba, rodeados de espesos matorrales, las madres intentaban esconder a sus crías, pues ante la aguda vista y el olfato de un lobo o un gato de dientes de sable nada estaba realmente a salvo.
Tardó tres días en llegar hasta allí. La sed no era un problema gracias a los numerosos riachuelos de montaña, pero el estómago empezaba a rugirle. Redujo el paso, pues el olor de los ciervos era inconfundiblemente cercano. Djizeh avanzó con cautela, a contracorriente del viento. Buscó un cebo con un camino adecuado para acercarse y esperó pacientemente a que la cierva se sintiera lo suficientemente tranquila como para alejarse un poco más a pastar. El cervatillo se quedó solo. Con cuidado, se acercó por un desvío hasta unos metros del matorral en el que se escondía el cervatillo. Ra fue a echar un vistazo, pero no tuvo tiempo de...

alertar. A Djizeh también le resultaba difícil mantener la paciencia con el estómago vacío. El hambre avivó su arrogancia y se lanzó a la carga con descaro. El cervatillo alertó inmediatamente a su madre. La cierva ya venía corriendo antes de que Djizeh pudiera decidir abandonar el ataque, pues se había acercado al cervatillo por el lado equivocado e inexpugnable del arbusto. La cierva le propinó una paliza de las buenas con una ráfaga de sus afiladas pezuñas, que le abrieron de inmediato una profunda herida en el hombro. Una segunda ráfaga de patadas le rompió algunas costillas. El cervatillo salió corriendo como una liebre del arbusto. Djizeh, por su parte, buscó refugio en el matorral para escapar de las furiosas patadas de la cierva. La cierva se detuvo en cuanto vio que su cría estaba a salvo y huyó junto a él, pues donde hay un lobo, suele haber varios más cerca. Djizeh se quedó atrás, herido. La sangre brotaba de la herida de su hombro, pero el golpe moral fue peor. El mundo de Djizeh se derrumbó. Apenas podía moverse o incluso respirar por el dolor en el pecho. Se dio cuenta de que moriría. El olor de su sangre atraería sin duda a osos o gatos de dientes de sable. Instintivamente, comenzó a lamer la herida de su hombro, pero el más mínimo movimiento de la cabeza le provocaba un enorme

dolor en el pecho. No se hacía ilusiones: la muerte le esperaba.

Siba estaba afligida. La primera noche tras la partida de su querido amigo, se había apostado en la colina más cercana y, con largos sollozos, había llorado la tristeza de aquel día hasta bien entrada la noche. No hubo respuesta. Cuando tampoco la segunda noche llegó respuesta de Djizeh a sus súplicas, siguió a su corazón. Miró una vez más a sus comprensivos padres y se alejó para buscar a Djizeh. No tardó mucho en encontrar su rastro, como si él lo hubiera preparado para ella. Caminó rápido y aceleró hasta correr, cada vez más rápido, impulsada por el amor de su corazón. La idea de un pronto reencuentro le dio alas. El orgulloso Djizeh había dejado su rastro como un gran líder por dondequiera que pudiera, aunque caminara en la frontera con el territorio de caza hostil de los lobos negros. Esa arrogancia le vino muy bien a Siba. Cuando una noche volvió a ponerse a llorar, de repente Ra se abalanzó sobre ella. Al principio, Siba se alegró, pero del comportamiento nervioso de Ra dedujo rápidamente que estaba desesperado. Enseguida se preocupó por su amado. No descansaría esa noche y siguió a Ra en la oscuridad.

Djizeh aceptó su destino como un líder digno. No dejó que el dolor se convirtiera en desesperación. Si no era líder de la manada, al menos moriría como tal. Tenía sed por la sangre perdida, pero tuvo que conformarse con las escasas gotas de rocío matutino sobre las hojas. No se quejó por ello. A través de las hojas del arbusto vio, al amanecer, acercarse a un gato de dientes de sable. El viento soplaba a su favor y podría haberle salvado, pero una vez que ella lo hubo rebasado, el viento se convirtió en su enemigo. La poderosa felina se giró hacia él, olfateando el aire con el hocico. Regresó sigilosamente sobre sus pasos hacia el arbusto de Djizeh. Él no lo vio, pues le resultaba imposible girarse debido a sus heridas. Era presa fácil para la felina. El smilodon olió el penetrante aroma de la sangre. Pan comido. La gata se acercó sigilosamente al arbusto. Se acercó hasta medio metro y vio al lobo moribundo tendido, listo para ser devorado.

Siba ya había observado la escena desde lejos. Aprovechó el viento para acercarse al felino de dientes de sable y saltó sobre él para agarrarlo por el cuello, esquivando hábilmente sus dientes de sable. Lucharon entre sí, pero el amor de Siba por Djizeh la hizo morder hasta que el felino se asfixió con la sangre en sus pulmones. Siba soltó al

Una enorme gata salió de entre los matorrales, asomó la cabeza y se acurrucó contra la espalda de Djizeh. Djizeh no se movió, pero supo de inmediato que era Siba quien venía a rescatarlo. Gimió agradecido. Siba se abrió paso entre los matorrales hasta llegar al otro lado y enseguida le lamió la herida. Djizeh estaba en muy mal estado. Rápidamente se dirigió hacia el gato de dientes de sable y se abrió camino a mordiscos a través de la suave parte inferior del abdomen hasta llegar al hígado. Tomó un buen trozo para alimentar a Djizeh. Apenas podía abrir los ojos, pero aceptó en pequeños bocados la suave, sangrienta y sustanciosa comida. Mientras tanto, otros cuervos ya habían aterrizado entusiasmados en los alrededores y esperaban impacientes su festín. Ra los mantenía hábilmente a distancia. Siba se dio cuenta de que debía darse prisa en trasladar el cadáver antes de que los osos de la zona descubrieran a los cuervos. Rápidamente extrajo los riñones, los restos de hígado y la grasa abdominal del cadáver para dejárselos a Djizeh como provisión. También arrastró el cadáver bastante más allá, hasta la cima de una pendiente, mientras los cuervos la seguían con entusiasmo. Antes de entregar el smilodon a los cuervos, se deleitó con los gruesos glúteos del felino, pues no podría volver a cazar en mucho tiempo. En la cima de la cresta, miró por última vez hacia el festín de los

cuervos, mientras un oso se acercaba ya desde lejos con entusiasmo.

Pasaron unos días. Djizeh se recuperó de maravilla. La herida se cerró rápidamente gracias a las lamidas diarias de Siba, pero ahora sus costillas constituían el mayor obstáculo. Ya podía desplazarse paso a paso hacia el río del valle. Correr le resultaba imposible. Ra exploraba el terreno cada vez más lejos y les avisaba cada vez que se avecinaba peligro. Así llegaron por fin al río. Tuvieron suerte de que la migración del salmón hubiera sido muy fructífera para los osos. Siba permaneció acechando con mucha cautela durante horas para observar a los osos, de modo que pudiera recoger las sobras tras su festín. Había un enemigo mucho más peligroso que un oso, y ese era el lobo. Siba y Djizeh se adentraban cada vez más en territorio desconocido, donde los rastros de olor indicaban inequívocamente la presencia de una manada de lobos rival. Estaban decididos a fundar juntos una nueva manada. Su amor era una unión natural: vivir juntos o morir juntos.

Djizeh recuperaba fuerzas día tras día, ya casi no le dolían las costillas. Siba se sentía

Cada vez se sentía más segura a su lado. A menudo se apareaban. Continuaron su camino por el agreste paisaje montañoso y buscaron con esmero un lugar adecuado para una madriguera de lobos. Era una tarea difícil, pues siempre percibían el olor de la manada de lobos que dominaba el lugar. Cuando Siba sintió que se acercaba el momento del parto y le resultaba cada vez más difícil seguir avanzando, Djizeh se adentró solo en el territorio del rival para explorarlo mejor.

Una noche vio a los cachorros de primer año de la manada jugando juntos en la lejanía, mientras los lobos más viejos miraban tranquilamente y con satisfacción en la otra dirección. Contó dieciocho lobos; dos de los más viejos le llamaron la atención de inmediato. Los reconoció como si fueran sus padres. Los líderes indiscutibles. El líder de la manada y la loba alfa. Djizeh dudó.

Nunca había tenido una elección tan difícil: o bien buscaba acercarse de forma sumisa, para que él y Siba tuvieran la oportunidad de ser aceptados y así sobrevivir dentro de su manada. O bien optaba por el camino propio, con todos los riesgos que ello conllevaba: si esta manada los descubría por casualidad, ni Siba, ni él, ni sus cachorros tendrían ninguna posibilidad de sobrevivir Los lobos son implacables con los lobos extraños. La ley de la manada no permite ninguna excepción, a menos que

el líder sospeche que la sangre nueva y fuerte aporta algún valor añadido a la manada.

Djizeh dudó durante mucho tiempo. Se sentía muy culpable con respecto a Siba. Su arrogancia los había puesto a ella y a sus cachorros aún por nacer en esta difícil situación, y sospechaba que una actitud humilde sería la mejor solución. Salió de su escondite y descendió con cautela por la pendiente. Se detuvo no muy lejos de la cresta y dejó que el viento de espaldas dejara deliberadamente su huella allá abajo, en el valle. Eso podría darle tiempo suficiente para ponerse a salvo si decidían atacar de inmediato. Esperó, extremadamente tenso, cada movimiento.

Prestaba especial atención a quien creía que era el líder. No se equivocó. De repente, el lobo fuerte y negro azabache miró en su dirección. Se puso de pie y, al instante, todos los lobos miraron con tensión a su líder. Lobo Negro miró a Djizeh inmóvil, pero desafiante. Los pequeños estaban entrenados para ponerse inmediatamente detrás de sus padres.

Los cachorros de un año se colocaron delante de ellos y la loba líder, en avanzado estado de gestación, se situó justo detrás de su macho, Lobo Negro. Ambos seguían sin saber qué pensar. Podría tratarse de una artimaña, pues detrás de aquel solitario desconocido podría esconderse toda una manada

. Zwartwolf y la loba líder tenían mucha experiencia y ya no se les podía enseñar gran cosa.
Djizeh avanzó cojeando exageradamente veinte metros, tan frágiles como peligrosos, hacia la manada de lobos. Cuando la recelosa loba alfa vio cómo le jugaba una mala pasada su hombro derecho herido, tomó de inmediato la decisión de acabar con él, pero el líder de la manada aún dudaba y era él quien tenía la última palabra. Lobo Negro miró a su loba líder y echó a trotar. Se acercó a Djizeh hasta situarse a diez metros de él, con todos los lobos adultos de la manada a una distancia respetuosa detrás de él. Djizeh tenía una última oportunidad: se tumbó boca arriba ante Lobo Negro, la postura más sumisa para un lobo macho, y esperó pacientemente. El líder de la manada se acercó a él, lo olfateó y vio la cicatriz en su hombro. Caminó con cautela hasta la cresta de la colina, comprobó que Djizeh estaba solo y tomó su decisión. Pasó junto a Djizeh y decidió dejarlo tal y como estaba: no suponía un peligro para la manada, pero tampoco era una ganancia. No tenía por qué matar a Djizeh, pues un lobo herido nunca sobrevive solo. No iba a ensuciarse los dientes con eso. Djizeh no lo entendió y al principio pensó que podía seguir al líder. Se levantó esperanzado y corrió tras Lobo Negro, pero este se dio la vuelta de inmediato, mostrando amenazadoramente

los colmillos al descubierto. «¡No te atrevas!» El líder de la manada bajó corriendo, hasta mucho más allá de la loba alfa, antes de que ella también se diera la vuelta, en total desacuerdo con el veredicto de su compañero. Djizeh también se dio la vuelta, aparentemente desilusionado, pero se consideraba un vencedor táctico. De repente, vio una oportunidad de sobrevivir a esta peligrosa manada. Les había dejado su tarjeta de visita de lobo solitario y discapacitado, pero no la de su Siba, que estaba en avanzado estado de gestación. Eso les ofrecía posibilidades de sobrevivir en el territorio de esta manada. Al fin y al cabo, su olor ya no les inquietaría. No tenía tiempo que perder. Aunque Siba estuviera preocupada, él bebería mucho toda la noche y haría innumerables pis en un gran círculo alrededor del lugar de descanso de la manada enemiga. Cada vez que detectaran su rastro, estarían tranquilos mientras no olieran la orina de Siba, que estaba embarazada. Eso sí que desencadenaría una guerra imposible de ganar. Empezó a correr. Al amanecer, acababa de completar el círculo y regresó exhausto junto a Siba. «Tenemos que cavar una madriguera lo antes posible donde tú y los cachorros estéis a salvo, y no debes volver a salir de este lugar ni ir de caza. No deben percibir tu olor bajo ningún concepto», le advirtió. Siba

sintió el movimiento de sus cachorros en su vientre y comprendió lo vulnerables que eran todos.
El plan salió a la perfección. Siba se pasó días enteros excavando la madriguera para hacerla cada vez más profunda y espaciosa, mientras Djizeh se encargaba de conseguir comida. Cada vez que Djizeh, aparentemente cojo, capturaba una presa, por grande o pequeña que fuera, se llenaba el estómago hasta reventar. Dejaba generosamente los restos y luego regresaba al nido con movimientos circulares para regurgitar la carne a Siba. Era siempre el momento más bonito del día para ellos: disfrutar de la carne con la alegre expectativa de los cachorros. A veces se inquietaban cuando la manada se ponía a aullar peligrosamente cerca de su nido. Entonces se quedaban quietos en la madriguera, conteniendo la respiración, y no salían en todo el día. A la mañana siguiente, Djizeh volvía a salir a cazar con Ra.
Un día salió de la madriguera sin estar del todo tranquilo. Siba se mostraba más inquieta de lo habitual. Había salido un momento, pero volvió a entrar enseguida. Djizeh partió, cumpliendo con su deber. A lo lejos vio a una bandada de cuervos revoloteando de un lado a otro, muy agitados. Ra ya había volado por delante para explorar la situación y regresó rápidamente con buenas noticias. Djizeh comprendió que no había prisa y se dirigió hacia allí con cautela, manteniéndose a cubierto

. Un ciervo adulto yacía derribado por la manada de lobos negros.

Desde una distancia segura, Djizeh los observaba atentamente, muy impresionado por la autoridad que Zwartwolf desplegaba. Con solo una mirada a un cachorro de un año, podía llamar al orden a los jóvenes lobos. Tenían que esperar su turno. La loba líder no parecía estar por ninguna parte. Djizeh no tuvo que esperar mucho. Al parecer, el líder de la manada quería volver rápidamente con su loba. El sol estaba alto en el cielo y los lobos más jóvenes apenas tuvieron tiempo de disfrutar del momento. Los cuervos se habían reunido en masa y volaban ruidosamente hacia el almuerzo. Djizeh podía imaginar lo que iba a pasar y tuvo que armarse de paciencia, salivando de anticipación.

Un oso negro se alarmó por el alboroto de los cuervos y se acercó para ver si merecía la pena. Aceleró el paso y ahuyentó a los cuervos. El colosal oso se tomó su tiempo. Nada ni nadie se atrevía a molestarlo. Poco a poco caía la tarde. Djizeh solo tenía más hambre y lamentaba haber tomado quizá la decisión equivocada de no salir a cazar él mismo. Por fin, el oso se marchó. Djizeh se acercó con cautela al corzo y los descarados cuervos le hicieron sitio respetuosamente. El lejano aullido del

Ver a la manada bajo el sol del atardecer le tranquilizó un poco y, apresuradamente, él y Ra comenzaron a comer. El corzo ya había sido devorado en gran parte por la furia del oso, lo que le facilitaba mucho más llevarse algo extra para Siba. El oso había roto uno de los muslos y Djizeh solo tuvo que arrancar la cabeza del fémur, recubierta de músculos y grasa.

Satisfecho, emprendió el camino de vuelta hacia su amada, evitando en la medida de lo posible el rastro de olor directo. Normalmente veía el rostro de Siba esperándolo en la entrada de la madriguera, sonriéndole, pero esta vez parecía ausente. Le invadió un presentimiento de miedo y se coló en la madriguera con cautela. Un poco más adelante oyó un revoloteo y un revolver y también la suave respuesta de Siba. Dejó caer el fémur a mitad de camino de la entrada de la oscura madriguera y corrió hacia ella. Su hocico contó rápidamente cuatro crías. Siba lamió el hocico de Djizeh en la oscuridad y él le correspondió con todo su amor. Con la lengua acarició suavemente a los cuatro cachorros.

Todo estaba completamente a oscuras, pero su amor no necesitaba ni un rayo de luz. A continuación, regurgitó toda la comida que pudo para Siba y llevó el muslo recortado al nido.

Aquel día, Djizeh se convirtió en un joven líder de la manada y Siba en una joven loba líder. Fue una apuesta y un destino que ambos lograron gracias al amor

el uno por el otro. Los cuatro cachorros le dieron alas a Djizeh de inmediato, pero también más preocupaciones. Hasta ahora todo había salido a la perfección: Siba había acumulado muchas reservas al mantenerse al margen durante los dos últimos meses de su gestación y los Lobos Negros no sabían nada de su existencia.

A la mañana siguiente, Djizeh lamió a Siba y a los cachorros y partió alegremente a cazar. Se sentía el rey del reino animal. Ra también estaba muy emocionada y consideró a los cachorros inmediatamente como sus propios hijos. Se sentía la cuervo de la manada, si es que tal cosa existiera.
Pasaron unos días. No hay mayor peligro que cuando uno cree que no hay peligro. Djizeh, en su euforia, se volvía cada vez más seguro de sí mismo y, por lo tanto, más imprudente. Ya no hacía sus movimientos circulares diarios, con el fin de llegar más rápido a los cachorros. Por eso, los rastros de olor hacia su nido se hacían cada vez más fuertes, más fuertes que los anteriores rastros circulares engañosos alrededor del nido de la manada de Zwartwolf. Tampoco Siba se hizo preguntas cuando él regresaba a casa cada vez más rápido.

La suerte no soporta que se la dé por sentada, como si fuera un mérito propio. La suerte solo pide un respeto sincero y un reconocimiento diario. No adoración, sino gratitud y

humildad, pues detrás de cada felicidad hay un ángel observando en algún lugar. Cuando respondes a la felicidad con humildad, es como si miraras a los ojos de ese ángel. Djizeh, por el contrario, sentía que su felicidad era fruto de su propio esfuerzo y que se la había ganado tras todo su sufrimiento. El joven líder de la manada aún tenía mucho que aprender.

Uno de los hijos más astutos de Lobo Negro no tenía mucho que hacer ahora que su madre, la loba líder, también tenía cachorros pequeños. Le gustaba vagar solo. El rastro de Djizeh no era nada nuevo para él, pero le llamó la atención que ya solo lo encontrara de vez en cuando. Como no tenía nada mejor que hacer, consideró que seguir el rastro era un ejercicio de caza ideal. Tampoco tenía por qué temer al lobo mayor herido, pues este fuerte hijo de Lobo Negro sabía correr como el mejor.

Una mañana, Pequeño Lobo Negro encontró un rastro fresco de Djizeh y decidió seguirlo. Como un cazador consumado, se deslizó tras el olor de Djizeh y mantuvo la vista fija en las vagas huellas de su presa. Le gustaba mucho jugar a ser cazador y, al mismo tiempo, pasar desapercibido. Lo hacía a la perfección. El viento era su aliado ese día y, de repente, vio, a un tiro de arco, cómo Djizeh

preparaba para abalanzarse sobre un corzo joven. Inmediatamente buscó refugio entre los matorrales. Djizeh ya estaba ocupada acabando con el corzo y buscando un glúteo, mientras Ra ya se llevaba su parte. Al Pequeño Lobo Negro le sorprendió lo poco que parecía afectarle a Djizeh su discapacidad y lo eficiente que era en su trabajo. Decidió seguir a Djizeh
Poco después, Djizeh dio por terminada la jornada y decidió ir a reunirse con Siba y los pequeños. Su estómago lleno y la otra pata del corzo que llevaba en la boca le bastarían para dos días. Siempre podría volver al día siguiente y ver si quedaba algo después de que los cuervos, siempre entusiastas, hubieran pasado por allí. Caminó tranquilamente hacia casa y el Pequeño Lobo Negro tuvo tiempo de sobra para no perder su rastro. El trozo de carne en la boca de Djizeh intrigaba enormemente al joven lobo; al fin y al cabo, un lobo no hace algo así, a menos que… y eso tenía que verlo. Djizeh llegó al nido; Siba estaba tumbada con los cuatro cachorritos en la entrada del nido, disfrutando del aire fresco y del sol del atardecer. Djizeh fue recibido con alegría y enseguida vomitó un poco de carne digerida para Siba. Los pequeños aún no comían carne. El Pequeño Lobo Negro observó sorprendido el espectáculo, retrocedió con cautela

hacia atrás y dio media vuelta para comunicar a su padre la gran noticia de los cuatro cachorros.
Gran Lobo Negro y la loba negra líder reaccionaron atónitos y felicitaron al Pequeño Lobo Negro por tanta audacia. Inmediatamente, Lobo Negro reunió un pequeño ejército de sus lobos más fuertes, con un orgulloso Pequeño Lobo Negro como guía. La loba líder se encargaría de organizar la defensa del nido de la manada. Cayó la noche y había prisa por encontrar el lugar donde Djizeh había anidado.
Djizeh descansaba un rato junto al nido, mientras Ra daba a los cachorros su primera lección de juego con cuervos. Siba aprovechó la ocasión para saciar su sed en el arroyo más cercano. Regresó a la madriguera, tras lo cual Djizeh se dirigió a su vez al arroyo. Apenas había dado un sorbo cuando oyó el aullido de alarma de Siba. Corrió de vuelta inmediatamente, pero para su gran consternación vio a toda una manada de lobos en la entrada de la madriguera, gruñendo excitados e intentando entrar en ella. Eso era sin contar con una furiosa Siba. Aullaba con fuerza y gemía ferozmente. Ningún macho se atrevió a entrar en la madriguera. Gran Lobo Negro tranquilizó a su manada para no malgastar energías. El tiempo resolvería esto fácilmente: ellos...

Durante un asedio que duró varios días, Siba dejó morir de hambre a los cuatro cachorros.
Djizeh observaba impotente desde la distancia. Ra se había unido a él y contemplaba la escena en silencio y abatido. El Gran Lobo Negro dejó atrás a cuatro de sus lobos más fuertes y regresó a casa para informar a su loba líder. Al día siguiente se encargaría de enviar refuerzos y provisiones para los cuatro. Cayó la noche. Los lobos montaban guardia de dos en dos. La luna llena tampoco jugaba a favor de Djizeh. Los cuatro estaban seguros de que Djizeh acechaba, pero eso no les importaba. El lobo «cojo» no tenía ninguna posibilidad frente a ellos.
¿Cuánto tiempo podría aguantar Siba sin comer ni beber? Djizeh estaba desesperado y no sabía qué podía hacer por Siba. En un ataque temerario contra los cuatro lobos no tendría la más mínima posibilidad. El negro azabache Ra tal vez pudiera colar algo de comida por la noche, pero tan importante como la comida era el agua para la leche, y eso Ra no se lo podía llevar a Siba.
Y, sin embargo, la valiente Ra no se dejaba disuadir de una acción suicida. El instinto maternal de Ra funcionaba a toda máquina. ¿Acaso no había reconocido a los cuatro cachorros como sus crías? Le dejó claro a Djizeh lo que quería hacer indicándole el camino hacia los restos del corzo. Aquellos

Esconder provisiones le pareció a Djizeh lo mejor que podía hacer aquella noche. Pero Ra tenía otros planes y Djizeh no pudo, o no quiso, detenerla. Una vez que volvió a saciarse con la carne fresca, arrancó un trozo que apenas podía llevar en el pico mientras volaba. Antes de que ella se dispusiera a emprender su misión, Djizeh la miró a los ojos e hizo algo que un lobo solo hace ante un superior. Se tumbó boca arriba ante ella. Ella le dio un último rasguño de despedida, alzó el vuelo y se dirigió al nido de Siba.

Los cuatro lobos estaban tranquilos. No yacían frente a la entrada de la madriguera, sino a una distancia segura, para que Siba no pudiera lanzar un ataque nocturno relámpago. Además, ninguna loba abandonaría a sus cachorros. Para Ra fue pan comido aterrizar perfectamente en la entrada de la madriguera con un bonito vuelo planeado. Los lobos levantaron la vista con desinterés y no le dieron importancia.

Ra rascó brevemente, para que Siba supiera que era ella. ¡Y vaya si Siba se alegró de su compañía! La poca carne era bienvenida, pero aún más importante era su presencia, un enorme apoyo en esta situación desesperada. A Ra ni se le pasó por la cabeza dejar sola a Siba. La ayudaría a aguantar el mayor tiempo posible y vigilaría la entrada de la madriguera, para que Siba pudiera dedicarse por completo a los cachorros

. Los guardias pronto descubrirían que no había sido inteligente dejarla entrar. Al primero que asomó la cabeza con cautela en la madriguera por la mañana, le dio un fuerte picotazo en la nariz, de modo que los primeros días no pudo salir a cazar debido a la sangre y el dolor. Ya podía darse por satisfecho de que no le hubiera dado en el ojo. Los otros tres lobos quedaron muy impresionados y decidieron resolverlo todo con paciencia, mucha paciencia. Los cachorros acabarían matando a Siba de tanto mamar.

Pasaron tres largos días. Djizeh se mantuvo siempre cerca con la esperanza de tener la oportunidad de abastecer a Siba. Los guardias se turnaban con regularidad y la loba alfa de la manada se acercó una vez para ver qué pasaba. Hizo resonar su voz con fuerza fuera del nido de Siba para desafiarla. Y sí, Siba lo estaba pasando mal. Los cachorros succionaban con tenacidad sus pezones, pero la leche solo salía a gotas. La sed la debilitaba poco a poco a ella y a sus cachorros. Ra no podía hacer más de lo que ya hacía, pero también ella se debilitaba a simple vista. Al día siguiente murió el primer cachorro. Por la noche, Ra arrastró al cachorro muerto, que apenas pesaba nada, hasta la salida. Los guardias se volvieron locos de alegría al ver a la primera víctima y jugaron con ella. El corazón de Djizeh sangraba y lloraba por Siba. El día

A continuación llegó un segundo cachorro. Al día siguiente, una Ra debilitada arrastró con gran esfuerzo al tercer cachorro hacia fuera, con la vana esperanza de que los guardias no supieran que aún quedaba un cuarto cachorro. Los lobos celebraban una fiesta de alegría cada vez y sabían, por Pequeño Lobo Negro, que aún quedaba un cachorro con vida. Siba hizo todo lo posible por salvar a su último cachorro, pero también la última teta falló y su lengua seca no podía ofrecer nada más. Sentía cómo el corazoncito se ralentizaba cada vez más hasta que, vacilante, se debilitó y apenas se notaba, como si la muerte tuviera piedad y le concediera a su cachorro el mayor tiempo posible. Por mucho que su propio corazón deseara morir junto a su última cría, no lo consiguió. Un día después, llovieron todas las lágrimas del mundo y murió la última cría de Siba y Djizeh. Ra lo arrastró con sus últimas fuerzas fuera de la madriguera y se volvió inmediatamente hacia Siba, para que la manada no pensara que abandonaba la defensa de Siba. Pero Ra tampoco pudo más. Murió totalmente agotada, fuera de la vista de los lobos, mientras los oía recibir el último trofeo.

Aquel día llovía a cántaros. Los guardias estaban empapados y contentos de que el trabajo hubiera terminado. Se marcharon al caer la noche y se llevaron al último cachorro como prueba para su loba líder de que todos los cachorros habían muerto y que ya no tenía que temer a la competencia. La loba líder

reaccionó con euforia y dejó que sus cachorros de un año jugaran con el cachorro extraño, ya que ya no tenía carne. Fue a la vez espantoso y despiadado.

Es lógico preguntarse si los ángeles solo se preocupan por los humanos, cuando también los animales convivían en armonía y paz en el Edén. Solo puede haber una explicación para esto: por lo que hicieron el Hombre y la Mujer, toda la creación, desde lo más grande hasta lo más pequeño, se vio arrastrada a su caída.

Djizeh había observado abatido y se apresuró de inmediato hacia la cueva. Al entrar, hizo oír su voz con vacilación, pero no hubo respuesta. El hedor era insoportable. En la entrada se encontró con Ra. La tomó con cuidado en la boca y la llevó hacia afuera. Regresó de inmediato con un mal presentimiento. El olor que flotaba en el aire no presagiaba nada bueno. Como un lobo ciego, a mitad de camino chocó inesperadamente con la cabeza de Siba y, con su lengua húmeda, le palpó la nariz y los ojos. Estaba caliente al tacto. Con la lengua buscó el camino hacia la de ella para humedecerla. Todo estaba completamente seco, pero él no se detuvo. De repente oyó un suave gemido. Siba aún estaba viva y tenía que salir del nido lo antes posible. Con cuidado, la arrastró por el

cuello hasta la salida. Ya casi no pesaba nada. La llevó hasta cerca de un gran charco de lluvia y se humedeció la lengua para lamerle la humedad de la boca. Eran solo pequeñas gotas cada vez, pero al cabo de una hora notó que ella podía tragar por primera vez. Djizeh perseveró y, tras unas horas, ella abrió suavemente los ojos, aunque él apenas podía verla. Djizeh aullaba y se regocijaba al mismo tiempo. La ayudó a mantener la cabeza sobre el charco agarrándola por el cuello, para que pudiera beber el agua con lentos lametones. Tras tres intentos, ella ya estaba agotada de nuevo, pero era un comienzo esperanzador. Volvía a llover y los relámpagos anunciaban una tormenta aún más furiosa. Djizeh arrastró a Siba de vuelta a la entrada de la madriguera y trasladó a Ra con respeto a un lugar entre rocas para protegerla de los carroñeros. La tormenta vino de manila, ya que no había ningún lobo ni oso merodeando. Durante toda la noche no dejó de llevarle agua a Siba. También sacó carne fresca de sus provisiones para la mañana siguiente. Llovió sin cesar durante tres días, lo que le dio a Siba tiempo para empezar a recuperarse. Pero, por muy lentamente que se recuperara Siba, su instinto maternal se despertó de inmediato. Lo primero que le vino a la mente fue revivir el dolor de haber perdido a sus pequeños, uno tras otro. Los echaba terriblemente de menos. El poco agua que ingería

la naturaleza la convertía implacablemente en leche. Los pezones, terriblemente maltratados por los cachorros desesperados y hambrientos, suplicaban un alivio que ni su cuerpo ni la naturaleza podían darles. Los ojos de Siba habían perdido su brillo. Con mirada apagada, parecían repetir sin cesar las imágenes de las sombras de sus cachorros, que se retorcían desesperadamente y tiraban hasta hacer sangrar de los dolorosos pezones, agrietados y desgastados. Entonces no había podido dormir por ello y ahora tampoco. Se sentía desdichada. Echaba de menos a sus pequeños, pero también recordaba lo agradecida que estaba por la presencia de Ra: sin ella, todo habría sido aún más difícil. Cada vez que moría un cachorro, Ra estaba allí, para, tras la necesaria paciencia en la despedida, llevarse al pequeño con la esperanza de que la manada abandonara el asedio. El cuarto día parecía anunciar el fin de la lluvia más intensa y eso ponía a Djizeh de los nervios. Tenían que marcharse rápido, antes de que la manada los buscara. Ahora era el momento ideal. Todavía llovía y sus patas embarradas y sus rastros de olor se borrarían rápidamente en las rocas duras, la hierba o las hojas. Djizeh apartó la comida de su boca para ella y se la masticó. Siba hizo todo lo posible; le costaba, pero lo consiguió. Siguió a su compañero ciegamente. Se empaparon, pero Siba no lo notó. Ni siquiera podía

pensar más. Tan débil como era Siba, tan fuerte tenía que ser Djizeh en un modo de supervivencia para dos.
Las nubes cargadas se apoyaban pesadamente sobre las estribaciones del Djebel Akhbar y apenas podían avanzar un metro más. Se desbordaban o estallaban al mismo tiempo para finalmente desaparecer en algún río y seguir rondando en una fina niebla. Era esta niebla la que Djizeh buscaba para escapar de la mirada de una manada furiosa. Aún no estaban a salvo. Siguió los flancos del Djebel Akhbar hacia el norte con la esperanza de encontrar un refugio para su familia.
Siba lo seguía y seguía y seguía, pero con gran dificultad. Al menos cada media hora, Djizeh tenía que detenerse dondequiera que se presentara un buen escondite. Entonces intentaba lamerle el pelaje para secárselo o darle algo de beber. Su cabeza aún zumbaba y
su lengua seguía completamente seca, mientras que sus pechos seguían absorbiendo toda la humedad. Cada esfuerzo le pesaba el triple. La pérdida de sus cachorros le quitaba cualquier impulso de huir, de vivir. Parecía que ya no había futuro, ni objetivo, ni rayo de esperanza. Todo se había desvanecido. Solo quedaba esa pareja que la mantenía con vida, pero ¿para qué?

Cayó la noche y la lluvia seguía cayendo a cántaros desde los desbordantes lagos de nubes. Djizeh se detuvo en el primer lugar seco que encontró para pasar la noche. Tuvo arcadas y vomitó lo poco que había conseguido comer justo antes de partir, y animó a Siba con suave insistencia a que comiera. Ella obedeció dócilmente y se tumbó, pero no se atrevía a cerrar los ojos. Sus ojos ya habían visto demasiada noche. La muerte de su cuarto y último cachorro fue para ella un golpe demoledor que le arrebató también su última voluntad de vivir. Cuando apenas sintió cómo Ra le arrancaba a su último cachorro de debajo, ya no tuvo fuerzas para resistirse. La muerte la sobrevinió, pero no superó su amor por Djizeh. Era como si Djizeh sintiera lo que ella sentía. Se acurrucó contra ella y, con los ojos abiertos o cerrados, veía una y otra vez cómo los lobos jugaban con cada cachorro muerto antes de llevárselo como prueba a la loba alfa. Solo mirarse ahora a los ojos les aliviaba su peor dolor y creaba la base para una nueva alianza de fidelidad, forjada en el fuego más ardiente, en un sufrimiento compartido y una pérdida inconmensurable. No podían soportar esto más que fundiéndose juntos en una sola pieza de hierro forjado, que tomó la forma de algo que ambos llevaban eternamente en el corazón. No tenían

ni la más mínima idea de qué podían hacer con esa mezcla ardiente de dolor y tristeza. Al final, fue su amor desinteresado el uno por el otro lo que determinaría la forma. Parecía imposible crear un símbolo para ello. Ningún recuerdo ni visión de futuro podía darle forma para ellos. Ambos habían sobrevivido a lo que no deberían haber sobrevivido y, así, solo les quedaba el uno al otro. Su sentimiento de culpa los llevó a la humildad y fue compartido por ambos de manera equitativa y justa. Fue una lección muy cara para adquirir de golpe la sabiduría de años.
El crisol acabó revelando su obra: un anillo para unirlos a ambos para siempre.

La belleza de la puesta de sol en medio de un arcoíris pasó ante ellos sin que se dieran cuenta.

7. SHIRA

Era la hija adoptiva del líder de la manada, Djizeh, y de la loba alfa, Siba.
No es que fuera su hija, era en todo más que su hija. Cuando Djizeh y Siba murieron, nadie de la manada de Shira disputó el nuevo liderazgo, pues ella no solo era diferente, era en todo superior.

Yahvé le dijo a Djibril: «La vida humana fuera del Edén debe poder seguir reproduciéndose. Toma a esta niña y déjala flotar en una cesta de mimbre desde la cuenca alta del Nahr Hadi».
El Nahr Hadi o Río Silencioso nace en lo alto, al norte del Djebel Akhbar, donde las Nubes Lentas, las Alsahb Albatiya, ofrecen su carga de agua gota a gota al río, discreto y silencioso, en su recorrido. A continuación, las profundas gargantas de las tierras altas al este del Djebel Akhbar sacuden bruscamente al Nahr Hadi, despertándolo de su lento y lene discurrir.
Djibril hizo lo que se le pidió y no se hizo preguntas. Cogió a la niña, la depositó en una cesta junto al manantial del Nahr Hadi y dejó que el río se la llevara.

El Alto Norte había sido despiadado con ella y llevó a Kjéreh desde el hielo polar hacia el desconocido sur. La loba polar ya no podía contar con su amado. Había visto cómo el clan rival despedazaba a su compañero desde muy lejos, y cómo después también mataba sin piedad a sus cachorros. No le quedaba más remedio que abandonar su tierra natal. Ningún líder de manada volvería a confiar en ella tras la temeraria aventura que ella y su pareja se habían atrevido a emprender. Completamente sola emprendió el viaje hacia el sur. La carrera veloz adormecía su dolor por la pérdida de su pareja y sus cachorros. Estaba en perfecta forma y avanzaba rápidamente. Pero su pelaje blanco como la nieve le dificultaba cada vez más atrapar a una presa. Finalmente llegó al Nahr Hadi. Mientras daba sus primeros pasos en las aguas poco profundas, oyó entre los juncos un ruido que no lograba identificar. Con cautela, se acercó sigilosamente, entre los tallos de los juncos, y se sobresaltó al encontrarse con un animal que le resultaba extraño. Este se retorcía con unas extrañas patitas en el aire. La cabecita del animalito se movía de un lado a otro, como buscando algo, y emitía un sonido extraño que parecía indicar que le dolía algo. El instinto maternal de Kjéreh se despertó de inmediato y sus pechos y pezones reaccionaron con la misma rapidez. Se acercó sigilosamente y

olfateó al animalito. A este pareció gustarle y dejó de llorar. Kjéreh miró a los ojos del bebé y se enamoró al instante. Lamió al pequeño con ternura y rápidamente le ofreció sus pezones. El bebé se aferró con avidez y disfrutó.

Djizeh y Siba se adentraban cada vez más hacia el norte. El Djebel Akhbar había quedado muy atrás. Hacía tiempo que Djizeh había dejado de estar en guardia ante la manada. Se había rendido. Ya no tenía fuerzas para defenderse de ningún ataque. Apenas podía dar un paso y ahora estaba tan débil como Siba, porque le daba toda la comida a ella. Si ambos tenían que morir de agotamiento, él quería irse primero; ya no quería seguir viviendo sin Siba. Quería poder darle todo lo que tenía. Ella era lo primero para él. Todos los animalitos o las bayas que aún podía recoger eran para ella. Llegaron a un río lento y poco profundo y bebieron agradecidos del agua.
De repente oyeron un grito. Djizeh aguzó inmediatamente el oído; provenía de más arriba. Se miraron el uno al otro. Lo que ninguno de los dos podía ubicar de inmediato era aquello en lo que intuitivamente pensaban juntos o buscaban, como si reconocieran juntos un olor de no hacía mucho tiempo. Pero seguía siendo extraño. Djizeh se acercó con cautela. Siba lo siguió con dificultad. Se miraron

. El grito tenía algo familiar. No el tono, sino la espontaneidad, la impotencia que se percibía en él. Djizeh dio unos pasos hacia delante entre los juncos ocultos. Siba lo siguió con curiosidad. Djizeh se sobresaltó cuando una cabeza de lobo blanca como la nieve se irguió a apenas tres metros de distancia. Kjéreh mostró los dientes. Djizeh retrocedió, mientras que Siba, ajena a todo peligro, se arrastró más allá de Djizeh. Kjéreh se dio cuenta de inmediato de que ninguno de los dos era rival para ella y vio en las mamas de Siba que, al igual que ella, había estado preñada y había amamantado a sus cachorros.

Al instante se sintió conectada con el destino que, sin duda, había azotado a esta desdichada pareja. Cambió de postura, dio un paso atrás y los invitó a acercarse a ver a la extraña criatura. La bebé gorjeó de alegría cuando la inundaron suaves lametones. El instinto maternal de Siba también se activó de inmediato. Aunque todavía le dolían los pezones, ella también le ofreció el suyo. La pequeña lo aceptó agradecida, aunque apenas salía leche.

Djizeh vio de inmediato cómo la alegría de vivir regresaba a los ojos de Siba. Lamió suavemente a la niña, como si también fuera su cachorro, y supo al instante que ya no quería entregarla. La poca leche que tenía

de nuevo para lo que estaba destinada: servir a la vida. Djizeh miró a Kjéreh y Kjéreh lo miró a él. El sufrimiento de ambos se leía en sus ojos como un estanque de lágrimas, por muy profundo que sea, cuyo fondo no puede ocultarse ante unos ojos que alguna vez llenaron ese mismo estanque.

Muchas cosas pasaban por la mente de Kjéreh. Comprendió de inmediato que nunca sería capaz de criar a la cría por sí sola. Su pelaje blanco como la nieve le jugaba malas pasadas durante la caza en el sur. Había que proteger a esta criatura, había que procurarle alimento y había que educarla. El destino puede dar un giro favorable, le dijo una voz interior. Aunque el muy debilitado Djizeh no era rival para ella, se tumbó boca arriba ante él, con su punto más vulnerable, el blando vientre, hacia arriba. Djizeh se apresuró a dejar claro a la fuerte loba que debía levantarse rápidamente. La necesitaba más que nunca.

La distribución de tareas dentro de la pequeña manada era obvia: Kjéreh y Siba amamantaban juntas a la pequeña y Siba se quedaba con ella mientras Djizeh y Kjéreh salían a cazar.

El pelaje sorprendentemente blanco de Kjéreh pronto resultó ser una ventaja para que Djizeh pudiera engañar a la presa desconcertada. De común acuerdo, llamaron a la pequeña Shira, que significa «grito» en el lenguaje de los lobos.

La primavera les ofreció generosamente todo lo que necesitaban para recuperar fuerzas, aunque Siba seguía débil y su cuerpo parecía rendirse cada vez más. El pelaje de Siba nunca recuperó su antiguo brillo, mientras que Kjéreh y Djizeh se hacían cada vez más fuertes. El verano transcurrió sin incidentes, al igual que el otoño, si no fuera porque Siba perdía dientes cada vez con más frecuencia y apenas podía ingerir alimentos consistentes. Djizeh se encargaba principalmente de alimentar a Siba, que muy pronto ya no pudo producir leche para Shira. Kjéreh asumió esa tarea sin que nadie se diera cuenta y también masticaba la comida para Shira.
Durante el invierno, los tres lobos cubrieron a Shira con su pelaje como si fuera una colcha de retazos.
En la primavera siguiente, Djizeh se apareó tanto con Siba como con Kjéreh. La naturaleza protegió a la débil Siba y, tras tres meses, le concedió un solo cachorro. Ella concentró sus últimas fuerzas en un lobo macho que pronto se convertiría en el mejor amigo de Shira. Siba lo llamó Graülv, porque se volvió más gris que el gris más puro.
Poco después, Kjéreh dio a luz a cinco cachorros. Siba se alegró por Kjéreh y Djizeh e hizo, con cada vez más esfuerzo, lo que aún podía hacer. Sentía que se estaba convirtiendo en un lastre para la joven manada. Djizeh tenía ahora que alimentar a muchas bocas. La parte que le correspondía a Siba se estaba volviendo una carga demasiado pesada para lo que

pudiera aportar a la manada, sobre todo con el invierno a la vuelta de la esquina. Su última leche hacía tiempo que se había secado. Una noche de finales de otoño, bajo la luna llena, se adentró en silencio en el Nahr Hadi y se dejó llevar por la corriente.

Al amanecer, Djizeh fue el primero en despertarse y miró el lugar vacío donde dormía Siba. Se levantó, siguió su rastro hasta el Nahr Hadi y supo de inmediato lo que había pasado. Puso toda su tristeza en su aullido. Durante horas se lamentó y lanzó su dolor al cosmos en largos y tristes tonos, confiando en que el viento lo llevaría hasta lo más profundo de los valles y barrancos del Nahr Hadi. Allí, su compañera de vida podría descansar en paz en alguna de las orillas.

Kjéreh no tardó en unirse a él junto con toda la manada. Todos aullaban con todas sus fuerzas. Sobre todo Shira y Graülv intentaban imitar el aullido con un tono agudo. Los demás cachorros también lo intentaron, pero pronto se rindieron. Shira siguió aullando con Djizeh y Graülv hasta el mediodía. Djizeh no paró hasta que el sol estuvo en su punto más alto y entonces se llevó a Shira y a Graülv de vuelta al lugar de descanso. Kjéreh se tumbó inmediatamente boca arriba ante Djizeh, pero él le pidió amablemente a su nueva loba líder que se diera la vuelta. Les esperaba mucho trabajo.

Kjéreh no pudo consolar ni un momento a Djizeh ni a Graülv aquella noche. Djizeh yacía con los ojos sin vida, mirando fijamente a una luna llena igualmente sin vida. No sabía cómo criar a los cachorros durante el invierno que se avecinaba sin el apoyo de Siba. ¿Cómo podría proteger a los cachorros sin que Siba los cuidara?

A la mañana siguiente ocurrió algo maravilloso, era como si Siba siguiera cuidando de ellos desde la distancia. Toda una familia de cuervos se posó junto a su refugio, parientes lejanos de Ra. Djizeh y Kjéreh recuperaron las esperanzas y pasaron los años.

Shira, como la «cachorra» mayor de sus padres, se había ganado el respeto de todos los miembros de la manada. Ninguno de los descendientes directos de Kjéreh y Djizeh puso en duda su liderazgo cuando ambos líderes de la manada se marcharon juntos una mañana y no volvieron a aparecer en los días siguientes. La búsqueda, dirigida por Graülv, no dio ningún resultado hasta que uno de los cuervos encontró a Kjéreh y Djizeh muertos en un profundo barranco. Ante toda la manada, Shira se tumbó de espaldas ante Graülv y esperó. Graülv esperó con humildad y miró a los ojos a cada animal de la manada. Cada miembro se inclinó ante ellos, sin oponer resistencia alguna, tras lo cual Graülv

y se situó inmediatamente junto a Shira. Los nuevos líderes de la manada habían sido elegidos.
Shira se sintió honrada por el respeto de sus hermanos y hermanas, pero se dio cuenta de que, en última instancia, esto no contribuía a la supervivencia de la descendencia de sus padres lobos. Aun así, tenía confianza. Djizeh le había hablado del asedio y de la muerte de los cuatro cachorros de Siba y de él. Y de cómo Kjéreh y Siba la habían encontrado, de cómo ella, Shira, había salvado la voluntad de vivir de Siba. Él le había asegurado a su hija humana que siempre tuviera confianza y que nunca perdiera el valor, tras lo cual Djizeh había lamido respetuosamente las tetillas de Shira y no había dicho nada más.
Era el mayor honor y la confianza más profunda que un lobo podía otorgar a una futura loba líder. Ella también tendría descendencia algún día, de eso estaba convencido Djizeh.

8. DESPERTAR A CIEGAS

Así como el invierno llegó temprano, la primavera tomó el relevo del duro invierno.
A Kaïn le picaba debajo de la nariz. Genog parecía haber tenido suficiente del invierno y le instaba a su dueño a que hiciera algo, ya que no podía quedarse quieto en su barba. Solo una hora más tarde consiguió Genog despertar al dormilón. Kaïn, que yacía entre las patas delanteras de Elon, vio un rayo de luz brillando en el pozo. Todo el hielo parecía haber desaparecido, aunque apenas veía nada con sus ojos enfermos. Se había quedado tan delgado como una lombriz. Con cuidado, se deslizó entre las pieles con la esperanza de no despertar a Elon. Kaïn estaba enormemente debilitado, ¡pero estaba vivo! Su cuerpo había estado privado de comida durante todos esos meses y ahora tampoco la reclamaba de inmediato. El frío glacial había paralizado prácticamente su metabolismo, pero había pagado un alto precio por ello: su vista se había vuelto completamente turbia y borrosa. Con todo el esfuerzo del mundo, consiguió encender un fuego a tientas. Estaba agotado. Poco a poco fue ordenando sus pensamientos. ¿Podría aún salir de esta trampa? ¿Y sus ojos? Se los frotó con los nudillos, pero

no sirvió de nada. Solo veía vagas siluetas entre el blanco y el negro, la oscuridad y la luz, y no distinguía ningún detalle.
Caín se devanaba los sesos tratando de orientarse en la penumbra. Buscó a tientas la bolsa de Genog y buscó apoyo en él. «Ahora comprendo por fin lo que estás pasando». ¿Y cómo iba a sacar al oso Elon de allí si él mismo apenas podía ver? Lo primero era salir él mismo del pozo. A tientas, buscó torpemente la cuerda. Lo intentó, pero pronto comprendió que tenía que hacer una especie de escalera con los troncos inclinados para poder trepar más alto con sus brazos debilitados. Asomó la cabeza por encima del pozo, respiró hondo y buscó el lugar donde había muerto la osa, pero solo distinguió una penumbra gris. Buscó con las manos un punto de apoyo para izarse del pozo, pero de repente notó dos pies que se retiraban apresuradamente. —¿Djibril? —gritó, agradablemente sorprendido. Su voz aún no tenía mucha fuerza.
Salió a duras penas del pozo para buscar de nuevo los pies a gatas. «¡Djibril!», gritó de nuevo, mucho más fuerte, pero solo oyó sonidos extraños y el arrastrar de un animal.

Shira se sobresaltó y dio rápidamente unos pasos alejándose del borde del pozo. Junto con toda la manada, observó cómo el desconocido daba vueltas a cuatro patas, como un lobo ciego

. Shira se quedó clavada en el suelo. Por segunda vez veía una especie animal que se le parecía mucho. Antes del invierno ya había visto de lejos a esta extraña criatura cuando habían dado caza a sus enemigos acérrimos, los tigres dientes de sable, no muy lejos de este pozo.
Shira tuvo una extraña sensación. El desconocido parecía ser de su misma especie, pero le desconcertaba su barba, y además tenía algo entre las piernas, como su padre Djizeh y muchos otros lobos de su manada. Tampoco le veía pechos. Eso le despertó la curiosidad y la intrigó enormemente. Se sintió desconcertada y se retiró en silencio con la manada para consultarlo con todos.

Kaïn resultó no estar solo y, poco después, descendió exhausto de nuevo al pozo e intentó encender el fuego de nuevo. Le exigía mucha fuerza. No recordaba haber estado nunca tan débil y se desplomó junto al fuego.
Elon se despertaba poco a poco. El humo embriagó a Caín y pensó en las visiones en espiral que había tenido durante su largo letargo invernal. Su mente recordó los regalos majestuosos que surgían del mar.
De inmediato, esas revelaciones le resultaron muy dolorosas. ¿Cómo podría compensarlo? ¿Qué podía hacer, si ya no veía nada? Una vez más, fue el recuerdo de

Abel le dio la respuesta: a Abel no le importaba su pierna rota, eso no compensaba todo lo bueno que había podido experimentar en el pozo. Pero Caín no sabía cómo seguir cuidando y ayudando a Elon y a Genog, cuando quizá él mismo necesitaba más ayuda. Buscó más a tientas que con los ojos si quedaban bayas secas y comestibles, pero pronto se llevó una decepción. Temía morir sin haber cumplido su promesa a la osa.

Con gran esfuerzo, ató unos troncos entre sí para que sirvieran de escalera a un oso adulto. Levantar los troncos le costó sus últimas fuerzas y cayó desmayado. Por mucho que Genog intentara estimularlo bajo la nariz, no sirvió de nada. Caín permaneció en tierra de nadie, como si estuviera comenzando una nueva hibernación.

Elon se despertó y se sacudió para despertarse del todo. Miró hacia la escalera y vio a Caín tendido allí, inconsciente. Se acercó inmediatamente a él y empezó a lamerle la cara. El calor de la lengua del oso hizo que Caín recuperara el conocimiento por un momento. Con sus dedos rígidos y demacrados, Caín acarició agradecido la cabeza del oso, contento de que, al parecer, Elon pudiera volver a usar su pata. «Elon, ayúdanos a Genog y a mí. Yo ya no puedo subir. Voy a atarte una cuerda al cuello; cuando llegues arriba, sácanos del pozo». El oso

que le colocaran de buen grado un sencillo arnés y, con sus grandes garras, se enganchó a los troncos que ofrecían una salida del pozo. Una vez arriba, sintió que la cuerda se tensaba y tiró con todas sus fuerzas para sacar del pozo al demacrado Caín y a Genog.

Caín estaba agotado por lo poco que aún tenía que hacer por sí mismo. Sentía que se acercaba su fin, hasta que, en la penumbra, volvió a ver la extraña figura. Cualquier ayuda le parecía ahora demasiado tarde. Se arrastró a tientas hasta la espalda de Elon, se aferró como pudo a la armadura y le indicó a Elon a quién debía seguir. Sus ojos le fallaban por completo, hasta el punto de que pensó que ya estaba muerto. «Djibril», murmuraba una y otra vez en su lucha contra la muerte. Caín perdió toda noción del tiempo y el espacio. Genog se aferraba a la barba de Caín, mientras Elon avanzaba con cautela hacia el río, siguiendo al desconocido.

Shira observaba junto a sus lobos. Cada día, si el tiempo lo permitía, ella y su manada se acercaban con curiosidad a mirar el pozo. A menos de diez metros, se dio cuenta de que Caín amenazaba con resbalarse de la espalda de Elon, y ordenó a sus lobos que se detuvieran y mantuvieran la distancia mientras ella se acercaba a Elon y Caín. Se fijó especialmente en Elon, pero este no mostraba ningún signo de malicia. Ella

Se arrodilló ante su cabeza. Los lobos que tenía detrás observaban tensos y estarían listos para intervenir en cuanto Elon hiciera el más mínimo movimiento en falso. Shira posó la mano sobre la cabeza de Elon. Este no se movió. A continuación, tocó con cuidado a Caín. Estaba helado al tacto. Dejó que sus lobos se acercaran tranquilamente. Elon se mantuvo quieto. Genog no entendía en absoluto lo que estaba pasando. Los lobos se tumbaron obedientes en círculo a su alrededor, mientras Shira echaba un vistazo al pozo. Encontró allí algunas pieles viejas y correas de cuero, y quedó impresionada por la bolsa de provisiones de Caín. Se lo llevó todo consigo. Una vez arriba, reforzó la armadura de Elon. Envolvió las piernas de Caín con pieles y le cubrió la espalda y los brazos con las mejores piezas.

Mientras tanto, la mente de Caín contemplaba un abismo profundo, que no podía ser otro que el que se extendía desde la cima de la montaña más alta, el propio Djebel Akhbar, desde lo más alto hasta lo más profundo a sus pies. Era como si cayera desde allí y siguiera cayendo. Hacía tiempo que sus labios ya no podían murmurar ni balbucear, pero su subconsciente seguía centrado en las historias de Abel sobre Djibril.

Y Djibril estaba allí: Shira ató a Caín lo mejor que pudo a la armadura. La espalda de Elon sería una fuente de calor para Caín. Ella hizo una señal a sus lobos para que emprendieran el viaje hacia el Nahr

Hadi, el río donde la habían criado sus padres, Djizeh, Siba y Kjéreh. Shira caminaba junto a Elon y mantenía una mano sobre Caín. Su hermano mayor, y también el más querido, se puso a caminar a su lado. En lenguaje de lobos, deliberaban en voz alta.

«¿Qué opinas, Graülv, qué harían nuestros padres ahora?» El lobo gris hacía honor a su nombre y era más gris de lo que un lobo podía ser. «Harían lo mismo que hicieron contigo entonces: alimentarlo, mantenerlo caliente, ayudarlo y vivir con él». Se quedó callado un momento: «Se me olvidaba algo: y aprender de ti». La miró con ternura. Ella le dio las gracias con una sonrisa. «¿Tenemos carne para él?», se preguntó Shira. «¿O leche?», sugirió Graülv.

De repente, ambos se sobresaltaron. Oyeron a Caín repetir la palabra «leche» en puro lenguaje de lobos. El suave balanceo y el calor de la espalda de Elon lo habían devuelto en silencio al mundo de los vivos. La palabra «leche» era precisamente la palabra con la que Caín había practicado tanto en su infancia con Abel y Loep. Shira y Graülv no se atrevieron a decir nada más de inmediato, pero ambos lo interpretaron como una señal de que estaban haciendo lo correcto por este forastero, que parecía digno de confianza. A Graülv también le dio que pensar: Shira había encontrado a alguien similar. La extraña caravana se detuvo aquella primera noche en el lugar

donde la manada había pasado la noche anterior. Shira liberó a Elon de su carga y acostó a Caín sobre las pieles en las que ella solía dormir. Pidió a sus primos y primas que se acostaran lo más cerca posible de él, mientras ella tomaba un trozo de hígado del cadáver de un animal cuyo origen apenas se podía reconocer. Como loba alfa, disfrutaba del privilegio de la primera elección. Su madre adoptiva, Siba, había inculcado a sus hijos desde pequeños que Shira no podría sobrevivir a base de trozos de carne fibrosa.

La última pérdida de conciencia de Caín le había privado de la poca luz que aún podía ver. Al primer contacto con un lobo, muy cerca de él, acarició esperanzado a su salvador: «¡Loep! ¿Eres tú?». Shira le tendió inmediatamente un trozo de hígado y él se sobresaltó al sentir la mano. «¿Abel?» Ya no entendía nada. «¿Djibril?», intentó, pensando que solo podía ser Djibril. Comenzó a masticar lentamente la carne. Tras un primer trago difícil, dijo: «Gracias, Djibril».

Shira le tendió inmediatamente otro trozo. Estaba completamente desconcertada. Extraños sentimientos de tristeza y alegría se mezclaban en una maraña de la que no sabía cuál de los dos prevalecería. ¿Tristeza porque de repente se sentía una extraña en su clan natal? ¿Alegría porque tenía un pariente?

¿Había encontrado a alguien que se le pareciera mucho? Aunque fuera con diferencias que tenían mucho que ver con el género, como ocurre entre un lobo y una loba. Intuitivamente, ella se había sentido cada vez más identificada con una loba con pechos y raja. Y de repente allí yacía un ser con muchas similitudes, pero también con atributos del otro sexo, como su hermano, Graülv, que intuía perfectamente su conflicto.

Él le hizo una señal para que se alejara un poco: «Me preocupa de qué manada proviene. Conoce la palabra "leche", es un cachorro de lobo. Quizás lo criaron los Lobos Negros, los enemigos de nuestros padres. Puede ser una trampa. ¡Ten cuidado!». Djizeh les había inculcado las historias de sus padres sobre la manada de Lobo Negro para mantenerlos siempre alerta. Por otro lado, Djizeh, Siba y Kjéreh se mostraban siempre sorprendentemente tolerantes con los lobos solitarios extraños que se ofrecían a unirse a su manada. A menudo, estos lobos reforzaban la manada al proporcionar descendencia con más fuerza o mejor resistencia y salud.

«Creo que es viejo, Graülv. Débil y ciego, igual que Djizeh antes de caer al barranco y morir».

«Yo creo más bien que está enfermo. Debemos tener paciencia», dijo el lobo que envejecía más rápido, que se mostraba más comprensivo que Shira.
Shira se acurrucó esa noche junto a Caín, como suelen hacer los lobos cuando uno de ellos, enfermo, debe hacer frente a la fría noche. Su cuerpo temblaba de calor, mientras que el de Caín se estremecía de frío. «Leche», repitió ella varias veces hasta que, de repente, le oyó murmurar perfectamente «leche» en el más puro lenguaje de los lobos. Eso la volvió a sorprender. Ese desconocido no era un desconocido. Graülv oyó sus murmullos y no pudo dormir aquella noche. Previó perfectamente lo que algún día sucedería y, ya aquella noche, con los sentimientos más tiernos, comenzó a despedirse de su querida loba líder.
«¡Basta! ¡Elon!», gritó Caín de la nada, seguido inmediatamente por «¡Djibril!». Entonces cayó de nuevo en un abismo sin fin.
Shira también se despertó sobresaltada y observó con asombro cómo toda la manada se había reunido a su alrededor. Habían esperado. Habían esperado mucho tiempo. Graülv ya les había dejado todo claro en silencio. Graülv se acercó a ella y le hizo una señal. Ella se levantó de inmediato y lo siguió hasta que se quedaron solos.
El lobo de pelaje gris más puro de entre todos los lobos se dio primero la vuelta y se puso de espaldas a ella, se enderezó de nuevo y dijo:

«Hermana…», pero no tuvo oportunidad de hablar. Ella también se tiró al suelo ante él con la rapidez del rayo, se dio la vuelta y se quedó tumbada así ante él. Cerró los ojos. Graülv se acercó a ella y le lamió la cara, y ella también se giró y le lamió los ojos, tras lo cual se miraron fijamente a los ojos. Un par de ojos a otro.
Graülv habló primero: «Nuestros antepasados siempre fueron hospitalarios, pero esto es diferente. Esto es más. Esto es como tú fuiste y como eres. Más». Inclinó la cabeza y bajó la mirada, algo muy excepcional en un lobo. Graülv había aprendido eso de ella cada vez que ella tenía que confesar humildemente un error. Aunque él no había cometido ningún error, ahora bajaba la mirada. Tampoco tenía nada que ver con errores, era más bien por amor y por la tristeza ante su inminente partida de la manada.
Shira no sabía qué responder. Apenas era dos años mayor que Graülv. Él era el hermano mayor y el único superviviente de la segunda y última camada de Djizeh y Siba, quien siempre se había preocupado más por ella. Djizeh siempre le había insistido a Graülv que, sin la llegada de Shira, nunca habría habido un Graülv, ni una nueva manada.

Durante diez primaveras, Graülv se había quedado sin palabras ante el hecho de que Shira hubiera permanecido como una niña durante tanto tiempo para, en los últimos años, evolucionar de repente muy rápido, como si él mismo fuera ahora más un niño en comparación con ella. Ella parecía más, no, ella era más. La intuición de su madre había sido acertada: ella debía ser amamantada.

Graülv le dijo: «Hermana loba, debes marcharte con este forastero. No te preocupes más por nosotros. Djizah ocupará tu lugar. Nunca estaremos muy lejos. Llámanos. Siempre estaremos ahí. Nos iremos en cuanto creas que estás preparada».

Ella miró a su hermano. Los lobos no conocen las lágrimas como las conocen los humanos, pero sí las tienen. Las pierden detrás de los ojos y las traducen en aullidos. En el caso de Shira, Graülv no necesitaba sentirlas: corrían desconsoladas y a la vez agradecidas por sus mejillas. A Graülv le resultó demasiado intenso y entonó, suave y casi inaudiblemente, para ella y solo para ella, un lamento aullante. Pero la más joven de toda la manada, la favorita de Shira, siguió el homenaje a Shira, lamentándose, con unas cuerdas vocales quebradas e inmaduras que buscaban desesperadamente, a trompicones, su camino hacia una escala inalcanzable. Inmediatamente, el resto de los jóvenes comenzaron a llorar, pero también sus cuerdas vocales se atascaron de tristeza y, al fin y al cabo, sus jóvenes músculos del

cuello se tensaron.

Djizah acudió en su ayuda y lamió toda la tristeza de sus ojos.

El invierno dio paso a la primavera. Elon se había ido al río a pescar salmones para la manada, y los lobos se turnaban como mensajeros para llevar la captura a Caín y Shira. Genog se quedó cerca, en la bolsa que llevaba Kaïn al cuello; aún no sabía cómo lidiar con el olor de los lobos tan cerca y apenas se atrevía a salir de la bolsa. La conciencia de Kaïn se despertó al sentir una mano suave que intentaba introducirle huevas de salmón en la boca. Le pareció oír una voz en un idioma que le resultaba extraño y perdía el conocimiento una y otra vez. «Gracias, Djibril», repetía sin cesar. Con paciencia, infinita paciencia, la mente de Caín fue traída lentamente de vuelta al presente, pero la luz de sus ojos no regresó. La mano amable a menudo le hacía llorar de gratitud, pero también de dolor por los recuerdos de las disputas con Abel. Estos se imponían con fuerza, con todas sus burlas y el ridiculizar la historia de Abel. Era mejor que ahora estuviera realmente ciego, así juzgaba con severidad en su subconsciente. «Una vez vi el Edén y no lo merecía. Vi lo más bello que existe y no lo

. No merecía, con razón, que me dejaran entrar. No merezco ver nada más con unos ojos que llevaban años ciegos mientras yo aún veía. El querubín debería haberme matado. ¡Perdóname, Djibril!». Aferró con fuerza la mano del desconocido, pero Shira no le entendía y se quedó asombrada por la variedad de sonidos del idioma.

Caín se fue recuperando poco a poco. Genog le servía de distracción y aquel otro forastero hacía todo lo posible por cuidarlo: darle de comer, lavarlo, cortarle el pelo y la barba, para gran protesta de Genog, que ahora tenía que volver a resignarse a la bolsa. Una mañana, después de que el forastero lo hubiera lavado, Caín mezcló un poco de agua y tierra y dibujó la manzana mordida en su frente. El forastero tocó suavemente la marca y comenzó a borrarla con mucho cuidado con un trozo de piel. Inmediatamente, Caín tocó respetuosamente la mano y contuvo el aliento. «¿Madre?», exclamó confundido. «Ash'adu an la ilaha illa-llah», añadió de un solo aliento. Shira se sobresaltó y no supo qué responder. También empezó a hacer algo más de calor y Caín fue recuperando fuerzas poco a poco. Shira no se apartó de su lado ni un momento. Todo lo que les pedía a los lobos, ellos lo hacían por ella. Caín empezó a hablar más, y a Shira le llamó la atención que el nombre «Loep»

Cada vez era más frecuente que lo llamara así cuando venía de visita su cachorro favorito de Djizah y Graülv. Por eso, empezó a imitar el nombre «Loep» en el idioma de Kaïn cuando el pequeño estaba allí. Kaïn empezó a entenderlo y a veces intentaba preguntar por «Loep». Poco a poco, todos los lobos, incluida su madre Djizah, llamaban al pequeño «Loep», aunque se redujera a «oe». Solo Shira conseguía pronunciarlo perfectamente como «loep».

El ciego Caín siguió llamando a Shira «Djibril». Esto tuvo un enorme efecto en la vida emocional de Caín. Le obligaba a rendir cuentas ante Djibril y a comprender lo mal que había actuado en el pasado. No tenía ni la más remota idea de la realidad actual que ahora se le presentaba. Amaba la mano que lo lavaba, que le susurraba frases en un lenguaje cantarín y melodioso, como a veces también solía hacer el difunto Loep. Djibril estaba cerca de él, eso era seguro. Le daba las gracias una y otra vez. Le daba las gracias por haber ayudado a su hermano a entregar la manzana a sus padres. Shira no entendía por qué la palabra «Djibril» aparecía una y otra vez, pero se alegraba porque podía sentir la gratitud en las extrañas palabras que le dirigían. Las palabras no tenían por qué tener sentido, aunque le decían mucho y avivaban su amor por Caín.

Al día siguiente, Graülv llegó al atardecer al lugar donde se alojaba la manada y corrió hacia Shira: «Oe ha caído en una cueva y no puede salir. Solo tú puedes sacarlo». Ella se marchó de inmediato sin poder decirle nada a Caín. Tampoco sabía cómo decirle algo para que él lo entendiera. El pequeño Loep era ahora más importante. Caín se quedó solo, completamente solo, pero no se dio cuenta.

Se hacía tarde. Hacía tiempo que Caín ya no veía caer la noche, pero el enfriamiento de la tierra era para él como un reloj.

«¿Djibril?», gritó de repente, como si fuera obvio que él estuviera allí.

—Estoy aquí, Caín —respondió Djibril.

Caín reaccionó sorprendido: «¿Dónde se ha metido de repente tu tono cantarín y por qué ahora te entiendo tan bien? ¿Por qué hablas con palabras que ahora comprendo y ayer no?». «¿Acaso no me entendías? Sin embargo, hablo el mismo idioma. Alguien más hablaba en mi lugar. Me llamabas por alguien que no era yo, pero que te ama tanto como yo».

Recuerda estas palabras. Su nombre es Shira, que significa: “grito”». Djibril posó la mano de Shira, que no estaba presente, un segundo sobre la mano de Caín y se marchó.

«¿Djibril? ¿Shira? ¿Shira? ¿Djibril?» No sabía qué pensar. «Shira», se repitió en sus oídos. Se quedó dormido, pero pronto volvió a despertarse. No dejaba de repetir las palabras: «Me llamaste por alguien que no era yo, pero que es como yo también te amo».
Fue la mano lo que confundió a Caín.

Djibril no podía mostrarse más explícito por el momento. La caña se había doblado, pero aún no se había roto.

La manada regresó tarde aquella noche. El pequeño Loep saltó de alegría sobre el dormido Caín.
—¿Dónde has estado tanto tiempo? —preguntó Caín, acariciándole la cabeza con gratitud. Shira se acercó a ellos; él sintió su mano—. ¿Shira? —preguntó.
Ella se sobresaltó. Le tomó la mano y se la apretó contra el pecho. «Shira», recalcó, y le puso la mano sobre su propio pecho. Caín no entendía lo que ella quería. Ella volvió a apretarle la mano contra el pecho y repitió: «Shira». Inmediatamente volvió a llevársela al pecho. Caín lo entendió, tomó la iniciativa y apretó la mano de ella contra su pecho: «Caín». Ella repitió ese extraño sonido, pero por el momento no consiguió articular más que un «aïiiiin».

Fue el comienzo de muchas horas de clases de idiomas entre Shira y Caín. Rápidamente, las clases tomaron un solo rumbo: Shira aprendía el idioma de Caín. Se sentía como volver a casa en el mundo de los humanos. Por supuesto, Shira aprendía el idioma de Caín más rápido que Caín el idioma de los lobos, porque a menudo él no podía sentir ni ver lo que ella intentaba mostrar o nombrar. Una vez que dominó los sonidos, todo fue más rápido.

La primera clase ya empezó de forma divertida cuando Caín la presentó a sus amigos: «Este es Elon». Shira lo repitió a la perfección. Tampoco era tan difícil de entender, porque cada ser lleva en su interior un recuerdo lejano de la palabra más hermosa del Edén. «Y este amiguito se llama Genog». Eso ya era otra historia. Shira respondió «Henoch», no podía pronunciar la «g» y la convertía en una «h» o una «ch». Cuanto más lo intentaba Caín, más difícil se hacía, porque ninguno de los dos podía seguir poniéndose serio. «Me rindo, a partir de ahora mi querido amiguito se llama Henoch».

Shira tomó a Genog en sus manos, le besó el hocico y dijo: «Henoch». Lástima que ni el flamante «Henoch» ni Caín pudieran ver los dulces ojos de Shira.

Conmovido, Caín tomó a Henoch de sus brazos y le dijo que su nombre había cambiado ligeramente, que ambos

estaban ciegos y que debían seguir ayudándose mutuamente tanto como pudieran.
El sabio Graülv, que hacía tiempo que ya no participaba en las partidas de caza, vio suceder lo que había previsto hacía mucho tiempo y no pudo sentirse triste por ello. «Pregúntale de qué manada viene» era para él la pregunta más importante que había que hacer. Shira le transmitió la pregunta y, de inmediato, fue el inicio de una historia que a Caín le llevó horas contársela a Shira. No pudo contar muchos detalles porque el vocabulario de Shira aún era demasiado limitado.
Describir sentimientos era prácticamente imposible. Al principio puso el énfasis en sus padres, la cueva, Loep, pero guardó silencio absoluto sobre Abel. El pequeño Loep estaba siempre presente y cada vez que Caín contaba algo sobre su hermano mayor Loep, Shira se lo traducía al pequeño Loep, que sonreía radiante y se sentía orgulloso de tener un homónimo así. Graülv también escuchaba. Shira lo disfrutaba, pero a Graülv no le parecía del todo bien. Graülv no quería entorpecer la felicidad de Shira y guardó silencio para no inquietarla.
Caín vivió la mejor época de su vida con Shira a su lado. Ambos sabían poco de la vida que habían tenido antes, porque aún no disponían de palabras suficientes para contárselo con franqueza. Para expresar las experiencias más dolorosas

, se necesitan más palabras, mientras que el enamoramiento apenas requiere de ellas. Su lenguaje corporal, libre y espontáneo, era lo que más le decía a Graülv. Fue el amor entre ambos lo que triunfó. Era puro elon. Para Caín se había traspasado una frontera: podía poner su vida en manos de otra persona y ya no tenía que confiar únicamente en sí mismo. Le dio a Shira toda su confianza. Si antes no podía confiar en Dios, y aún no podía, ahora sí era capaz de confiar en un ser humano. Dedicaba todo su tiempo a las clases de lengua de Shira y Shira era una buena alumna. Le enseñó todas las palabras. ¿Todas? Solo se atrevía a no enseñarle las palabras relacionadas con Abel y Edén. Todavía se sentía profundamente avergonzado ante este ser amoroso por lo que había hecho en el pasado. No podía ocultar su marca, pero solo le dijo que Yahvé lo había repudiado. El mero hecho de recordarlo le provocaba un nudo en el estómago y le impedía traducir aquella vergonzosa y triste historia.

9. LUNA LLENA

Cuando la luna quiere eclipsar al sol, le roba su luz y se encuentra más cerca de la Tierra, toda la vida se agita de repente.

Eva seguía sentada junto al manzano, al borde del campo sangriento, y su rostro reflejaba la luz de la primera luna llena de primavera. Recordó cómo, en aquella primera noche fuera del Edén, la luna estaba tan llena como ahora. Durante los primeros años, eso le infundía miedo: la violencia despiadada del hombre en lo más profundo de su cuerpo y su alma, su orgullo y su lujuria, el acontecimiento desconocido, el dolor, el rechazo, el asco que sentía por él. Eva se preguntaba a menudo, en retrospectiva, si esa no había sido una de las razones por las que Caín se convirtió en el asesino de su hermano. Caín, así lo sentía ella, no había sido creado en el amor.

«¿No vienes a dormir?», le preguntó Adán una vez más, lleno de amor, a Eva. Ella lo miró. Sus ojos brillaban. Se levantó y siguió a Adán hasta su lecho.

¿Cómo había cambiado todo tanto? Ahora Adán, como el Hombre, la trataba con suma ternura, la besaba suavemente, la acariciaba con respeto y esperaba reverentemente a que ella le abriera los muslos, solo cuando a ella le pareciera bien. Todo estaba bien también para él. Así como la había reclamado y le había hecho daño aquella primera noche, así

esperanzado se mostraba ahora Adam. Ella se había convertido en su superior a petición suya y con su consentimiento. La igualdad ya no le importaba. Ella era la superior en elon, y por eso era más. Él lo admitía con nobleza y se lo concedía de todo corazón. Eva recordaba muy bien que había sido creada a partir de una costilla suya. A ella le resultaba más fácil sentir amor por él. Sentía que su amor por él era evidente, pasara lo que pasara. Desde su punto de vista, Adam ahora daba el doble de amor y ella nunca podría igualarlo. Sin embargo, se daban el uno al otro tanto como recibían el uno del otro. Lo femenino y lo masculino estaban siempre presentes en ambos en igual medida. Por eso, sin premeditación y sin quererlo, ambos se hicieron iguales desde su más temprano origen. La igualdad surge solo de lo humano, que es menor, pero al mismo tiempo de lo divino, que es mayor. Así, poco a poco lograron aumentar proporcionalmente el valor del otro en el amor y el gozo mutuo. Eso los unió, para que de su unión naciera uno.

*

Esa misma noche, Shira le preguntó a Caín: «¿Puedo dormir?», aún no dominaba el idioma lo suficiente como para preguntarle si podía dormir con él. Aunque el cuerpo de Caín ya

por su cuerpo, consideraba que no tenía derecho a recibir más amor del que ya recibía cada día de esta mujer. Shira quería ser su esposa, él ya lo había notado en otras ocasiones, pero siempre la rechazaba. «Lo siento, pero no me lo merezco: ¡mira mi marca!». Y entonces Shira se alejaba cada vez, respetuosa, pero triste. Con esta luna llena, de repente todo fue diferente, porque el día también había transcurrido de otra manera.
Por primera vez, Shira tuvo palabras suficientes para decirle lo que llevaba tanto tiempo en su corazón. Al igual que Caín le había dicho espontáneamente ese mismo día lo mucho que quería a Henoch y a Elon, ella utilizó ahora esas nuevas palabras: «Quiero a Caín». Esto tomó por sorpresa al corazón de Caín por completo. Balbuceando, respondió: «Quiero a Shira». Caín, ciego, encontró sin dificultad alguna con los dedos el camino hacia sus labios. Los acarició suavemente, acarició con respeto y delicadeza sus pómulos, sus ojos, su nariz, sus orejas, y ahora podía formarse una imagen perfecta de su rostro. «Quiero a Shira», repitió. Y ella cerró los ojos que él no podía ver, y palpó con igual ceguera su rostro, su pecho y sus brazos, las numerosas y duras estrías de las cicatrices, las huellas del dolor que él debía de haber sufrido. Aún con los ojos cerrados, los besó suavemente, al igual que él había besado sus ojos.

besó. Le animó a que se tumbara y se sentó encima de él. Caín se rindió entre lágrimas y aquella noche hicieron el amor entre lágrimas de felicidad por tanto amor.

*

Yahvé llevó sus lágrimas de felicidad hasta el manzano junto al campo de sangre.

Djibril no se volvió, pues no necesitaba sentir nada ante lo que estaba sucediendo. La razón y los sentimientos del ángel bueno son tan puros y consisten únicamente en elon, por lo que se funden y se convierten en elon mismo. El juego amoroso físico de los humanos era algo que él no conocía ni necesitaba conocer, pero el juego amoroso espiritual de los humanos le parecía a Djibril tan idéntico como la relación amorosa entre ángeles amorosos. En el ángel solo existe una gradación en el amor: todo o nada. La única razón del ángel bueno, si es que aún se puede hablar de razón, consiste en aceptar, no en comprender, porque no es necesario y tampoco le cuesta ningún esfuerzo no hacerlo. Él permanece en un estado y ese estado se llama elon. El amor supera cualquier acto o fuerza racional. El amor es, por definición, ingenuo y ahí radica precisamente su fuerza. En tiempos del Edén, el amor no necesitaba una palabra ni una identidad. Yahvé era, por definición,

con todo lo que era amor, pero no necesitaba ningún reconocimiento como tal mientras el amor reinara y el no-amor no existiera. Y, sin embargo, elon se convirtió de paso en una palabra durante los largos paseos con Yahvé, porque el Hombre y la Mujer no siempre sabían cómo lidiar con esos sentimientos tan intensos. Era la Mujer quien hablaba de ello con Yahvé con más frecuencia: «Cada vez que nos dejas, Señor, siento un gran vacío. ¿Está bien que vuelva a esperar con ilusión nuestro próximo encuentro? Porque también te veo hablar con los animales. ¿Echan ellos algo de menos cuando caminas con nosotros y no con ellos?».
Yahvé respondió: «Es elon. ¡Pero nunca comáis del fruto del árbol del bien y del mal!». Se le notaba, con razón, preocupado por Su amada criatura. También esta advertencia era absolutamente elon. Si Yahvé hubiera sido entonces un ser humano, habría arriesgado Su propia vida para detenerlos. La pregunta de la Mujer, al fin y al cabo, revelaba vulnerabilidad y era en sí misma puro elon, pero la conexión que ella estableció con Su conversación con los animales, que también tenían derecho al elon y a los que ella no quería perjudicar en beneficio propio —puro elon, pues—, daba testimonio de lo frágil y sutil que era el elon incluso en la época del Edén. La tensión entre el amor y la carencia era una fuerza que podía volverse para bien, pero también, sí: para mal. Una sola chispa podía

ser suficiente. Yahvé, en toda su omnipotencia y siendo elon, no podía hacer otra cosa que confiar en que su creación confiaría en Él tal y como Él depositaba su confianza en el ser humano: los había creado a su imagen. La omnipotencia total en el amor solo puede existir en la aceptación de la impotencia total por amor.
Desde la cima del Djebel Akhbar, Djibril observaba junto a Miguel. La mirada de ambos parecía fija, pero veía mucho más allá de lo que la vista humana era capaz. Su seriedad era insondable, pero se podía leer claramente un sentimiento: el asombro ante la grandeza de Yahvé.
Belial también observaba. Parecía que le iba a resultar más fácil. Cuanto más fuerte fuera el amor, más vulnerable resultaría el ser humano, de modo que él podría golpearle con mayor dolor.

10. LA CARGA

Cain ya se había recuperado con la ayuda de la manada de Shira y había dado algunos paseos junto a ella, en compañía de Henoch y Kleine Loep. El idioma ya casi no suponía ningún problema para Shira, por lo que las conversaciones pronto pasaron a tratar temas más profundos, sobre todo cuando Shira dio la feliz noticia de que estaba embarazada y sentía la vida en su vientre.
Caín estaba encantado, sobre todo porque sentía lo feliz y agradecida que estaba Shira por esta gran espera.
Por otro lado, su ceguera se volvió de repente mucho más difícil de soportar. Anhelaba poder ver algún día a esa mujer tan hermosa, su vientre, a su hijo. Mientras tanto, Elon se había ido con algunos lobos más jóvenes al río a pescar salmones para la manada y Caín echaba muchísimo de menos a Elon.
Ahora que un hijo estaba en camino, Caín se sentía más que nunca un fracaso y, cada vez más, una carga.
Solo podía hablar de ello con Henoch, su único amigo que sabía lo que significaban la ceguera y la dependencia total. Un día, Shira oyó a Caín hablar en voz baja con Henoch. Se acercó en silencio y escuchó su conversación. «Me siento triste, Henoch. Nunca podré ver a mi hijo como te vi a ti en su día.

Nunca podré enseñarle nada. Sería mejor que estuviera muerto. Esto es mucho más difícil de soportar que la marca. Yahvé tiene razón al castigarme así; no podría haberme hecho más daño. El único que puede consolarme y comprenderme eres tú. Si no te hubiera tenido a ti por quien vivir, no habría seguido con vida. Hubiera sido mejor que me hubiera ahorrado todo este dolor tirándome de una roca de inmediato. Pero ya no puedo hacerlo. No puedo abandonaros, querido amigo. ¿Cómo voy a seguir adelante ahora? Mi única contribución es llevar la marca con la que puedo protegeros. ¡Qué cínico es eso!

¡Que os proteja por haber matado a mi hermano! ¿Es ese el juego que Yahvé juega conmigo? ¿Que mi hermano os proteja por haber dado su vida? Y Djibril ya no se encuentra por ninguna parte. ¡No soy más que una carga para vosotros!». Rompió a llorar con el pequeño Henoch inmóvil en la palma de su mano.

A Shira se le hizo un nudo en la garganta, pero enseguida se inquietó mucho por lo que había oído, por un hermano al que él habría matado. Él nunca le había hablado de ningún hermano. No se atrevía a hablar con él por miedo a que nunca más se atreviera a desahogarse con su amigo Henoch. Se puso de pie, se alejó sin hacer ruido y luego le gritó a Caín desde lejos: «Mi elon, ¿qué ha pasado?».

«Nada grave, me cuesta no poder ayudarte». Y al mismo tiempo dejó que Henoch volviera a meterse en su bolsita. Ella le rodeó con el brazo y lo besó. «¡Me haces feliz! Quiero mucho a Caín. Me alegro de poder llevar un niño en mi vientre». Le tomó la mano. «¿Sientes? ¿Sientes cómo se mueve? Esta vida. Nuestra vida». Por muy bienintencionado que fuera, solo pudo aliviar su dolor por un segundo. «No os merezco», dijo. Se dio la vuelta y cerró sus ojos ciegos y secos.

11. LA MARÉE HAUTE

«Ya no puedo llorar», dijo Caín.
«¿Quiere llorar Kaïn?», preguntó Shira preocupada.
«¡Mírame a los ojos! ¿Puedes ver mis lágrimas? Porque mi corazón llora… Temo a los ojos que no hablan como el corazón. ¡Mira! ¡Mírame, por favor!», dijo con desesperación.
Shira lo miró. «Tus ojos están secos, pero veo, veo… que tu corazón llora».
Besó suavemente sus ojos secos hasta que se humedecieron con su pena por la pena de él. «¿Qué ha pasado, mi elon?», preguntó, mientras apretaba su cabeza contra su corazón y derramaba su pena con sus lágrimas en los ojos de él. Pero Caín se mantuvo distante. Shira lo soltó lentamente y lo dejó solo.
Caín se sentía atrapado en una isla y sentía que no tenía a dónde ir. Un triste recuerdo de un pasado lejano se imponía implacablemente. Por mucho que se esforzara por rechazarlo, no lo conseguía. Volvió a ver a su padre tumbado bajo la morera con un único deseo: morir. ¿Se parecía tanto a su padre? En aquel entonces había reprochado a su padre su pereza. Su madre, que tenía que hacerlo todo, mientras él yacía allí agonizando. Y su querido hijo, que tenía que intentar salvar la cosecha en el campo. ¡Nunca quiso ser un padre así! Ahora lo entendía

de repente sí entendía a ese padre. Sus reproches a su padre tenían cierto fondo de verdad y quizá eran justificados, pero mostraban poca compasión. Solo ahora comprendía que la capacidad de resistencia de un ser humano aparentemente tiene límites y que nunca se puede juzgar realmente a otra persona. Un reproche se mantuvo durante más tiempo: ¿por qué su padre no le había contado él mismo el drama de Edén? ¿Cómo podía comprender a su padre sin que este le confiara el motivo de su melancolía? Era joven entonces, pero tampoco tan joven ya.

Decidió hacerlo mejor que su padre, pero no se atrevía a admitir ante sí mismo que, en ese momento, lo estaba haciendo mejor que su padre en su día. Él también «olvidó» hacer partícipe a Shira de su sufrimiento y sus fracasos. Henoch no era el confidente adecuado que había elegido, sino el más fácil. Durante los días siguientes, permaneció aislado, librando una batalla consigo mismo. Henoch estaba allí, abatido, y Shira ya no sabía qué hacer. Solo con Henoch hablaba Caín en voz baja. Sentía tanta ira hacia la vida y, al sentir la inminente paternidad, comprendió de inmediato que eso estaba mal, pero no encontraba la manera de salir de ese círculo vicioso.

El cambio se produjo una mañana, aparentemente por casualidad, pero de forma dramática. Graülv yacía al sol, no muy lejos de Caín. Había seguido en silencio muchas de las lecciones de lengua entre la pareja y entendía más de lo que Caín creía posible.
Shira se acercó alegremente a Caín: «¡Mi elon, toca! ¡Encontrado no muy lejos!». Curioso, palpó el tesoro. ¡Una manzana! «¡Muchas!», respondió Shira con entusiasmo al ver renacer la esperanza de Caín: «No muy lejos».
Caín se sobresaltó. ¿Cómo era posible? ¿En pleno verano? ¡Su sentido del tiempo estaba completamente desajustado! ¡El invierno ya no estaba lejos! El invierno le inspiraba un gran temor. Su hijo iba a nacer y ni Caín ni Shira sabían cuánto duraba el embarazo de un ser humano. Caín despertó de una pesadilla. Buscó su vientre. «¿Están bien?», preguntó. Su mente empezó a funcionar a toda velocidad. «¡Esas manzanas son vitales para pasar el invierno! Tenemos que encontrar una cueva lo antes posible para el invierno». Saltó como un loco, como si quisiera salir al instante, pero tropezó de inmediato y cayó de mala manera sobre la bolsita de Henoch. Aturdido y asustado, la palpó. «¿Henoch? ¿Henoch?». Buscó a Henoch con los dedos, pero el ratoncito ya no reaccionaba. Yacía sin vida en su mano y, por mucho

por mucho que intentara revivirlo con un beso, no lo consiguió.
Shira quería consolarlo. «¡Aléjate de mí, Shira! ¡Mato a todo lo que amo! ¡Aléjate de mí antes de que te arrastre a ti y a nuestro hijo a la maldición que pesa sobre mí! Una vez maté a mi hermano, mi querido hermano. Se llamaba Abel, ¡y ahora mato a esta pequeña criatura, con quien podía compartir mi ceguera! Mato a todo lo que amo. Mi nombre es «El que mata a las personas». ¡Y te quiero, Shira! ¡Así que aléjate de mí antes de que sea demasiado tarde! Mi padre se llama Adán y mi madre, Eva. Su tierra natal se llamaba Edén. Pero viven en una cueva al sur del Djebel Akhbar. No podía creer la historia del Edén. Pero Abel, mi querido hermano menor, me mostró el camino. Solo él podía entrar en el Edén, yo no, ¡y por eso lo maté por celos con una lanza a las puertas del Edén! ¡Jahvé me ha maldecido con razón! También ahora mato a quien amo. Abandóname y cuida bien de nuestro hijo».
Se dio la vuelta de inmediato y se puso a caminar sin rumbo fijo, sin saber adónde iba. Chocó contra un tronco, intentó inmediatamente tomar otra dirección, tropezó con un bloque de roca y se enderezó de nuevo para caer de golpe en una zanja poco profunda, con la cara justo sobre

una piedra plana. El dolor físico no le afectaba, el dolor espiritual tras cada caída era mucho peor.
De forma inesperada, pero agradecida, encontró la mano tendida de Shira. «Puedo volver a llorar», exclamó entre sollozos, y por eso lloró aún más. Caín buscó sus ojos con las manos. «Tus ojos están secos, pero... siento que tu corazón llora». Besó suavemente sus ojos secos hasta que se humedecieron con su pena por la pena de ella.

Las lágrimas son heraldos de la humildad.
El mar le dice a la marea baja: «Sé humilde y serás digno de la altura de la marea alta».
Y también le dice el mar a la marea alta: «Sé humilde y serás digno de la bajamar».
Cuanto mayor es la diferencia entre la marea baja y la marea alta, más humilde debe ser uno frente al otro para ser digno del mar.
Así ocurre también con nuestras lágrimas si somos humildes. Se requiere un proceso de aprendizaje con altibajos, con bajones y subidas, para ser dignos de las lágrimas con lágrimas. La marea alta.
Al igual que el amor en el ser humano se mueve de lo alto a lo bajo y viceversa, y debe tener siempre presente en su interior el amor humilde. L'amour haute.

Djibril observaba atentamente. La caña se había roto por fin. La flor de junco colgaba, con una última fibra aún unida al tallo. Ahora que sabía por qué moría, aceptaba su muerte como un regalo lleno de sentido.

Muy temprano por la mañana, Elon regresó a casa tras su larga ausencia en el río. No solo su intuición, sino también su nostalgia y su añoranza por Caín, Shira y Loep le indicaron que debía volver. Shira lo presintió y ya había avisado a la manada de que Elon volvería a casa. Y, sin embargo, todos se sorprendieron al no reconocer apenas a Elon, de lo mucho que había crecido y lo fuerte y corpulento que se había vuelto.
Los salmones no habían dejado de surtir efecto. Elon corrió hacia Kaïn, quien se sintió gratamente sorprendido por su llegada. Abalanzó sobre Kaïn mientras jugaban y rodaron juntos por el suelo, rebosantes de felicidad. Kaïn pudo olvidar por un momento su pena por Henoch.

12. EL MANZANO

«Llévame al manzano y, si quieres, dame la manzana que encontraste», dijo Caín, mientras apretaba contra sí la bolsita con Henoch.
Elon, Shira y Caín llegaron al árbol. Toda la manada los siguió, con Graülv y Pequeña Loep a la cabeza. Caín tanteó primero las ramas con las manzanas maduras y buscó el tronco. Sus manos se deslizaron hacia abajo y, al llegar al suelo, le pidió a Shira: «Mi elon, ¿quieres buscar unas piedras?».
No era la primera vez que «mi Elon» confundía a Elon. Él también demostró conocer el idioma y se dirigió inmediatamente con Shira hacia las rocas. Shira no lo corrigió, al contrario, le entregó una bonita piedra. Con el hocico, la colocó con cuidado junto a la tumba de Henoch. Loep intentó hacer lo mismo con una piedrecita, tras lo cual todos los miembros de la manada llevaron una piedra.
Al pie del manzano, Henoch fue enterrado en su bolsita, junto con la manzana. Caín se dirigió a todos con la manzana en alto: «Mi hermano, Abel, me habló de la manzana que había recibido de Djibril, un ángel de Yahvé, como regalo para nuestros padres. Pero yo no le creí. Resultó ser la

manchada de mis padres en tiempos del Edén y que ahora había sido sanada por Yahvé. Pero yo no le creí. Abel había visto el Edén desde la cima del Djebel Akhbar. Pero yo no le creí. Aun así, lo acompañé e incluso cuando pude ver el Edén con mis propios ojos, tampoco le creí. Pero ahora que llevo la señal de Yahvé con la manzana dañada, ahora creo que esta manzana sanada no carece de significado. Te entrego esta manzana intacta a ti, Henoch». Tentando, dejó la manzana junto a la bolsita y apiló todas las piedras que le habían dado sobre la tumba de Henoch. Después, todos partieron de nuevo hacia el lugar donde anidaba la manada.
«Mi elon, este árbol es nuestra salvación. Abel me contó que encontró una cueva en la ladera occidental del Djebel Akhbar donde fue recibido amablemente por un anciano, que resultó ser Djibril. Con estas manzanas podremos encontrar esa cueva antes de que llegue el invierno». Y gritó en voz alta: «¡Djibril, ayúdanos!».

Es imposible para cualquier ser humano invocar a un ángel de Dios sin que este esté presente. Djibril estaba junto al manzano y también él depositó respetuosamente una piedrecita apenas visible sobre la tumba de Henoch. Lo que podía responder al grito de ayuda de Caín estaba profundamente escondido en el vientre de Shira. Un ángel responde

siempre, pero casi nunca de la forma que esperamos.

Shira se acercó a Graülv. Se tumbó boca arriba ante él, pero él se negó a aceptar su gesto y se giró aún más rápido para ponerse boca arriba frente a ella. Ambos se volvieron a girar y se miraron a los ojos. «Ya no puedo seguir siendo una carga para vosotros, hermano. Tres de nuestras primas van a parir y no sé cuándo daré a luz a mi cachorro. Pídele a Djizah que ocupe mi lugar. Me voy a una cueva al oeste del Djebel Akhbar. Si os necesito, sabré dónde encontraros. Si vosotros me necesitáis, siempre estaré ahí para vosotros».
Graülv escuchó con atención. Solo entendía un poco el lenguaje humano, pero comprendía mucho mejor el lenguaje de los lobos de Shira, tanto las palabras como los gestos. Veía cómo las diferencias entre humanos y lobos se hacían cada vez más grandes. Su loba líder, su hermana, iba a abandonarlo.
Pero un verdadero amigo del corazón no puede sentir tristeza por la verdadera felicidad de una amiga del corazón.
«El pequeño Loep debe ir con vosotros. No puede estar sin vosotros y siempre podrá encontrarnos».
«¿Sabes algo de Djibril?», quiso saber Shira antes de marcharse.

«Djizeh me contó cómo te encontraron en el Nahr Hadi y cómo vio allí a un ser extraño.
Mientras Siba te amamantaba, según contó Djizeh, esa figura se acercó y les pidió que cuidaran de ti. Antes de darse la vuelta y marcharse, le dijo apresuradamente a Djizeh: “Soy Djibril”. Pero, ¿por qué esa pregunta?
Ella hizo un gesto de indiferencia y asintió, desconcertada. Siba le había contado cómo la habían encontrado, pero nunca había hablado de Djibril. Para ella era importante saber que Djibril también la conocía personalmente a ella, a Shira. Eso hacía que el testimonio de Caín le resultara totalmente creíble. También le despertaba el deseo de conocer a Djibril.
A la mañana siguiente partirían.

13. OTOÑO

«¿Cómo estará Caín?», susurró Adán suavemente al oído de Eva, mientras el sol de principios de otoño se ponía lentamente y el último rayo de sol visitaba por un momento la cueva. Adán no esperaba respuesta, pero su mano sobre el vientre embarazado de ella recibió de inmediato una señal de vida.

«Yahvé tiene misericordia de Caín», dijo ella lacónicamente, y posó su suave mano sobre la de él. Eva era muy parca en respuestas —ella nunca hacía preguntas—, pero cuando decía algo, Adán sabía que procedía de Yahvé. Su respuesta lo tranquilizó por completo. La nueva vida en el vientre de Eva era un bálsamo para la herida que suponía la pérdida de sus dos hijos. No tardaría mucho en que Eva volviera a dar a luz. No faltaba mucho para la próxima luna llena.

«¿Te parece bien que a partir de mañana vaya al río con la calabaza?», preguntó él, a medio camino entre la súplica y la exigencia. Eva volvió la cabeza hacia él y sonrió asintiendo. «¿Qué haremos más tarde con las manzanas?», se preguntó Adán un momento después. Eva no tuvo que pensarlo: «Se las ofreceremos a Yahvé, para que Él las dé a quien

quien sea digno de ellas». Eva vislumbró en un instante lo que se avecinaba y se apresuró a tomarle de la mano.

14. ELON

Así partieron hacia la cueva al pie del Djebel Akhbar. Con la ayuda de Shira, Caín había trenzado unas cestas con ramas de un año de un fresno. Con unas cuantas correas de cuero, habían atado las cestas llenas de manzanas a la vieja armadura de Elon. Para el fuerte Elon, llevarlas no supuso ningún problema. El tímido Elon entendía gran parte del lenguaje de los humanos, pero él mismo no hablaba. En el pozo había aprendido mucho de las innumerables conversaciones de Caín con Genog. A Shira la entendía bien porque su lenguaje humano simplificado era más fácil de comprender. Shira y Caín no se daban cuenta de ello, pues el propio Elon guardaba siempre silencio, tanto con la palabra como con la mirada.

Sin embargo, había escuchado atentamente la historia de Caín sobre la cueva situada en la estribación occidental, al pie del Djebel Akhbar, y conocía esa cueva. Allí había pasado sus dos primeros años de cachorro hibernando con su madre, que por entonces aún lloraba la pérdida de su hermanito. Y también allí, la osa y él habían conocido un día a Djibril. Djibril había hablado allí durante mucho tiempo a solas con su madre. Por eso tenía muchas ganas de ir allí y esperaba poder oler aún el aroma de su madre.

A Elon le cargaron a ambos lados de la espalda una cesta repleta de manzanas. Kaïn caminaría a la izquierda de Elon, unido a su cuello por una correa corta para sentir mejor dónde podía pisar. Shira, también unida por una correa, caminaría justo detrás de ellos para vigilar bien las cestas de manzanas y para corregir a tiempo a Kaïn ante los obstáculos que tuvieran que sortear.
Loep caminaba orgulloso al frente para explorar el camino.
Partieron a primera hora de la mañana. Toda la manada los acompañó hasta que desaparecieron de su vista.
«¿En qué dirección está el oeste del Djebel Akhbar?», se preguntó Caín.
Shira miró a su alrededor para ver si ya podía ver el Djebel Akhbar, pero Elon se le adelantó. Instintivamente, se dirigió hacia la montaña y no se dejó desconcentrar por Shira.
«Elon, ¿sabes dónde están la montaña y la cueva?», preguntó Shira con sorpresa, y Elon dio un paso más.
«¡Tú, travieso!», bromeó Shira y lo abrazó con ternura.
Sus miradas se cruzaron durante un segundo de gratitud.
«¡Cuida bien de nuestro hijo!».
Elon los guió con delicadeza. Redujo el paso cuando era necesario por Caín y aceleró cuando podía. Caín lo tenía difícil, pero Shira aún más.

más difícil. Rápidamente tuvo que soltar la correa y usar ambas manos para sujetarse el vientre. Elon hizo honor a su nombre. Se detuvo de inmediato y esperó. Shira solo aguantó un día.

¡Al segundo día lanzó un grito! Con ojos llenos de miedo miró a Elon, que se detuvo de inmediato.

Caín se sobresaltó: «¿Qué pasa, mi Elon?», preocupado por lo que le estaba pasando a Shira.

Ella, gimiendo de dolor, apenas podía articular palabra. «¡Mi barriga!».

Caín se acercó a ella y la sostuvo. «Siéntate un momento, vamos a descansar». Tuvo que esperar un poco hasta que Shira vio un lugar donde poder recuperarse.

«Tengo miedo, mi Elon, miedo de que le pase algo malo al niño. Me duele mucho el vientre. Pero el niño está bien». Le tomó la mano para que se la pusiera sobre su vientre.

Caín se tranquilizó, pero echaba desesperadamente de menos sus ojos. Le preguntó: «Dime qué ves en el camino que tenemos por delante. ¡Cuéntame todo lo que ves!».

«Veo el Djebel Akhbar no muy lejos, el camino sigue subiendo. Pasamos junto a muchos grandes cantos rodados». Ella rompió a llorar: «¡Me rindo! ¡Esto es imposible!».

Elon corrió hacia ella. No le dio a Caín la oportunidad de detenerlo y le lamió las lágrimas. Con su poderoso

cuerpo, comenzó a sacudirse la carga.

Caín no entendía lo que estaba pasando, pero Shira detuvo a Elon de inmediato: «¡Para, Elon! ¡Para!». Le rodeó el cuello con los brazos: «¿Qué quieres decir? ¿Qué quieres decir, mi Elon?». Lo miró con ternura a los ojos. Elon volvió a sacudirse suavemente el lomo y la miró. Shira entendió lo que quería decir.
«¿Qué pasa?», preguntó Caín impaciente.
«Elon quiere cargar a Shira. ¿Qué te parece?». Se encogió de hombros, pero Caín no lo vio.
Caín se acercó al hermano del cachorro al que había matado en su día y le dijo: «Gracias, mi elon». El hijo de la osa acudió en ayuda de Aquel que mata a los osos y de su hijo aún no nacido. Aquella noche, el frío se hizo más intenso. Caín insistió a Shira para que se acurrucara junto a Elon, tal y como él había pasado un invierno en otra ocasión. Así yacían acurrucados, lo más cerca posible el uno del otro. Sin embargo, Caín no conseguía conciliar el sueño. Echaba de menos a Henoch en momentos como este. ¿Cómo seguiría todo ahora? ¡Ojalá pudiera ver!
El pequeño Loep estaba acurrucado contra él. Se imaginó que era el Gran Loep quien le miraba a los ojos de nuevo, como aquel entonces en la balsa. «¿Por qué te preocupas?
Djibril está cerca», parecían decir sus ojos. Caín aceptó el mensaje y se durmió tranquilo. Una mañana lluviosa los despertó a todos temprano. Comieron rápidamente una manzana. Incluso Loep comió una manzana para

calmar su estómago rugiente. Le dieron a Elon tantas manzanas como necesitara para aguantar. Todo dependía de él. No había otra opción. Caín ayudó a Shira a ajustar todas las correas de la armadura a su medida. Caín se encargaría de la cesta más llena. Shira intentaría mantener en equilibrio la cesta menos llena mientras iba a lomos de Elon. Hicieron falta muchos ajustes y pruebas hasta que el sistema aguantó. Elon se dio cuenta rápidamente de que tenía que ir mucho más despacio; de lo contrario, las correas se aflojaban con facilidad y también resultaría demasiado pesado para Shira.

El cuarteto partió: una mujer en avanzado estado de gestación a lomos de un oso de gran fuerza, seguida de un hombre ciego atado con una correa. Y, al final del grupo, un lobo que se sentía inútil. Pensaba que ya tenía la edad suficiente, pero ahora se daba cuenta de que era demasiado joven para ser de alguna utilidad. Su misión consistía, sobre todo, en no ser una molestia para los demás. Fue una importante lección de vida sobre la humildad que aprendió a aceptar con gratitud.

Solo ahora Caín comprendió claramente la fuerza y la resistencia que tiene un oso. Elon conocía el camino y seguía los senderos pisoteados, cuesta arriba o cuesta abajo, a él no le parecía que hubiera diferencia. Sus garras le resultaban muy útiles. Era Elon, el amor personificado, quien lo impulsaba.

Cuando tenían que parar, era por Caín. Jadeaba tanto que Shira hizo que Elon se detuviera. Elon lo vio e intervino de nuevo. Tiró con decisión ambas cestas. Caín no podía hacer nada, estaba agotado. Shira tranquilizó a Elon y le preguntó qué quería. Elon sacudió suavemente la espalda y miró primero fijamente a Caín y luego a los ojos de Shira. «¿Caín? ¿Shira? ¿Elon?», preguntó Shira. Elon lo confirmó. Shira se lo explicó a Caín y él recibió inmediatamente la misma lección de vida que Pequeña Lupa.

Ya era casi de noche; a la mañana siguiente seguirían su camino. Comieron tantas manzanas como pudieron para guardar provisiones solo para Shira, que estaba embarazada. Caín decidió que él mismo sería el último en recurrir a ellas. El hecho de que sus vidas dependieran ahora de una manzana le hizo recordar cómo, de camino al Edén, solía burlarse a menudo de esas manzanas y de Abel. Antes, ante ese pensamiento, se habría hundido en la tierra de la vergüenza, pero ya había aprendido: no podía honrar mejor a Abel que intentando imitar lo que su hermano había hecho entonces: mirar con amor al burlón Caín. Y así, se obligó a sí mismo a mirar ahora con el mismo amor al Caín de entonces. Abel no se lo tomó a mal entonces, así que Caín no se lo tomó a mal ahora. Su dependencia de

todos los que le rodeaban le hacía humillarse rápidamente: el recuerdo de Gran Lupe y Abel, la dependencia de Elon, Shira y Pequeña Lupe y un contacto incipiente con el propio Djibril al timón de entonces y de ahora.

Caín se ajustó una vez más la armadura a tientas. Se consoló pensando que ya no pesaba tanto como en sus años de mayor fuerza. El grupo reanudó el camino temprano por la mañana, después de que todos hubieran comido, con gran esfuerzo, tantas manzanas como pudieron de las que quedaban. Shira iba sentada delante, sobre la espalda de Elon, con Caín detrás, quien sintió inmediatamente cómo podía sostener a Shira y al niño ayudándola a mantener el equilibrio.

Aunque Elon llevaba una carga mucho más pesada, ahora avanzaba mucho más rápido. Incansable, desafiaba montes y valles. Shira le daba indicaciones constantemente a Caín para que pudiera anticiparse a los movimientos a veces bruscos de Elon. Las garras de Elon lo pasaban muy mal cuando tenía que dar pequeños saltos o subir una pendiente algo más empinada. Elon recorrió en un solo día lo que de otro modo habrían tardado dos días en recorrer a pie.

A veces se detenían junto a un riachuelo de montaña para beber y darle unas manzanas a Elon. Solo Elon sabía cuánto les quedaba por recorrer y parecía tener plena confianza en que llegarían a tiempo.

Kaïn, por supuesto, estaba preocupado por Shira y el niño y dependía por completo de Elon. Le daba pena que nadie pudiera hablar con Elon. Eso creía él, pero Shira sí que sabía leerle los ojos a Elon. Elon era también el único del grupo que ya había conocido a Djibril. En aquel entonces era demasiado joven para entender nada, pero aún recordaba vívidamente cómo había cambiado su madre tras su conversación con Djibril. Su madre siempre había sido muy cariñosa con él, pero después lo fue aún más. Elon ya no necesitaba creer en nada en lo que se pudiera creer. Djibril se le había mostrado como un elon por excelencia. Por consiguiente, Elon apenas sentía ya la necesidad de hablar.

Ante tanta confianza y fe de Elon en Djibril, este no podía mantenerse al margen y Belial no tenía nada que decir. Djibril siempre iba por delante de ellos y allanaba el camino, haciendo que los obstáculos resultaran llevaderos para Elon. Siempre equilibrando entre intervenir demasiado y no lo suficiente. La confianza no debe apoyarse de forma abrumadora o demasiado explícita, pues de lo contrario, con el tiempo, pierde su poder curativo.

Al día siguiente, la extraña comitiva siguió su camino, Caín con un brazo alrededor de Shira y con la otra mano tirando constantemente de la correa que rodeaba a Elon. Shira sintió

Se sintió segura y se entregó a Elon y a Caín. No dijo nada más y cerró los ojos. Confiaba en Elon tanto como Elon confiaba en Djibril, y Djibril absorbió la mitad de los poderes de Elon. Loep tampoco sabía qué le estaba pasando, no sentía el más mínimo cansancio y ni siquiera se dio cuenta de que había mantenido los ojos cerrados desde el principio. Por último, el propio Elon cerró los ojos con confianza y Djibril se hizo cargo de todo. Ninguno de ellos tenía ya conciencia del tiempo ni del lugar. Especialmente para Caín, esto significaba una segunda oportunidad: al igual que Abel en su día, se dejó deslizar desde la balsa por el río embravecido con Djibril al timón.

Llegaron a la cueva.

15. UNA LUNA LLENA, DOS NACIMIENTOS

Cuando la luna llena vuelve a aparecer tras diez ciclos lunares completos, es tiempo de cosecha.
Adam acababa de volver con la calabaza para regar el manzano cuando oyó un grito procedente de la cueva. A Eva le habían empezado las contracciones. Ya lo conocían, pero aun así él no conseguía acostumbrarse. Vació rápidamente la calabaza al pie del manzano y se apresuró a entrar en la cueva. Eva, jadeando, intentaba soportar el dolor. Él la sostenía dondequiera que ella se lo pidiera. Con Caín se había escapado, pero con Abel había aprendido que podía ayudar en este acontecimiento. Era un acontecimiento de elón, quizá la forma más elevada de elón después del Edén.
Eva estaba agachada, inclinada hacia delante, con las piernas abiertas y empujando con todas sus fuerzas. Adán se arrodilló ante ella y la mantuvo en equilibrio, mejilla con mejilla. Ella le rodeó el cuello con los brazos; él puso la mano entre sus piernas y sintió cómo la cabecita del niño descendía lentamente. ¡Un grito! ¿Dolor o alegría? ¿Ambos?
Adán dejó caer al niño suavemente hasta el suelo y ayudó a Eva a tumbarse. Colocó al pequeño sobre su vientre; la placenta salió inmediatamente. El niño lloraba a gritos y se parecía como dos gotas de agua a Caín.
Adán y

Eva estaba en la gloria. Alabaron a Yahvé por este regalo, que no podían considerar merecido. «¿Cómo lo llamaremos?», preguntó Adán, a quien le gustaba dejar esa decisión en manos de su amada.
Eva lo pensó un momento. «¿Cómo decíamos "feliz" en el Edén? ¿"Seth"?» Ya no estaba muy segura.
«Seth», asintió Adán con alegría, «¡bienvenido, Seth!».

*

Shira y Caín llegaron a la cueva justo a tiempo. La luna llena iluminaba la cueva y Caín no tuvo tiempo de encender un fuego para Shira. Shira estaba agotada por el viaje a lomos de Elon y, durante el último tramo, las contracciones se habían vuelto cada vez más intensas. Se deslizó del lomo de Elon, que se desplomó exhausto y echando espuma por la boca. Caín la sostuvo y ella se tambaleó junto a él hacia la cueva. «El niño viene, mi elon». «Dime qué puedo hacer, mi elon».
«Trae las pieles y colócalas aquí. Yo esperaré». De inmediato sintió una contracción que la hizo encogerse. Comenzó a respirar más rápido. Caín regresó rápidamente con lo que le había pedido. Nunca se había sentido tan impotente y echaba tanto de menos sus ojos. Shira lo atrajo hacia sí y abrió las rodillas. Se puso en cuclillas y empujó con todas sus fuerzas. Caín la mantuvo en equilibrio, mejilla contra mejilla. Ella lo abrazó con un brazo alrededor de su

cuello, y con el otro brazo le guió la mano derecha hacia su vagina para que pudiera ayudar a recibir al bebé. Volvió a rodearle el cuello con el brazo para apoyarse. Él notó la cabecita. Ella gritó cuando la cabecita atravesó el punto más estrecho. Como un padre experimentado, el hábil Caín dejó que la cabecita saliera lentamente para que Shira no se desgarrara. Y de repente, el niño yacía sobre la piel y lloraba fuerte. Shira, que ya había vivido el nacimiento de sus hermanas y sobrinas, sabía lo que tenía que hacer. Ahora se lo quitaba de encima a Caín. Se tumbó con el niño llorando sobre su vientre. «¡Hombre, Caín! ¡Toca! ¡Hombre!». Aún no conocía la palabra para «niño».

Caín no sabía qué hacer ante tanta felicidad y amor. «¿Cordón?», preguntó Shira y ató el cordón umbilical dejando un pequeño trozo. Le ordenó: «Cuchillo», y ella misma cortó el cordón umbilical, tras lo cual salió rápidamente la placenta.

El ciego Caín estaba completamente abrumado. ¡Un hijo! «¿Cómo te gustaría llamarlo?», preguntó él.

«Henoch, mi elon». Shira miró a Caín con atención. Ya lo había decidido junto a la tumba de Henoch.

También ahora era la marea alta.

La marea más baja y la marea más alta, imposibles de encontrarse jamás, se reencontraron en un nuevo ser humano. En algo que ni el ser humano ni el mar podían crear por sí mismos y que solo podía ser recibido. Ninguna de las lágrimas de ambos fue capaz de crear el milagro de esta nueva vida.
Solo así se tocaban tiernamente la marea baja y la marea alta sin tocarse. Parecían superfluos, sus nombres disolviéndose juntos en algo inconcebible que tocaba el fondo del mar más profundo y la cima de la montaña más alta, conocido solo por ambos y, sobre todo, desconocido, pues no hacía falta conocerlo en absoluto. Solo era necesario «ser». Y eran uno. Uno en tres.

Fuera de la cueva, Djibril acarició la cabeza de Elon. La felicidad de Elon no tenía límites al volver a verlo. Pequeña Lupa no entendía gran cosa, salvo esto: todo tenía su momento. Subió a la colina más alta de los alrededores y gritó la feliz noticia a la noche. Graülfur, el hijo mayor de Graülv, fue el primero de la cadena en recibir el mensaje desde lejos. Por orden de Graülv, los había seguido siempre a distancia y, tranquilo, se apresuró a acudir junto a su padre para comunicar la feliz noticia a la manada. Graülv se emocionó y derramó una lágrima. Djizah se puso inmediatamente a aullar, seguida por toda la manada, desde los más pequeños

a grande, en todos los tonos, desde los desafinados hasta los más puros. Toda la manada compartió la felicidad de Shira y Kaïn.

Tanto para Belial como para Djibril, el nacimiento de Henoch fue, en un sentido, más especial que el de Seth. Para Belial, la experiencia del amor en la incipiente familia de un asesino supuso, al fin y al cabo, una amarga derrota, mientras que el amor por Seth se desarrolló de forma más evidente y normal. Para Djibril y todos los ángeles en el Santo de los Santos, el nacimiento de Henoch fue algo especial, pero ningún ángel podía estimar su alcance. Solo el Señor de los ejércitos, desde Su carro de trono, sabía lo que podía suceder y lo que sucedería. Las ruedas del carro giraban con misericordia, haciendo avanzar el tiempo. Así como Belial se había separado libremente del Santo de los Santos y, en adelante, solo podía dedicarse al corazón de los hombres en su existencia terrenal, lejos del Edén, Belial no podía estimar de ninguna manera qué fuerzas podría emplear Yahvé para salvar a su criatura más preciada en libertad fuera del Edén. En libertad.

16. EL ANCIANO Y EL ÁNGEL (PARTE 1)

En el Edén no existía ni existe aún el tiempo. Tras la caída, el hombre se volvió mortal, como todo lo que es mortal: animales, plantas, insectos, aire, agua. Morir resultó ser un medio providencial para reparar, en mayor o menor medida, la caída dentro de un plazo viable. De lo contrario, un hombre, todos los demás, estarían condenados a seguir luchando eternamente contra la bestia llamada Belial.

Tanta muerte y destrucción había sembrado Caín, que ahora le impactaba profundamente haber dado nueva vida, junto a una mujer encantadora que, en su opinión, no se merecía. Y de inmediato se sintió abrumado, sin esfuerzo alguno, por el amor hacia ese pequeño ser que no paraba de llorar. Caín se dio cuenta más que nunca de que, gracias a Elon, un oso, habían llegado a la cueva por los pelos, aunque no sabía cómo era posible que Elon hubiera hecho y pudiera hacer eso. La comprensión de Caín aún no había madurado lo suficiente como para distinguir las casualidades y los acontecimientos de los regalos por los que a veces se puede dar las gracias.

Para Shira, el nacimiento y la lactancia de su hijo supusieron una revelación en su mundo emocional. Le sorprendía cómo, a pesar de haber sido amamantada y criada en su día por dos lobas, reconocía tanto el amor de Siba como el de Kjéreh como el mismo amor que

ahora, como madre, podía sentir por Henoch. Esto le ofrecía a Shira la gran ventaja de que ya no tenía por qué sorprenderse de que el amor pudiera ser portado por un lobo, una planta o un animal, o incluso por el portador de la peor marca, como su marido. De ello dedujo intuitivamente que el amor lleva un sello, una marca invisible de algo más, de algo mucho más elevado que trasciende con creces al ser humano o al animal.
Para Caín, en cambio, el don de esta nueva vida resultaba mucho más difícil. Ahora experimentaba su ceguera realmente como un castigo, que le parecía muchas veces más duro que llevar la marca. Le parecía terrible no poder ver nunca a su hijo, pero se propuso llevar también esto con dignidad y, a pesar de todo, convertirse en un buen padre para el pequeño Henoch.
Se puso manos a la obra de inmediato, pensó con sentido práctico, se dio cuenta de que no tenían suficientes pieles para sobrevivir al invierno y lo comentó enseguida con Shira. «Mi Elon, ¿podrías pedirle a Loep que busque en los alrededores cadáveres de animales de los que podamos aprovechar las pieles? Cuando encuentre uno, puedo despellejarlo junto con él». El pequeño Loep, que hacía tiempo que ya no era pequeño, se alegró mucho de la importante misión y partió de inmediato en busca de pieles. Caín también intentó hacerse útil. Su día comenzaba

siempre dibujando la manzana mordida en su frente, y después se marchaba junto con Elon en busca de comida o leña.

Loep estuvo fuera un día, dos días, tres días. Caín estaba preocupado. «Mi elon, me preocupa Pequeño Loep». Shira levantó la vista un momento mientras amamantaba a Henoch. Se levantó y puso a Henoch en las manos de Caín. «No temas, mi elon». Salió inmediatamente. Buscó un buen lugar, se preparó y comenzó a aullar como solo los lobos saben hacerlo. Se giró hacia todos los puntos cardinales y esperó pacientemente una respuesta. Poco después oyó: «Loep viene.»

Le volvió a coger el bebé a Caín y le dio un beso en la marca. No le gustaba ver esa marca y cualquier medio, incluso un beso, valía para hacerla invisible en Caín. Pensaba que ella también debería llevar algo así. A menudo se sentía inferior y creía que, aunque fuera invisible, también llevaba una marca de ese tipo.

¿Por qué entonces Caín no podía llevarlo de forma invisible? Le preocupaba sobre todo el invierno. La noche anterior se había anunciado una luna rojiza y la noche ya había sido muy fría. Cada vez era más difícil encontrar comida suficiente. Se preguntaba si no sería mejor pedir ayuda a Graülv.

El ciego Kaïn yacía a su lado con los ojos ciegos abiertos. Le pareció que estaba despierto, pero cuando le dio un suave codazo, resultó que en realidad dormía con los ojos bien abiertos. Pero ahora él también estaba dándole vueltas a la cabeza.
«¿Vendrá Graülv a ayudarnos, mi elon?», preguntó con la voz más suave que tenía para evitar que Kaïn oyera su miedo.
Pero Caín sí que lo oyó. Él también tenía miedo del invierno. «Creo que solo Djibril puede ayudarnos. Abel lo conoció aquí. Cuando vuelva con Loep con la piel, iré a buscarlo, mi elon. ¡Ahora duerme!».
Se acurrucó contra él y le susurró: «Quiero a Caín».
Esas palabras también solían estar en los labios de Caín, pero desde la muerte de Abel y Enoc, a manos suyas, casi no se atrevía a pronunciarlas. Sí, tenía que encontrar a Djibril, ya sentía cómo su paz lo envolvía.

No era una sensación. Era Djibril, en una apariencia sumamente humilde, inclinándose sobre ambos y asumiendo por un momento la carga de ambos. Djibril, cuanto más se acercaba a los humanos y cuanto más podía distinguir sus sentimientos, pensamientos, dolor y alegría, tanto más reconocía todos esos

pequeños fragmentos como algo que seguía conectado con el Hombre y la Mujer del Edén. Djibril se despidió entonces también de Elon y abandonó el Djebel Akhbar aquella noche solo por un momento para permanecer junto a Miguel y todos los demás ángeles en la luz Divina, tal y como la luz, mucho más tarde, podría convertirse en alimento para el ser humano.

A la mañana siguiente, Loep entró en la cueva orgulloso y feliz. Corrió inmediatamente hacia Shira y le contó con palabras grandilocuentes y heroicas lo que había encontrado. Caín no entendía nada, pero sintió mucha curiosidad. «Loep ha matado…». No tenía palabras suficientes, intentó imitar al animal y se olvidó por un momento de que Caín era ciego. Elon observaba divertido. Kaïn incluso miraba hacia el lado equivocado. Solo entonces Shira lo entendió y lo agarró del brazo: «¡Animal muerto, grande!». No pudo decir nada más. Le tiró un poco de la manga: «¡Loep, Elon, Kaïn, marchaos ya!». Kaïn se sintió muy feliz por su radiante entusiasmo. Shira reunió inmediatamente la armadura de Elon. Entonces Caín sintió mucha curiosidad por saber de qué tipo de animal se trataba. Loep le repitió el nombre del animal, pero como Caín respondía cada vez algo como «leche», se rindió. Caín cogió su cuchillo, se ató

Se sujetó a Elon con una correa y el trío partió a toda prisa.

Shira y Henoch se quedaron solos en la cueva. Por muy alegre que fuera la despedida, en realidad la situación era más bien desastrosa, incluso desesperada. Se dirigió con Henoch, hambriento y pegado al pecho, hacia el arroyo que hacía brotar las aguas más cristalinas del Djebel Akhbar. Mientras se agachaba para beber agua, oyó un crujido y miró hacia atrás, sorprendida. Un anciano estaba de pie, encorvado y abatido, detrás de ella. Iba vestido de forma muy desaliñada y llevaba una pesada carga sobre los hombros.

«¿Puedo ayudarte?», preguntó Shira amablemente, y añadió enseguida: «Yo no puedo ayudar, yo no tengo mucho para comer». Bajó los hombros con desánimo.

«Habla en lengua de los lobos», respondió el anciano, sorprendentemente, en lengua de los lobos con el acento más puro. «¿Cómo ha pasado esto?». Se quedó desconcertada por un momento y repitió en lengua de los lobos: «¿Cómo ha pasado esto? ¿Cómo es que conoces tan bien la lengua de los lobos?».

«Durante años, un lobo negro fue mi compañero. No se puede desear un amigo mejor». Así, el anciano la sometió de inmediato a una primera prueba.

«En cada manada hay lobos buenos y menos buenos, sabios y menos sabios». Shira sabía de lo que hablaba.

No todos los lobos de su manada eran dignos de un Graülv.
El anciano se mostró visiblemente conmovido por esta respuesta sincera y matizada. No fue necesaria una segunda prueba.
«¡Qué carga tan pesada! ¿Puedo ayudarte a llevarla? ¿Adónde vas?
«Voy al mar», dijo el anciano, y ya miraba a lo lejos, como si el mar estuviera cerca. Al mismo tiempo, su mirada se posó en su bebé, que intentaba desesperadamente mamar. «¿Cómo se llama tu hijo?», preguntó el anciano, aunque ya sabía la respuesta. Quería oír de su boca cómo habían llegado a darle un nombre tan importante, a pesar de que ella nunca había aprendido la lengua de Edén. «Henoch», respondió ella con orgullo.
«¿Qué significa Henoch?», preguntó él, sin dejar entrever que conocía el significado.
«Nada, creo», respondió ella con sinceridad, «simplemente es bonito, y era el nombre del amigo de mi marido. Si tuviera que significar algo, sería algo relacionado con las lágrimas». Sus pensamientos se desviaron hacia la marée haute, justo después del nacimiento de Henoch. Ni un ángel, ni un serafín en todo el Santo de los Santos podía honrar más la grandeza de Yahvé.

También Djibril se sobresaltó profundamente y se secó una lágrima, pues cuando un ángel adopta forma humana, también él queda parcialmente sometido a los sentimientos humanos.
Así pues, Djibril se sintió inmediatamente abrumado, tanto como ángel como humano, por la grandeza de Yahvé. «He Noch» significaba, en efecto, algo relacionado con las lágrimas en el Edén. Demostraba cómo Dios había creado al ser humano a su imagen y cómo, tras la caída, el ser humano aún llevaba esa imagen profundamente escondida en su interior. Djibril inclinó la cabeza un momento antes de levantar la vista hacia Shira. —Es, en efecto, un gran regalo llamar así a tu hijo. ¿Puedo cogerlo un momento? —Shira se lo puso con orgullo en los brazos.
Henoch miró a Djibril directamente a los ojos y Djibril se sobresaltó aún más. Una extraña sensación lo invadió. El niño no parecía del todo un ser humano diferente. Se recompuso y le devolvió a Henoch a Shira. «¿Dónde está tu marido?»
«Se ha ido con Loep y Elon a buscar una piel para el invierno. Lo siento, no puedo ofrecerte mucho de comer», añadió ella con incomodidad.
«Tengo algo de comida en el bolsillo. ¿Te importa si me quedo aquí esta noche para seguir mi camino mañana?». Era una pregunta innecesaria a la que Shira respondió con un «sí» como si fuera lo más natural del mundo.

Un rato después estaban sentados alrededor del fuego en la cueva. Al anciano le costó mucho no sacar enseguida sus provisiones al ver lo desesperadamente que su hijo intentaba mamar y no dejaba de llorar.

«Voy a buscar algo». Shira, avergonzada, se llevó a su bebé hambriento y llorón afuera, a la fría noche. Djibril sacó inmediatamente un pastel de bayas de su bolsillo y esperó pacientemente a que Shira regresara. Ella volvió a la cueva después de haber calmado a Henoch. Se sentía avergonzada.

«¡Toma! ¡Prueba!». El anciano le ofreció el pastel como si no supiera que ella se moría de hambre y de desesperación total.

Lo probó y sus ojos se abrieron de par en par de placer. Mientras él le ofrecía un segundo pastel, ella exclamó en el lenguaje más crudo de los lobos: «Ni siquiera el hígado del cervatillo más pequeño puede compararse con esto». Por un momento se olvidó de ser humana y se comportó con voracidad, como un lobo que llevaba mucho tiempo sin comer.

El anciano esperó pacientemente a que se recuperara. «Puedo enseñarte a hacer esto», dijo con mucha cautela.

«¿Quién eres?», preguntó Shira, con mucho, mucho más cuidado. El anciano se quedó pensativo un momento. «En su día fui el guía de esta montaña. Hace mucho tiempo, subí a la cima junto con un joven

hombre. Mi tarea ya está cumplida. Me voy al mar».

Djibril no mentía en absoluto. Un ángel de Dios sabía lo que debía decir y lo que no debía decir para no poner en peligro al frágil ser humano. El mar en la Tierra era lo más parecido al Santo de los Santos. Los ángeles dominaban como nadie la tensión entre la verdad y el amor. Esa era su tarea. En lo más bajo de la escalera del Santo de los Santos, gozaban del mayor respeto de todos los demás jerarcas superiores hasta siete niveles más arriba, quienes a ellos, los más bajos de la escalera, les concedían esta tarea impuesta por Dios con toda humildad y grandeza. La jerarquía en el Santo de los Santos consistía únicamente en el grado de humildad. Los más altos entre ellos eran los más humildes. No era una competición, era simplemente un hecho. Para seguir siendo humilde como los serafines en el nivel más alto, había que ser mucho más humilde que en el nivel del querubín justo por debajo. Djibril comprendía perfectamente su lugar: en su día le asignaron el penúltimo lugar en el Santo de los Santos, junto a los arcángeles, porque era más fácil, no más difícil. Solo Belial y los suyos, completamente solos en la parte más baja tras la caída, que por eso mismo deberían entenderlo mejor, no lo veían así. Confundían irremediablemente la humildad con el poder y el orgullo.

El anciano no le dio a Shira oportunidad de hacer preguntas. «Me voy mañana, pero un poco más arriba en la montaña he dejado todas mis cosas en mi cueva. Creo que muchas de ellas te vendrán muy bien para el invierno. ¿Te parece bien que te enseñe esa cueva mañana por la mañana? Sería un lugar mucho mejor para vosotros y, sin duda, para nuestro buen amigo Henoch». Shira no tenía nada que perder y volvió a recuperar la esperanza. «Ve a dormir tranquila, yo me quedaré un rato más junto al fuego». Se tumbó con un Henoch satisfecho pegado al pecho, que por fin volvía a tomar un poco de leche.

El anciano volvió a sentarse junto al fuego y tarareó la canción de la montaña. Madre e hijo se quedaron dormidos plácidamente.

A la mañana siguiente, el anciano tenía preparado un delicioso desayuno para Shira. Henoch estaba de buen humor y no dejaba de sonreír al anciano, quien aún no tenía claro qué pensar de su presentimiento respecto a este niño.

«Vamos», dijo él y se levantó, «por ahora no hace falta que lleves nada, porque no está muy lejos». Partieron y, tras una hora de subida, llegaron a una llanura abierta que se extendía hasta la escarpada pared de la montaña. Una pequeña abertura en la cueva conducía a una zona lateral más amplia en el fondo. El viento no podía entrar directamente allí. El anciano le pidió que se quedara un

rato fuera hasta que él

encendiera el fuego. Ella esperó pacientemente en la entrada y contempló la llanura. Un pequeño riachuelo discurría justo al lado de la cueva y dividía la llanura en dos partes. A un lado había praderas y al otro, al sol, una especie de campo con una variedad de hierba alta que ella no conocía. El fuego ardía e iluminaba toda la cueva y el anciano la llamó para que entrara. Se quedó boquiabierta. Todo, absolutamente todo, estaba allí. Cestas de provisiones llenas de cereales, maíz, un lecho, calabazas, un fogón adicional, pieles de animales, una gran reserva de heno. Shira no daba crédito a lo que veían sus ojos.

—Tengo otra pequeña sorpresa, deja a Henoch un momento solo junto al fuego, no pasará nada —dijo el anciano y la precedió al salir de la cueva. Primero pasó junto a la parcela con la variedad de hierba alta y le mostró lo importante que era. Cogió una espiga y dejó que los granos de trigo verdes rodaran en la palma de su mano. «Ya te explicaré más tarde qué se hace con esto». Siguió caminando por el senderito hasta que llegaron a una gran pila de leña apilada entre los troncos de unos olmos, con un ingenioso cobertizo incorporado en el que había tres cabras montesas domesticadas y, en un hueco algo más elevado, cinco gallinas sentadas en un palo cacareando, que dieron una entusiasta bienvenida al anciano. Se acercó a ellas, llamó a las cabras y a las gallinas por su nombre, las acarició

y se llevó enseguida dos huevos. Shira también las acarició una por una y tropezó gloriosamente al pronunciar sus nombres, pero su intenso contacto visual y su sonrisa lo dijeron todo.

Djibril observaba con ternura. Pensó de inmediato en la inmensa labor de los serafines, pues sin ellos la luz nunca habría podido penetrar en este rincón del mundo, donde los seres humanos y los animales caídos podían vislumbrar el Santo de los Santos. En el Santo de los Santos, se sentía agradecido a todos por haber sido considerado digno de ser este eslabón más pequeño y último, y de poder vivir este momento.

En momentos como ese, Belial se sentía completamente impotente. Pero él también estaba allí.

El anciano salió bruscamente de sus cavilaciones gracias a un abrazo agradecido y un beso firme de Shira en la mejilla. Reaccionó como un ser humano, pero no se salió de su papel: «Te voy a enseñar a hacer pan». Se dio la vuelta y Shira lo siguió hasta el interior de la cueva. Tomó fuego de la entrada de la cueva para llevarlo a un fogón cubierto en el interior, donde el humo se desviaba hacia lo alto de la cueva a través de un conducto de piedras sellado con arcilla.

«En primer lugar, aviva bien el fuego y coloca esta piedra plana sobre las brasas para calentarla». Shira

Observaba y escuchaba con atención. «Después, coge granos de cereal de esta cesta grande, no de la pequeña, porque esa es vuestra semilla para el año que viene». Llevó el cereal hasta una gran piedra plana que había en el suelo y le enseñó cómo molerlo hasta que quedara al descubierto el corazón blanco. «Utiliza todo, no solo la parte blanca. La cáscara es muy importante para Caín». Añadió la yema de un huevo de gallina con un poco de leche de cabra y empezó a amasar hasta que se convirtió en una pasta firme. «¡Espera!». Buscó la cesta más pequeña, que aún contenía bayas negras secas, y añadió un puñado a la masa. Siguió amasándola suavemente para que las bayas no se aplastaran y colocó todo el pan sobre la piedra caliente para hornearlo. «Ya no tendréis que comer carne».

Se levantó, mientras Shira seguía observando fascinada lo que sucedía con la masa. Djibril fue a ver a Henoch un momento, salió un momento, volvió a ver a Henoch y salió de nuevo inmediatamente.

Shira siguió mirando hipnotizada la masa hasta que, habiendo perdido toda noción del tiempo, fue despertada por un Henoch hambriento. «Mi querido pequeño elon», dijo, y lo tomó suavemente en brazos mientras se desabrochaba el pecho. Se sobresaltó al ver alrededor de su cuello una correa con una pluma blanca atada a ella.

Salió corriendo de la cueva. Gritó en lengua de lobos: «¡Djibril!». De repente, supo con certeza que era él. «¡Djizeh y Caín me han hablado de ti!», gritó, y de inmediato levantó a Henoch muy alto con ambos brazos. Era una especie de gesto de ofrenda cuyo significado ella desconocía, pero Djibril sí. Desde el establo, donde se despedía de las cabras y las gallinas, él observaba. Caminó hasta el borde de la llanura abierta con un resplandeciente traje angelical blanco y se dio la vuelta. Le faltaba una de las plumas de sus alas. Shira observaba atónita y aún oía cómo cantaba en un fuerte lenguaje de lobos:

Desde una montaña se ve lejos.
En una montaña pareces grande.
En una montaña puedes
dormir, pero la montaña
no cambia.
La gota de lluvia sí,
que cae,
sin saber dónde,
cuándo ni cómo
se encontrará con
el mar, se
convertirá en el
mar.
La montaña no conoce la pasión de la gota de
lluvia por convertirse en el mar.

Shira lloraba de felicidad y emoción. Henoch no le dio mucho tiempo para recuperarse. El pan del horno de piedra parecía estar listo y ella lo probó con evidente deleite.

Belial había observado cada uno de los movimientos y gestos del anciano.

17. PEQUEÑO ABEL

«Quien no sabe amar lo imperfecto, no sabe ver lo perfecto.»[2]

Lucio Rufo Varo

Shira iba a organizar una fiesta de bienvenida para su Elon. Los días anteriores se había pasado el tiempo horneando. A la mañana siguiente, la Pequeña Loep ya les había avisado de que estaban de camino y que no tardarían mucho en llegar a casa. Un día después salió a recibirlos con los ojos radiantes. Elon llevaba una capa gruesa y, sí, Loep fue la primera en saludarla, seguida de Elon, y al final del grupo se balanceaba algo que resultó ser su querido elon, a quien no le importaba ser el último en compartir con ella su felicidad y su amor. Ella lo llevó con orgullo a su nuevo hogar, mientras le contaba sin rodeos sobre el anciano Djibril, que lo había preparado todo para ellos. Le dejó probar con orgullo las galletas que había horneado y le contó cómo Djibril le había enseñado a prepararlas y que, a partir de ahora, ya no tendrían que comer carne. Como última sorpresa, le dejó sentir la cinta con la pluma blanca que rodeaba el cuello de Henoch.

[2] *«Quien no es capaz de amar lo imperfecto, no puede ver lo Perfecto».*

«Mi querido Elon», dijo él. La abrazó y lloró sin cesar. Temblaba y amenazaba con derrumbarse tras el largo viaje. Ella lo acostó en el lecho con Henoch a su lado. Nunca tan despreocupado como entonces, cayó en un sueño profundo, con los dedos acariciando tiernamente la pluma de Djibril. Ya no tenía que buscar a Djibril, Djibril nunca más estaría lejos.

Llegó el invierno. Elon llevaba ya un mes preparándose para su hibernación en la cueva de abajo. Con la primera ola de frío invernal, Shira fue a echar un vistazo a la cueva, donde vio que Elon ya se había quedado dormido. A su regreso de la primera nevada a su cueva, le esperaba una noticia aún mejor: vio a Caín de pie en la nieve: «¡Blanco! ¡Veo blanco!». Empezó a hurgar en ella para, riendo, chocar rápidamente contra el tronco de un árbol. Ella se acercó a él: «¿Me ves? ¿Me ves?»
Él miró en su dirección y gritó: «¡Te veo! ¡Te veo!»[3]
Se besaron apasionadamente. Desde que él comía el pan tal y como Djibril le había enseñado a Shira y ella había dejado
Al comer alimentos con carne, sus ojos secos se fueron recuperando día tras día. Cuando su corazón lloraba, sus ojos volvían a llorar de repente.

[3] *Caín padecía beriberi seco, una carencia de vitamina B. Comer grano sin pelar fue su salvación.*

A menudo eso también funcionaba al revés. Una noche le susurró al oído: «Siente mis lágrimas, mi elon, te dicen lo mucho que quiero a Shira». Esa mañana había podido ver a su hijo por primera vez. Las sombras negras habían desaparecido y habían dado paso a una sonrisa, una mueca, una mirada seria. Al ver a su mujer, se sorprendió de lo mucho más hermosa que era de lo que se la había imaginado en su ciega fantasía. Se enamoró por segunda vez al instante.

Pero lo más importante para él era poder contemplar ahora con sus propios ojos el regalo de Djibril alrededor del cuello de Henoch. Le recordaba el período de ceguera espiritual de su vida, cuando había tenido el privilegio de ver el incomparable Edén. La marca era lo único que le quedaba de aquello. Cada mañana, lo primero que hacía era pintárselo en la frente. Una mañana, Shira le insistió en que dejara de hacerlo. «¿Elon perdona? ¿Berin perdona? ¿Eva perdona? ¿Adán perdona? ¿Abel perdona? ¿Enoch perdona? ¿Shira perdona? ¿Y Caín?» Ahí estaba «El que mata a los hombres», dispuesto a perdonar a todos menos a sí mismo. Aceptó a regañadientes su petición, también porque la marca de su mejilla izquierda se desvanecía poco a poco de forma espontánea.

También Yahvé perdona.

Los años felices son años que pasan demasiado rápido, por lo que se le pide amablemente al tiempo que se detenga. Sin embargo, cuando llega el sufrimiento, se le suplica que, por compasión, pase más rápido, y esta petición del ser humano se experimenta con mayor frecuencia y urgencia. Pero el tiempo es imparcial como ningún otro. Así como el tiempo en el Edén era atemporal, así se volvió inmutable fuera del Edén. Aun así, los años pasaron volando sin que Belial tuviera mucho que decir al respecto.

Cuando Henoch cumplió cinco primaveras, Loep se había hecho «viejo» y Elon se había vuelto más fuerte que nunca, Shira salió una mañana al encuentro de Caín con alegría: «¡Toca a mi Elon!». Le puso la mano sobre el vientre. Estaba embarazada de nuevo. Llevaba un tiempo dudando, pero aquella mañana había sentido latir al niño por primera vez. «¡Henoch, toca!». Un poco tímido, le tocó el vientre y de repente sintió una patada contra su mano. Gritó más por el susto que por la risa. Vivían días felices y estaban agradecidos a Yahvé por cada minuto. La vista aguda de Caín se había recuperado por completo gracias al pan milagroso. Año tras año cultivaba el trigo y el maíz en los campos. A medida que su hijo crecía, también se hizo cargo de los pastos del otro lado

para cultivar más grano. El riachuelo del inagotable Djebel Akhbar era un regalo de Dios para paliar la sequía de la tierra en pleno verano. Gracias a sus andanzas por la hermosa naturaleza, había descubierto frutos extraños con los que experimentaba para cultivar árboles.

Henoch era un niño encantador, ayudaba a su madre con torpeza y a su padre con aún más torpeza. A menudo le recordaba a Caín a Abel. El travieso que no era en absoluto un travieso. ¡Abel! Ojalá pudiera invitar a su hermano a la mesa.

Loep era el gran amigo de Henoch, y este solía ir a molestar a su padre para demostrarle que hablaba el idioma de los lobos mejor que el legendario «leche» de Caín. Shira hizo un gesto indicando que ella no tenía nada que ver con eso y le lanzó un beso a Caín. Él señaló con las manos su barriga: «¿Barriga: bien?». Y ella se tocó la barriga y contó con los dedos: uno, dos, tres... cuatro. Y él inmediatamente señaló con ambas manos su cabeza: «¡Ay, ay, ay!». Terminaron riendo juntos y lanzándose un beso al aire, y reanudaron su trabajo con aún más alegría y entusiasmo.

Y, sin embargo, Abel no se borró ni un minuto de su memoria. Le preguntaría a Shira si, en caso de que fuera un niño, podría llamarlo Abel.

A Belial no le importaba cuánto tiempo durara todo esto. Después de todo, los ángeles viven en un estado, y de acuerdo con este hecho, la «vida» no les corresponde. Existen. No viven ni mueren. Ningún ser humano puede mirar a un ángel como lo haría un ángel. Afirmar que, ante tanta felicidad de Caín, Shira y Henoch, a Belial le resultaba difícil imponerse, es, por lo tanto, una visión errónea. Menos erróneo es afirmar que Belial constató la felicidad de Caín, Shira y Henoch y que esto no encajaba con su misión. Y cómo debería plantearse realmente esto, nadie lo sabe. El contenido de cada niño recién nacido es y sigue siendo desde el principio un misterio, conocido solo por Dios. El misterio del ángel es, si cabe, aún mucho mayor. Solo un ser humano lograría algún día convertirse en este misterio del ángel.

Henoch se había levantado temprano y estaba sentado con Loep disfrutando del sol de la mañana a la espera de su clase de idiomas. Shira pasó por allí y enseguida indicó de qué trataría la siguiente lección. «Sol», le dijo a Henoch; luego se dirigió a Loep y pronunció «sol» en el idioma de los lobos, tras lo cual, como de costumbre, fue a

del riachuelo. Shira amaba al sol tanto como el sol amaba apasionadamente su risa y su gratitud.
Cain ya estaba más allá preparando leña para ese día y gritó desde lejos: «¡Mi elon!». Ella se giró, pero resbaló sobre una piedra resbaladiza y cayó de bruces sobre su abultado vientre. Cain se acercó a ella en menos de cinco segundos. «¿Te has hecho daño?», preguntó, pero enseguida vio cómo el agua y la sangre le resbalaban por las piernas. Shira no fue capaz de articular más que «Mi elon», como si se sintiera culpable por lo que estaba por suceder. Sabía lo que significaban esa agua y esa sangre. Durante años había sido el refugio de las lobas de la manada cuando algo amenazaba con salir mal. Eso la hacía muy querida e indispensable, pero ahora no había nadie que pudiera ayudarla. —¡Djibril! —exclamó Caín.

Pero Djibril ya estaba luchando contra Belial. «Esta es una historia más complicada, ¿eh, Djibril?, que la de Abel con una pierna rota en el pozo», le dijo Belial con tono burlón y triunfante. «¿Cómo crees que vas a poder explicarle esto al hombre inteligente? ¿Qué fuerza tiene ahora el amor? Siguen siendo libres, ¿no? Si ahora intervienes, ¡perderás! Entonces demostrarás precisamente lo que no quieres demostrar: que el hombre es débil ante la adversidad y ya no reconoce a Dios. Siguen siendo libres», recordó la esencia del argumento.

«El amor vence», pensó Djibril.
«No todos son el Mannin o el Hombre del Edén», pensó Belial con seguridad.
«Siguen siendo hijos del Hombre y de la Mannin, los hijos del Dios todopoderoso e impotente que es amor», fue el último pensamiento de Djibril dirigido a Belial.
Fin de la transmisión.
Belial se rió a carcajadas y se retiró. También Belial, poco después de la caída del hombre, quedó estrictamente ligado a la libertad del hombre. Si causaba un mal demasiado grande —¿y qué era «demasiado grande»?; eso también tenía que aprender a valorarlo—, entonces ya no habría caída del hombre en libertad, sino que no sería más que una falsa victoria.
No, los hombres no solo debían sufrir, sino también convertirse en sus seguidores, sus secuaces, sus adoradores. El esclavo que se siente esclavo y sigue sintiéndose así es poco fiable para su amo y, por lo tanto, no vale nada. Por eso, el esclavo debe amar apasionadamente a su amo. El disfraz definitivo.
Intentaba obtener del ser humano amor por el no-amor. Significaría la derrota definitiva y definitiva de Dios. Belial envolvería por completo el no-amor en un envoltorio ilusorio de amor, donde ningún ser humano pudiera notar, sentir o siquiera sospechar la diferencia con el original. Una parte importante de los ángeles

ya lo había conseguido, pero ahora cada ser humano debía ser marcado de nuevo con el signo de la manzana mordida hasta que no quedara ningún recuerdo de la manzana, de modo que nunca más, nunca más pudiera ser sanado por un Dios de amor.
La lucha en el corazón de cada ser humano entre el ángel bueno y el ángel malo era crucial. Al principio, el ángel bueno tenía la ventaja de que la historia del Edén aún se transmitía fresca en la memoria de las primeras generaciones de seres humanos. Pero con cada nueva generación, el ángel malo ganaba ventaja, ya que ese conocimiento y recuerdo del Edén desaparecían lentamente en el ser humano. A medida que el ser humano se alejaba cada vez más del Hombre y la Mujer del Edén, el veneno se multiplicaba, generación tras generación, en cantidades mínimas, hasta que de repente alcanzaría proporciones letales y conduciría, en una espiral irreversible, a la muerte y la perdición.
Ningún ser humano ni ángel parecía poder detenerlo ya.

Shira yacía en la cama, instintivamente con las piernas abiertas, preparada para un parto que ya no podía dar vida. Llegaron las primeras contracciones. La mano sobre su vientre, esperando desesperadamente una señal de vida. La cabeza que descendía oprimía los vasos sanguíneos del placenta desprendido. La hemorragia parecía haberse

detener, pero la vida del niño también se detuvo. El niño ya no tenía ninguna posibilidad. Las contracciones ganaban fuerza y Caín hizo lo que pudo.
De repente, Shira gritó entre lágrimas: «¡Ámame!» Se encogió, empujando instintivamente, para hacer pasar la cabecita. Caín lo vio todo y cogió al bebé. Muerto. Henoch observaba en silencio desde la distancia, sin comprender del todo lo que estaba pasando. Siguió la placenta y Shira lo completó todo con destreza, tal y como había aprendido de las lobas. No pasaba nada si la placenta y el niño seguían siendo uno. Le ofrecía consuelo, como si el bebé pudiera seguir conectado de alguna manera con ella. Ya no era necesario volver a cortar, el corte se había producido con la caída. Se había caído.

Belial no podría haber utilizado una imagen mejor: el ser humano que cae debe sufrir. Caer es sufrir. En todas sus variantes y grados. Pero la euforia y el triunfo anteriores de Belial dieron paso rápidamente a una completa desilusión. Como Shira le pidió a Caín que la amara, y Caín respondió mil veces con lágrimas, besos, caricias, y cómo le entregó el niño y lo depositó en sus brazos, cómo ella respondió a sus lágrimas con lágrimas y las lágrimas de ambos se mezclaron en

la más amarga de las penas compartidas, cómo él reconoció en el niño a su hermano Abel y le confió entre sollozos que le hubiera gustado llamarlo Abel, cómo ella asintió entre sollozos, cómo Henoch se sentó junto a ellos y besó suavemente a su hermanito en la frente, cómo Caín pidió poder enterrar al pequeño Abel junto al Gran Abel, cómo Shira accedió a ello con plena confianza, entonces, sí, entonces Belial tuvo que reconocer a regañadientes y constatar que no era realmente el éxito que había esperado. La tormenta Belial había intentado con todas sus fuerzas arrancar el roble de raíz, pero no lo había conseguido. A lo sumo, había podido arrancar una rama nada desdeñable.

Djibril no tuvo que dar respuesta a Belial. La respuesta de Shira, Caín y Henoch respondía en todo al amor que Dios tenía previsto para el ser humano. Amaban inmensamente al imperfecto Pequeño Abel. Los serafines de seis alas batían sus alas con mayor rapidez. Todas las fuerzas y potestades del Santo de los Santos alababan al Señor y enviaban tanta luz divina como podían a los ángeles de abajo para ayudarles en su labor fuera del Santo de los Santos.

Lo que ocurrió fue un pequeño anticipo de lo que algún día había de venir, aunque no estuviera en manos de alas de ángeles ni de manos humanas, que precisamente a través del sufrimiento, y por ninguna otra fuerza, el amor podría vencer al no amor

. Cada ser humano lleva, por definición, este poder, pero había que esperar a un ser humano que pudiera hacerlo por todos los seres humanos del mundo, en el pasado, el presente y el futuro.

Caín envolvió al niño con cuidado en una piel, mientras Enoch observaba con tristeza. Quería coserlo con hilo de cuero, pero Enoch se quitó el amuleto con la pluma, que le había regalado Djibril, y se lo colocó alrededor de la cabeza de su hermano. «Abel», dijo, y besó a Abel por última vez en la frente. Caín simplemente no se atrevió a negarse; no quería saber nada más que todo el amor que Henoch estaba demostrando en ese momento. Cosió el cuero con esmero, para que ningún bicho pudiera hacer daño al pequeño Abel ni a la pluma.

Djibril vio cómo Henoch entregaba su pluma al pequeño Abel y quedó profundamente impresionado por este niño. Henoch era aún tan joven y ya hablaba con hechos que las palabras nunca podrían expresar.

También Belial reconoció mucho de Abel en Henoch. Abel se le había escapado y eso no debía volver a suceder. Sabía lo que tenía que hacer.

Los meses siguientes se convirtieron en los más intensos de sus vidas. Caín nunca había querido tanto a Shira como ahora. Henoch, Shira y Caín se unieron en una cadena para toda la vida. Desde la muerte del Pequeño Abel, Caín recordaba a menudo su encuentro con Edén, cómo había reclamado con tanta arrogancia su lugar junto al querubín que, como ahora se veía, con razón no pudo admitirlo. Solo ahora comprendía que Edén se da, no se toma. El Pequeño Abel podía ahora hacer comprender a Caín lo que el Gran Abel nunca había logrado.

Djibril le había dado el Edén a Abel en la cima del Djebel Akhbar, y Abel quería dárselo a Caín. Pero Caín no lo aceptó. Así como entonces no obtuvo lo que deseaba, ahora ya no podía imaginar que alguna vez lo conseguiría. No era digno de ello. Y, sin embargo, era la única condición sin la cual no se puede obtener el Edén. El ser humano que ve con sinceridad su indignidad, no puede creer con la misma sinceridad que alguna vez se le concederá. Y, sin embargo, debe romper esta barrera con la única fuerza que traspasa esa coraza: el amor.

Shira había perdido un hijo, pero lo recuperó en el amor de Caín, Henoch, Elon y Pequeño Loep. Ahora que Shira había pulido sus conocimientos lingüísticos gracias a las numerosas conversaciones antes y después del parto en torno a Pequeño Abel, y había

hablar con más matices sobre sus sentimientos y pensamientos, eso también la acercó más a Caín.
Caín, a su vez, aprendió a abrirle su corazón. Aprendió que no debía ocultarle nada y que debía decir lo más difícil primero. Lo más difícil siempre tenía que ver con la soberbia y el orgullo. Para su gran sorpresa, aprendió que era precisamente eso lo que hacía que Shira lo quisiera tanto y lo que hacía que él quisiera tanto a Shira. Lo más difícil para él era hablar de sus padres, de cómo había decepcionado a su padre en el campo al creerse más sabio que él y de cómo había decepcionado a su madre al matar animales, por no hablar de Abel. Shira también sentía ahora remordimientos por haber vivido de la carne con la manada en aquel entonces, y se sumó a la decisión de Caín de no volver a comer carne jamás. «Solo podemos intentar ser un ejemplo y no juzgar a Elon ni a Loep».
De repente, Caín se reconoció a sí mismo en la actitud de su madre. Al instante sintió que su anterior actitud prepotente hacia sus padres debía de haberles hecho daño y se encogió por un momento.
Shira leyó sus pensamientos. «No debes ser tan duro contigo mismo. Yo también he cometido errores, mi elon».

Así se sentían ahora seguros el uno junto al otro. Juntos se dieron cuenta del tesoro que el pequeño Abel les había dejado, como una semilla que crece en la mejor tierra y que ya se estaba cosechando en su familia. El pequeño Abel no estaba muerto.
Elon, Henoch y Loep salían juntos cada vez con más frecuencia y a veces desaparecían todo un día en busca de algo rico. Y aunque a Loep quizá le faltara una formación sólida en la caza de lobos, sabía aprovechar con facilidad la imponente presencia de Elon, que ahuyentaba a todos los demás carroñeros cada vez que encontraban un cadáver. A veces traían miel para Shira, después de que Elon ganara su infernal lucha con las abejas, mientras Henoch y Loep observaban con tensión desde la distancia. Después, Shira recompensaba a Elon con una torta de miel con arándanos. Eran momentos felices en la cueva y el joven Henoch disfrutaba intensamente del amor entre humanos y animales.

Llegó el verano y el grano crecía de maravilla. Caín y Shira mantuvieron una larga conversación. El pequeño Abel había sido guardado hasta entonces en una abertura fresca de una pequeña cueva, cubierto con piedras. Caín se preguntaba si alguna vez llevarían al pequeño Abel a la tumba de Abel y si entonces no sería mejor dejar que su hijo se desecara en la

Dom. Shira sabía mejor que nadie lo que era un cadáver seco y le pareció una buena idea.
Solo había que vigilar al pequeño Abel durante el día. Por lo general, eso no suponía ningún problema, ya que Shira o Caín siempre estaban trabajando en la cueva o en el campo. Y, si no, Loep era el guardaespaldas perfecto. Shira le explicó detalladamente cuál era el plan y qué esperaba de él. Tras su explicación, Caín no pudo evitar decir «leche» en el idioma de los lobos. Shira y Loep se partieron de risa y se abalanzaron sobre él, lamiéndolo como si fuera leche y como si fuera mejor que se callara con sus graciosas tonterías. Eran de esas noches entre Shira y Caín que se prolongaban en su lecho, donde hacían el amor.
Al día siguiente, el sol se anunció radiante. Caín dejó a su hijo no muy lejos de la cueva, bajo el sol resplandeciente, desde la mañana hasta primeras horas de la tarde. Cuando llovía o tenían dudas, lo guardaban a buen recaudo. A Shira le hacía especial ilusión asumir esta tarea y tener a su pequeño cerca.
Caín solía observarla con ternura desde lejos y gritaba: «¡Djibril!», en agradecimiento por lo que había hecho por ellos.
Su grito chocaba contra la pared del Djebel Akhbar y rebotaba cada vez más alto, pasando por el propio Djibril, hasta llegar al sanctasanctórum. Allí, en lo más bajo, recibía Miguel

el mensaje y elevó el grito, de las fuerzas a los poderes, hasta muy por encima de las ruedas y los querubines, hasta mucho más alto incluso que los serafines, de modo que Yahvé recibió el grito de la manzana herida en la luz más pura.
Él envió la luz con misericordia y humildad, tal como en su día había creado al hombre como su imagen más humilde, multiplicándola a lo largo de todo el camino de regreso hacia abajo.
El amor proviene de Él y el amor que llega a Él se multiplica como un grano de trigo que da cien granos. La mayor catástrofe consistiría en que ningún ángel pudiera ya transmitir el amor desde el hombre hasta el Santo de los Santos. Sin embargo, en toda Su impotencia, Dios conservó la última palabra. Allí, y solo allí, residía Su poder absoluto. En un determinado momento decisivo de la historia, Él intervendría, no por querer, sino por tener que hacerlo en nombre del amor, pero para ello hubo que esperar siglos a la mujer adecuada.
Belial y los suyos absorbían la luz, mientras que Djibril, Miguel y los suyos la elevaban sin cesar. Así fue tras la caída, y así se libraría la batalla entre el bien y el mal. Todas las fuerzas entraron en juego en esta lucha, desde la codicia y la soberbia más extremas hasta la generosidad y la humildad más absolutas. Nunca se puede afirmar

que Dios no existe, pues de lo contrario todo habría sido maldad y perdición desde el principio más temprano. El más mínimo bien en el peor ser humano del mundo surgió en algún momento de esa fuente de amor primaria llamada Dios. Del mismo modo, Belial no puede negar que el más mínimo vestigio de bondad en su mejor esclavo no proviene de él, y que eliminar ese último atisbo de bondad es una tarea casi imposible, por lo que se ve obligado, hasta el último aliento de su esclavo, a impedir que este se arrepienta in extremis.
Este fenómeno proporcionó de inmediato la prueba definitiva de que el mal no fue creado como tal. El mal no es más que una negación del bien, y eso supone un desafío hasta el último aliento de la vida del ser humano. Belial estaba por debajo de Dios, y siempre lo estaría. He aquí la imposible y definitiva soberbia de Belial, con la que al mismo tiempo quedó claro cómo la muerte del ser humano a menudo ofrecía más bien un momento bendito para mostrar amor y perdón a la familia que lo rodeaba y, a la inversa, de la familia al moribundo.

Shira era feliz a pesar de la dolorosa pérdida de Pequeño Abel, pero una ausencia le carcomía el corazón. Antes de dejarlo todo atrás para enterrar a Pequeño Abel en la tumba de Grande Abel, quería primero despedirse definitivamente

de su manada familiar. Se lo comentó a su elon.

«Por supuesto, mi elon», respondió Caín sin dudar ni un segundo.

Pero nada sería lo que parecía.

18. LA CASA DE PEQUEÑO ABEL

«El hombre es, en esencia, un deseo de ser, pero la luz es carencia».

Lucio Rufo Varo

Veo la luz.

Tú me ves.

Yo soy.

19. EL ANCIANO Y EL ÁNGEL (PARTE 2)

«Por supuesto, mi elon». Caín no tuvo que pensarlo. ¿Qué otra respuesta podía dar el amor? Enviaron a Loep de inmediato a buscar a Graülv y a su manada. Ya era finales de otoño. Elon ya se disponía a preparar su hibernación. Ya no era un oso pequeño, y su hambre era proporcional. Buscaba sin descanso bayas, bellotas y hayucos para engrosar su capa de grasa antes de que el invierno lo pusiera a prueba. Ahora que Loep se había marchado, Elon se sintió inmediatamente perdido y se dispuso claramente a partir hacia su cueva de invierno. Henoch se acercó. «Me voy con Elon», dijo, pues sin Loep ni Elon él también se sentía perdido y Henoch quería acostarse junto a su gran amigo. Primero se acercó a Pequeño Abel, le contó lo que iba a hacer y besó a su hermanito. Era como si Abel llevara toda su vida en hibernación y solo tuviera que despertar algún día… A Caín y Shira les dejaba siempre estupefactos cómo Henoch podía estar tan convencido de que el pequeño Abel no estaba muerto.

Shira y Caín estaban tranquilos. «Iremos a buscarte mañana temprano, ¡ten cuidado y quédate con Elon!». En ningún sitio estaba Henoch más a salvo que con Elon; ninguna

manada de lobos hostiles ni ningún gato de dientes de sable podía vencer a un oso como Elon cuando llegaba el momento.

Henoch disfrutaba de la responsabilidad que se le había encomendado; le parecía como si pudiera cuidar de Elon. Caín los vio alejarse y, por un instante, recordó con amargura cómo antes se enfrentaba sin miedo a osos gigantes y los mataba con placer. Sacudió la cabeza para despejarse y volvió rápidamente al trabajo.

Henoch y Elon llegaron al lugar donde dormía Elon, justo al pie del Djebel Akhbar. Juntos arreglaron su lecho y, al caer la noche, Elon se acostó satisfecho. Henoch se acurrucó, como de costumbre, contra su vientre, abrazado por las patas delanteras de Elon, para afrontar así la fría noche. Henoch estaba emocionado por la amistad de este poderoso animal. Una vez que Elon se quedó dormido, sintió aún más emoción, pues ahora velaría por su amigo.

Cayó la noche, pero Henoch no conseguía conciliar el sueño. De repente, vio una silueta a la entrada de la cueva, a contraluz de una luna pálida. «¿Papá?», susurró para no despertar a Elon.

«¡No tengas miedo!», intentó tranquilizar a Henoch el desconocido. «Tengo un nuevo regalo para ti». El desconocido se acercó con cautela hasta situarse junto a Henoch,

que vio ante sí a un anciano. «¿Te acuerdas de que te di un ala cuando naciste?».

«¡Tú eres Djibril!». El tono de Henoch pasó de la desconfianza a la alegría. Se escurrió entre las piernas de Elon para saludar al anciano.

«Me impresionó tanto que le regalases mi pluma blanca a tu hermanito Abel, que ahora quiero darte mi otra pluma», dijo Djibril, y enseguida le entregó el regalo a Henoch.

Henoch la aceptó con cuidado y la miró con entusiasmo. «¡Guau!», exclamó espontáneamente. «¿Pero esta es negra?», se sorprendió, mientras sostenía el ala a la luz de la luna.

«Cada ángel tiene un ala blanca y otra negra, con plumas blancas y negras. Ya te he dado mi pluma blanca, y ahora te regalo mi última pluma negra». Se dio la vuelta de inmediato para demostrar que ya ni siquiera tenía alas. Hacía tiempo que las había perdido, pero Henoch no podía saberlo.

«Gracias, Djibril», respondió Henoch con una sonrisa radiante, «pero ¿puedo hablarlo primero con mis padres?».

«Ahora vete a dormir, Henoch. Eres un chico encantador. Guardaré la pluma por ahora y te la regalaré más adelante, cuando seas lo suficientemente mayor. Pero

no se lo digas a nadie. ¡Es nuestro secreto!». Justo antes de decir «no se lo digas» y «nuestro», de repente perdió un diente delantero. Huyó como un ladrón en la noche. Belial ya no se sentía nada tranquilo, había algo raro en aquel chico molesto.

Henoch se quedó inmóvil, contemplando la luz de la luna que se colaba por la entrada de la cueva. Elon dormía, pero Henoch no conseguía conciliar el sueño. Su incipiente intuición se había puesto en alerta. Lo inquietante era que, hasta ese momento, nunca antes había tenido que sentir esa intuición. Todo en casa de sus padres estaba impregnado de amor, sobre el que no había que hacer preguntas. Su relación con Elon, con Loep, todo era transparente y natural, y se podía resumir simplemente como honestidad. Pero ante este extraño suceso, Henoch se sentía tan incómodo como una flor que brota bajo el radiante sol primaveral y se siente incómoda ante la primera lluvia, sin saber qué pensar de ella a primera vista. Le pidieron que guardara un secreto para sus padres. Para él, eso no fue una llovizna, sino una tormenta de lluvia. Trastornó por completo su ordenado mundo. Inconscientemente, echaba de menos el apoyo de su amuleto con la pluma blanca que le había dado Abel. Se acurrucó de nuevo a salvo entre las patas delanteras de Elon y acabó cayendo en un sueño que, implacable, no era el

le concedió un mínimo de alivio. Soñó que se encontraba sobre un profundo barranco en el que había caído Elon. Se debatía entre intentar salvar a Elon o, aterrorizado, abandonarlo a su suerte. No saltó tras Elon; fue un cobarde. Así, despidió confuso de su primer sueño y, de repente, dejó de ser un niño. No esperó a su padre hasta la mañana siguiente, sino que fue él mismo a buscar a sus padres. El camino estaba resbaladizo, pero se lo sabía de memoria. Comenzó a llover a cántaros y, empapado, llegó a la cueva de sus sorprendidos padres. «¿Ya has vuelto? ¿Está bien Elon?», así le dio la bienvenida Shira en su cálida cueva, mientras Caín seguía echando leña al horno. En la cueva olía deliciosamente a pan recién hecho. Henoch reaccionó con tristeza. «¿Qué te pasa, chico?», preguntó Caín, inmediatamente preocupado por el silencio de Henoch. «¿Le ha pasado algo a Elon? ¿Está bien Elon?». Caín se mostró de repente muy preocupado. «¿Le pasa algo a Elon?», repitió, sin sentirse aún tranquilo. Henoch vaciló: «Hablé con Djibril». A Henoch le parecía que, de esta forma, aún no traicionaba a Djibril. Shira se acercó rápidamente a ellos. «¿Y qué te dijo?», preguntó, recordando su alegre encuentro con Djibril.

Los ojos iluminados de su mamá le dieron ánimos a Henoch. «¡Me dio su segunda pluma!». Su ingenuidad infantil lo protegía de cometer errores en contra de su incipiente intuición.

Shira reaccionó como lo haría cualquier madre. «¡Eso es fantástico, hijo mío! ¿Puedo ver la pluma?».
«Me enseñó la pluma, pero me la dará más tarde».
«¡Pero si eso es fantástico! ¿Por qué tienes entonces ese aspecto tan triste?». «Me pidió que no os lo contara».
Caín y Shira se miraron con ojos incrédulos y desconcertados. Tenían que asimilarlo. Caín dio la vuelta a las galletas en el horno, Shira se volvió intuitivamente hacia el nicho donde descansaba el pequeño Abel y buscó apoyo en la pluma blanca. Se dio la vuelta. «Bueno, puede que sea mejor así. Un ángel sabe lo que hace», respondió. Su encuentro con el anciano Djibril le había dejado una profunda impresión.
Se produjo un silencio aún más largo y profundo. Ni Shira ni Caín tenían ya ninguna vía de escape. Hubo un momento de silencio. Henoch intentó aclararse. «Esta pluma era negra», dijo, sin darse cuenta de que estaba enseñando a su padre y a su madre a pensar de forma más crítica, «Mi amuleto era blanco. Djibril me dijo que cada ángel tiene un ala blanca y otra negra. La pluma blanca ya la había recibido. Pero cuando se marchó, no vi ningún ala».
—¿Cómo era el anciano? —preguntó Shira, ahora aún más preocupada.
«No pude verlo bien. Estaba oscuro en la cueva y la luna daba…»

«¿Pero pudiste ver bien la pluma? ¿Dijiste que era negra? ¿No estaba completamente a oscuras?», le interrumpió Shira con miedo. Caín no entendía por qué de repente le hacía tantas preguntas. Henoch también estaba perplejo y no entendía a dónde quería llegar su madre con sus preguntas. «No pasa nada, mi elon», se recompuso en un santiamén, «¿no tienes hambre? ¿Una galleta? ¿Recién horneada, con arándanos?». Henoch se olvidó de inmediato de todas sus preocupaciones y, tras la deliciosa galleta, agotado tras una noche horrible con su espantoso sueño, se quedó dormido.

Caín y Shira permanecieron en silencio el resto de la noche hasta que se aseguraron de que él dormía profundamente. Ambos se sentían de un humor extraño. Caín no entendía qué estaba pasando. Shira no se atrevía a decir nada y recogió los restos de la cena. Ellos también se fueron a dormir. Una última llama de aceite permaneció encendida. Caín se había acurrucado suavemente contra la espalda de Shira, mientras buscaba sus manos y le acariciaba silenciosamente la oreja. Shira también seguía despierta. «¿Qué está pasando, mi elon?», susurró suavemente: «He visto a Djibril cuando me abandonó. Tenía sin duda dos alas blancas a las que les faltaba una pluma. Blancas. Lo que dice Henoch no es cierto. ¿Qué está pasando, mi elon?».

Caín no sabía qué hacer. Se produjo un largo silencio. Ambos parecían petrificados y apenas se atrevían a

Respiraban. Tenían los ojos muy abiertos. Se daban cuenta de que estaba ocurriendo algo que no presagiaba nada bueno. Shira acabó durmiéndose, pero Caín permaneció despierto, atormentado por el caos en su mente, o más bien por una lucha. Todo lo bueno que había recibido en los últimos meses desenterraba ahora todo lo malo del pasado. Había pensado que lo había superado y que el mal ya lo dejaría en paz. ¿Podría empeorar aún más? Sí, quizá pudiera empeorar. Habría dudado de todo lo bueno aquella noche si no hubiera recordado la respuesta de su madre cuando el granito se resquebrajó: «Perdóname, hijo mío». Caín se deslizó silenciosamente fuera del lecho, se acercó en silencio a Henoch y le susurró al oído: «Perdóname, hijo mío». Aunque no sabía muy bien qué había hecho mal, aquellas palabras le resultaron liberadoras y, al final, él también se quedó dormido. Pero no por mucho tiempo. En la cueva seguía reinando un silencio inmenso.

Solo las brasas humeantes del horno emitían un tenue resplandor. Caín recordó las noches en la trampa, junto a Abel. El brillo de las brasas era allí igual de escaso. La cueva que veía ahora le recordaba a la trampa para osos de entonces. Estaba en la trampa. De nuevo.

Pero, ¿era ahora tan inútil como le había parecido entonces? Loep no estaba muy lejos de él, igual que ahora. Aunque entonces no pudiera verlo. Igual que

Ahora. Para Abel, Djibril siempre había estado cerca de él. Aunque no pudiera verlo. ¿Estaría Djibril aquí ahora también? ¿Aunque no pudiera verlo? Shira vio a Djibril una vez, Abel lo vio, Henoch quizá lo vio, solo él no lo vio. ¿Por qué él no? En otro tiempo había sido ciego y, sin embargo, había sentido a Djibril cerca. ¿Podría ser entonces que Djibril estuviera cerca sin que él lo viera? Cerró los ojos y tuvo que admitir que ahora no podía afirmar con certeza que Djibril no estuviera allí o no pudiera estarlo. Con los ojos cerrados, se levantó y se dirigió hacia la hornacina del Pequeño Abel, donde le esperaba la pluma blanca. Inmediatamente sintió remordimiento por no haber confiado en Djibril con los ojos abiertos.

Fuera de la cueva, Djibril esperaba pacientemente. Al fin y al cabo, es el hombre quien rehúye al ángel bueno y no el ángel bueno quien rehúye al hombre. Caín estaba desilusionado consigo mismo y agotado por todas las emociones. Se rindió y cayó exhausto en un segundo sueño. El ser humano piensa demasiado en términos humanos sobre un ángel. Caín nunca podría menospreciar a Djibril como ángel. Djibril solo sirve, y no pide reconocimiento personal.
Djibril sabía por qué estaba allí. Si Belial tenía algo más entre manos, también tendría que pasar por donde estaba Djibril. No le cerraba el paso a Belial, solo se aseguraba de que Belial

sabría que estaba allí. En esta situación, Belial no se sentía obstaculizado tanto por Djibril como, sobre todo, por todas las fuerzas que había dentro de la propia cueva. Así es como se libra la batalla entre el ángel malo y el ángel bueno en el corazón de cada ser humano. El ángel malo quiere anular toda libertad del hombre para ganarse su amor. Con palabras y hechos, conquista el amor del hombre para sí mismo. El ángel bueno, por el contrario, vela por la libertad del hombre, aunque este no se dé cuenta. Lamentablemente, a veces el hombre experimenta en su libertad como si el ángel bueno lo hubiera abandonado. El ángel bueno pide humildemente que el amor del corazón se dirija a Dios, y no al ángel. El hombre cree fácilmente en el ángel malo. Le cuesta creer en el ángel bueno. Cada día resulta más fácil tomar y disfrutar en libertad la manzana intacta. Parece más fácil querer ser Dios cada día en lugar de buscar y experimentar humildemente la presencia de Dios cada día. Aunque el Amor fue primero. De hecho, si la no-amor hubiera sido primero, nunca habría permitido el amor. No le habría concedido al amor ninguna oportunidad de sobrevivir. Mientras que el amor no puede sino permitir la no-amor. Parece que eso es una debilidad del amor, pero en realidad es, en su esencia, su mayor baza. Sin Dios, que es el Amor y, por tanto, el antípoda de Belial, el ser humano ni siquiera sería presa de

Belial. No era más que un esclavo de Belial, para siempre y sin ninguna otra perspectiva. El ser humano sufriría más que nunca, sin ninguna esperanza de redención de un sufrimiento eterno. La falta de amor, al fin y al cabo, no le da al amor ni la más mínima oportunidad, mientras que el amor no quiere convertir al ser humano en su prisionero de ninguna manera. El amor es, por lo tanto, vulnerable; la falta de amor, por el contrario, se defiende contra cualquier rechazo, en una dialéctica en la que todos los medios son válidos y parecen lógicos. La tenacidad con la que la falta de amor lucha contra el amor que fue primero es tan fuerte que solo sirve para demostrar lo difícil de conquistar y lo fuerte que puede ser el amor. El amor a menudo vence a la falta de amor sufriendo él mismo. El manzano junto a la cueva de Adán y Eva creció únicamente gracias a las lágrimas del ser humano. La libertad implica siempre la libre elección entre el bien y el mal. El ser humano elige. El amor sin libertad ni siquiera puede calificarse de amor. Pero quien logra engañar a la libertad, engaña al amor. Si la falta de amor engaña al amor, aún no es amor. Pero si el amor cree poder engañar a la falta de amor, es dos veces menos amor que la falta de amor. El amor que quiere engañar no es amor, sino solo la falta de amor disfrazada. Con agua nunca se puede encender el fuego.

El amor es un estado, una entrega total, que eleva al ser humano, en su libertad más absoluta y desinteresadamente, hacia su fuente principal. La falta de amor es una lucha del ser humano consigo mismo, que quiere imponerse el amor propio, en la que todos los medios son válidos y cuyo único resultado es todo menos el amor.

La única salvación posible sería que surgiera una fuerza capaz de elevar el sufrimiento causado por la falta de amor hasta convertirlo en amor, en perfecta armonía y respetando la libertad de cada persona. Alguien que pudiera hacer fuego con agua. Ni ningún ser humano ni ningún ángel bueno podía ofrecer al ser humano esta solución.

Por la mañana, Caín se despertó temprano. Se sentía liberado, pues sabía lo que debía hacer. Sin pensarlo mucho, se dirigió a la momia del pequeño Abel, le quitó la envoltura de cuero, tomó la pluma blanca de Henoch, volvió a envolver a Abel y luego colocó la pluma blanca en silencio junto a la cabeza de Henoch.
Henoch se despertó muy temprano y lanzó un grito. «¡Mamá!», exclamó encantado. «¡Djibril me ha devuelto su pluma!».
Shira observaba incrédula y Caín se apresuró a dar una explicación. «Djibril te dio esta pluma, porque es

esta pluma la que tú recibiste en su día y que le diste a tu hermanito. Anoche le quité un momento a tu hermanito esta pluma que te había dado Djibril. Y ahora fíjate bien, Henoch». Caín se descubrió ambos brazos. «¿De qué color es mi brazo izquierdo?».
—¡Marrón! —exclamó Henoch triunfante.
«Muy bien, ¿y de qué color es mi brazo derecho?».
«¡Marrón!», exclamó Henoch de nuevo.
«Y ahora mira tus brazos, porque tus brazos son como las alas de un ángel». Caín no tenía ni la más remota idea de cuánta verdad había en eso. Las ruedas del sanctasanctórum se sacudieron bruscamente mientras lo decía, y Caín continuó: «Mis brazos son tan marrones como los tuyos y…». Shira se apresuró a mostrar también sus brazos. «Y los de mamá también».
«¿Y de qué color son las alas de Djibril?», y Caín colocó la pluma blanca sobre el brazo de Henoch.
«¡Blancas!», exclamó Henoch sin la menor duda.
Como tres en uno, juntaron sus brazos y rieron con gran alivio. Shira estaba tan orgullosa de su marido que se abalanzó sobre él y su hijo para abrazarlos.

Belial ya había tenido que revisar en numerosas ocasiones su subestimación del amor paterno por culpa de Eva, pero lo que ahora le sorprendió por completo fue cómo un padre y una víctima indefensa de

en el pasado, pudieran frustrar por completo todo su plan al ser aún capaces de tanto bien. Belial lo atribuye exclusivamente a la paternidad. «Esperar a que los padres queden fuera de juego», así enseñaba desde entonces a sus discípulos, «a partir del amor fraternal será más fácil lograrlo».

Djibril observaba distraídamente. El amor no tiene que ver con obligar o manipular. El ángel bueno se muestra, como mucho, después de algo, no por algo. El amor solo quiere ser, no lograr algo que no existiera ya. En tiempos del Edén ni siquiera era necesario hablar de ello o pensar en ello.

Belial se daba cuenta cada vez más de que, al intentar abusar de la razón del hombre, debilitaba su propio discernimiento y entendimiento, lo que le impedía comprender cada vez menos la fuerza original del amor mismo. En su arrogancia, había cambiado las alas que Dios le había dado por el conocimiento y el acceso a la razón humana. Vio en ello el medio por excelencia para alejar al ser humano del amor de Dios, pero, por el contrario, eso lo alejaba a él mismo cada vez más del conocimiento del amor. Aquel que quería destruir el amor, perdía cada vez más perspicacia y conocimiento del amor. Para Belial, se convertía cada vez más en una lucha abstracta.

luchaba contra algo que él mismo ya no conocía. Por mucho que se enfureciera, el amor siempre le esperaba a la vuelta de la esquina. La lucha entre el bien y el mal en el corazón del hombre estaba condenada a ser una lucha eterna, y ningún hombre ni ángel podía resolverla. El regalo de Dios de otorgar el amor divino al ser humano fuera del Santo de los Santos daba testimonio de una confianza insondable de Dios en Su forma humana creada. Para salvar el amor en cada persona de esta forma humana sin vulnerar la libertad en el amor mismo, solo el Amor mismo en persona podía rectificarlo.

Alguna vez.

Poco después, Shira volvió a quedarse embarazada.

20. GRAÜLV

Al igual que su hermana y su antigua loba líder lo echaban mucho de menos, Graülv echaba de menos a su hermana tras diez inviernos. Se estaba haciendo viejo y, para ser un lobo, era ya muy anciano. Aunque no lo pareciera, Graülv sentía que sus fuerzas disminuían rápidamente. No podría morir hasta haberla vuelto a ver. El amor a veces no puede esperar y el amor siempre tiene la razón.
Pero había más. El instinto de Graülv le alertaba y eso le ponía nervioso.
Graülv habló de ello con su primer sucesor en la línea de sucesión, Graülfur, ocho años más joven, el mejor corredor de toda la manada y tremendamente fuerte. Graülv le pidió que se pusiera en contacto con Pequeño Loep, el mejor amigo de juegos de Graülfur en el pasado. «Tú puedes partir ya, mientras yo me dirijo con toda la manada hacia el noroeste del Djebel Akhbar, hasta la frontera con los Lobos Negros. Allí esperaré noticias tuyas. ¡Ten cuidado! Es muy posible que Shira y Caín hayan llegado incluso al oeste del Djebel Akhbar, en el territorio de los Lobos Negros». Graülfur partió de inmediato.

21. TRISTEZA

A Henoch le encantaba poner la oreja en el vientre embarazado de Shira y gritaba de emoción cuando sentía que el vientre se movía. «¿Cuánto falta, mamá?».
Entonces Shira mostró dos dedos. «Dos lunas llenas más y el bebé estará aquí».
«¿Un hermanito o una hermanita?», preguntó Henoch con ingenio.
Shira se sorprendió por un momento ante su perspicacia. Henoch había aprendido a distinguir entre machos y hembras en el mundo animal, pero ella no sabía cómo se llamaba a una hembra humana. Miró a Caín, quien tampoco sabía cómo llamar a una hembra en su propia familia.
«Pensaba que...» Reflexionó. «... así... así... así...»
Su balbuceo resultaba ridículo y Shira le obligó a tomar una decisión: «¿Y bien? ¿Y bien, mi elon?»
«Así… así… Pues… ¡Hermana!», exclamó Caín aliviado, como si la palabra existiera desde hacía años.
Ahora Shira podía responder a la pregunta de Henoch. «¿Una hermana o un hermano? No importa, siempre y cuando… vivan», dijo, y acarició el pelo de Henoch con una lágrima en los ojos. El pequeño Abel nunca estaba lejos.

Debido al inminente nacimiento, Caín tuvo que posponer sus planes de ir a la tumba de Abel hasta que el nuevo bebé fuera lo suficientemente fuerte para el viaje. Lo esperaba con muchas ganas, pero su mujer y los niños eran lo primero.

Elon ya era un oso viejo, «Pequeño» Loep se estaba volviendo tan canoso como su padre y Henoch sorprendía a Caín cada día. Reconocía en él muchos rasgos de su madre y se preguntaba qué rasgos podrían haber aportado los desconocidos padres de Shira al carácter de Henoch. Eso le despertaba una gran curiosidad por el nuevo niño.

Se consideraba un hombre afortunado. La cosecha de ese año había sido buena, las cabras daban leche más que suficiente y las gallinas cacareaban para ver quién ponía más huevos. Loep estaba en plena forma y llevaba ya un tiempo de camino hacia la manada de Shira. Elon yacía tranquilamente y era el mejor compañero que se podía soñar para su hijo. Sinceramente, pensaba que no se merecía tanta suerte. Eso lo mantenía en guardia. ¿Acaso no había sido él mismo el hijo de Belial? La marca de su mejilla había desaparecido, pero a veces aún la sentía revivir en su mente. Incluso Aquel que mata a los hombres olvidaba a veces que alguna vez había podido ver las puertas del Edén. Darse cuenta de ello le infundía miedo. «¿Cuándo podré encontrar la paz?», le zumbaba entonces en la cabeza.

«Ojalá pudiera contarles a mi padre y a mi madre lo cambiado que estoy, ojalá pudiera contarles lo mal que actué, lo feliz que podría llegar a ser. Lo mucho que echo de menos a Abel. Ojalá pudiera mostrarles a mi hijo y a mi mujer.
Ojalá pudiera decirles que llamé a mi hijo, que nació muerto, Abel. Ash'hadu an la ilaha illa-llha». Sus pensamientos se hundían en el fondo de un mar al que no llegaba la luz. Su felicidad se sentía cada vez más apagada. Siempre estaba ese «pero maté a mi hermano». También había otro «pero», el «pero» que le tranquilizaba al pensar que el otro «pero» podía ser perdonado, incluso por sus padres y a pesar de todo el dolor. A veces se imaginaba lo que haría si volviera a presentarse ante el querubín en la puerta del Edén. Se imaginaba que entonces se daría la vuelta desnudo ante el querubín, tan indigno se sentiría de volver a ver el Edén. Le preguntaría en voz alta al querubín si su mujer y sus hijos no podrían entrar en la Ciudad en su lugar. Luego se marcharía y se acostaría en la tumba de Abel. Esperaba que en ese momento pudiera volver a ser ciego para poder ver solo con el corazón. Pensaba en todo esto mientras estaba sentado sobre una roca a la entrada de su cueva. Y las piedras son piedras, como los hermanos son hermanos.

*

Henoch visitaba a Abel a menudo. A veces era solo un rato, pero la mayoría de las veces se quedaba más tiempo. Echaba de menos tener un hermanito. Caín y Shira observaban desde lejos. Parecía que Henoch no paraba de hablar con Abel. Se preguntaban de qué hablaban.

Shira le preguntó al respecto. «¿Eres muy amigo de Abel?», le preguntó.

Henoch se acurrucó contra ella y le acarició la barriguita redondeada con la mano. «Hermanito o hermanita, te querré mucho», dijo, y le dio un beso en la barriga.

«¿Echas mucho de menos al pequeño Abel?», insistió Shira.

«Abel no está muerto», respondió él, mientras ponía la oreja sobre su barriga para escuchar el corazón del bebé.

«¿Cómo lo sabes?», preguntó Shira con esperanza.

«Djibril», fue la sencilla respuesta.

Shira sintió aún más curiosidad. «¿Has conocido a Djibril?»

Henoch pareció ausente por un momento, pero de repente dijo: «Hablo sin palabras con Djibril». Se levantó para ir a ver a Elon. «¿Cuándo vuelve Loep? Elon también lo echa de menos», preguntó, sin esperar respuesta.

Shira se quedó atrás, sorprendida. Ella también echaba de menos a Loep, pero aún más a Graülv. Sabía lo viejos que podían llegar a ser los lobos

podían llegar a ser y que para Graülv un viaje así podría ser demasiado duro. Tenía tantas ganas de presentárselo a Henoch y al nuevo bebé. Algo le decía que estaban de camino.

Un mes después, Shira estaba en avanzado estado de gestación, pero seguía trabajando en el campo. Mientras se agachaba con cuidado, de repente perdió un buen coágulo de sangre. «¡Mi elon!», gritó a Caín. Él corrió hacia ella para sostenerla. «No he hecho nada malo. No me he caído. ¡No otra vez, mi elon!», se lamentó ella. Caín la llevó en brazos al interior, mientras Shira lloraba de miedo por el niño. La acostó y la examinó. La hemorragia parecía haberse detenido y tampoco habían comenzado las contracciones. «Te quedas aquí acostada, mi elon. Henoch y yo te ayudaremos en todo. Pero ya no puedes trabajar más».
Shira permaneció tumbada en silencio durante días, pues pronto se dio cuenta de que cada vez que tenía retortijones o tosía perdía un poco de sangre. Se sentía cada vez más débil.
Caín estaba preocupado. Intentó ocultarlo, pero no lo consiguió. «Te quiero, Caín», dijo Shira, como si se estuviera despidiendo. Henoch le tomó la mano. Shira

sabía perfectamente por qué lo había dicho de repente. «Mi elon, empiezan las contracciones. Te quiero, Henoch».

Una nueva contracción le impidió seguir hablando. La cama se convirtió rápidamente en un baño de sangre. Con cada contracción perdía un chorro de sangre. Mejoró un poco cuando asomó la cabecita, pero cuando nació el cuerpecito y Caín cogió al bebé por las piernas, ya no hubo quien lo detuviera. Caín entró en pánico y, con manos temblorosas, cortó el cordón umbilical. Envolvió al bebé en una piel cálida y se ocupó inmediatamente de Shira. Pero toda la ayuda llegó demasiado tarde. Ella se desangró en sus brazos.

Con los ojos muy abiertos, el rostro pálido como la tiza. Su mirada suave parecía decirle que había llegado a un lugar seguro donde reinaban la calma y la paz, que no tenía por qué preocuparse por ella y que ella confiaba en que él cuidaría bien de los niños. Las lágrimas en los ojos de Caín dibujaron con sus cristales una sonrisa serena en sus labios. Parecía como si se movieran. «Te quiero, Shira». Esperaba recibir aún una respuesta de esos labios, pero ya no respondían.

Henoch fue a consolar a su padre. Le tomó la cabeza entre los brazos y repitió lo que oía en su mente: «Shira no ha muerto».

Caín se sintió reconfortado al instante y la serenidad de Henoch lo tranquilizó. «¿Shira?», le preguntó a Henoch. «Sí, Shira», asintió Henoch. A Caín le extrañó que no dijera «mamá».
El bebé empezó a llorar. Henoch tomó a su hermanito en brazos y se lo entregó a su padre. El niño acaparó de inmediato toda su atención, mientras su corazón se partía en dos, entre la tristeza y la felicidad. No sabía cuál de las dos, ninguna de las dos opciones podía ser la correcta. «Perdóname, Señor. Perdóname». Y en ese mismo instante supo: «¿Estabas tan cerca todo este tiempo, Señor?». Y Yahvé estaba muy cerca de Caín. Caín acalló el llanto apoyando la mejilla del bebé contra la mejilla de Shira. Henoch eligió la otra mejilla y Caín besó suavemente a Shira en la boca.

La marea alta nunca puede ser más amplia, el flujo y el reflujo nunca más alejados el uno del otro y nunca más cercanos en humildad. Así como Caín y Shira parecían tan lejos el uno del otro, así se sentían, sí: cerca el uno del otro en la tristeza, pero no en la pérdida.
Las lágrimas son misericordiosas y salvaban sin esfuerzo la distancia y el tiempo. Mantén la confianza.

«¿Cómo llamaremos al hermanito, Henoch?»

Enoc no parecía estar prestando mucha atención.
«Lamech», respondió entonces.
«¿Qué significa Lamech[4] ?», preguntó Caín, que nunca había oído esa palabra.
Henoch lo miró con una extraña mirada ausente, se limitó a sonreír y no dijo nada.
«Lamech está bien», dijo Caín y se apresuró hacia las cabras para ir a ordeñarlas.
Al igual que su mujer lo había dado todo, hasta su vida, él ahora tenía que esforzarse al máximo para ayudar a esta joven vida a sobrevivir. La presencia de Shira se desvanecía lentamente. Los segundos se negaban cruelmente a hacer retroceder el tiempo. Caín tenía que seguir adelante.
Elon tampoco soportaba la noticia de la muerte de Shira. Ella era su segunda madre. En la cueva permaneció en ayunas, tumbado junto a ella y al bebé. Su importante tarea consistía en que solo su suave lametón en la mejilla podía calmar un poco a Lamech. Elon se sentía como un segundo padre de Lamech.
A Henoch le conmovió y, por eso, centró más su atención en su padre. Caín lo necesitaba. Nunca había amado a nadie tanto como a Shira. Se quedó solo con Henoch, el pequeño Abel y un bebé recién nacido.

[4] Lamech significa «lágrima»

Parecía que este triste período era el peor de su vida. Incluso le parecía que esta situación era peor que el momento en que mató a su hermano o aquel en que su madre le suplicó perdón mientras su corazón aún parecía helado. Esta última reflexión lo sacó de su letargo espiritual. Tenía que despertar y convertirse en el sol de sus hijos, Elon y Loep, tal y como Shira siempre había sido el sol de la familia y era muy querida por el sol. No podía honrar mejor a Shira que viviendo. ¡Su vida! Sacrificaría su dolor hasta que se convirtiera en nueva vida.

Para Caín era una tarea, pero para la precoz Enoque era, ya a esa temprana edad, una evidencia sin igual.

22. PUESTA DE SOL

A Lamech no le gustaba la leche de las cabras. Eso llevaba a Caín a la desesperación. Lamech ya era demasiado pequeño al nacer y su estado se volvía precario. Elon, con una paciencia de oso, hacía todo lo posible por calmar al niño. No se apartaba ni un segundo del lado de Lamech, pero apenas lograba consolar al niño. Caín acariciaba la cabeza paciente de Elon cada vez que él ya no podía soportarlo más y salía a reponer la pira funeraria de Shira.

Nunca podría llevar a Shira a la tumba de Abel, así que había decidido quemarla con el pequeño Abel en sus brazos. Caín se mataba a trabajar. Cuanto más se esforzaba, menos dolor sentía. Al caer la tarde, la pira estaba lista. La noche siguiente con Lamech fue, una vez más, un desastre. A Caín le dolía no poder querer a este niño. La ausencia de Shira solo se veía acentuada por los gritos desgarradores. No pegó ojo y, al amanecer, salió a buscar flores silvestres para hacer un lecho de flores en la pira. Henoch reunió todos los nomeolvides y las rosas silvestres. El lecho estaba listo. Caín se armó de valor para no hacer daño a Henoch, pero cuando salió de la cueva con Shira en brazos y el sol iluminaba la paz de

Al ver cómo su rostro cobraba vida bajo la luz más hermosa, ya no pudo contener las lágrimas. La acostó con delicadeza y depositó al pequeño Abel en sus brazos. Henoch extrajo la pluma blanca de su amuleto y la colocó entre sus manos. Caín los colocó a ambos en lo alto de la pira, bajo el sol de mediodía, a la espera de que el sol les acompañara en su último viaje. Solo con la última luz del día encendería la pira. Ni un segundo antes. El sol se lo reprocharía.

Sin embargo, Lamech no le dio a Caín mucho tiempo para llorar. El niño no dejaba de suplicar por leche. A veces intentaba beber un poco de leche de cabra, pero la vomitaba inmediatamente. Caín ya no sabía qué hacer. No podía calcular cuánto tiempo aguantaría Lamech así. Echaba profundamente de menos a Shira. ¿Perder a una mujer y luego perder también a un hijo? Al pie de la pira funeraria, lloraba su dolor como un lobo, pero siempre volvía a gritar: «¡Mi elon! ¡Djibril! ¡Ayúdame, por favor!». Siguió gritándolo en todos los tonos hasta que Henoch se acercó a él, tomó la cabeza de Caín entre sus brazos y le susurró suavemente al oído: «Djibril te oye.» Caín levantó la vista, sorprendido, y le agradeció en silencio su consuelo y su amor. Aquello le reconfortó. Mientras tanto, el sol había pasado el cenit y Caín cayó exhausto

se quedó dormido junto a la hoguera. Por mucho que Lamech llorara en la cueva, Caín ya no podía más y tampoco lo oía. Elon cuidó pacientemente del niño. Elon hacía más que honor a su nombre. Podría parecer que Elon se sentía en deuda con Caín por haberlo salvado de la trampa, pero nada más lejos de la realidad. Gracias a Caín y a Shira, se convirtió en un miembro de pleno derecho de una familia que lo amaba y lo apreciaba enormemente desde el primer momento. Cuidar de Lamech, algo en lo que ni Caín ni Henoch lograban en esos momentos, valía para él su peso en oro. No solo sacaba la fuerza para ello de la familia, sino quizás aún más de sus contactos personales con Djibril, sobre todo de su último contacto con Djibril, cuando, muerto de cansancio, llegó justo a tiempo para el nacimiento de Henoch con Shira y Caín a la espalda.
Djibril le había confiado que su madre, la berina, lo esperaba en el Edén y que estaba orgullosa del nombre que le habían dado. El mero hecho de pensar en Djibril y en su madre le daba la fuerza y la paciencia que tanto necesitaba para dedicar toda su atención a Lamech.
El sol avanzaba lentamente hacia el oeste. El sol y Shira siempre habían sido los mejores amigos. Cada mañana, Shira saludaba agradecida al sol, tanto en los días buenos como en los malos, tanto bajo la lluvia como bajo un cielo despejado. Cada vez que el sol encontraba un hueco

entre las nubes, estaba allí para recompensar a Shira por su gratitud y agradecimiento. Para el sol, Shira era su sol.
Rara vez le cuesta al sol despedirse del día. Entonces parece como si quisiera detenerse, pero la Tierra, obstinada, se niega a dejar de girar por un momento y a someterse a su voluntad. Hoy era uno de esos días horribles para el sol. Poder ver a Shira por última vez también supuso una pérdida para el sol. Siempre había sido una alegría calentarla.
A eso se sumaba que, ese día, el sol vio a Graülv azuzar incansablemente a su manada para poder encontrarse por última vez con su amada antes de que cayera la noche. Ya no estaba muy lejos, pero cada rayo de luz adicional lo acercaba más a su querida hermana. Shira lo estaba esperando, de eso estaba seguro. Por muy mayor que fuera Graülv, ahora le habían salido alas. Volaba al frente como un joven líder de manada, como si su vida dependiera de ello. Sus últimas fuerzas estaban ahora en acción. El mañana ya no le importaba. Incluso Graülfur se sorprendió de lo que su padre aún era capaz de hacer. La manada ya se había dividido en dos, de modo que los animales más jóvenes, bajo el mando de Djizah, pudieran dar pasos más cortos y tuvieran un respiro para

. Djizah ya no reconocía a su compañero. Corrían sin descanso por montes y valles en territorio enemigo, pero ninguna manada rival podría seguirles el ritmo. Si es que llegaban a olerlos, decidirían rápidamente no perseguirlos. La manada de Graülv y Djizah era conocida por ser una manada poderosa: tremendamente fuerte, pero justa. Sus enemigos solo podían esperar que siguieran avanzando lo suficientemente rápido, alejándose de su territorio.

El sol parecía ponerse, pero no lo hacía. Caín encendió la antorcha con el corazón encogido y esperó. Creía que ya lo había pospuesto demasiado, pero sería el sol quien determinara el momento. Solo bajaría la antorcha cuando viera el último rayo de sol. Esperó pacientemente su señal. La primera antorcha se consumió más rápido de lo que el ritmo del sol le había indicado erróneamente. Así que también calculó mal con la segunda antorcha. Al encender la tercera antorcha, de repente oyó aullidos de lobos. Muy cerca. Henoch gritó en voz alta: «¡Viene Loep!».

Allí llegó el primer grupo de la manada, corriendo a toda velocidad con los hocicos jadeantes y con la lengua que, durante los primeros minutos, no podían retraer en sus bocas. Graülv miró inmediatamente hacia la pira.

Vio a Caín con la antorcha en la mano. Vio cómo Henoch abrazaba a Loep y cómo Loep, mientras tanto, lo miraba fijamente a los ojos desde lejos. Comprendió de inmediato lo que estaba pasando. Graülv también bajó la cabeza por un momento y luego miró con incredulidad hacia la pira.
Caín buscó a Graülv y se postró inmediatamente ante él con sumisión. Graülv no soportó tanto honor y lo siguió, hasta que ambos se dieron la vuelta y se miraron a los ojos desde el suelo. Se midieron mutuamente el dolor. Caín intentó relatar el dramático suceso en un deficiente lenguaje de lobos, pero rápidamente pasó al lenguaje humano. Graülv no necesitaba explicaciones. La pira y el bebé que lloraba lo decían todo. Por respeto al dolor de Caín, esperó a que terminara de hablar y se levantó.
El segundo grupo, con Djizah, ya había llegado. Graülv buscó a Graülfur y a Djizah. «Me quedo aquí, Graülfur. A partir de ahora tú eres el líder de la manada y Djizah, tú eres su loba líder. Djizah, ¿quieres amamantar ahora mismo al recién nacido de Shira y Kaïn? Al más pequeño de nuestra manada, al que hoy mismo has amamantado, se le puede destetar fácilmente mañana». Esperó un momento. «El bebé de Shira y Kaïn se llama Lamech». Graülv se mostró muy impresionado por el significado edeniano

de este nombre. A continuación, dirigió la mirada hacia la pira y subió lentamente a la torre.
Abajo, Henoch, Caín con Lamech, Elon, Loep y toda la manada observaban con recato el espectáculo en la cima.
Graülv se tumbó sobre el vientre de Shira y se dio la vuelta sobre su espalda para rendirle homenaje, gimiendo en silencio. Se volvió de nuevo y le lamió la cara. Se hizo un silencio sepulcral. Graülv bajó lentamente y miró con cariño a Graülfur y Djizah a los ojos. Se colocó junto a Caín, a su derecha.
El pequeño Loep siguió inmediatamente su ejemplo y gimió con reverente modestia ante su amiga del alma, tras lo cual también él le dio un beso de despedida desesperado. Volvió a bajar y se colocó a la izquierda de Henoch. Henoch estaba a la izquierda de Caín y llevaba a Lamech. Elon estaba a la izquierda de Loep. Todos esperaban en silencio.
Caín tomó la cuarta antorcha en su mano. El sol se despidió de Shira y se llevó consigo, con tristeza, la última luz de aquel día. Caín dejó caer la antorcha. Las llamas vacilaron, como si les avergonzara hacer presa de una amiga del sol. Esperaron pacientemente a que su arquetipo les diera completamente la espalda con su último resplandor. Ascendieron hacia la parte más alta. Las llamas sintieron un irresistible

necesidad de fundirse con Shira, de morir junto a ella reduciéndose a cenizas. Todos los que observaban, humanos y animales, quedaron abrumados por su armonía. Incluso Lamech parecía impresionado y guardó silencio.

De repente, Graülv trepó en tres saltos por la torre en llamas, hasta el cuerpo de Shira. Su pelaje ya se había incendiado antes de que las llamas se apoderaran de Shira. Un segundo después, Graülv ardía en llamas y lloraba su última pena por su alma gemela. Entonces cayó de repente para poder convertirse en cenizas junto con Shira y el Pequeño Abel. Henoch tuvo que contener a Loep para que no siguiera el ejemplo de Graülv. Parecía desconcertante, pero era más bien desgarrador. Todas las fuerzas se despidieron en armonía. Fue una gran fiesta del amor en la mayor de las tristezas. También la luna se veló humildemente de luto y no sabía cómo girar para escapar de la luz del sol que se alejaba.

Las nubes se unieron para consolarse unas a otras en lugar de luchar entre sí. Al otro lado de la Tierra, el sol reprimió su dolor y finalmente dejó que sus lágrimas cayeran a raudales.

Ante tanta fuerza, Caín abrió su corazón al dolor de todos los presentes. Los lobos más jóvenes de la manada reaccionaron consternados y aullaron lastimosamente por su

padre, su abuelo y su tatarabuela. Graülfur y Djizah lloraron con ellos, por respeto y dolor hacia su líder y su antigua loba alfa, pero sobre todo por gratitud hacia su linaje. Al morir junto a Shira, Graülv dio una última prueba de su noble linaje, pero les enseñó a no comportarse ni sentirse como tales. Aunque eran hijos de la marea alta, él les había enseñado a comportarse como hijos de la marea baja.

Una marea humilde sopesa en sus expectativas y su pesada responsabilidad tanto como la marea baja, mucho más ligera. Y la marea baja, en su humildad, se siente tan respetada e importante como el pesado fardo que debe soportar la marea alta. La marea alta y la marea baja eran como hombre y mujer, y en igualdad se alternaban; y, al ser uno, nadie podía notar la diferencia entre ambas.

El nuevo líder de la manada, Graülfur, y la loba guía, Djizah, comprendieron de inmediato el valor total del regalo de despedida: les permitía, desde el principio, llevar una carga más ligera y, por lo tanto, mayor.
Las llamas, la leña, Shira, el Pequeño Abel y Graülv se dejaron convertir de buen grado en humo celestial y cenizas terrenales

. Caín estaba enormemente agradecido a Graülv por tanto respeto y amor hacia la amiga del corazón de ambos. Henoch y Lamech entraron en la cueva junto con Elon. Djizah los siguió y le ofreció a Lamech su rica leche dentro de la cueva. Djizah se sentía como Siba, que en su día había alimentado a su abuela. A Djizah no le resultaba extraño en absoluto. No era de extrañar que Lamech, hijo de una madre que también había sido criada con la leche de las lobas, ahora también deseara la leche de las lobas. El calor de su leche y sus cálidos pezones eran un regalo de Dios para Lamech, pero no menos para Caín, Henoch y Elon.

Henoch fue a ver a su padre, lleno de alegría, para darle la buena noticia, pero Caín estaba demasiado triste como para mostrar alegría. No pudo esbozar más que una sonrisa forzada.

Caín permaneció toda la noche velando junto a la manada junto al fuego, mientras Enoch se dejaba consolar por Loep. «La vida viene después de la muerte». De repente, Enoch comprendió ese pensamiento. El mero hecho de saber que Djibril estaba muy cerca de él le consoló y le permitió conciliar el sueño. Loep no se apartó ni un metro de su lado. Elon se unió a Enoch y a Loep y pudo finalmente rendirse al cansancio de tantos días y noches. Graülfur y su familia se turnaban para vigilar el lugar de la hoguera, mientras

Djizah cuidó toda la noche en la cueva del hambriento Lamech. Solo Caín no conseguía conciliar el sueño. La terrible ausencia de Shira le abrió nuevas perspectivas. A la escasa luz de las brasas que se apagaban, miró a su hijo Enoch, que dormía con Loep acurrucado junto a él, tal y como Abel solía dormir con Loep en invierno y en verano. Toda su vida juvenil se revelaba ahora a través de los ojos de sus padres y le enseñaba cómo la vida transcurría en ciclos. Y cómo cada papel pasa de hijo a padre y de padre a hijo, y ofrece respuestas que antes eran inaceptables.

Antes, Caín tenía que hacer preguntas con insistencia a su padre Adán, quien no lograba entender de dónde venían ese tipo de preguntas. Adán, que nunca había podido hacer preguntas a un padre humano y menos aún recibir respuestas de un padre humano. Era demasiado nuevo para Adán, mientras que su madre también guardaba silencio. Caín idolatraba a su madre, pero ahora comprendía que era el padre quien a menudo, con amor, tenía que sacarle las castañas del fuego. Hasta… Hasta que llegó un momento en que padre e hijo se cruzarían en el campo.

Ese momento de Caín con Adán volvió a su mente precisamente ahora. Caín se sobresaltó y buscó en su memoria todas las respuestas de su padre que había dejado de lado con desdén

se había rendido. Su mente estaba agitada. También la noche, tras el sol, se contenía y le daba tiempo para descender a un pasado lejano. Un pasado que levantaba el velo de un aspecto del amor del que siempre se había apartado. Las llamas de la hoguera se habían extinguido ya y las brasas le mostraban los cráneos de Shira, el Pequeño Abel y Graülv. Yacían allí como si se miraran a los ojos. Le hubiera gustado tumbarse junto a ellos como un Adán que quería rendirse, pero fue una Eva en su interior la que lo detuvo. Caín comprendió ahora esa misma parte de Adán en él que, de joven, se había negado a comprender. «Al parecer, en la vida se necesita tanto a un Adán como a una Eva para poder aceptar y soportar la vida con compasión», concluyó su razonamiento, exhausto pero extremadamente lúcido. Lo que antes parecía conflictivo, ahora se revelaba armonioso. Por primera vez sintió comprensión por Adán, porque él mismo nunca había sido un niño en crecimiento y nunca había tenido un padre humano. ¡Cuánto más fácil era ahora para él, que sí tenía un ejemplo, ponerse en el lugar de Enoc o Lamec! Al pensar en ello, miró instintivamente a Enoc, lo que le arrancó una lágrima de emoción. Parecía como si fuera el regalo de despedida de Shira para reconciliarlo definitivamente con su padre al añadir esta nueva dimensión

a su pasado. Pero era una paradoja de dolor: la conciencia del dolor que había causado a sus padres al matar a su hijo se hacía aún mayor. El dolor que ya había aprendido a sentir tras la muerte de Abel no había sido hasta entonces más que el dolor de un hermano por su hermano, pero ahora se daba cuenta por primera vez del profundo y injusto dolor que había causado a su madre y, quizá aún más, a su padre. Sobre todo esto último era nuevo. Le dolía, pero esa comprensión le resultaría de gran utilidad.

Solo al ver a Henoch durmiendo plácidamente pudo Caín conciliar el sueño por fin. No era de extrañar. Djibril estaba cerca. Belial no tenía por qué estar cerca, pues el dolor es dolor. ¿Qué más podía añadir Belial a eso?

23. LA CASA DE SHIRA

«El hombre es, en esencia, deseo de ser, pero el progenitor es carencia».

Lucio Rufo Varo

¿Madre?

Esa soy yo.

¿Padre?

Esa soy yo.

Yo soy.

24. AMANECER

El fuego se había apagado. A la mañana siguiente, el sol salió a regañadientes y se escondió entre nubes compasivas. ¿Por qué iba a imponerse ahora que su amiga ya no estaba allí para darle una radiante bienvenida?

Nadie parecía esperarla ya ni darle las gracias. Pero se equivocaba de lleno. Eva miró hacia arriba aquella mañana junto al río, muy temprano, y dio gracias a Dios por el calor diario del sol y por la paciencia que Él tenía con el ser humano y la naturaleza. El sol miró hacia arriba, sorprendido, curioso por saber quién le daba las gracias, y al mismo tiempo despertó los ojos de Henoch.

Henoch sintió de inmediato que Graülfur lo había estado observando durante horas. Se alejó en silencio de Kleine Loep y quiso ir hacia Graülfur. Pasó junto al lugar de la quema y vio enseguida los cráneos tirados allí.

Se detuvo en seco, lo miró, frunció el ceño y se dirigió hacia allí. Tomó con cuidado el cráneo de Shira entre sus manos y, al mirar debajo del cráneo de Abel, encontró la pluma blanca intacta. Levantó la mano con la pluma en alto. El sol respondió con alegría y dejó que la pluma brillara como un diamante.

Sin embargo, la mirada atenta de Graülfur vio más. Vio a Henoch brillar él mismo a contraluz. Su intuición de la noche anterior no le había engañado. El hijo mayor de Shira

no era como Shira ni como Caín; Henoch era diferente. Graülfur se enderezó y fue a buscar a Djizah a la cueva de Lamech.

Henoch corrió hacia su padre: «¡Papá, ven a ver! Djibril me ha devuelto la pluma».

Caín se despertó de golpe y corrió con él hacia el fogón. «¡Eso es fantástico, chico!», dijo, y abrazó con fuerza a Henoch.

«Se la daré más tarde a mi nuevo hermanito», dijo Henoch, y volvió a guardar la pluma con mucho cuidado en su antiguo amuleto.

Caín observaba conmovido. «¿Puedo preguntarte algo, mi querido hijo? Ayer, justo antes de que el sol alcanzara su punto más alto, de repente me dijiste al oído: "Djibril te oye". ¿Tú… tú oyes a Djibril?».

Henoch respondió en voz baja: «Sí». Bajó la mirada, avergonzado.

«¿Te ha dicho Djibril algo más?», preguntó Caín, aún más en voz baja que Henoch.

Henoch miró a su padre a los ojos con ternura y dijo: «La vida viene después de la muerte». Ya no sabía dónde esconderse, se dio la vuelta bruscamente y fue directamente a buscar a Loep.

Caín se quedó atrás, sorprendido, y tomó agradecido en sus brazos los cráneos de Shira, Abel y Graülv, los acunó y

Los besó con ternura y le dio las gracias a Djibril por haberle dado tanta esperanza de volver a verlos: Shira, Graülv, el Pequeño Abel y... el Gran Abel. Caín sintió de inmediato que volvía a tener espacio para amar a Lamech y se apresuró a ir a la cueva. El fuego hacía tiempo que se había apagado en la cueva, pero Djizah estaba acostumbrada a cuidar de sus crías en guaridas oscuras. Lamech yacía tranquilo junto a Djizah. Cuando Caín entró, Graülfur se estaba despidiendo de Djizah para ir a cazar con la manada en busca de comida. Caín encendió el fuego para calentar el horno. Después volvería al lugar de la hoguera para preparar el entierro de los cráneos y todos los huesos bajo las rocas. Quería tenerlo todo listo para cuando toda la manada regresara esta noche de la caza.

Henoch salió con Loep y Elon para dejarlo todo atrás por un rato. Bajaron juntos a la cueva al pie del Djebel Akhbar. Por muy joven que fuera Henoch, mentalmente había madurado. Físicamente no se le notaba. No era fuerte. No tenía músculos en absoluto, como su padre. Parecía que no se desarrollaba físicamente, pero como tampoco tenía un ejemplo de un chico de su edad, no le daba mucha importancia. A Loep y Elon les contó lo mucho que echaba de menos a su madre. Le contó a Loep, en un

difícil de entender sobre el lenguaje de los lobos que aún había aprendido de su madre durante su larga ausencia, de cuántas veces ella hablaba de Loep y de que esperaba volver a verlo pronto. También le contó lo mucho que le pesaba no saber aún mejor ese idioma.

Loep se dio la vuelta ante tanta humildad y Henoch hizo lo mismo de inmediato. Elon parecía un extraño, pero no lo era. Entendía todos los idiomas, el de los humanos, el de los lobos, el de los osos, pero él mismo no sabía hablar ningún otro idioma. Eran tres hermanos de sangre y los tres se habían olvidado del hambre y la sed de aquel día.

Para Loep, sobre todo, aquello resultaba extraño. Mientras que normalmente era el primero de la manada en dar señales de que tenía hambre, ahora se sentía completamente saciado de algo muy distinto.

El amuleto con la pluma blanca que Henoch llevaba alrededor del cuello los tranquilizaba a todos de forma inusual. Por mucho que Henoch les propusiera compartir la pluma con él y colgársela también alrededor del cuello, se negaban obstinadamente. Elon y Loep conocían su posición en la jerarquía dentro de su trío mejor que Henoch.

Para Elon, en particular, esta cueva era importante. Era el lugar donde había pasado dos veces el letargo invernal con su hermano gemelo y su madre, y donde se había encontrado dos veces con Djibril. Solo que no podía contárselo a sus amigos. Tampoco hacía falta decir

mucho más

. Todos habían perdido a su madre y se entendían sin necesidad de palabras.
Al atardecer volvieron a subir a la montaña y llegaron justo a tiempo para el entierro de Shira, Graülf y Abel en una sola tumba. Lamech también estaba allí y la leche de Djizah hacía maravillas. Caín depositó a Lamech en los brazos de Henoch. Caín tomó el cráneo de Shira entre sus manos y le dio un beso de despedida. A continuación, tomó el cráneo del Pequeño Abel y le pidió a Shira que cuidara bien del Pequeño Abel y que le pidiera perdón al Gran Abel por él.
Después tomó el cráneo de Graülf y le agradeció su amor por Shira y su apoyo. A continuación, colocó las piedras una a una sobre los restos de sus seres queridos. Ante la puerta del Edén, las piedras de la tumba del Gran Abel vibraban en perfecta armonía con la ceremonia de despedida en el Djebel Akhbar.
Los hermanos son hermanos, las piedras son piedras.

*

Esa misma noche, Eva había ido al río con Seth, llevando la calabaza vacía. Cuando se agachó, se dio cuenta de que la roca, la roca del nuevo nacimiento de Caín hacía tantos años, la roca que tanto quería, había cambiado de sitio. Se acercó con cuidado

y la sacó del agua para acunarla contra su corazón y besarla. «Querido niño», dijo Eva, pronunciando sin cesar el nombre edénico de Caín ante la roca.
Más arriba, en el desfiladero, oyó y vio a un lobo solitario en la cima y le oyó entonar un lamento. Besó la piedra de nuevo y la volvió a colocar exactamente en el mismo lugar donde la había recogido. No le correspondía a ella mejorar la intervención de Yahvé.
Dejó que sus lágrimas por sus dos hijos fluyeran libremente en el río, mientras, profundamente encorvada, llenaba con dificultad la calabaza.
Seth asumió la carga y no entendía lo que estaba pasando, y menos aún cuando Adam la esperaba y cayeron en los brazos del otro sin decir palabra. Man y Mannin.
Seth no podía entenderlo y más tarde pediría una explicación.

Los lobos comenzaron a

aullar. De manada en manada.

25. DESATADO

Lamech lo pasó muy mal en su juventud.
En algún momento había tenido una madre, algo que le costaba imaginar, ya que nunca había visto a una mujer, ni siquiera más adelante. Tenía un padre al que veía todos los días, pero su padre siempre estaba muy ocupado. Y tenía un hermano al que no entendía. Aunque Henoch se esforzaba al máximo, el abismo entre ambos era profundo.
En resumen, a Lamech le faltaba casi todo. El niño no sabía cómo lidiar con eso. Lo peor era que incluso los animales se alejaban de él. Todos preferían estar con Henoch. Con razón, era su terrible juicio sobre sí mismo. Ya había dejado de ir a la tumba de su madre desde hacía tiempo. No era más que un montón de piedras. Intentaba imitar un poco a Henoch junto a la tumba, pero eso solo empeoraba las cosas. Ella tampoco respondía nunca a sus preguntas dolorosas. Las innumerables historias de su padre o su hermano sobre lo buena que era ella no podían llenar el vacío que sentía. ¿Llenar?
¿Con qué? Lamech no entendía esa palabra. «Amor», ¿qué era eso? No lo sentía, no lo reconocía ni lo aprendía.

El comienzo de la vida de Lamech fue la crónica de un camino que nadie quería recorrer. Belial lo había esperado durante mucho tiempo

esperado. Djibril, el imperturbable, observaba una vez más con imperturbabilidad. Nadie podía entender ni comprender por qué Djibril no intervenía. Al parecer, las cartas estaban a favor de Belial. Se trataba de una combinación de factores. Así como a Belial le resultaba difícil alejar a Henoch de Djibril, Djibril solo podía intentar limitar el daño en Lamech. Al fin y al cabo, el ser humano había sido creado a imagen de Dios, hasta que el ser humano en el Edén planteó la fatídica idea de que Dios parecía haber sido creado a partir de la imagen del ser humano. Las consecuencias no se hicieron esperar. Lo que una vez fue uno en imagen, quedó separado.

*

Djizah hacía tiempo que había regresado a la manada de Graülfur, cuando Henoch sorprendió de repente a Lamech mientras se hacía incisiones en los antebrazos con un cuchillo.
«Loep no quiere saber nada de mí».
«Tienes que aceptar que Loep es viejo, ya es un milagro que siga vivo. De verdad que ya no puede jugar», dijo Henoch, intentando ayudar.
«Siempre prefiere estar contigo antes que conmigo», se quejó Lamech.

«Bueno, yo entiendo un poco su idioma, pero cuando te propuse enseñarte el idioma de los lobos, no te apetecía. Loep es realmente viejo para ser un lobo». Henoch intentó una vez más calmar sus ánimos, pero se sentía como un fracaso como hermano para Lamech.
«Quiero irme de aquí». Lamech solo tenía trece primaveras y quería marcharse. Eso equivalía a decir «prefiero estar muerto que vivo», porque sobrevivir solo siendo tan joven era imposible. Lamech cogió su cuchillo y volvió a empezar a tallar. «Yo soy el culpable de que mamá muriera». Henoch se abalanzó sobre él y lo inmovilizó. «¿Quién dice eso? ¿Te lo hemos dicho alguna vez papá o yo?».
«No, no lo habéis dicho, pero lo siento». Y Lamech añadió: «¡Y lo que siento, es!».
«¡Toma mi pluma blanca!», dijo Henoch, quien, completamente desconcertado por los brazos ensangrentados de Lamech, quiso darle inmediatamente lo más preciado que tenía. «No quiero nada de ti. No sé quién eres». Aquello le dolió mucho.
«Soy tu hermano, Lamech. ¡Tu hermano!», exclamó Henoch con sinceridad. «¡Tu hermano!» Y luego, completamente desesperado: «¿Verdad?
… ¿Verdad?» Estaba llorando.

Djibril no podía intervenir, pues de lo contrario Belial también se haría más fuerte en Lamech. La generosa oferta de Henoch sobre el amuleto blanco preocupaba a Belial.

Lamech reprochó a su hermano: «Tú tampoco querías jugar nunca conmigo. Tus amigos eran siempre más importantes». Lloró: «No tengo amigos». Se alejó corriendo hacia la cueva al pie del Djebel Akhbar, allí aún se sentía un poco como en casa.
Henoch no sabía qué hacer. Buscó a su padre. «Papá, estoy preocupado por Lamech», le dijo, y le contó cómo Lamech se había herido los antebrazos. «Mañana hablaré con él», dijo Caín, mientras avivaba el horno.
Pero mañana ya era demasiado tarde. Belial se le había adelantado con gran éxito.

*

«¡Qué alegría encontrarte aquí! Llevo un rato esperándote. No puedo seguir viendo tanta tristeza», le dijo el anciano a Lamech, mientras este buscaba su lugar habitual en la cueva para pasar la noche.
«¿Eres Djibril? ¿El amigo de Elon?», preguntó Lamech con una mirada de alegre sorpresa.

«Por supuesto que soy Djibril. Soy mayor, como ves, y ya lo era cuando conocí a Elon aquí, junto con su hermano y su madre. Les cedí mi refugio de invierno aquel terrible invierno para ayudarles».
«Eso es muy bonito por tu parte. Pero creo que a Elon no le gusta verme».
El anciano no respondió y esperó pacientemente, como si no supiera qué avalancha de quejas vendría a continuación.
«A Elon le gusta Henoch, pero a mí no», dijo Lamech, aliviado porque por fin alguien se tomaba realmente el tiempo de escuchar.
«A veces», dijo, y su segundo diente delantero se disparó hacia delante y salió volando hacia la cueva, entre dos grandes rocas. La letra «s» siempre había sido un problema para este anciano y, por desgracia, no conseguía evitar las letras «s» o «z». «Lo ssspido», dijo, «pero lo siento mucho por ti. Henoch, tu otro hermanito, no es realmente un hermano para ti. Me da mucha pena que siempre salga con sus amigosss y no te lleve contigo». «¿Cómo lo sabes?», respondió Lamech, que no era tan tonto. «Soy Djibril. Uno de los ángeles favoritos de Yahvé. Me han enviado aquí para ayudar a los humanos. No soporto la injusticia».

«No debe de ser fácil tener tantos problemas para hablar», dijo Lamech con sincera compasión. Eso fue música para los oídos del anciano: «A veces no está mal apoyar a la gente, aunque sea algo realmente vergonzoso y a veces me tomen por loco».
Lamech lo miraba ahora con gran compasión. Al parecer, este hombre lo tenía más difícil que él. El anciano olió a presa y continuó: «Me he arrepentido mucho de haberle dado mi pluma blanca a Henoch. Me alegro de no haberle dado entonces mi ala negra, mi última y más importante ala. No la habría merecido, si veo cómo no se preocupa por ti. El ala negra es la pluma que nos guía durante la noche, la blanca durante el día. Entiendes que encontrar el camino por la noche es más difícil que durante el día y por eso esta pluma es mucho más poderosa». Lamech levantó la vista con esperanza. Por fin alguien que lo entendía perfectamente.
El anciano no se lo pensó dos veces. «Mira, lo siento mucho por ti. No tienes madre, ni padre que se preocupe por ti, y un hermano que solo finge que le importas. No tienes a nadie. Pero te digo, hijo mío…» Ya se había decidido. «… yo me preocupo por ti y, como prueba, te doy mi última pluma, la

más importante de todas». Y le entregó su pluma negra azabache a Lamech.
Lamech no daba crédito a lo que veían sus ojos: «Gracias, Djibril». El niño Lamech se sintió lleno de, de... No sabía de qué, pero sintió algo parecido al reconocimiento, a la comprensión. Así como nunca antes se había sentido amigo de nadie, ahora parecía como si tuviera un amigo solo para él.
Lamech era aún tan joven y, al entrar en contacto en persona con un espíritu disfrazado como Belial, se convirtió en una presa fácil. Sin embargo, Henoch tenía entonces la misma edad que Lamech ahora cuando no aceptó el ala negra. ¿Estaba Henoch destinado a resistir? ¿Estaba Lamech destinado a no resistir? ¿De dónde viene esa diferencia?
¿Cómo puede surgir una diferencia entre dos hermanos en tan poco tiempo? La investigación y la respuesta nos enseñan la importancia de los cimientos de nuestra vida. La caída del hombre alteró profundamente los cimientos sobre los que solo el amor puede sostenerse.
Precisamente por eso toda la humanidad se alejaría cada vez más del amor: el contexto de la vida se volvía cada vez más nefasto, más difícil, más complicado. «Contratiempo» tras «contratiempo» generó a un ritmo vertiginoso más falta de amor. Sus ingredientes se volvieron cada vez más sutiles, a menudo parecían

ofrecerlo con inocencia. El «amor» por el «amor» solo conseguía, como mucho, mantener el amor en un statu quo temporal. La no-amor se levantaría como un fénix, mientras que el amor tenía cada vez más dificultades para conservar lo que aún no había perdido. La no-amor obtenía su combustible de «sí misma». Al amor le resultaba cada vez más difícil encontrar consuelo en la respuesta amorosa de otra persona. El amor dependía en gran medida del amor de otra persona, mientras que el no-amor podía funcionar fácilmente por sí mismo. Así, el contexto básico de la vida se volvió cada vez más difícil y doloroso, aunque Yahvé lo hubiera creado en su día de forma muy diferente. Él creó la libertad y el amor en Su ciudad. Al mismo tiempo. Dios creó el riesgo desde el principio. Creó al ser humano en libertad para compartir el amor entre sí. Vidrio y espejo, así había creado Él el amor, al igual que había creado el ojo del ser humano en libertad para dirigirse o no al vidrio de quien eres en realidad, o al espejo de quien crees ser. La victoria del hombre sobre el mal solo significaría la victoria para el Santo de los Santos si la luz que este enviaba hacia abajo no pudiera ser consumida y oscurecida por completo por el mal causado por el hombre fuera del Edén. Las palabras sobre este momento de victoria del bien aún no se habían pronunciado.

Tampoco se habían cometido los actos necesarios para ello. Solo un ser humano libre, con un enfoque inquebrantable en el amor, podía vencer lo que antes lo había vencido a él. Pero, hasta ese momento sagrado, el ser humano a menudo no se mostraba capaz de ello.
El ser humano que sufría no tenía ni palabras, ni actos, ni ejemplos para ello. No había que subestimar a Belial en absoluto. Y Lamec, tras su padre, fue la segunda víctima fuera del Edén contra la que ningún ángel bueno ni ningún ser humano bueno pudo hacer nada de inmediato. Había que esperar.

*

Después de que el anciano le colgara a Lamech el amuleto con la pluma negra al cuello, se despidió de él. «Esto te dará la fuerza que necesitas y es muuuucho más poderoso que el amuleto blanco de tu hermano. Te ayudará, porque ahora tienes a un amiiigo para siempre a tu lado. Él nunca te abandonará. Cuídalo bien y, sobre todo, dale recuerdos a tu papá y a tu hermano de parte de Djibril. Siempre estaré ahí para vosotros». La saliva le goteaba por la barbilla al anciano y se alegró de poder marcharse con la esperanza de que Lamech no revelara nada sobre su dificultad para hablar.
Lamech estaba en las nubes y muy conmovido por tanto amor. Ahora por fin entendía la palabra «amor». A toda

se apresuró a volver a casa con orgullo para dar la buena noticia a Caín y a Henoc.

*

«¡Papá, mira! ¡Me lo ha dado Djibril!», dijo un Lamech rebosante de alegría, y ya desde lejos levantó en alto la pluma negra.
Caín acababa de sacar el pan del horno y se sobresaltó al ver aquella cosa negra como el azabache. Dejó caer el pan y se apresuró a quitarle el amuleto a Lamech del cuello. Salió corriendo con él, mientras Lamech lo perseguía gritando. Caín estaba muerto de miedo: tenía que salvar a su hijo. Él sabía mejor que nadie cómo podía tratar Belial a un ser humano.
Se desató una lucha infernal. Lamech gritaba: «¡Me lo dio Djibril y tenía que saludarte! ¡Suéltame! ¡No, no lo hagas! ¡Es mi amuleto! ¡Suéltame! ¡Te odio! ¡Te odio!».
Caín tenía el amuleto en la mano y soltó a Lamech. Lamech lloraba sin cesar y estaba rojo de ira e impotencia: «¡Te odio!».
Cuando Henoch entró, también se dirigió a su hermano: «¡Os odio!».
Enoc reconoció la pluma negra y comprendió de inmediato lo que había sucedido. «Toma mi amuleto, yo me quedo con el tuyo»,

dijo, y quiso entregarle inmediatamente a Lamech su bien más preciado a cambio.
«No quiero tus trastos. El negro es mucho más fuerte que el blanco, ¡solo estás celoso! Nunca has querido darme el blanco, como sí hiciste con mi hermano pequeño Abel. ¡Os odio!». La mirada de Lamech se transformó en una sonrisa maliciosa que no dejaba nada a la imaginación. Infundió temor tanto a Caín como a Henoch.
Caín intentó salvar lo que se pudiera salvar. «Hablemos primero con calma para que podamos entenderte, porque Enoch también…», comenzó, pero Lamech no le dejó terminar la frase. «Enoch, Enoch, siempre Enoch. Nunca debisteis haberme hecho caso. Yo soy el causante de la muerte de mamá. ¿Qué ibais a creerme ahora?». Se acercó a un Caín completamente paralizado y atónito y le arrebató el amuleto negro de las manos. Se adentró en el bosque. Se volvió un instante. «Tenéis saludos de Djibril». No sonó precisamente amistoso.
Caín y Henoch se quedaron clavados en el suelo por un momento. Ambos se sentían culpables. «¿Alguna vez hemos dicho que él es el culpable de la muerte de mamá?», le preguntó Caín a Henoch.

Henoch negó con la cabeza y se aferró con fuerza a su pluma blanca. Sus pensamientos estaban en otra parte.

El Santo de los Santos también era un hervidero. Belial celebraba una misa solemne en las profundidades de la tierra, donde todos sus discípulos se volvían locos de odio hacia el hombre caído y hacia Dios. «¿Ya?», pensaban todos enloquecidos. Habrían querido matarse entre ellos para poder ser los primeros en ponerse manos a la obra en la superficie. Belial reconoció de inmediato la fantástica oportunidad que le brindaba su rival, que los ángeles no pueden morir; de lo contrario, tras este primer gran éxito, él mismo no habría conservado ningún compañero.

*

Caín se dirigió, conteniendo las lágrimas, a la tumba de Shira. «Lo siento, Shira, por no haber cuidado bien de Lamech. Es cierto que el primer año estuve muy ausente y lo dejé todo en manos de Djizah, y después dejé mucho en manos de Elon, Loep y Henoch. La diferencia de edad con Henoch también era enorme. Lamech no se ha beneficiado mucho de nosotros. Pensaba que era feliz, pero al parecer ha tenido que pasar sin muchas cosas. Lo siento muchísimo, mi elon». Sollozó como ni siquiera había llorado cuando ella murió. Negligencia culpable, así le carcomía ahora,

y tenía que aprender a vivir con ello de nuevo. ¿Acaso no había aprendido nada de su antigua marca? Quería dibujársela inmediatamente en la frente, pero el recuerdo de Shira, que no lo consideraba correcto, lo detuvo. Henoch estaba sentado junto a Loep, que apenas podía caminar debido a sus caderas desgastadas. Elon tampoco era ya de los más jóvenes, aunque aún se movía bien, pero todos temían por el futuro. Henoch se levantó y puso la mano sobre el hombro de su padre: «Voy a buscar a Lamech».
Caín recordó a su padre, se recompuso con una lágrima y volvió al trabajo.

Henoch ya sospechaba que Lamech había vuelto a la cueva. Elon se ofreció a acompañarlo para servir de pararrayos. Elon, ya viejo y canoso, avanzaba lentamente. Eso le dio a Henoch un momento para ordenar sus pensamientos. Todo parecía muy amenazador y aún no tenía claro si su hermano era una víctima o un culpable.

A Djibril le pareció importante distanciarse un poco de Henoch. Era un buen ejercicio para Henoch.

Henoch se alegraba de que su madre no tuviera que pasar por esto y de que fuera su padre quien recibiera los golpes más duros. El amuleto blanco nunca le había fallado hasta ahora y no podía creer que un ángel llevara una pluma negra. No hacía mucho que su padre le había contado por centésima vez cómo su madre, Shira, había encontrado la pluma blanca en su cuna y había visto cómo él se despedía del ángel Djibril y cómo Djibril se daba la vuelta para mostrarle sus alas blancas, de un blanco resplandeciente, de eso no había duda. ¿Y esas alas se habrían vuelto de repente negras? «¡Ayúdame, Djibril!». No pudo decir nada más. Le resultaba muy extraño que Djibril llevara ya un tiempo sin dar señales de vida.

Elon y Henoch llegaron a la cueva. Lamech no hizo el más mínimo esfuerzo por esconderse. La pluma negra colgaba ostentosamente de su cuello. «Gracias por venir a buscarme, ahora mismo me voy contigo a casa», dijo, como si nada hubiera pasado.

«¿Todo bien, hermanito?», Henoch intentó ocultar su sorpresa. Se sentó para poder entablar una conversación y, al mismo tiempo, miró a su hermano a los ojos. «Por supuesto», dijo Lamech. Acarició la cabeza de Elon y lo abrazó con un cariño exagerado. Elon se estremeció.

Henoch guardó silencio a duras penas, mientras Lamech seguía hablando y riendo alegremente, como si nunca hubiera pasado nada.

«Te queremos, hermanito», dijo Henoch, mientras se le llenaban los ojos de lágrimas. No era mentira. «¡Claro!», exclamó Lamech. Se levantó de un salto y su mirada sarcástica delataba su desprecio.

Al regresar a la cueva, Lamech siguió con su juego de alegría. Henoch vio cómo su padre dudaba de la sinceridad de la amabilidad de Lamech, pero tampoco Caín se atrevió a hacer de malo.

Caín eligió intuitivamente el camino correcto, el camino del amor. Por muy malo y falso que sospechara que era su hijo menor, Lamech nunca podría haber actuado peor que él mismo cuando mató a su hermano, y su madre y su padre se lo habían perdonado con amor. ¿Cómo no iba a ser entonces indulgente con su hijo?

Cada noche, a altas horas, cuando todos dormían, se dirigía a la tumba de Shira para contarle cómo le había ido el día y pedirle consejo. Podía desahogar ante ella toda su desdicha: «¿No fue ya bastante terrible tu muerte, como para tener además un hijo falso…?» No se atrevía a terminar la frase, porque entonces ya le invadía el sentimiento de culpa y sabía que al día siguiente se arrepentiría enormemente y se sentiría aún peor. Caín se empeñó en seguir siendo querido por Lamec, siempre y cuando pudiera plantearle cada noche esa

misma pregunta a Shira y no tuviera que terminar nunca la frase.
Sin embargo, una noche no estaba solo. Henoch lo había seguido y oyó a su padre: «¿Acaso tu muerte no fue ya lo suficientemente terrible como para tener luego un hijo falso…?» Henoch le puso la mano en el hombro: «Ten confianza, papá. Yo te ayudaré».
Caín levantó la vista y la pálida luna fue testigo de cómo el padre tomó la mano del hijo y la besó. Henoch acarició con su mano izquierda el cabello de su desesperado padre. Repitió: «Ten confianza. Yo te ayudaré».
Caín, con la mirada perdida, levantó los ojos y respondió desconcertado: «Gracias, Djibril».
Henoch lo soltó suavemente y se dio la vuelta rápidamente, sorprendido por la respuesta de su padre. La sorpresa por el lapsus de Caín, que ni siquiera sabía que se había equivocado, fue para Caín significativamente menor de lo que significaba para Henoch en ese momento. ¿Su padre, que inesperadamente lo identificaba con Djibril? ¿Cómo se le había ocurrido eso? Sin embargo, había algo en lo más profundo de él que lo entendía.

Djibril observaba. Era un buen ejercicio y, hasta el momento, Henoch lo había superado.

Belial no se sentía en absoluto amenazado, siempre y cuando Lamech siguiera actuando a la perfección, como lo hacía ahora.

26. EL SACRIFICIO

Caín ya no sabía qué hacer. Su miedo a ofender a Lamech, a pesar de las palabras tranquilizadoras que creía haber oído de Djibril la noche anterior, no hacía más que aumentar. Respiró aliviado cuando Lamech empezó a comportarse de forma un poco menos falsa. Caín se propuso no volver a hablarle a Lamech de su amuleto negro. Los días siguientes transcurrieron en el silencio que precede a la tormenta.

Lamech corrió hacia Caín. «¡Papá, voy a criar ratoncitos si te parece bien! Me parecen unos animalitos tan tiernos». Caín no pudo sino estar de acuerdo y le contó con gusto a Lamech cómo Genog había sido su único amigo durante mucho tiempo. A Lamech no le interesaba, pero fingió que sí y disfrutó del entusiasmo de su padre por el plan. Cain se puso inmediatamente a hacer una jaula de mimbre ese mismo día, mientras Lamech salía a cazar ratones y, con rapidez y destreza, atrapaba una pareja. Cuanto más se entusiasmaba Cain, más le gustaba a Lamech.

Lamech disfrutaba. Caín disfrutaba. Todo era de color de rosa. A Caín ya no le llamaba la atención la presencia del amuleto negro. «No llamar la atención» no era la expresión adecuada; apartó sus sentimientos al respecto y trató de negarlos.

Las ratitas pronto tuvieron una camada de crías. Caín estaba súper entusiasmado, animaba a su hijo y lo felicitaba por cuidarlas tan bien. Moler un poco de grano para hacer harina cada día, darles agua, cambiar el heno… Lamech lo hacía con mucho esmero. Las crías de ratón pronto llenaron de vida su hogar y, junto con Lamech, Caín se quedaba un rato cada día contemplando aquel alegre espectáculo. Caín se sentía feliz porque por fin tenía algo con Lamech que parecía hacer felices a ambos. Caín incluso empezó a dudar de si quizá Shira se había equivocado y de si aquella pluma negra no podría haber sido, después de todo, de Djibril, pero no quería hablar de ello bajo ningún concepto.

Mientras tanto, Henoch trabajaba en el campo o alimentaba a las cabras y observaba el espectáculo con cierta desconfianza. Lamech a veces se adentraba solo en el bosque durante una o dos horas y regresaba con flores. Entonces mostraba con orgullo su ramo a Caín, quien se alegraba de la atención de Lamech.

«¿Qué planta es esta?», le preguntó Lamech a su padre.

«¡Glicinia, una planta preciosa! ¡La flor favorita de tu madre!».

Los ratoncitos crecieron rápido y formaban una pandilla divertida y juguetona. Los días pasaban.

Una mañana, Lamech entró en la cueva. «¡Papá, ven rápido!». Juntos corrieron hacia la casita de los ratones: todos yacían muertos en la jaula. Ni un solo ratoncito seguía vivo. Caín se lamentaba por los dos, pero Lamech disfrutaba en silencio, solo fingía que le parecía terrible. «Idiota», pensó Lamech.

Henoch acudió al llamado de Caín y miró más a Lamech que a los ratoncitos. Vio la sonrisa de satisfacción y la mirada falsa de Lamech. Vio cómo Lamech acariciaba a escondidas su pluma negra.

Lamech sintió que Henoch se había dado cuenta. Lo miró a los ojos con valentía y descaro, y volvió a frotarse con énfasis su amuleto negro. A continuación, se abalanzó sobre su padre y lloró y sollozó con especial intensidad, para que su padre pudiera consolarlo.

Lamech miró por encima del hombro de Caín a los ojos de Henoch y disfrutó de la perplejidad de este. Henoch se dio la vuelta de inmediato y se apresuró a ir a trabajar al campo.

Lamech disfrutó de su triunfo. Todo salió según lo planeado. El experimento había tenido éxito: aplastar las semillas de la glicinia y mezclarlas con la harina para los ratones, y estos murieron. Su amuleto negro le había mostrado el camino correcto. Una vez que su padre regresó a la cueva, arrojó los ratones muertos uno a uno lo más lejos posible en el bosque, mientras les ponía nombres con diabólica

, «Genog 1, Genog 2, Genog 3…». Entusiasmado, rompió en pedazos la jaula que su padre había construido con tanto esmero y se lo explicó a su padre como si fuera por pena. «¡El idiota!». Lamech también le hizo creer a su padre que necesitaba un respiro tras la inmensa pérdida.

Henoch no tenía a dónde ir. No se atrevía a romper la intensa felicidad de su padre por la buena relación que tenía con Lamech. Era terrible ver cómo Lamech utilizaba el amor de su padre para vengarse de la pérdida de su madre, de la que su padre no tenía ninguna culpa. Al parecer, hacer mella en el corazón de su padre le proporcionaba a Lamech aún más satisfacción que hacerse arañazos en sus propios brazos.

Y aún así, a Lamech no le bastaba. Se adentró en el bosque, buscó cada glicinia silvestre y recogió todas las semillas que pudo encontrar. Empezó a aplastarlas entre dos rocas y guardó una buena ración de esa sustancia venenosa en una bolsa. Por la noche, en la cueva, durante la cena, contó conmovido hasta las lágrimas lo mucho que le dolía lo de los ratoncitos y se disculpó una vez más.

No se cansaba de descargar su «tristeza» en presencia de Henoch. Luego se marchaba de la cueva, supuestamente sin haber comido, pero en realidad había escondido en algún lugar una pequeña provisión de comida. Caín

se compadecía mucho de él e intentaba seguirlo, pero regresaba solo y desconsolado.

A Henoch le costaba mucho no descubrir el juego perverso de Lamech con su padre, por lo que se retiró lo más rápido y discretamente posible a su lugar de descanso junto a Elon.

La noche siguiente, durante la cena, Lamech halagó a Caín preguntándole cómo solía cazar animales pequeños. Caín se alegró de responder con detalle y le contó emocionado lo mucho que quería a Lamech y cuánto de lo bueno de su madre reconocía en él. Lamech se regodeó. «Triple idiota», pensó. El plan iba sobre ruedas.

El objetivo de Lamech no se daba cuenta de nada, ni Caín se percataba de cómo estaba ayudando a Lamech al explicar con pasión cómo solía cazar conejos.

Henoch no esperó a que su padre terminara de explicarle; ya no podía soportar ver a Lamech trabajando.

Al día siguiente, Lamech se adentró en el bosque y colocó sus trampas. Al día siguiente volvió a salir y, para su gran alegría, comprobó que un conejo no había sobrevivido a una trampa. No despellejó al animal con mucha destreza, pero le extrajo el hígado y los riñones para

machacarlos y mezclarlos con el veneno de la glicinia que llevaba en la bolsita. Regresó a la cueva y esperó el momento oportuno. Henoch, que pastoreaba las cabras y no podía dejarlas solas; su padre, que estaba horneando pan en la cueva; Elon, que seguía a Henoch a paso de tortuga. Lamech tenía el camino completamente libre para Pequeño Loep, el viejo Loep, el lobo sin dientes, el lobo cuyas caderas estaban tan desgastadas que apenas podía caminar, pero que, sobre todo, era el mejor amigo de Henoch.

Lamech escondió hábilmente su ala negra y se acercó a Loep: «Eh, Loep, tengo algo rico para ti». Le acarició con fingida ternura el cuerpo demacrado. Sacó su regalo, Loep lo olisqueó y devoró con gusto el tierno trozo de carne. «¿Te gusta? Volveré mañana», dijo Lamech y se alejó rápidamente. «Otro pringado», pensó. Volvió a sacar su amuleto negro y besó la preciada joya. Por la noche, Henoch fue a darle de comer a Loep, pero se asustó al ver que estaba enfermo. Tenía retortijones y se encontraba demasiado mal para emitir ni un solo sonido. Todos se acercaron a mirar. «Loep se ha debilitado demasiado, padre.

Si no le damos algo más fuerte de comer, morirá», dijo Lamech, mientras jugaba a su juego. Caín estuvo de acuerdo,

pero Lamech no se atrevía a mirar a Enoc, para no hacer fracasar el plan en el último momento.
Henoch no sabía qué hacer. Sospechaba firmemente que su hermano había envenenado a Loep, pero no tenía la más mínima prueba. No quería causarle más problemas a su padre, ya había sufrido bastante. Henoch esperaba que su sospecha no fuera cierta y, junto a un triste Elon, veló a Loep toda la noche.
Lamech fingía una inocencia perfecta y su preocupación por Loep parecía sincera. Caín ya había empezado a consolarlo: «Quizá sea mejor que no tenga que sufrir». Aquello fue música para los oídos de Lamech, mientras que Henoch se sentía completamente perdido.
Henoch no pegó ojo en toda la noche. Ningún lobo había vivido tanto como Loep y debía estar agradecido por ello, pero eso lo hacía aún más doloroso. ¡Cuántas cosas habían vivido juntos! Henoch mantuvo el fuego encendido para que Loep no pasara frío. Sus ojos se clavaban en su amigo. «¿Ha sido Lamech quien ha hecho esto?», preguntó en un lenguaje lobuno imperfecto. Loep parpadeó con los ojos en señal de afirmación. Hacía siete días que las ratas habían muerto y ahora Loep se estaba muriendo. Elon lo entendió todo y observaba con tristeza. «Ayúdame, Djibril», fue lo único que se le ocurrió a Henoch, y acarició su pluma blanca.

A la mañana siguiente, Caín llegó acompañado de un preocupado Lamec para ver cómo estaba Loep. Lamec fue claro: «¡Se está muriendo, papá! ¡Ayúdale, por favor! ¡Está sufriendo! ¡Libéralo!».

Elon no pudo más. Sorprendió a todos y se plantó con la cabeza justo delante de Lamech. Lamech se asustó. Los ojos de Elon le decían alto y claro que había calado su juego y que más le valía tener cuidado. Abrió la boca y mostró sus impresionantes dientes.

Henoch intervino rápidamente y, a su vez, miró a los ojos aterrorizados de Lamech. «Deja a Loep en paz un momento, hermanito, Elon y yo nos ocuparemos de él».

Elon no cedió. Caín apartó a Lamech con suavidad. Consideró que debía apoyar a Lamech y, consolándolo, acompañó a su hijo menor hasta la cueva. Elon no solo había salvado a Loep en su día, sino que, además, se había asegurado de que «El que mata osos» y «El que mata hombres» no se convirtiera también en «El que mata lobos». Fue una pequeña derrota para Lamech con su pluma negra y un gran consuelo para Henoch.

Aquella tarde, Loep se durmió plácidamente. Elon y Henoch estaban con él.

Elon se apostó a la salida de la cueva y esperó a que Caín saliera. Emitió un sonido que Caín no

identificar, pero que sí entendía: ¡Loep! Corrió hacia Loep. Elon bloqueó inmediatamente la salida de la cueva para mantener a Lamech a distancia un rato, de modo que aquellos que realmente querían a Loep pudieran dar rienda suelta a sus lágrimas. Un poco más tarde, Elon se unió a Caín y Henoch y permitió que un cauteloso Lamech se acercara, pero debiendo mantenerse a distancia. Lamech había sido advertido y ya no se atrevía a montar una escena. Caín llamó a Lamech y le rodeó con cariño con el brazo, pero sus ojos llorosos no pudieron ver la mirada falsa y complacida en los ojos de Lamech.

Henoch sostenía su amuleto blanco y, con determinación, escudriñaba las profundidades de la pluma negra de Lamech. La pluma negra no respondió, por miedo a revelarse ante Caín. Caín también consoló a Henoch y a Elon, y le extrañó que ninguno de los dos se preocupara por Lamech. Lamech se dio la vuelta ostentosamente y se dirigió con gran tristeza hacia la cueva. El pobre Caín corrió inmediatamente tras él para apoyarlo y miró con reproche a su hermano y a Elon.

Henoch estaba muy impresionado por Elon. Sabía cuánto amaba a Caín, a pesar de que en su día había sido testigo del asesinato de su hermano a manos de Caín. Elon había demostrado una fuerza y una perspicacia que nunca se esperaría

de un oso, y eso conmovió aún más a Henoch. Se preguntó si habría podido soportar todo ese tiempo el juego falso de Lamech sin la presencia reconfortante de Elon. Elon siempre había sido la fuerza silenciosa que solo se manifestaba en primer plano en momentos cruciales como este. «Gracias, Djibril», pensó. Elon reaccionó casualmente al mismo tiempo. A Henoch no le sorprendió: «¡Gracias de nuevo, Djibril!». Elon inclinó la cabeza ante Henoch y Henoch inclinó la cabeza ante Elon.

La sospecha de Djibril se confirmó una vez más: «Para Henoch, ni siquiera la sabiduría de los animales es demasiado insignificante como para aprender de ella».

Al día siguiente, Loep sería enterrado junto a la tumba de Shira, Pequeño Abel y Graülv. Esa tarde y esa noche, Henoch y Elon velaron por turnos junto al cadáver. Henoch subió a la colina más alta y comenzó a aullar como un lobo solitario, tal y como le había enseñado Loep. No tardó mucho en que los lobos de los alrededores se hicieran eco de la noticia con sus aullidos, como último homenaje al más anciano de todos los lobos.

Enoch no pudo conciliar el sueño aquella noche y volvió a subir a la colina más alta. Los últimos rayos del sol hacían brillar la cima del Djebel Akhbar como una esmeralda

como nunca antes había visto. «Abel estuvo allí alguna vez», pensó de repente. Le recordó la historia de Abel sobre cómo había conocido a Djibril en la montaña. Una luna llena que se alzaba transformaba lentamente el resplandor ardiente y púrpura del sol en un bálsamo curativo y suave. Palpó su pluma blanca. «Voy, Djibril», dijo. Su decisión estaba tomada. Ahora sentía cómo podía salvar a su padre y tal vez incluso liberar a Lamech.

El otoño se avecinaba.

27. SETH

«¡Seth, no toques esas manzanas!», gritó Adam inmediatamente, amenazando con un castigo, sin saber ya cómo hacérselo entender a su hijo de otra manera.
En época de cosecha, cada vez resultaba más difícil convencer al joven adolescente de que no comiera esas manzanas especiales.
«¿Por qué?», insistía Seth cada año.
««Tienes que confiar en nosotros, chico», era su dolorosa respuesta, especialmente dolorosa porque ellos mismos no habían confiado en la palabra de Dios. El amor de sus padres debía bastar para convencer al joven Seth, mientras que ni siquiera la presencia más intensa de Dios les había hecho escuchar antes. ¿De dónde sacaban entonces el derecho a enfadarse con un niño fuera del Edén?
Educar a sus hijos funcionaba como un espejo que no mostraba nada bonito. Adán y Eva se veían a menudo atrapados, sin remedio, entre ser severos con su hijo y suplicar a Dios misericordia por el mismo error que ellos cometían como las personas más privilegiadas de la historia, como personas que habían podido caminar junto a Dios en el jardín del Edén.

La vida de Set era lo opuesto a la vida de Abel y Caín en el pasado. Se podía llamar monótona, incluso aburrida, pero también se podía describir como feliz, serena o dichosa. Una diferencia importante era que Set era hijo único, sin ni siquiera un animal como amigo, y que desde muy pequeño solo podía centrarse en sus padres para ayudarlos. Adán y Eva, por su parte, habían aprendido de su antigua vida familiar a dedicarse más a Seth

hablar. Eva, sobre todo, se tomó muy en serio esta tarea. A Adam le reconfortaba no ser el único abrumado por las grandes preguntas de la vida. La avanzada edad de Adam y Eva tenía, además de inconvenientes, también ventajas. Se volvieron más serenos, más sabios, y se tomaban más tiempo para escuchar. A Seth se le dieron más responsabilidades desde pequeño, lo que a su vez benefició su autoestima. Asumió sin quejarse tareas que los mayores ya apenas podían realizar. Al principio ayudaba a su madre llenando juntos la calabaza en el río cada día; más tarde, solía hacerlo solo cuando a ella le resultaba demasiado difícil. En el campo, Adam solía sentarse a un lado observando cómo Seth trabajaba sin quejarse, mientras él mismo cuidaba de las cabras.

Toda su vida giraba en torno al manzano. Cada año, tras la cosecha de las manzanas, se celebraba una fiesta. Antes de que las manzanas, con su dulce aroma, perfumaran el sanctasanctórum en una pira, Adán golpeaba el suelo con el talón en un ritual, en conmemoración del campo de sangre. Ambos padres querían conmemorar su corresponsabilidad en la caída de Caín. Anhelaban fervientemente poder compartir con él la maldición de Caín, pero ni una sola vez el ritual fue respondido con la aparición de la sangre de Abel. Esto reforzaba el sentimiento de culpa de Adán año tras año, ante la idea de que Caín tuviera que cargar solo con lo que a Adán le parecía injusto. No había protegido a su hijo

Bien educado, y esto le carcomía el alma día tras día. Y Belial se complacía en echar más leña al fuego, haciendo recaer injustamente la culpa sobre alguien. El ser humano que sigue percibiendo el amor de Dios como una fuente lejana, a menudo incluso de forma inconsciente, se siente más fácilmente y más profundamente deficiente que Belial, a quien esto no le afecta en lo más mínimo. Al fin y al cabo, el ser humano fue creado a imagen de Dios, los ángeles no. El tiempo solo existía para los seres humanos y los animales fuera del Edén que podían morir, pero no para los ángeles. Para Dios, el tiempo existía y, al mismo tiempo, no existía. Entre su alfa y su omega no había diferencia, no había letras entre medias, o al menos ninguna que los seres humanos conocieran entonces. El tiempo tras la culpa parecía más bien ralentizarse para el ser humano, como si el tiempo mismo esperara la reparación antes de querer seguir adelante. La controversia sobre si eso era una gracia o un castigo ocuparía a cada generación y era una lucha en sí misma en cada ser humano, cada uno por su cuenta.

En esencia, era la lucha entre elegir el espejo o el cristal. Quien mira al espejo con la razón, solo se ve a sí mismo como una imagen, nada más. El tiempo pierde allí su tiempo y considera inútil ralentizarse. Quien, por el contrario, mira a través del espejo con el corazón, ve su vulnerabilidad y sus errores, y se vuelve humilde. Y es precisamente la humildad la que puede sanar, haciendo que la

velocidad del tiempo se ralentiza con misericordia. Solo con experimentar la sensación de insignificancia y futilidad, el tiempo se ralentiza al multiplicar el valor de cada segundo en duración, retenerlo y ofrecer así a la memoria del ser humano la máxima oportunidad de recordarlo durante mucho tiempo.

Seth se había convertido ya en un joven. Su voz sonaba más grave y suave. Le gustaba trabajar en el campo con Adam y le gustaba tanto como hablar con su madre, cuando ella hablaba de vez en cuando.

Por mucho que Belial quisiera tentar a Seth, ya no era posible. Las profundas conversaciones de Seth con su madre reducían al mínimo la influencia de Belial, y a este le resultaba imposible influir negativamente en la relación entre Eva y Seth a través del más obstinado Adán. El manzano estaba protegido con sus propias vidas. Por mucho que Belial lo intentara con insectos, enfermedades, sequías o frío extremo, ellos estaban dispuestos a dar la vida por él. Belial simplemente se rindió. Algún día Seth tendría que arreglárselas sin sus padres; hasta entonces, él esperaba y Belial tenía paciencia.

*

Era de nuevo la fiesta de la cosecha de manzanas. Seth había apilado cuidadosamente todas las manzanas en la pira. «Se ve una finísima línea [5]en la parte superior de las manzanas y otra en la parte inferior, ¿no se podría morder ahí?». El por lo demás astuto Seth se sorprendió de que solo lo notara ahora, después de tantos años. Eva llevaba mucho tiempo esperando ese momento y miró a Adán. Este asintió y Eva se llevó a Seth a la cueva, mientras Adán encendía el fuego. Después se quedó vigilando fuera hasta que todas las manzanas se quemaron.

«Escucha bien, mi querido niño. Érase una vez dos hermanos…». Le contó durante horas toda la historia de los dos hermanos. Se prolongó hasta bien entrada la noche.

Adam se quedó esperando fuera, junto a una roca, junto al fuego humeante de la hoguera. Se guardó una manzana intacta. Adam hablaría de ello con Eva. Djibril tampoco estaba muy lejos aquella noche de la fiesta de la cosecha de la manzana.

Eva concluyó diciendo: «Y esos dos hermanos son tus hermanos». Seth la miró con los ojos del niño pequeño que, de un solo golpe y sin haberlo pedido, se había convertido en adulto. De repente, toda su infancia le pareció un mundo ilusorio o una mentira. No sabía distinguir entre ambas cosas.

[5] Las líneas de arriba y de abajo hacen referencia al mordisco en la manzana mordida por Adán y Eva en el Edén

«¿Así que uno de mis hermanos, Caín, el asesino de mi otro hermano Abel, sigue vivo?». Bajó la cabeza, abatido. Adán se unió a ellos. Se hizo un silencio inquietante en la cueva. Seth luchó por contener las lágrimas.

«Realmente no os entiendo», dijo. Se rebeló inmediatamente contra sus padres. «¿Sois vosotros los causantes de lo que mi hermano le hizo a mi otro hermano?» Parecía haberlo entendido perfectamente.

Eva tomó la mano de Adán entre las suyas y dijo con valentía: «Sí, somos causa y efecto».

Con ira contenida, Seth exigió: «Mañana, al amanecer, quiero visitar la cueva de Caín, mi hermano y asesino», sollozó audiblemente, «. Ojalá tuviera ahora a mi lado a un lobo amigo». Huyó de la cueva, adentrándose en la noche. Instintivamente, buscó consuelo junto al río.

Adán y Eva pasaron la noche llorando en silencio junto al fuego humeante de las manzanas, más ácidas que los cítricos.

Eva, sobre todo, lo estaba pasando mal. Ya no podía contener sus palabras. «Te he hecho esto a ti, mi querido esposo, en el Edén. ¡Ojalá pudiera volver atrás! Temo que a Seth le ocurra lo mismo que le ocurrió a Caín». Adán intentó consolarla. «Yo tampoco te detuve. Acepté la manzana que me diste, igual que tú la aceptaste de Belial. No quise

No soy menos culpable que tú. Tengo la misma responsabilidad. Peor aún, culpé al propio Yahvé al afirmar que no debería haberte creado a partir de mi costilla. Eso es mucho peor que lo que tú hiciste. Tú asumiste tu responsabilidad desde el principio. Yo no lo hice hasta mucho más tarde, con gran daño y vergüenza. De repente me convertí en Adán, pero tú seguiste siendo la Mujer durante mucho más tiempo». No podía hacerle mayor cumplido a Eva, pero ella estaba inconsolable.

Adán intentó aportar un rayo de esperanza sacando la única manzana que quedaba. «Es casi seguro que quiera ver a su hermano. Sería un gran regalo para Caín si viera cómo se puede sanar la manzana dañada. Sabemos de lo que hablamos. O quizá sea mejor que Seth vaya primero a buscar a Djibril al Djebel Akhbar, como hizo Abel», dijo, y apretó la mano de Eva para contener las lágrimas. Eva le besó la mano y se secó los ojos con ella.

Pero ninguno de los dos pudo dormir.

A primera hora de la mañana, Adán fue en busca de Set y lo encontró junto al río. Adán despertó a Set y, sin muchas palabras, remontaron juntos el río hasta llegar al desfiladero. Allí, Adán le señaló a Set la cueva de Caín. Le entregó una pequeña bolsa con provisiones que

Eva había preparado. «Tómate tu tiempo, hijo mío», le dijo, y le besó en la frente. Las pesadas correas de cuero que Caín había fabricado en su día seguían colgadas allí. Adam nunca había visitado la cueva. Esperó a que Seth entrara en ella sin peligro y, luego, invadido por los recuerdos, volvió a descender por el río para informar a Eva. Eva estaba llenando la calabaza. Adam le quitó la calabaza llena y, ayudándose mutuamente, subieron. «Lo único que podemos hacer», jadeó Eva, «es confiar en Yahvé».

Eva volvía a ser la Mujer. Eso tranquilizaba al Hombre.

28. LAS PIEDRAS SON PIEDRAS, COMO LOS HERMANOS SON HERMANOS

Seth se sintió abrumado por las emociones al entrar en la cueva donde sus dos hermanos solían pasar tiempo juntos. Registró la cueva con cuidado, tratando de hacerse una idea de sus hermanos.
No podía determinar qué papel podría haber tenido Abel en la cueva de su hermano mayor Caín. Así que decidió asumir que todo pertenecía al hermano malvado. Era terrible darse cuenta de que tenía un hermano asesino que había pasado mucho tiempo en esta cueva con su víctima y su hermano menor. Su juicio sobre su hermano mayor era implacable. ¿Tenía algo de ese hermano mayor o se parecía más a la víctima más joven? Tenía tantas preguntas y buscaba respuestas. Lo que su madre le había contado no bastaba. Se sentía solo. Echaba de menos algo que nunca antes había echado de menos. La historia sobre el Edén, Yahvé, la serpiente, la pérdida del Edén, Loep, y ahora los dos hermanos. Necesitaba un hermano en lugar de un padre que se lo contara. Alguien que estuviera en el mismo barco, no alguien en un viejo barco que hacía agua. Echaba de menos un compañero de viaje. Su vida se había limitado hasta entonces a dos padres; ni siquiera un animal como Loep le había sido concedido por el destino

. Era como si hubiera aterrizado en un mundo nuevo, aunque desolado, con tantas facetas desconocidas que el viejo mundo, que lo ofrecía todo y le había parecido perfecto, de repente le parecía totalmente insuficiente, incluso engañoso. Se sentía profundamente traicionado. ¿Por qué no se lo habían contado antes? ¿Acaso no era ya adulto desde hacía tiempo? Ah, sí, Seth estaba enfadado.

Belial disfrutaba del espectáculo. Djibril estaba lejos. Se encontraba en la cima del Djebel Akhbar. Parecía tan lejos, pero a la vez tan cerca.

Seth se sentía un poco aturdido y, sin darse cuenta, se sentó sobre la piedra de Abel. Cogió la mochila de su madre y empezó a comer. La noche anterior, en la que había dormido poco, empezaba a pasarle factura y, al poco rato, cayó rendido de sueño sobre la piedra de Abel. Abel se estremeció. La piedra se estremeció. «¿Quién eres, Seth?». La propia piedra conocía la respuesta, pues en el temblor de Seth reconoció perfectamente a su hermano Abel, quien a menudo había sido huésped de su vecino de enfrente, Caín, de la misma manera. Por mucho que la piedra sintiera su noble linaje como algo igual, la diferencia le resultó evidente de inmediato. La piedra guardó silencio un momento, llevaba consigo la historia de ambos, y ungió y vendó las heridas de Seth con vibraciones palpables. Seth no podía, en ese

mismo instante no podía acercarse más a su hermano, al igual que las piedras más lejanas son entre sí hermanos distantes. Temblar y ser sacudido es su lenguaje y su tacto.

Llevar es su ser. El temblor incesante de Seth hizo vibrar a la piedra, como las piedras de la tumba de Abel aún resuenan y cuentan su historia de piedra en piedra, dondequiera que en la tierra un ser humano busque contacto con otro. Lo que una piedra sabe, por eso lo saben todas. Seth, exhausto, apoyó la mejilla sobre la piedra y cerró los ojos. Con un tono grave, la piedra se opuso a la rebelión del espíritu de Seth contra sus padres, pero condujo misericordiosamente la humilde oración de Abel ante la puerta del Edén, palabra por palabra, hasta lo más profundo del conducto auditivo y el subconsciente de Seth, de modo que parecía como si Seth pronunciara las propias palabras de Abel. «No soy digno de entrar en el Edén, Señor. Mi hermano lo es más ». Las palabras le llegaron como la caricia de la mano de su madre sobre su mejilla; su sumisión y obediencia se sentían como la sonrisa de su padre. Un silencio sagrado heló su espíritu, al igual que las piedras de la tumba de Abel cesaron por un instante su vibración y todo el cosmos se llenó del amor insondable del propio Yahvé. Entonces, como por orden superior, la piedra de la cueva liberó por completo la visión de Seth,

por lo que toda la imagen se desvaneció. Dormía. Por fin. Las piedras son piedras, como los hermanos son hermanos.

Seth durmió de un tirón hasta que el sol se puso sobre el Djebel Akhbar. Se despertó. El resplandor rojizo que rodeaba la cima de nieve y hielo atrajo toda la atención de Seth. Se levantó de la roca y se sentó en el borde de la cueva, con el río rugiente a sus pies. Ya no sentía ira. Todavía estaba demasiado somnoliento para pensar con claridad y disfrutaba de la vista de la imponente cima del Djebel Akhbar. Abel habría estado allí, ¿cómo era posible? Poco a poco se fue despertando y comenzó a encadenar pequeños fragmentos de su sueño. Cada vez le parecía menos un sueño. Sentía como si fuera su corazón el que hablaba. Afuera se hizo completamente de noche, pero la luz brillaba en su corazón.
Cada vez que la Tierra le da la espalda al sol y, con el pincel de la noche, tiñe de negro su hemisferio, el ojo intuitivo ofrece a nuestra mente una panorámica más amplia que el mar. La pupila de Seth ocupaba todo el espacio de su mente y dirigía su mirada hacia dentro. Vio que sus padres tampoco lo tenían siempre fácil con él. Cómo su padre se veía obligado a estar al acecho día y noche para que él no se acercara a las manzanas del manzano. Cuántas veces había visto a su madre

Hizo caso omiso de la paciente explicación. Empezó a admirar la fortaleza de sus padres, que siguieron viviendo a pesar de la pérdida insoportable de sus hermanos y continuaron siendo amables el uno con el otro y con él. No podía negar que quería a sus padres y que cada día podía comprobar lo mucho que ellos lo querían a él.
Comprendía cómo sus padres habían soportado durante años la pérdida de dos hijos sin cargarle a él con ese peso. Habían hecho todo lo que pudieron. Tenía unos padres tan cariñosos que no podía entender que ellos pudieran ser la causa de la desgracia que les había sobrevenido. Encontrarse con Caín para escuchar también su versión se había convertido en una necesidad. Que Caín también sufría mucho y que siempre había tenido buenas intenciones se desprendía claramente del relato de su madre, pero ¿qué fue lo que finalmente salió mal entre ambos hermanos? Solo Caín podía dar una respuesta a eso. «Mañana le pediré consejo a mamá», pensó Seth, y se levantó, volvió a apoyar la cabeza sobre la piedra de Abel y volvió a quedarse dormido.

Eva había bajado al río a primera hora de la mañana para poner en remojo unas pieles de animales viejas. Su ánimo había sido puesto a dura prueba el día anterior. Por mucho que le pidiera fuerzas a Yahvé, perder a un tercer hijo parecía

algo que ya no podía soportar. Nunca se había sentido tan débil. Tenía miedo, como nunca antes lo había tenido.

Belial observaba con sorna. «¡Mira, Djibril, ni siquiera tengo que hacer nada!». Pero Djibril no tuvo que responder. Eva se le adelantó. Se arrodilló en la orilla y exclamó a pleno pulmón: «Te ofrezco mi debilidad, Señor,
confianza en Ti».

Seth ya había bajado al río y se sobresaltó al oír su grito, no muy lejos. En la siguiente curva vio a su madre arrodillada con la cabeza inclinada. Corrió hacia ella, la abrazó con ternura y
susurró: «Tú no eres débil, madre, yo soy mucho más débil. Perdona mi enfado».
Eva pensó de inmediato: «¿Estás siempre tan cerca de mí, Señor?» Miró a Seth a los ojos y dijo: «Perdona a tu padre y a mí por lo que hemos hecho. ¿Entiendes ahora por qué el manzano con sus manzanas es tan importante? Cada año, Yahvé nos muestra que nos concede su perdón. Y cada año mostramos nuestra gratitud por Su perdón y Su amor precisamente al no comer de las manzanas y devolvérselas a Él, para que Él y solo Él pueda disponer de ellas para dárselas a otras personas».

Seth dio un grito: «¡Oh, no! Una vez comí una, cuando papá no estaba prestando atención
! Sabía que no debía y, sin embargo…». Estaba consternado. «Lo siento, madre».
Eva respondió: «¿Acaso no te perdonaría yo lo que Yahvé nos perdona, aunque el mal ya se haya hecho?».
Seth maduró de repente. De pronto comprendió que, aunque en mucha menor medida, estaba cometiendo el mismo error que ellos habían cometido. Comprendió que él también tendría que luchar una y otra vez contra su propio ego.
Ayudaba tener plena confianza en las personas que te quieren, no querer saberlo siempre todo mejor. Puso la lección en práctica de inmediato y preguntó:
«Madre, ¿qué opinas? Me gustaría conocer a Caín. Solo si a vosotros os parece bien…». También miró de inmediato a un Adam preocupado, que se había sentado junto a ellos.
Eva y Adán intercambiaron una breve mirada. Adán respondió: «No me sorprende que te gustaría conocer a tu hermano, y creo que también hablo en nombre de tu madre cuando digo que a nosotros también nos encantaría. Dile que pensamos en él todos los días y que lo echamos de menos, y pídele que nos perdone». Adán buscó la mano de su esposa.

«¿Dónde puedo encontrar a mi hermano?». Seth se puso a hacer planes de inmediato. Era obvio que debían partir pronto, ahora que el otoño llegaba a su fin.
«La verdad es que no tengo ni idea de adónde se fue ni dónde se encuentra. Solo espero que esté bien», dijo Adam.
Eva se levantó rápidamente y desapareció en la cueva para salir un momento después con un paquete. «Esta es la primera y, al mismo tiempo, la última manzana que guardaremos jamás. Tu
tu padre la apartó». Se quedó callada un momento, pues no creía en las casualidades. «Ya te conté que Abel regresó una vez del Djebel Akhbar con este envoltorio. En él estaba la manzana que luego dio origen a este manzano. Allí, Abel se había encontrado con Djibril, el ángel de Yahvé, quien
pudo regalarnos esta manzana del perdón por orden de Yahvé. Busca a Djibril y encontrarás a Caín. No lo dudes».
Seth aceptó con reverencia el paquete envuelto en el frágil papel de regalo y sostuvo la manzana en la mano con mucho más respeto. «¿Dónde puedo encontrar a Djibril? ¿Y qué debo hacer con este
regalo?», preguntó.
Adán completó lo que Eva había dicho. «Recuerdo que Abel contó que recibió la manzana en la primera meseta del Djebel Akhbar, junto a un gran lago del que caía una gran cascada hasta la base de la montaña, en un lago aún

lago aún más grande. Sigue el río hasta la cascada e intenta llegar al lago situado más arriba por un camino ».

Eva dijo en voz baja: «Pregúntale a Djibril si está bien darle este regalo a Caín. Djibril no permitirá nada que no esté permitido por Yahvé».

Seth estaba encantado con su apoyo y comprensión. Decidió acostarse temprano. Adam y Eva se encargarían de preparar su equipo. Eva se puso enseguida a hornear una provisión de galletas, Adam subió agua extra y, durante la noche, permanecieron despiertos y conversando intensamente.

«Nunca te había oído hablar tanto como hoy», le dijo Adán a Eva con asombro.

«Hace tiempo que ya no tengo que temer de ti. Eres un buen marido y padre para nosotros. Belial ha perdido su batalla contra nosotros. Ahora debemos ayudar a nuestros hijos tanto como podamos. Le he fallado mucho a Caín. Estoy tan feliz de que Seth quiera transmitir nuestro mensaje», dijo Eva. Tras un breve silencio, mientras miraba fijamente el fuego, dijo: «No podemos comprender a Yahvé, pero siento que Seth nos fue dado precisamente por esto». Las llamas púrpuras tiñeron sus profundas arrugas del rojo de la sangre de un mártir, mientras que sus mechones de cabello gris se teñían de un azul oscuro

como el mar. «Perdóname si vuelvo a caer en el silencio, pero sabe que te amo. He estado desesperada durante mucho tiempo, pero solo pude superar la desesperación centrando toda mi atención en todo el amor que Yahvé me dio alguna vez. Mis paseos por el jardín del Edén con Yahvé fueron un paseo por el amor más elevado. Encontré fuerza en lo que perdimos, pero también en ti». Adán levantó la vista, sorprendido. «¿En mí? ¿Tú, que siempre me ayudaste a salir adelante?»

«Tu sufrimiento fue mucho mayor que el mío. Al igual que el sufrimiento de Caín fue mayor que el de Abel. Abel también sufrió, pero no en la oscuridad y la vacuidad». «No te entiendo».

«Cristal y espejo. Quien puede mirarse en el espejo y no tiene que apartar la vista de lo que ve, como si fuera cristal, está en paz con su corazón. Abel podía mirarse en el espejo. Caín se quedó atónito al mirarse en él, y con razón. Pero Yahvé le dio a Caín un regalo sumamente valioso, una marca; su vía de escape quedó cerrada. La marca es el comienzo de la curación. Me temo que toda nuestra descendencia nace con una marca. Al principio invisible, pero a medida que Belial va ganando la batalla, esa marca se hace, poco a poco, más visible».

«¿Acaso yo no llevaba la marca, siendo al menos tan culpable como Caín?». Adam aún no acababa de seguir su razonamiento.
«Quizá yo sea tu marca y tú seas la mía, mi amor. ¿Cuántas veces he sido la mujer ideal para ti? Cada vez que te veo, me doy cuenta de que debo esforzarme más. Quizá cada persona sea o se convierta en una marca para sus semejantes. ¿Quién sabe? En el Edén, una marca era totalmente
innecesario».
«Te entiendo. Cada vez que te veo, pienso en aquella primera noche fuera del Edén. Puedo decir que no sabía lo que me estaba pasando, qué extraño fuego se apoderó de mí después de haber renegado de Yahvé. Te pido perdón por ello. Y me gustaría pedirle perdón a Caín por ello». La voz de Adán se quebró.
Eva se acercó a él y le rodeó el cuello con el brazo. Lo miró de cerca. «Es muy cierto que nosotros, los dos, debemos pedir perdón por esto. Pero no debemos perder la esperanza de recuperarnos. ¿Por qué, si no, habría vuelto la manzana a nuestro seno? Cuando antes dije que cada vez que te veo pienso que debo esforzarme más, eso no es del todo cierto. Afirmar algo tan absoluto como «cada vez o siempre» menoscaba el amor que hemos conocido. Así que ya ves que yo también cometo errores

. Rara vez lo experimento así, porque siento tu amor y mi amor por ti de forma espontánea mucho más a menudo de lo que no los siento. Por eso quiero aclarar esto: solo te experimento como una marca cuando siento que mi amor por ti, y no tu amor por mí, disminuye. Y solo entonces te conviertes en mi marca. La marca que llevas, la llevas entonces para mí. Y yo llevo mi marca para ti. La tuya es mía y la mía es tuya. Y así nos ayudamos mutuamente a corregirnos. Desde el Edén, todo funciona al revés».

Eva Mannin comprendió entonces por qué a veces era mejor hablar menos. Además, ya no estaba acostumbrada a ello, ahora que todo se había vuelto mucho más complicado y le resultaba tan difícil poner orden en sus pensamientos. Adam le tomó la mano y ya no pudo contener las lágrimas. «Entonces lo llevaré con mucho gusto por ti, mi amor», dijo, acariciándole la mejilla izquierda.

Eva lloró con la misma intensidad y le susurró al oído: «¿Te molesta que, tras la marcha de Seth, vuelva a hablar mucho menos

, mi amor?»

«Ya lo has dicho todo, mi amor».

*

Todos los serafines del Santo de los Santos se apartaron bruscamente ante la luz que los ángeles traían de abajo hacia arriba, mientras el carro del trono temblaba de

alegría y las potencias y potestades lo aclamaban:
«Santo, Santo, Santo».

Las marcas de Adán y Eva perdieron de repente todo su sentido para ellos aquella noche, pues volvían a ser el Hombre y la Mujer del Edén el uno para el otro. Se cogieron de la mano. Dormían cuerpo con cuerpo y Yahvé
Los llamó «Nosotros». Volvieron a saborear lo que eso había significado en su día, pero sabían y aceptaban con humildad que solo sería por un momento. Especialmente para el Hombre Adán, este recuerdo sería de suma importancia al día siguiente.

*

La mañana siguiente les pareció llegar demasiado pronto. Sin embargo, Seth tenía aún una pregunta importante, tanto para su madre como para su padre, a cada uno por separado. Adán y Eva no se sorprendieron. Adán fue a llenar la calabaza en el río, mientras Seth y Eva se sentaban en las dos piedras bajo el manzano.
«¿Te ayudo, mamá?», preguntó Seth al ver lo difícil que le resultaba moverse.
«No pasa nada, hijo mío, siéntate, yo me quedaré aquí».
«Me cuesta mucho dejaros así. No sé si debería…»

Ella lo interrumpió con firmeza: «No, tienes que ir a buscar a Caín. Caín necesita la manzana, igual que tu padre y yo la necesitábamos. No te preocupes por nosotros. Aquí nos cuidan bien». Y señaló el manzano.
«Cuéntame algo más sobre el amor, mamá, antes de que me vaya, no conozco a nadie más cariñoso que tú…»
Eva, la Mujer, dijo con severidad, como si se diera cuenta de que no había sido lo suficientemente clara: «Yahvé, mi querido hijo, Yahvé es mil veces más amoroso que nadie. Incluso los ángeles no caídos son cien veces más amorosos que nosotros. Cuando me pides que te hable del amor, mi historia es doble. Así como la serpiente nos expulsó del Edén, también dividió el amor en dos conceptos totalmente diferentes: el amor fuera del Edén ya no se podría comparar en nada con el amor dentro del Edén. ¿De qué amor quieres entonces que te hable?»
«¿Erais entonces en el Edén tan diferentes en comparación con aquí? Ya me conformaría con igualar vuestro amor de aquí. ¿Cuál es la diferencia? ¿Podría haber recibido de vosotros más amor del que ya me disteis?» «Piensa en hace dos noches. En lo desconsolada que estabas, en lo justificada que estaba tu conmoción. En cómo fuiste, con toda razón, dolorosamente crítica con nosotros. Tenías que, con toda razón, recuperar el aliento y dar rienda suelta a tu dolor

en la cueva de tu hermano Caín, mientras tu padre y yo no pegábamos ojo y sufríamos una vez más por la historia de nuestros dos hijos mayores. Te digo, mi querido hijo, que eso no es el Edén. El amor y el dolor no van de la mano en el Edén. El dolor no existe allí. El dolor no tiene utilidad, no tiene significado ni siquiera una palabra».

«¿Puedo recuperar ese amor del Edén?» Era una pregunta obvia. Seth estaba totalmente metido en su historia.

«Si Yahvé nos amaba tanto entonces, no puede ser de otra manera que ahora sufra con nosotros y que intente ayudarnos. Pero, al igual que entonces éramos libres de elegir entre Yahvé y la serpiente, también la recuperación debe producirse en libertad. El amor no soporta la coacción. El regalo de la manzana sanada que recibimos es un primer paso. Pero tiene que venir algo más grande, que sea al menos del mismo orden de magnitud que lo fue la creación misma. Un comienzo totalmente nuevo.

¿Entiendes la terrible devastación que tu padre y yo hemos causado?

Seth lo entendió en parte y sintió una enorme compasión por ellos. Ahora sus problemas y penurias le parecían bastante secundarios. Inmediatamente intuyó que podía aliviar el sufrimiento de su madre y su padre yendo a buscar a Caín. Eso le hizo sentir bien.

«Gracias, madre, por todo lo que me has enseñado y perdóname por haber estado tan enfadado. Estoy deseando conocer a mi hermano».
Eva lo miró con los ojos de la Mujer, ojos que no necesitaban más palabras. «¡Tu padre viene! Os dejo solos un momento. Hasta luego», dijo Eva y le acarició su abundante melena.
Adam vació primero la calabaza al pie del manzano y se sentó en la piedra. Respiró hondo tras el esfuerzo y dijo: «Te escucho, hijo mío». Seth tenía preparada su pregunta, pero le costaba formularla: «¿Qué es la mujer, padre?».
Adam se quedó pensativo. Intentó comprender la pregunta, ponerse en el lugar de su hijo y, con mucho cuidado, empezó a explicarle algo que era casi imposible de explicar.
Intentó no parecer en absoluto pedante y habló con extrema suavidad, con cariño, vacilante, respetuoso, pero al mismo tiempo buscando una respuesta a este enigma: «¿Sabes entonces qué es un hombre?». No esperó una respuesta para no ponerlo difícil a Seth y aclaró de inmediato: «Tú eres una mujer, Seth, igual que tú eres un hombre». Los ojos de Seth miraban con benevolencia y avidez, y Adán se sintió libre para seguir hablando: «La mujer es lo que el hombre es, pero no ve fuera del Edén. El hombre es lo que la mujer es, pero

fuera del Edén no ve. En el Edén, tu madre y yo éramos uno. Yahvé creó a la Mujer a partir de mí, no a mi lado. Yahvé la creó a partir de mi costilla. Tampoco importaba en absoluto si ella hubiera sido creada a partir de mi costilla o yo a partir de la suya. Ninguno de los dos se anteponía al otro. Nuestro amor mutuo fue inmediatamente uno y nuestro sexo diferente no tuvo importancia alguna en ningún momento. Éramos tan uno que ni siquiera notábamos la diferencia en nuestro sexo y no teníamos que hacernos ninguna pregunta sobre para qué serviría eso. El amor que es uno nunca puede dividirse en dos, al igual que no se pueden dividir las propiedades del agua o del fuego. Las llamas de un fuego son una con el fuego, al igual que las gotas son una con el agua. Tampoco teníamos que pensar en la existencia de hijos, porque éramos como un único y mismo hijo de Yahvé, y un hijo no piensa en reproducirse. El placer físico era irrelevante porque el placer espiritual de la omnipresencia del amor lo superaba todo.

Dios nos creó a tu madre y a mí como uno, pero fuimos nosotros dos quienes, por desgracia, lo convertimos en dos. Éramos Su imagen y tan uno como Él. Solo la imagen exterior del Hombre y la de la Mujer diferían entre sí, pero no la imagen de quienes ambos, en persona, habíamos sido creados a Su imagen perfecta

. No había entre nosotros ni más ni menos de nada. No nos hacíamos el uno al otro más de lo que cada uno era por separado, no: así fuimos creados, así nos fue dado. La belleza y el amor estaban tan fuertemente unidos en el Edén como lo estábamos nosotros, el Hombre y la Mujer, en su forma más perfecta. En el Edén no vi cuánto más hermosa era la Mujer que yo. No se trataba de eso. Belial sí lo veía, nosotros no. Una vez fuera del Edén, la primera noche me sentí de repente abrumado por esa gran diferencia de belleza, por su esplendor que yo no poseía y que quería compensar poseyendo su cuerpo, dominándolo con fuerza. No fue
no fue por amor».

Adán buscó deliberadamente la mirada de Set, para que este recordara su lágrima de arrepentimiento todos los días de su vida, con la esperanza de que aprendiera de ella. La mirada de Set le hizo comprender que lo había visto, y él bajó los ojos con reverencia. Adán pudo continuar: «Por eso me parece ahora, fuera del Edén, que el hombre que fuera del Edén también se reconoce como mujer, puede hablar más sobre esta unidad perdida que cualquier hombre que solo se reconociera como hombre. Y quizá aún más el hombre que fuera del Edén puede amar a un hombre, al igual que un hombre puede amar a una mujer fuera del Edén, puede hablar más sobre la unidad perdida que reinaba en el Edén

entre hombre y mujer. Lo mismo vale para la mujer que ama a la mujer fuera del Edén. Fuera del Edén, ellas aportan la prueba de lo incongruente que era entonces el Edén Divino, por muy incomprensible que te suene ahora esta respuesta. También seguirá siendo un misterio para toda nuestra descendencia y, lo que es peor, dará lugar a violencia y odio injustificado hacia dos personas que se aman, de cualquier género y para cualquier género. La lucha fuera del Edén que yo mismo tuve que librar con mi género frente al género de Eva, años más tarde aún nos costaba a menudo tanto esfuerzo superar nuestra diferencia.

Para el ángel bueno, el género o la procreación no tienen la menor importancia. ¿Por qué habría de ser necesario dentro del Edén o del Santo de los Santos? Solo para Belial era importante; él quería poder procrear como ángel del mal tal y como lo haría un ser humano. Belial nos precedió en la caída, nos desafió y ganó. Y nosotros, el Hombre y la Mujer, le seguimos en esta caída. Belial abusa ahora de nuestra procreación, de la que él mismo carece, para poder reproducirse en el ser humano caído fuera del Edén.

Cuando Dios caminaba con nosotros en el Edén, no discutíamos con Él. Él nos mostraba y nos daba amor puro. No sentíamos la más mínima necesidad de

del amor. En el Edén fuimos creados como semilla y flor a la vez. Cuando la serpiente nos habló, pensamos que nosotros también podíamos aportar algo al amor con nuestra capacidad de pensar. La serpiente nos hizo creer que nuestro pensamiento era indispensable para servir al amor. De repente, nuestra mente se preguntó si la flor es más hermosa que la semilla de la flor. De un momento a otro, ya no lo sentíamos y veíamos aún menos lo fuertemente unidas que estaban: la semilla y la flor forman una unidad.

Uno no puede hacer lo que el otro puede. La belleza fue arrancada de repente del alma o de la fuente de vida de la belleza. ¡Míranos a tu madre y a mí! Nuestra belleza de antaño brilla por su ausencia. Plantearnos esa pregunta fue, de inmediato, cuestionar el amor y menoscabarlo. La semilla y la flor se muestran diferentes en su aspecto exterior, pero ambas llevan en sí mismas todas las cualidades de la otra. La semilla y la flor son iguales y una: la semilla muere para vivir como flor, y la flor muere para vivir como nueva semilla. Nada puede romper su vínculo original, ni siquiera fuera del Edén. En nuestro caso fue diferente, nuestro vínculo se rompió. Entonces nos pareció inesperado, pero más tarde comprendimos que lo habíamos buscado nosotros mismos. No es que la procreación del ser humano

fuera del Edén sea mala, pero se convirtió en una tarea difícil de llevar a cabo con amor. De repente, nuestra razón se interpuso en el camino. El amor, antes tan generoso, entre nuestra flor y nuestra semilla se convirtió en una tarea difícil, llena de dudas, de búsqueda y de fracasos, una incomodidad que había que superar. ¿Qué nos ha aportado la razón? La flor y la semilla de la planta, tanto dentro como fuera del Edén, siguen viviendo en el amor más elevado la una con la otra, mientras que nosotros, tras muchos tropiezos, buscamos el camino de vuelta
hacia ese amor perdido».
Adán miró a Set con lágrimas en los ojos. «¿Te imaginas que tu hermano mayor, Caín, fuera el primer hijo de los únicos dos seres humanos del Edén…?» Adán, por muy avergonzado que estuviera, se armó de valor, volvió a mostrar sus lágrimas a Set y continuó: «… ¿te imaginas que tu hermano mayor, Caín, fuera fruto de la unión sexual de los dos únicos seres humanos del Edén en aquella primera noche fuera del Edén, totalmente desorientado y completamente alejado del Amor que era Yahvé? Aquella noche no le di nada a tu madre, pero le quité todo. ¡Con qué desventaja tuvo que empezar Caín su vida después de eso! Tu madre y, sobre todo, yo mismo no aprendimos a relacionarnos sexualmente con amor hasta mucho tiempo después. Pero lo que le hicimos a Caín...». A Adán le superó la emoción. Lo soltó entre sollozos. «Lo siento, hijo mío, pero habrías

estado mejor

si hubieras sido creado de una costilla, un brazo o un dedo del pie de la Mujer o del Hombre en el Edén. Lamentamos mucho que nunca hayáis conocido esa felicidad. Si hubieras nacido entonces de nuestra costilla, ahora serías un hijo de Yahvé y no nuestro. Serías, como nosotros, un hijo de Yahvé, y no nuestro, sino junto a nosotros, que no pedimos en absoluto buscar un padre o una madre dentro del Edén. Tu padre y tu madre se llamaban Yahvé. Pero un hijo fuera del Edén ya no puede comprender eso y busca seguridad y su razón de ser en otra parte. Lo que surge fuera del Edén nunca puede compararse con lo que surge dentro del Edén. Por eso, haz todo lo posible fuera del Edén, y no reniegues de tu origen divino, no reniegues del amor bajo ningún concepto: por mucho que hayas perdido, siempre hay un camino de vuelta. Abraza cada amor que se cruce en tu camino

«proviene de la mujer, el hombre, los animales, las plantas y los insectos».

Seth guardó un respetuoso silencio, ahora que comprendía plenamente la importancia de su misión hacia Caín.

Adán dejó que todo se asentara un momento y se sorprendió de que sus lágrimas ya se hubieran secado, como si con los años le afectara menos. No entendía cómo podía ser eso y continuó, desconcertado: «Desde el Edén, todo se ha vuelto al revés en nuestro pensamiento. También el pensamiento de Eva y el mío, pero solo

nosotros podemos recordar la diferencia, conocer en nuestro pensamiento el entonces y el ahora. Es el secreto de la

serpiente. Es el lenguaje de la bifurcación. La discordia. El desgarrar a la izquierda y a la derecha lo que es recto. La tergiversación. La aparente duplicación de lo que siempre, desde el principio, fue creado como uno y sigue siendo uno, pero ya no puede interpretarse como uno con la razón. Fuera del Edén, la razón se convirtió en la única fuente para poder entendernos. Así como ahora apenas puedo pensar o sentir contigo como los ángeles podían y hacían con nosotros en tiempos del Edén. Nuestros pensamientos y sentimientos eran como una sola palabra pronunciada en voz alta y clara que no necesitaba ser dicha…… Podría seguir así, lo siento».

Adán se quedó en silencio. Todo el ruido a su alrededor se acalló. Su tacto y su olfato se acallaron. Solo oía sonidos lejanos del Edén, irreconocibles pero relacionados con una experiencia en un jardín donde vio a la Mujer hablando con Yahvé, mientras él estaba absorto en un insecto maravilloso al que, con mil veces más respeto, le dio un nombre.

Seth se quedó en silencio y, vacilante, formuló su pregunta. «Es cierto que es difícil, papá, incluso imaginarlo y aún más difícil entenderlo si no lo has vivido». Sacudió la cabeza con desesperación y solo entonces formuló la pregunta: «Imagina… imagina… que tuviera hijos y vosotros ya no estuvierais aquí, ¿cómo podría contarles lo que mamá y tú me contáis ahora?

¿No será muy difícil entonces para mis hijos contarles a sus hijos lo que yo ya no puedo contar? ¿Yo, que podía creer lo que oía de vuestra boca, pero que no he vivido nada de eso por mí mismo? ¿Cuántos problemas traerá eso consigo? ¿No sería mejor entonces no tener tener hijos? ¿No es mejor que todo esto termine ahora?» Adam comprendió de inmediato de dónde provenía esta primera y cautelosa pregunta. Seth estaba muy preocupado por el futuro y por lo que debía hacer si se le permitía conocer a una mujer. Adán no tuvo que pensar en la respuesta y dijo: «¡Mi querido hijo, ten confianza! Mira este árbol. Mira cómo se ha fortalecido el tronco con los años. ¡Y se hará aún más fuerte! Centra toda tu atención en los ángeles no caídos, como Djibril y Miguel, que ahora, sin que te des cuenta, luchan para que tu corazón triunfe sobre Belial. Ellos nos ayudan a atravesar todo este enredo. ¿De dónde obtuvimos este árbol? Djibril se lo entregó a Abel para nosotros por orden de Yahvé. Invoca a los ángeles solo en soledad, en peligro, en la tristeza o en la gratitud, pero nunca por codicia o por mentira, y agradéceles por cada felicidad o incluso por cada desgracia que te ocurra. A veces te ocurre una desgracia para enseñarte algo. La desgracia también podría haber sido mucho peor sin la influencia del ángel bueno. Tu madre y

yo no volvimos a acercarnos al Hombre y a la Mujer hasta después de toda nuestra desgracia. Al parecer, necesitábamos ese terrible accidente con nuestros dos hijos mayores para comprender algo de la supervivencia fuera del Edén, o quizá precisamente para poder aclararte en este momento algo sobre la vida fuera del Edén en presencia de un Belial que siempre acecha».
Adam se perdió en un razonamiento que superaba con creces la capacidad de comprensión de Seth, pero, en cualquier caso, eso tranquilizó a Seth y sintió que el cielo se despejaba visiblemente. Se puso de pie y cogió su bolsa de viaje. Era media tarde.
Eva llegó corriendo con el paquete de la manzana intacta, tan bien envuelta y protegida que Seth no supo de inmediato cómo guardarla a buen recaudo. «Busca a Djibril y dásela a Caín», fueron sus últimas palabras, y le dio un beso en la frente.
Adán se sintió muy conmovido y miró a su hijo con cariño a los ojos. «Dale recuerdos a Caín, dile que siempre será bienvenido y que siempre le queremos, y pídele que nos perdone una vez más, igual que nosotros le
perdonamos».
Seth apartó rápidamente la mirada y se marchó.

Su tercer hijo se marchó y, una vez más, no sabían si volverían a verlo.

Ningún ser humano pide sufrir. Y, sin embargo, este dolor humano no se podía comparar en absoluto con cómo Yahvé tuvo que despedirse del Hombre y de la Mujer cuando se marcharon de Su ciudad de luz y amor. Tan grande era Su amor por el ser humano, tan inmensamente vacía quedó Su ciudad. Así como el amor de Dios por Su ciudad no tenía parangón, así también Dios sufrió junto al ser humano que ahora debía llevar Su imagen mancillada fuera del Edén. En Su omnipotencia, Dios no solo creó Su impotencia, sino también Su dolor. Algún día se daría la prueba.
Así como Belial movilizó a todos sus seguidores para hacer caer al ser humano, así también todo el Santo de los Santos se puso inmediatamente manos a la obra para hacer llegar la luz al ser humano en su exilio fuera del Edén.

La mariposa Seth había emergido de su crisálida y había emprendido el vuelo con la segunda carga más preciosa que un ser humano pudiera llevar jamás. Adán y Eva atesoraban la corteza de su crisálida como una reliquia preciosa y daban gracias cada día a Yahvé y a los ángeles por su cuidado de Seth y Caín. Ahora que Seth se había ido, se daban cuenta por fin del trabajo que Seth realizaba cada día por ellos, pero la felicidad de sus hijos era lo primero.
A partir de entonces, Eva y Adán se dirigían juntos al río con la calabaza, y eso también los unió más. Adán y Eva

estaban cada vez menos

del Hombre y la Mujer del inigualable Edén. A Belial no le gustaba nada y no le impresionaba. Tenía mejores bazas.

29. LA DESPEDIDA DE ENOC

Enterraron a Pequeña Lupa. Un lobo aulló un mensaje desde muchos kilómetros de distancia bajo el sol de la tarde, que se ponía lúgubre. Henoch solo entendió el mensaje a medias, pero Elon lo comprendió todo y se sintió profundamente conmovido por la compasión de los descendientes de Graülfur y Djizah. Tras la ceremonia, en presencia de Elon, Henoch le dijo a su padre Caín que a la mañana siguiente partiría hacia la cima del Djebel Akhbar. Caín no sabía qué pensar, pero había aprendido a callar y a no juzgar cuando alguien decía que iría a la cima del Djebel Akhbar. Ahora eso le inspiraba asombro y respeto. «Cuida bien de Lamech», le pidió Henoch a su padre. Caín se retiró al interior de la cueva el resto del día y comenzó a hornear provisiones, mientras de vez en cuando una lágrima se mezclaba con la masa, igual que su padre solía derramar muchas lágrimas sobre la tierra. Yahvé también llevó con gran gratitud la lágrima de Caín hasta el manzano junto a la cueva de Adán y Eva.
Cayó la noche antes de la partida de Henoch. Quería pasar su última noche con Elon. Henoch y Elon se conocían ya al menos tan bien como Caín y Elon en su día. «¿Puedo pasar esta noche, mi última noche, contigo

contigo, entre tus patas, mi viejo amigo?». Elon abrió inmediatamente sus patas delanteras. A Enoch le pareció como volver a casa tras un largo viaje. A Enoch le impulsaba desde hacía tiempo algo que ningún ser humano volvería a experimentar jamás. No necesitaba un futuro, solo sabía que lo que vivía en el presente era real. Conocía el inicio de un lenguaje que ningún ser humano volvería a conocer después de él. Durante la última noche, le dijo a Elon en sus pensamientos, mientras apretaba sus patas más cerca de sí: «Te voy a echar de menos, Elon, y te pido que, sobre todo, ayudes a Lamech ». Elon apretó un poco más sus patas delanteras alrededor de su cuello. Henoch siguió hablando en sus pensamientos con Elon: «No hablas con palabras, pero puedo leer tus pensamientos. A menudo te sientes solo, igual que yo. Leo en tus pensamientos que tú también puedes leer los míos». Elon por fin había encontrado un compañero de viaje. Henoch leyó en sus pensamientos que Elon le deseaba buenas noches y que cuidaría bien de Lamech durante su ausencia. También le deseó a Elon buenas noches.

Sin embargo, la noche no fue clemente para todos. Caín estuvo toda la noche dándole vueltas a las cosas y Lamech luchaba consigo mismo en sueños en los que Shira se le aparecía una y otra vez y derramaba lágrimas contra las que la pluma negra no podía hacer nada. Para una persona normal, despertar de tal

Soñar es una bendición, pero para Lamech significaba una pesadilla por la mañana. En esas mañanas, huía temprano a la cueva al pie de la montaña, donde una vez había conocido a «Djibril». La pluma negra prefería no encontrarse con la pluma blanca en un momento de debilidad como aquel.

*

Esa misma mañana, Henoch reunió todas sus pertenencias y fue a despedirse de su padre. Caín esperaba un poco más allá. Con las manos llenas, Henoch se acercó a Caín, dejó todo en el suelo y se arrodilló ante él: «Háblame aún del amor, padre». La pregunta podía parecer comprensible para un forastero que no conociera el impecable interior de Henoch, pero no lo era en absoluto para el santo de los santos.
Caín también se sorprendió por la pregunta; acarició amistosamente la cabeza de Henoch, se sentó en un peñasco y reflexionó largamente. Henoch tenía tiempo. Se hizo el silencio, pero eso no importaba. Henoch consideraba que ese momento era importante en sí mismo: reflexionar juntos sobre el amor, sintonizar y sondear para poder comprenderse mejor después. Con voz vacilante, Caín buscó la respuesta. Nunca se le habían dado bien las palabras, siempre había sido un hombre de acción. Abel se expresaba mucho mejor. «Debo confesar con vergüenza que yo, que una vez maté a mi hermano,

quizá conozca mejor el odio que el amor. Quien conoce el odio como yo, tiene poco derecho a hablar ya del amor. ¿Por qué entonces me haces esa pregunta?». Henoch le tomó la mano y esperó pacientemente. Caín siguió buscando inquieto, pero la mano realmente acudió en su ayuda: «Por otro lado, quizá yo sí sepa lo importante que es el amor. ¡Ojalá Abel pudiera responderte ahora! Así que mejor pregúntame: ¿qué pensaba Abel sobre el amor? ¿O tu abuela y tu abuelo? Ellos no conocieron otra cosa que el amor en el Edén. Abel me habló de la imagen del cristal y el espejo. Fue también mi madre quien me puso el espejo delante después de que yo matara a Abel. Entonces Yahvé me mostró lo que antes no podía ver con mi corazón «ver». Caín suspiró y continuó. «Abel aprendió el amor de niño, pero yo no lo aprendí hasta después de sufrir un daño y una vergüenza indescriptibles. Antes de que te siga hablando del cristal y el espejo, quizá deberías preguntarme primero qué es el valor». Y de nuevo le llevó un rato, pero la mano le ayudó. Caín continuó. «El valor no es matar a un oso en una lucha heroica, sino la lucha contigo mismo para no huir del cristal del espejo». Caín volvió a ver la imagen con mayor claridad ante sus ojos y ya no dudó más. La mano lo dejó libre. «Pregúntame después qué son los ojos y te diré que nuestros ojos a menudo no ven porque son demasiado poco ciegos. Solo los ojos ciegos miran más allá de

ojos, hacia dentro. Solo los ojos ciegos convierten el cristal del espejo en algo que mira hasta lo más profundo de tu corazón. Tuve que quedarme ciego antes de ver». Interrumpió su discurso por un instante, sacudiendo la cabeza, y continuó apresuradamente para no perder el hilo: «Pregúntame ahora qué es el amor». Caín ya no se atrevía a mirar a los ojos de Henoch porque se sentía indigno de responderle responder ante Henoch: «Cuando tus ojos ciegos te muestran tus mil defectos en el amor hacia tu prójimo, tu corazón se abre a tu prójimo. El ojo ciego es guiado desde el corazón del ser humano. Una vez vi el Edén. Pero estaba ciego. Antes del Edén era un niño abandonado que gritaba: "No tengo padres», como si alguna vez me hubiera creado a mí mismo. Al igual que también exclamaba: «Dios no existe», como si alguna vez hubiera creado el amor en mí mismo. Simplemente aún no había encontrado a mis padres ni el amor por el otro. El amor de persona a persona obtiene su fuerza de la «El amor de Dios hacia el ser humano». Caín volvió a hacer una breve pausa. «Y ahora hazme la pregunta definitiva sobre el amor: ¿de dónde saca el amor su fuerza fuera del Edén ?» Caín comenzó a llorar; la mano intervino por un instante, pero se retiró con la misma rapidez. «Dios ha preservado la libertad del hombre al no quitarnos el dolor y al sufrir con nosotros porque Él siempre

Es». Henoch levantó la vista, agradablemente sorprendido, cuando Caín pronunció la palabra «Es». Caín parecía imparable. «La otra opción era entregarnos como esclavos de Belial, tal y como yo fui en su día el primer y más dócil esclavo de Belial y maté a mi hermano. He sufrido mucho dolor y tristeza, y solo así he podido recuperarme. Ver tu propio amor con los ojos ciegos duele inmensamente. Al fin y al cabo, se corta toda vía de escape y provoca un dolor insaciable que busca la recuperación. El dolor que emana del ojo ciego es, gracias a Nuestro amor y Nuestro sufrimiento, el mensajero definitivo del amor y el restaurador del amor a partir del amor propio. El amor es cuando el ser humano siente el dolor de su prójimo y lo comparte, y eso solo puede sentirlo en lo más profundo a partir de su propio conocimiento del dolor. El dolor es como la oveja en piel de lobo que debemos aprender a acunar y consolar. Abel sufrió un dolor inmenso al ver mi extravío y lo que le hice a mis padres. Eso le dio la fuerza para escalar el Djebel Akhbar. Yo, por el contrario, no sentí el más mínimo dolor por ellos. El dolor del cuerpo es misericordioso, porque a menudo nos protege de quemaduras o heridas y a veces es tan misericordioso que, ante un dolor físico inmenso, puede adormecer por completo el espíritu. El dolor del corazón, en cambio, parece despiadado. Su misericordia consiste en no adormecer en absoluto nuestra más mínima

injusticia y así agudizar el espíritu en su búsqueda de la sanación en el amor verdadero».
Henoch había escuchado impasible, como si oyera ecos de un pasado no muy lejano.
Caín suspiró profundamente, pues al revivir el dolor de entonces volvió a sentir cuánto quería a Abel. Continuó: «Solo el dolor convierte el amor propio en amor. La agonía del amor propio a veces dura mucho tiempo. Su último jadeo se resiste con una obstinación inusual a su muerte, y aún con más fuerza se sacude su cadáver convulso para seguir imitando el amor tan solo un respiro más, con el fin de engañar al ojo ciego que todo lo ve. Pero el dolor, solo el dolor, es capaz de penetrar en el corazón del hombre, el corazón que no se deja engañar por nada y que así sella el destino definitivo del amor propio. El dolor, a diferencia de la alegría, es el único capaz de
desenmascarar el amor propio». Caín miraba con ojos vacíos a la nada. Todas las manos lo soltaron. Había llevado durante años en la mejilla la máscara de la manzana mordida y solo al experimentar el dolor y el arrepentimiento por sus actos desapareció la señal externa de la manzana mordida. Pero la señal interna, el recuerdo de la marca, la conservó cuidadosamente

como un valioso faro que, en tiempos difíciles y de prueba, le seguía indicando el camino hacia su corazón.
«¿Cómo puedo entonces ver estando ciego?», preguntó Henoch con cautela y suavidad.
Caín cerró instintivamente los ojos y no los abrió.
«Todos nacemos con los ojos ciegos. Busca y encuentra, pues, al niño que hay en ti. ¿Recuerdas tus lágrimas por la muerte del pequeño Abel cuando le entregaste la pluma blanca de Djibril?
¿«Te llevó»?» Él seguía sin abrir los ojos. «Hiciste lo que no sabías que estabas haciendo. Eso fue amor en estado puro. A medida que crecemos, cada vez somos menos niños, cada vez menos ciegos y…» Se detuvo un momento, porque dudaba de sus palabras. No sabía si debía explicarle esto a la persona con la que hablaba. Abrió los ojos y dijo: «… y creemos que podemos verlo todo mejor y más claro por nosotros mismos, por lo que intentamos evitar o negar cualquier dolor cada vez antes, con muchas falacias. Se necesita mucho valor para convertir el espejo en cristal. Pero Dios nos dio una herramienta como adultos. La llegada de la noche a menudo ofrece esos momentos salvadores que nos permiten romper nuestras cadenas, que pueden hacernos resurgir de nuestras cenizas». Los ojos muy abiertos de Caín buscaron conscientemente los de Henoch y decidió susurrar: «Recibiste tu nombre de Genog, “sin ojo”. Yahvé me concedió una mujer que

solo podía pronunciar “sin ojo” como “he noch”. Eres más que digno de este nombre. Sigue siendo el niño y aprecia la noche, mi querido hijo. La noche nos hace videntes
a los que vemos». Henoch respondió a la mirada de su padre con los ojos de un «sin ojo». El tiempo dejó de contar los segundos de golpe. Era como si el padre, a través del cristal, viera por primera vez en los ojos de su hijo el amor que este sentía por él. Y, a la inversa, como si Henoch también viera en los ojos de su padre el amor que este sentía por él.
Hijo y padre. Sus ojos, con las pupilas bien abiertas, se miraban con total claridad en lo más profundo de sus retinas. El tiempo se tomó todo el tiempo del mundo, mientras el Santo de los Santos daba testimonio, sin aliento, de su mutuo pacto de amor y observaba inmóvil.
Caín vio de repente ante sí al niño Henoch, que resplandecía como él solo había imaginado que podían resplandecer los ángeles. Cain nunca había tenido el privilegio de conocer a Djibril en persona, pero ahora lo veía sin lugar a dudas. Le dio las gracias por todo lo que ya le había dado a su hijo y por lo que aún le daría. Al mismo tiempo, Djibril soltó a Henoch para que este pudiera abrazar a su padre como un hijo.
Apasionado y sorprendido, Caín susurró suavemente al oído de Henoch: «¿Por qué me preguntas por el amor, que tú conoces desde hace más tiempo y mucho mejor, y que tú mismo

?» Mientras Caín formulaba la pregunta, de repente comprendió la

respuesta: no era él quien le enseñaba o mostraba algo a Henoch, era Henoch quien quería transmitirle a Caín estas ideas como despedida con palabras de la propia boca de su padre.
A Henoch le gustó que su padre lo entendiera y susurró con modestia: «Guarda bien mi pluma blanca,
padre. Llévalo siempre contigo, día y noche, pero hazlo discretamente. Llegará el día en que todo te quede claro. Dale recuerdos a Lamec. Todo le irá bien. Ten confianza».
«Te lo prometo», le susurró Caín en voz baja a su hijo, tras lo cual Henoch se colgó el amuleto blanco al cuello y lo ocultó inmediatamente bajo la capa de Caín para que Lamech no lo viera. Caín sonrió con alegría por lo que su hijo era en esencia y siempre había sido, y con tristeza por la despedida. Henoch le devolvió la sonrisa con timidez, cogió su bolsa de viaje, se dio la vuelta y se puso en camino hacia el Djebel Akhbar.
«¡Saluda a Djibril de mi parte!», le gritó Caín. Henoch se volvió por última vez, levantó la mano y tarareó en voz baja para sí mismo la canción de la montaña.
Caín se quedó atrás y sintió por primera vez cómo las lágrimas también podían hacer profundamente feliz a un ser humano.

Muy lejos, en ese mismo instante, una madre, con la ayuda de su marido, se inclinó sobre una piedra en el río y la acarició con ternura sin moverla.
Djibril observaba impasible y vio que todo estaba bien.

30. EL CANTO DE LA MONTAÑA

Seth, fortalecido por su visión en la cueva de Caín y las conversaciones con sus padres, partió hacia la montaña. Le pareció lógico seguir el río en dirección al Djebel Akhbar y mantener ese rumbo en cada bifurcación. Así, al pie de la Montaña que Ve Lejos, se encontraría con la gran cascada. Djibril lo vio venir desde lo alto, Belial desde abajo. El río lo condujo hacia el lado oeste de la montaña.

Seth se topó con un lobo. Un lobo negro. Seth ni siquiera llevaba un cuchillo, pero no se asustó. Tampoco conocía a ese animal. En cualquier caso, eso desarmó al lobo, que desapareció rápidamente. Poco después oyó un aullido prolongado, pero no le prestó atención. Todo lo que era comestible lo guardaba en su bolsa o se lo comía al instante, para poder ahorrar raciones.

A la mañana siguiente, el río se bifurcó de nuevo, pero esta vez la elección no fue sencilla. Un brazo discurría hacia el oeste, justo al lado del Djebel Akhbar, y el otro hacia el este, pegado al Djebel Akhbar. Seth decidió hacer una breve parada para comer unas bayas. Guardaba las galletas de su madre como reserva de emergencia. Recordó cómo su madre le había contado que los hermanos habían buscado el camino hacia el Edén por el este

hacia el Edén. Pero eso fue después de que Abel viera el Edén en el este. Escuchó su primer instinto y volvió a elegir el oeste. El paisaje era encantador. Parecía que los animales vivían allí como lo hacían en el Edén. Seth vio ciervos bebiendo agua con sus crías de un año y no podía entender cómo Caín había llegado a matar a tales animales en el pasado. Se acercó un oso, pero el animal entró en pánico y huyó de inmediato. Desde lejos, todos los animales se dieron la vuelta como un rayo. Le hubiera gustado conocerlos. Seth no lo entendía. Tampoco podía saber que se parecía como dos gotas de agua a Caín. Siguió su camino de buen humor.

Dos días más tarde, el río se bifurcó de nuevo. Ahora le resultaba más fácil decidir y vadeó el río para poder seguir por la orilla noreste. Un tigre dientes de sable se asustó al verlo y salió corriendo de inmediato. Sin que Seth se diera cuenta, ya estaba caminando por una estribación del Djebel Akhbar. Poco a poco, el terreno se fue haciendo más montañoso. El río se volvió más embravecido hasta que, tras un recodo, llegó de repente a una inmensa cascada. Era una vista impresionante. Desde cientos de metros de altura, el agua se precipitaba hacia abajo y se dispersaba en un remolino de copos de espuma danzantes en el lago que buscaba.

Decidió no seguir adelante y pasar allí la noche. Por muy fría que estuviera el agua, ansiaba darse un chapuzón refrescante. Gritó de placer. Encendió una hoguera, preparó un té de menta y hinojo silvestre y solo entonces probó la primera galleta que le había dado su madre. Pero la galleta casi se le cayó de la boca cuando vio cómo el sol otoñal poniente transformaba la cascada en un torrente de oro líquido, que se apresuraba a refrescarse en el lago.

Las burbujas de espuma se convertían en perlas doradas que bailaban en rondas sobre las ondulaciones del agua.

La visión dejó a Seth en trance. Habría saltado de nuevo al lago para seguir a las perlas doradas en su camino. El sol poniente lo hizo volver a aterrizar suavemente en la tierra. La noche no caía, sino que se acercaba lentamente. Seth estaba impresionado por tanta riqueza a su alrededor. Su fuego se estaba apagando poco a poco, se acostó a dormir y, un rato después, se dio la vuelta y se llevó un susto de muerte: a menos de dos metros de él había un lobo gris mirándolo con atención. Con las orejas aguzadas, nada amenazante. Unos instantes después oyó a alguien cantar una canción en la lejanía que sonaba cada vez más fuerte.

Desde una montaña se ve
lejos, en una montaña
pareces grande.

En una montaña se puede
dormir, pero una montaña
.
Una gota de lluvia cae,
sin saber dónde, cuándo o cómo se
encontrará con el mar, se convierte
en el mar.
Una montaña no conoce el ardor de la gota de
lluvia por convertirse en el mar
.

El joven cantor se calló cuando se situó justo detrás del lobo que resultó pertenecerle. Miró a Seth y su sorpresa fue aún mayor que la de Seth. «¡Te pareces como dos gotas de agua a mi padre cuando era mucho más joven! Juraría que podrías haber sido mi padre… pero…» Seth se enderezó de un salto y empezó a comprenderlo: «¿Se llama tu padre por casualidad Caín?» Seth avivó inmediatamente el fuego para ver mejor y negó con la cabeza, pero él mismo también reconoció rasgos en el desconocido. «¿Eres su hijo?», insistió Seth.
Ambos solo necesitaron un segundo para caer riendo en los brazos del otro.
«¿Cómo es posible que nos encontremos aquí?», preguntó Seth.

«Bueno, no fue difícil, hermanito. ¿Te molesta que te llame "hermanito", aunque no seas realmente mi hermano? Somos del mismo árbol y, según me parece, tenemos más o menos la misma edad».
«No hay problema, hermanito, pero también estaría bien saber tu verdadero nombre. Yo soy Seth, hijo de Adán y Eva». Seth estaba en la gloria porque, de repente, tenía familia.
«Encantado, soy Henoch, hijo de Caín y Shira». Se abrazaron con mucho gusto una vez más. «Quiero contarte cómo pudimos conocernos, pero primero tengo que presentarte a mi mejor amigo, Gerülv. Me lo encontré por el camino y enseguida nos llevamos bien». El joven lobo gris reaccionó inmediatamente al oír su nombre y se inclinó sobre sus patas delanteras.
«Encantado, Gerülv, por fin veo a un lobo de cerca y puedo imaginar por qué Abel estaba tan enamorado de Loep». Gerülv reaccionó inquieto al oír el nombre de Loep y Henoch lo tranquilizó en lenguaje de lobos: «Tranquilo. Seth no se refería al Loep que tú conociste, sino al viejo Loep de Abel y también de Caín». Seth se quedó muy sorprendido por el lenguaje de los lobos y, al mismo tiempo, sintió un poco de envidia. Se sentó junto a ellos y dijo: «Siempre he soñado con eso: tener un lobo como amigo, como lo tuvo Abel

y hablar su idioma. Pero, ¿qué querías decirme hace un momento?».
«¿No habrás visto un lobo durante este viaje, un lobo negro? ¿Te acuerdas? No puede haber sido otra cosa…», preguntó Henoch.
«Ah, sí, ya el segundo día. Me miró muy amablemente…», recordaba Seth perfectamente.
«Aquella noche, tu llegada se anunció con un fuerte aullido que resonó por todo el territorio de los lobos negros, pues encontrarse con un humano es una noticia increíble e importante para un lobo. Los territorios de los lobos grises y los lobos negros colindan entre sí. Por eso los lobos grises, para quienes un humano es algo totalmente normal, avisaron inmediatamente a Caín. Mi padre los envió tras de mí, durante todos esos días que ya llevaba de camino hacia el Djebel Akhbar.
Me acompañaron hasta la frontera con los lobos negros para luego seguir buscando solo contigo junto a Gerülv. A Gerülv no le costó nada seguir tu rastro con el viento». Henoch le acarició la cabeza una vez más con gratitud.
«Gracias, Gerülv», dijo Seth, siguiendo con cautela el ejemplo de Henoch. Y Henoch continuó: «Ten por seguro que ahora hay lobos negros observándonos, pero no temas, no nos harán nada».

«¿Por qué no? ¿Acaso no podemos enfrentarnos a toda una manada?», preguntó Seth, que no estaba tan tranquilo. «No olvides», dijo Henoch, y de repente se puso muy serio, «no olvides que somos familia directa de "Aquel que mata a los humanos", el portador de la marca. Y también nos parecemos mucho a padre, o a hermano, si lo prefieres».

Seth asintió: «Ahora entiendo por qué aquel tigre dientes de sable se largó tan rápido hace dos días». A Seth le entristeció: «Mi hermano Caín debe de haberlo pasado muy mal por eso». Henoch no lo entendía bien. ¿Se refería Seth a llevar su marca o al hecho de que los animales de repente le tuvieran miedo a Caín?

Henoch intentó explicarlo: «Sé que mi padre mató a tu hermano, Abel, y que eso le sigue atormentando cada día. Aun así, es el mejor padre que podrías tener. Tenemos muchísimo que contarnos, hermanito. Tengo muchísimas ganas de saber más sobre mis abuelos».

«Mañana tendremos todo el día, hermanito», dijo Seth en tono juguetón y echó el último trozo de leña al fuego para pasar la noche. Mientras Seth ya se tumbaba en el suelo, Gerülv se acurrucó junto a él. Henoch observaba divertido cómo Seth, que siempre había soñado con un lobo, hacía feliz a Henoch con sus ojos rebosantes de alegría. Cayó la noche. Henoch no conseguía conciliar el sueño de inmediato

Lo asimiló y reflexionó sobre cómo todo podía encajar así. En su interior, dijo: «¡Qué sorpresa, Djibril! No me habías dicho nada al respecto. Ya voy». Y cerró los ojos en paz.

La mañana se anunciaba como una fiesta de colores. La naturaleza se ataviaba con sus mejores galas y utilizaba los suaves rayos del sol para resaltar sus mayores atractivos. La cascada estaba flanqueada por sauces llorones que envidiaban las gotas que caían del cielo y que intentaban imitar con hojitas verdes que reproducían el baile de las gotas sobre el agua con la brisa matutina.
El desayuno comenzó con una galleta horneada por Eva, la abuela de Henoch, y Henoch la disfrutó al máximo.
«¿Cómo están la abuela y el abuelo? Lo que mi padre le hizo a su hijo Abel también debe de haber sido terrible para ellos».
Seth confesó que había oído esa historia hacía poco de boca de Adán y Eva, y que eso había sido lo que le había llevado a emprender el viaje en busca de su hermano.
«Tengo un regalo maravilloso para Caín», dijo. Metió la mano en lo más profundo de su bolsa y mostró la preciosa joya.

Henoch se emocionó al poder sostenerlo y lo sacó con cuidado de su envoltorio de terciopelo. «¿Te ha hablado alguna vez Caín de la manzana que Abel trajo del Djebel Akhbar? Pues bien, este es un fruto de aquel fruto. Fíjate en las líneas de la manzana: es una manzana intacta del árbol del bien y del mal del Edén que nos recuerda cómo mi madre y mi padre comieron de él y perdieron el Edén. Las rayas nos predicen que a la humanidad se le dará una segunda oportunidad, así me lo explicó mi madre».
Henoch estaba profundamente conmovido por el amor de sus abuelos hacia el asesino de su hijo. Seth continuó: «Al principio quería ir al Djebel Akhbar para preguntarle a Djibril si esto estaba bien y si podíamos hacerlo. Sobre todo mi madre no quería hacerlo sin la bendición de Djibril».
Henoch buscó la mirada de Seth y Seth no sabía lo que veía. La luz brillaba con fuerza detrás de la cabeza de Henoch y hacía desaparecer su rostro, de modo que solo veía dos ojos que centelleaban con una luz azul suave e incipiente y no decían nada y, sin embargo, hablaban: «Caín lo merece, Seth». La luz se atenuó de inmediato y ahora era Henoch quien volvía a aparecer: «¡Sí, este es el mejor regalo que mi padre puede recibir! Y él lo merece, Seth». Seth parpadeó, pero confió en «ambos»

mensajeros. Sirvió un poco más de té para Henoch y para él mismo, y Seth continuó: «Tengo muchas ganas de conocer a mi hermano. Cuéntame más sobre él más tarde, pero primero dime qué vas a hacer tú. ¿Vas a visitar a tus abuelos?».

Henoch dudó un momento. «Voy a buscar a Djibril a la cima del Djebel Akhbar. Y después iré a visitar a mis abuelos».

Seth ya había oído algunas historias maravillosas sobre Abel en el Djebel Akhbar contadas por sus padres, pero encontrarse ahora con alguien que consideraba normal y seguro reunirse con Djibril en la cima era algo tan atrevido que lo superaba todo. No negaba lo inalcanzable de la empresa. Su hermano Abel había hecho lo mismo en su día. Así que era posible, pero él nunca se veía capaz de lograrlo y esa era precisamente la diferencia entre él y Henoch o Abel.

Henoch continuó: «Me alegro mucho de que vayas a visitar a mi padre con este regalo, pero hay algo que debo contarte primero. Es muy importante que lo sepas. Tengo un hermano mucho más joven, Lamech». Seth casi se atraganta con el té. Henoch continuó de inmediato: «Es una historia muy triste y verás lo difícil que lo ha tenido papá». Henoch lo contó todo de la forma más cronológica posible, sobre Elon, Shira, Pequeña Loep, el nacimiento de un bebé muerto de

El pequeño Abel, la pluma blanca que le dio Djibril, el nacimiento de Lamech y la muerte de Shira, la despedida de la manada con el suicidio de Graülv, y entonces se detuvo un momento. «Y ahora llego al punto que me preocupa mucho y que le pesa enormemente a tu hermano. Lamech recibió una pluma negra de Belial y las consecuencias no se hicieron esperar. Mató a Pequeño Loep y se apoderó por completo de tu hermano Caín. Solo Elon y yo nos dimos cuenta del siniestro juego de mi hermano pequeño. Papá se siente tan culpable que no se atreve o no quiere darse cuenta. Y por eso me fui a buscar a Djibril y, al mismo tiempo, pude darle mi pluma blanca a papá. Estoy seguro de que ahora por fin se dará cuenta de quién es Lamech, pero no sabrá cómo ayudarlo y no quiere perderlo. Tu hermano es realmente un buen padre. Lamech debe ser liberado de la pluma negra. Todo esto tiene un sabor inmensamente amargo. Y esta manzana sanada es, por tanto, enormemente importante para tu hermano, Seth».

Seth suspiró profundamente. Menuda historia y qué terrible para su hermano, por mucho que se hubiera equivocado en el pasado. Al mismo tiempo, se sentía muy inseguro ante la idea de meterse en este avispero. Sentía aún más respeto por Henoch, que al parecer había tenido una infancia agitada mientras él había sido

. «Te tengo un gran respeto. ¿Cómo debo abordar esto, hermanito?», preguntó Seth.
Djibril se adueñó por completo de los pensamientos de Henoch: «Eres el portador de la manzana sanada. Eso tiene mucho más valor que la pluma blanca o la negra. Sé consciente de ello. Y ten muy presente que Belial solo tiene dos puntos débiles: la envidia y la codicia».
«Tengo miedo de hacer algo mal, no estoy muy versado en esas cosas», suspiró Seth.
«Ten confianza. El portador de la manzana sanada e intacta posee un poder más fuerte que cualquier pluma de cualquier ángel. Esta manzana lleva en sí el poder de todo el Santo de los Santos. Su portador nunca está solo. La codicia y la envidia de Belial te ayudarán. Y Gerülv te asistirá». Djibril dejó que los propios pensamientos de Henoch volvieran. Henoch ya había experimentado este fenómeno en otras ocasiones y no solo lo consideraba normal, sino que además lo encontraba muy instructivo cada vez.
Siguió un breve silencio, mientras las horas parecían haberse apresurado para poder encender antes una cálida hoguera vespertina. Poco después estaban sentados alrededor del fuego y Henoch sacó uno de sus últimos panes de su mochila. «Prueba, hermanito, qué bien sabe lo que hornea tu hermano mayor. Lo aprendió de mamá, a quien se lo enseñó

del propio Djibril: pan con arándanos negros». Seth se emocionó al enterarse de cómo su hermano había pasado de ser un asesino a convertirse en un padre cariñoso y bueno para sus hijos. «Tengo muchas ganas de conocer a mi hermano, Henoch».

«Mañana nuestros caminos se separarán, Seth. Yo subiré a la montaña y tú irás mañana a ver a tu hermano. Gerülv te indicará el camino». Seth sonrió radiante y Gerülv se colocó orgulloso junto a Seth. «No puedo recibir mejor regalo de ti, hermanito», dijo, y abrazó a Henoch. «Ten cuidado en la montaña, Henoch, no quiero perder a mi hermanito». Conmovido, se secó una lágrima.

«No te preocupes por mí. Te enseñaré unas cuantas palabras en el idioma de los lobos. Es más importante que Gerülv te entienda a ti que al revés». Se sentó junto al fuego.

Lo que siguió fue muy cómico. Henoch le enseñó las palabras para peligro, hambre, sed, agua, fuego, basta, sí, no, cansado. Henoch le pidió a Gerülv que repitiera cada palabra, para que Seth aprendiera a reconocer el sonido puro de los lobos. Seth le pidió a Henoch que añadiera un sonido más a la lista: «gracias». Henoch asintió con aprobación. Gerülv repitió la palabra con todo el corazón hasta que el acento de Seth empezó a parecerse un poco al suyo. Los tres se partían de risa.

Esa noche, Seth no conseguía conciliar el sueño. Las historias de sus padres y de Henoch sobre Djibril se habían vuelto muy palpables, como si el propio Djibril estuviera cerca de ellos, pero él no podía verlo. Tampoco hacía falta, con solo pensar que estaba cerca ya le bastaba. De repente, pareció como si Henoch empezara a cantar en voz baja, pero Seth no reconoció la voz de Henoch en ella.
Henoch sabía quién cantaba.

Desde una montaña se ve
lejos, en una montaña
pareces grande.
En una montaña puedes
dormir, pero una
montaña
.
Una gota de lluvia cae,
sin saber dónde, cuándo ni cómo se
encuentra con el mar, el mar se
convierte en eso.
Una montaña no conoce el ardor de la gota de
lluvia por convertirse en mar
.

Y Seth y Henoch encontraron por fin el sueño.

31. LA CASA DE ENOC

«El hombre es fundamentalmente deseo de ser, pero el mar es carencia».

Lucio Rufo Varo

Los «hermanos» se habían despedido. Era una mezcla de alegría y tristeza.
«¿Nos volveremos a ver alguna vez?». Seth no estaba del todo seguro.
«¡Por supuesto! Dile a mis abuelos que iré a verlos cuando llegue el momento. Recuerda sobre todo: los celos, la codicia y Gerülv. Ten confianza». Henoch se dio la vuelta y entonó en voz alta la canción de la montaña: «Desde una montaña se ve lejos, en una montaña pareces grande. En una montaña puedes dormir…» Y Seth le siguió cantando en voz alta: «Pero no te conviertes en una montaña. Una gota de lluvia cae, sin saber dónde…» Henoch no se dio la vuelta, pero levantó el pulgar en alto. Seth cantó aún más fuerte: «Cuándo o cómo se encuentra con el mar…»
De repente, Seth comprendió lo que Henoch buscaba: «¡Conviértete en el mar, Henoch!», y gritando aún más fuerte: «¡Conviértete en el mar, hermanito!». Henoch se sacudió con fuerza una última vez

con el pulgar, bajó el brazo y siguió adelante agradecido. En la cima lo estaban esperando.

Seth cayó de rodillas y dejó que todas sus emociones se liberaran en lágrimas lentas, una a una, sin prisa ni pausa. Cada lágrima significaba una palabra, un acontecimiento, un pensamiento, una alegría, una pena, una gratitud, pero todas las lágrimas tenían en común que habían sido extraídas con el mayor cuidado y respeto de una fuente de amor. El propio Yahvé recogía con esmero tales lágrimas para alimentar con ellas el manzano de la cueva de Adán y Eva. Todo el Santo de los Santos observaba y abrió de par en par la puerta para llevar esta luz de las lágrimas de Seth más allá de los serafines. La luz se reflejó mil veces de vuelta hacia Adán y Eva.
Eva se sintió de repente inexplicablemente tranquila, aunque ni ella ni Adán llegaran ese día al río.

Mientras tanto, Henoch siguió avanzando hacia la escarpada pared junto a la inmensa cascada. Apoyó la mano en la pared y se sintió embargado de alegría. «Ya voy, Djibril, mi anhelo es grande. Por fin vuelvo a casa». No tenía por qué dudar.

Miró atrás para ver si Seth aún estaba a la vista, pues no quería inquietarlo. Seth ya no se veía por ninguna parte y Henoch comenzó a escalar, no muy lejos de la cascada. Había aligerado bastante su mochila. Extremadamente concentrado, examinó la pared en busca de todas las posibilidades para una escalada aparentemente imposible. Cansado pero satisfecho, llegó a la primera meseta, donde Djibril Abel le había mostrado en su día el camino hacia el mar. Pero ahora, para Henoch, la cima del Djebel Akhbar se convertía en el mar.

Eso no lo desanimó. Contempló el lago. Aquí Abel había recibido la manzana curada para sus padres. Y gritó en voz alta: «¡Gracias, Djibril!». El eco le respondió agradecido con la voz que buscaba. Fortalecido por la presencia de Djibril, mañana seguiría escalando, más alto. Ni el hambre, ni el frío, ni el miedo podían detenerlo ya. Su único equipaje consistía en confianza. Montañas de confianza, más altas que el propio Djebel Akhbar. Al amanecer, pronto encontró un sendero de montaña que pudo seguir fácilmente. Al final del día, terminó al noroeste del Djebel Akhbar, frente a la pared más escarpada. No había ningún camino que la rodease.

El sol del atardecer dividía la pared en dos partes. La parte superior parecía hielo liso como un espejo, inalcanzablemente alta, donde el sol poniente no podía calentar el aire enrarecido. En la parte inferior, la pared aún podía

durante la noche. Henoch tenía confianza. A la mañana siguiente, tras un desayuno con las sobras de sus provisiones, comenzó a escalar, completamente solo y dejando atrás todo el lastre, pues sabía que no estaba solo. Escalaba y avanzaba muy lentamente. A veces tenía que hacer grandes movimientos laterales. Otras veces tenía que intentar subir con solo dos puntos de apoyo, lo que ponía a prueba los músculos de sus brazos y piernas. Hacia el final de la tarde llegó a la parte eternamente helada de la pared. Por encima de él no había posibilidad de pasar la noche. Por debajo, ya no podría encontrar tierra firme a tiempo. Había llegado su hora, pero no dudó. Tenía que subir más. Por mucho que el sol poniente se esforzara por ayudarle, el frío a esa altura era insuperable. Tenía que seguir. Poco a poco sintió cómo se le entumecían los dedos, se le acalambraban las piernas y se le entumecían los dedos de los pies. «Ya voy, Djibril», fue su único pensamiento. Sintió cómo disminuía su fuerza física y cómo eso amenazaba con debilitar su fuerza mental. Ordenó a su mente que abandonara el cuerpo. Colocó sus dedos y pies casi congelados en una grieta o en una cornisa y dejó que sucediera lo que tuviera que suceder. Su corazón latía cada vez más lento y daba prioridad absoluta a su cerebro. Su piel y sus órganos no vitales se congelaron primero, pero

sus últimos pensamientos seguían conversando con Djibril: «Ya voy, Djibril». El sol se ponía. Tampoco estaba solo. Djibril estaba muy cerca de él, batiendo las alas, y se aferró a la espalda helada de Henoch, al tiempo que le soplaba aire cálido en el oído. Cubrió con su cuerpo angelical la espalda de Henoch, extendió sus cálidas alas sobre las manos y los pies de Henoch y esperó pacientemente a que los dedos de las manos y los pies helados de Henoch se descongelaran. De repente, Henoch soltó su agarre. Las alas de Djibril amortiguaron fácilmente la caída y llevó inmediatamente a su querido amigo a la cueva más alta del Djebel Akhbar, donde Abel había sido su huésped en otra ocasión.

El espíritu de Henoch se sintió liberado de todo pasado y tuvo un anticipo de lo que sería convivir con un ángel. Despertó lentamente. Djibril ya no dijo nada, sino que solo pensó: «Te espera una importante bienvenida en el Santo de los Santos». Henoch respondió mentalmente: «Me alegro de verte, Djibril». Ya era de mañana y el Santo de los Santos se preparaba para un acontecimiento grandioso y alegre.

Djibril lo volvió a recoger y lo llevó primero a la cima del Djebel Akhbar. Allí, Henoch pudo despedirse por un momento de su existencia terrenal. Henoch vio aparecer un resplandor desde el este y se sintió muy agradecido de poder estar donde una vez había estado Abel. La luz

del sol desde el Edén se intensificó y casi lo cegó.
Enoc dijo en su interior: «Está bien, Djibril».
«Es la hora. Cierra los ojos», pensó Djibril, y Henoch cerró los ojos.
«Abre los ojos», y Henoch abrió los ojos. El cuerpo físico de Henoch parecía tener dificultades para abandonar el tiempo, pues le parecía que hacía menos de un segundo se encontraba aún en la cima del Djebel Akhbar. Solo poco a poco pudo su retina distinguir, en la luz resplandeciente, siete figuras resplandecientes, envueltas en una luz blanca intensa. Reconoció a Djibril junto al ángel del medio en el trono.
El ángel del centro, Miguel, también llamado «¿Quién es como Dios?», pensó para Enoch: «Quiero hacerte cuatro preguntas». Miguel esperó pacientemente, junto con toda la fila de arcángeles.
Enoc pensó: «La primera pregunta es: ¿cuál es tu nombre? Y tu nombre es "El que es como Dios", y la respuesta a tu nombre es: "Nadie". Nadie es como Dios. No hay más Dios que Dios. Ash' hadu an la ilaha illa-llah».
Miguel y todos los arcángeles en fila asintieron y se inclinaron. Henoch ya quería responder a la segunda pregunta, pero Miguel lo interrumpió: «Aún me debes hacer una pregunta». Henoch pensó un poco más rápido: «Tú sabes lo que yo

«Ahora piensa. No puedo hacerte una pregunta que tú no sepas que te voy a hacer».
Miguel y todos los arcángeles en fila asintieron.
Enoc no esperó ni un segundo: «La respuesta a tu tercera pregunta es “tristeza”, “tristeza o lágrima” es la palabra edeniana para Lamech».
Miguel reaccionó de repente con la rapidez del rayo. «Hay una pregunta que nunca tendrás que hacerme…»
Enoc tampoco tuvo que pensarlo. «La misma pregunta que tú tampoco tienes que hacerme nunca: qué pienso yo o qué piensas tú».
Miguel y todos los arcángeles en fila asintieron y se inclinaron. Enviaron toda la luz inmediatamente a las fuerzas y potestades superiores. En la casa del Santo de los Santos todo «es». Enoc se convirtió en un ángel, quizá sobre todo porque desde el principio más temprano fue un ángel con una sola pluma blanca, nacido de Shira y de «Aquel que mata a los hombres». Parecía un rescate provisional de la humanidad de entonces.

Miguel se adelantó. Revistió a Enoc con dos alas angelicales ligeras como plumas y lo ungió con aceite dulce de mirra. Gabriel se situó a su derecha, lo tomó de nuevo en sus brazos y lo elevó hasta lo más alto, al Santo de los Santos, donde los

serafines de seis alas quemaban con su fuego ardiente el cuerpo material de Henoch, mientras todas las fuerzas y potestades, las ruedas, el carro del trono y los querubines entonaban el trisagio: «¡Santo! ¡Santo! ¡Santo!».
Todo el Santo de los Santos temblaba de alegría: el hombre Enoch se convirtió en ángel, y el ángel Enoch, creado en su día a imagen de Dios, era más que bienvenido. Dios acogió a un ángel desde lo más bajo.

Belial no sabía qué pensar. Como humano, Enoch[6] le parecía más capaz de causarle problemas que como ángel. Le daba igual. Tenía a Lamech. Belial, con todos los ángeles caídos a su alrededor, ya no podía leer los pensamientos ni comunicarse con la otra parte, a menos que se dirigieran el uno al otro mentalmente por su nombre. Así que, al igual que los ángeles buenos, tampoco podía dialogar en la otra dirección. A menudo sucedía que Rafael, «el Restaurador de Yahvé», buscaba contacto mentalmente, pero

---

[6] *El Libro 2 de Henoc, del Antiguo Testamento judío y también etíope, narra que Henoc es llevado por los cielos por el arcángel Gabriel/Djibril y colocado ante el trono, donde el arcángel Miguel lo unge con aceite de mirra dulce y luego se transforma en un ángel. En este estado celestial de unidad y gloria, un arcángel le reveló los secretos de la creación y Henoch regresó al mundo material como un ángel, un mensajero. El mundo angelical de Henoch, descrito en tres libros, resulta muy importante para la comprensión del Nuevo Testamento.*
fuente: El libro completo de los ángeles - Margaret Barker ISBN 978 90 443 1790 9/ p. 324-325

que Belial se cerraba ante él. Lo mismo ocurría a menudo en sentido contrario, cuando Belial quería proclamar y alabar sus triunfos ante Miguel y los suyos, pero Miguel se cerraba ante Belial. La lucha entre el ángel bueno y el ángel malo en el corazón del primer hombre se trasladó así, lenta pero seguramente, paso a paso, a la supervivencia cotidiana de sus descendientes en un mundo que se volvía cada vez más hostil y, lo que es peor, cada vez más hostil por culpa del hombre caído, creado en su día a imagen de Dios.

32. EL REENCUENTRO

Seth ya no sabía cómo podían cansarse las piernas. Ya no distinguía entre correr, caminar o pasear. Pasear le resultaba demasiado lento, caminar le resultaba demasiado lento y correr le parecía totalmente insuficiente. Gerülv sintió admiración por la resistencia humana. Lo que había hecho con Henoch en diez días, lo terminó con Seth en seis días.
Seth no se percató de la belleza del entorno hasta el quinto día, cuando Gerülv lo condujo por el desfiladero de Amak Fajoua, el más profundo del mundo. En el fondo del desfiladero, un afluente del Nahr Hadi se precipitaba en una cascada insondable hasta el lugar donde los diamantes al rojo vivo llevaban el agua al punto de ebullición y los vapores se mezclaban con azufre y cenizas hirvientes, para escupirla con inmensa fuerza cada hora a través de grietas y cavernas, más alto que la propia cima del desfiladero. Con mucho cuidado, Gerülv lo guió a través de aquel infierno, de donde se elevaban el estruendo y el siseo de volutas malolientes que iban del amarillo al verde oscuro. Incluso Belial evitaba este lugar como a la peste. Nada ni nadie que cayera en él regresaba jamás. Seth estaba impresionado por el aterrador abismo. Estaba muy agradecido por la precaución y la preocupación de Gerülv por guiarlo a salvo

. No fue hasta el atardecer cuando pudieron abandonar el Amak Fajoua y encendieron una hoguera para pasar la última noche. Seth seguía profundamente impresionado por aquel espeluznante espectáculo. Durante mucho tiempo reinó el silencio. Solo después de la comida pudo Seth retomar el hilo. Intentó tranquilizar a Gerülv reanudando en broma la clase de idiomas con extraños sonidos de lobo, en una mezcla de todo lo que hasta entonces apenas había podido recordar. Las orejas de Gerülv se movían en todas direcciones antes de que captara el humor de la situación. Se abalanzó sobre Seth en un ataque simulado, como si este lo hubiera ofendido. Seth se sobresaltó y se disculpó, hasta que el espectáculo terminó con muestras de cariño mutuas, con caricias y lametones, bromas y risas, y tirones suaves de las orejas del otro. Djibril observaba tranquilo. Sin duda era de enorme importancia que, si querían ganar la batalla juntos, confiaran plenamente el uno en el otro. Seth y Gërulv se quedaron en silencio. Nunca habían estado tan cerca el uno del otro. Ambos pensaban en el día de mañana. Ambos pensaban en las instrucciones que habían recibido de Henoch: envidia y codicia. El día de mañana era crucial. Seth estaba agotado y se quedó dormido rápidamente, pero Gerülv no dormía. Temía la pluma negra. Henoch le había advertido de cómo Lamech había matado a uno de sus seres más queridos y más antiguos

había matado a Kleine Loep, uno de los miembros de la manada. Pero Henoch lo había tranquilizado: «Confía en Seth, igual que él debe confiar en ti».
El día siguiente se presentó desde el principio como un día extraño. Seth sabía que se iba a encontrar con Caín. Su paso se ralentizó. Gerülv tenía que esperarlo constantemente, pero él también estaba contento con la falta de prisa. Seth intentó ocultar su miedo a Gerülv paseando sin prisa, y Gerülv hizo lo mismo dejando de ir delante y manteniéndose muy cerca de él. Antes de que cayera la noche, llegaron a la cueva de Caín y Lamec. Al final, Gerülv se había adelantado un poco para ver dónde estaba Caín, para asegurarse de que Seth pudiera ver primero a su hermano antes de encontrarse con Lamec. Caín se sobresaltó al ver aparecer de repente a Gerülv: «¿Qué haces aquí, mi buen amigo? ¿Ha vuelto Henoch? ¿No pasa nada malo?», preguntó preocupado, pero obtuvo la respuesta de inmediato al ver acercarse a Seth a la luz del sol poniente, como si se viera a sí mismo aparecer en su juventud. Seth se le adelantó y gritó alegremente desde lejos: «¡Te trae saludos de Henoch!». Dejó a Caín un momento en la incertidumbre, pero lo liberó de ella al instante: «¡Hermano!». A Caín se le salieron los ojos de las órbitas. «¡Increíble! ¡Qué sorpresa!». Se abalanzó sobre Seth. «Soy Seth y debo

saludos de mamá y papá», dijo Seth antes de que también él se viera abrumado por las emociones. Entre lágrimas, acarició el cabello canoso de Caín. Seth buscó la marca en su mejilla izquierda, pero no encontró nada. Le costaba creer que aquel hombre amable hubiera matado alguna vez a un hermano suyo.
Seth lo dejó pasar rápidamente; solo quería disfrutar del feliz reencuentro. «Ven», dijo Caín. «¡Un hermano! ¡Qué regalo! Debes de estar muerto de hambre después del viaje. ¿Está bien Enoch? ¿Y mis, eh, nuestros padres?» Se dirigieron a la cueva donde Lamech estaba horneando pan. Seth se preguntó de inmediato si Caín aún llevaba la pluma blanca de Henoch, pero solo pudo ver la correa alrededor de su cuello. «Te presentaré a mi hijo menor, Lamech», dijo Caín con orgullo. Al ver a un extraño junto a Gerülv, Lamech se puso inmediatamente en guardia. El portador de la manzana curada se presentó a Lamech y vio de inmediato la mirada falsa en los ojos de Lamech. La pluma negra brillaba desafiante como un espejo en la penumbra de la cueva. Seth no hizo preguntas difíciles y esperó pacientemente. Caín encendió el fuego junto a la salida de la cueva y le pidió a Seth que tomara asiento. «Supongo que Henoch ya te habrá contado muchas cosas sobre nosotros, ¿puedo preguntarte cómo están mamá y papá? Los he

Te he causado mucho dolor. Nunca podré compensarte por ello. Yahvé me ha castigado severamente, y con toda razón. Pero, ¿puedo presentarte primero a Elon? Elon se acercó alegre, anciano y con paso vacilante. El grupo alrededor del fuego estaba completo. Parecía un acontecimiento alegre, pero todos los presentes estaban en guardia. La ira de Lamech era tan grande que no le importaba tener tantos adversarios frente a él, aunque fuera el más joven. Seth no paraba de hablar de su encuentro con Henoch y eso no le gustaba nada a Lamech. Los desafió a todos, acarició ostentosamente la pluma negra y fue aún más lejos al sacar de repente la pluma blanca que rodeaba el cuello de Caín, por debajo de su pelaje. A continuación, calificó en voz alta el objeto de «sin valor». La tensión aumentó de inmediato. Seth olió su oportunidad. Gerülv se interponía entre él y Caín. «Envidia, codicia y Gerülv», no necesitaba más, así se lo había inculcado Henoch. Seth buscó en su bolso el envoltorio de la manzana curada. «Tengo algo mucho más poderoso e importante que vuestras alas», dijo, y retiró el brillante envoltorio de la manzana curada: «Esta es una descendiente directa de la manzana curada del Edén que Abel trajo en su día. La manzana fue entregada por el propio Yahvé a nuestros padres. Fíjate bien en

las líneas negras de la manzana». Mantuvo las líneas claramente a la vista, especialmente para Lamech. «Esta manzana fue sanada y debe permanecer sanada. Quien la lleve sanada, será sanado a su vez, pero quien coma de esta manzana y abuse de su poder, solo traerá más condenación y desgracia sobre la humanidad». Se hizo el silencio. El ala blanca temblaba, el ala negra se estremecía, solo la manzana sanada permanecía inmóvil en la mano de Seth, esperando lo que vendría.
Seth se dirigió a Caín: «Me gustaría cambiarte tu pluma blanca, hermanito, por esta manzana única. No se puede tener todo. No creo realmente en esta manzana. Tu pluma blanca lleva el resplandor del sol. Una manzana no es más que una manzana».
La pluma de Lamec consideraba a este Seth un tonto sin remedio. Caín no lo pensó dos veces, recordando las palabras de despedida de Enoc: «Guarda bien mi pluma blanca. Llévala siempre contigo, cada día, noche y día, y llévala de forma discreta. Llegará el día en que todo te quede claro. Dale recuerdos a Lamech de mi parte. Todo le irá bien. Ten confianza». Caín pareció intuir adónde quería ir su pluma blanca y se dirigió con vehemencia a Seth: «¡Te daré mi pluma blanca si me dejas quedarme con la manzana! ¿Acaso la manzana no estaba destinada a mí? ¿No te pidieron padre y madre que me la regalases?».

Seth sintió cómo la codicia en los ojos del lado oscuro crecía y continuó: «Tu pluma blanca no es suficiente, hermanito. Nada es tan poderoso como la manzana sanada. En ella reside todo el bien o el mal que nos espera a nosotros, los humanos. Si permanece sanada, el ser humano aún tiene una oportunidad de volver al Edén; si vuelve a ser comida, ya nadie tendrá ninguna oportunidad».

Caín vio en los ojos de Seth lo que estaba pasando y suplicó casi con urgencia: «Dámela, yo sé mejor que nadie lo que es llevar la manzana dañada y no se lo deseo a nadie».

Lamech, completamente cegado por el odio y la sed de prestigio, ya no pudo mantenerse al margen; esto era demasiado importante y demasiado fácil. Se entrometió con aire de superioridad en la conversación y exclamó: «Mi pluma negra es mucho más poderosa que la blanca. Quiero intercambiarla por la manzana». Ya se había arrancado el amuleto negro del cuello para demostrar que hablaba en serio. Ya extendía su mano con el ala negra hacia Seth para cerrar el trato.

Seth miró a Lamech con sorpresa, sobre todo porque había tardado tanto. «De acuerdo, Lamech, pero solo si la usas y la conservas tal y como está ahora la manzana. Úsala únicamente con buenas intenciones».

Caín intervino rápidamente: «¡No lo hagas, Seth! ¡Elige mi pluma blanca!». Se quitó la pluma blanca del cuello y

se la tendió con la mano izquierda para poder recibir la manzana con la mano derecha abierta. Seth ignoró a Lamech como si lo considerara un mal partido para la manzana. Lamech quería demostrar quién mandaba y ya no pudo ocultar la hostilidad hacia su padre, por lo que le ofreció a Seth su pluma negra con la mano izquierda para agarrar la manzana con la derecha antes de que Seth la soltara. Seth intentó al mismo tiempo recibir la pluma negra, pero Lamech se le adelantó y agarró la manzana sin que Seth pudiera quitarle la pluma negra. Gerülv saltó hacia delante a la velocidad del rayo y mordió con todas sus fuerzas el antebrazo izquierdo de Lamech, de modo que este se vio obligado a soltar la pluma negra. Lamech gritó de dolor y soltó la pluma negra; Gerülv soltó inmediatamente su brazo para, en un solo movimiento fluido, atrapar la pluma negra antes de que tocara el suelo. Luego desapareció a la velocidad del rayo en la noche. Lamech quedó desamparado, con solo la manzana firmemente agarrada en su mano derecha. Esto supuso un enorme impacto en la mente de Lamech. A continuación se produjo una inmensa lucha a vida o muerte entre dos fuerzas. Belial se estrelló contra la manzana que Lamech sostenía en la mano, quien ya no la soltaba, y al mismo tiempo perdió su pluma negra. El cerebro de Lamech sufrió un cortocircuito y quedó inhabilitado por espasmos convulsivos

. Caín y Set se inclinaron sobre él. A Lamech le salía espuma por los labios. Tras unos minutos, Belial se rindió y se apartó bruscamente de él para ir tras Gerülv con todos los demonios, todos los elementos de la naturaleza que pudiera movilizar para recuperar la pluma. Sin embargo, Henoch había preparado bien a Gerülv: «Belial conoce su pluma negra como nadie, incluso en la oscuridad. La manzana en la mano de Lamech le hará perder un tiempo precioso. Sé rápido y demuestra que eres el lobo más veloz que anda por ahí, amigo mío. Estoy contigo. ¡Ten confianza!».
Belial reaccionó furioso. Envió a todos sus demonios tras Gerülv. Podía adivinar adónde se dirigía Gerülv: al Amak Fajoua. «¡El plan de Henoch!», dedujo Belial. Gerülv no solo corría como si su vida dependiera de ello, sino que realmente dependía de ello. Había logrado esquivar hábilmente el primer rayo y ahora se refugiaba entre los árboles. Unos instantes después, el bosque ardía ante él. Astutamente, buscó un desvío hacia un lecho fluvial más bajo, que atravesaba el Amak Fajoua. Belial ya lo esperaba donde el río se precipitaba hacia abajo en la profunda oscuridad, pero, una vez más, Gerülv se le adelantó buscando el camino hacia arriba en las primeras rocas que marcaban la entrada, el camino hacia la cima más alta del Amak Fajoua. Era una subida dura, pero estaba entrenado. Donde otro lobo

día, él recorría fácilmente sesenta. Correr diez kilómetros cuesta arriba a gran velocidad no era nada fuera de lo normal para él. También le ayudó que, no mucho antes, cuando Henoch pasó la noche con él en la cima, le hubiera pedido en mitad de la noche que bajara a buscar agua. Esa experiencia le resultaba ahora muy útil. Conocía el camino.

Belial esperó, confiando en que Gerülv pasara el inicio de la cascada. Apagó sus relámpagos y su fuego para no inquietar al lobo. De repente, alzó la vista y, contra todo pronóstico, vio allí un destello de la pluma negra que solo él podía ver. Enseguida lanzó sus relámpagos contra ella. Gerülv vio el relámpago justo a tiempo y buscó refugio ante el impacto. Estaba a solo un tiro de arco del borde del abismo. Hizo un último esfuerzo para esprintar. El propio Belial apareció al borde del abismo y quiso rematarlo personalmente, pero Gerülv, con la pluma negra aún en la boca, se lanzó al abismo con un salto tremendo. La lengua de Belial siseó y su garganta rugió de impotencia. Diecisiete segundos después, una enorme llama de fuego y azufre se disparó desde el abismo hasta lo alto del cielo, para que el cielo y la tierra supieran que la pluma negra había sido destruida.

Caín y Set vieron y oyeron en la lejanía la tremenda explosión. Lamec despertó. Lamec se arrastró, por así decirlo, a través de un cordón umbilical desde una tumba hacia un nuevo mundo desconocido para él que se calentaba, que respiraba, que alimentaba y que lo invitaba a vivir para la vida y no para la muerte. «¿Qué ha pasado, papá?». Lamech aún sostenía la manzana curada en la mano y habló con voz ronca: «Toma, papá, esta es tu manzana. Seth te la ha traído». Caín, golpeado por la mano de Dios, miró por primera vez a los ojos cariñosos de su hijo y balbuceó sorprendido: «¿Puedo darte entonces la pluma blanca de Djibril?». «Me encantaría, papá, gracias», y cayó rendido en el sueño con las manos aferradas a la pluma blanca. Los dos hermanos se abrazaron ante tanta gracia que emanaba de la manzana. Seth apenas durmió aquella noche y esperó pacientemente a su amigo Gerülv. Así que practicó su clase de idiomas por su cuenta. Elon se acostó a su lado para consolarlo. Seth se consoló a sí mismo cantando en voz baja la canción de la montaña junto al fuego. Esperaba volver a ver pronto a Gerülv, pero su duda crecía con cada hora que pasaba y supuso la única nota discordante en el día más hermoso de su vida. Caín se fue a llorar junto a la tumba de Shira, el Pequeño Abel y Graülv con la manzana curada del Edén, que le habían entregado ambos hermanos, tanto Abel como Seth. Dos pares

Unos ojos brillantes en la más absoluta oscuridad observaban desde no muy lejos. Cuando Seth tarareó la canción de la montaña, al ángel Henoch le costó mucho no unirse al canto. Al fin y al cabo, aún no llevaba mucho tiempo siendo un ángel.

33. UN NUEVO COMIENZO

Caín tenía de repente un nuevo hermano, pero también un hijo recién renacido. Lamech también tenía de nuevo un verdadero padre, que podía volver a quererlo de todo corazón. A Lamech le encantaba poder quedarse despierto hasta tarde con ellos junto al fuego de la noche, mientras que antes siempre se aislaba. Ahora, a Elon le encantaba que Lamech le acariciara la cabeza.
«¿Qué hago con la manzana, Seth?», preguntó Caín.
Seth no tuvo que pensarlo mucho. «Cada año, padre y madre ofrecen a Yahvé toda la cosecha de manzanas del árbol. Madre me explicó cómo, en agradecimiento por el amor y el perdón de Yahvé, cada año devolvían intactas las manzanas sanadas a Yahvé». Se hizo el silencio por un momento. Seth continuó con cautela: «Y cada año, padre golpeaba primero con su azada el campo ensangrentado con la esperanza…». Buscó las palabras adecuadas, «… de compartir tu destino». El silencio se hizo aún más profundo. Seth prosiguió: «Mañana tendrás que golpear con la azada, hermano. Se oirá hasta en el Santo de los Santos».
Caín se quedó pensativo un momento, impresionado por el ritual de su padre. Dudó. «Mi querido hermano, hace años que no uso el hacha. No me atrevo. Shira la usaba, y después

Henoch. Nunca me atreveré a usar un hacha de nuevo. La maldición... No tengo derecho a desafiar la maldición de Yahvé. La sangre de Abel se ha vuelto sagrada para mí con el paso de los años y no quiero volver a derramar esa sangre». «Mañana lo haremos juntos, hermano. La manzana se ha curado. ¿Dónde ha quedado la marca de tu mejilla? ¿Ya no se ve por ninguna parte? La maldición se ha levantado. Lo haremos juntos. Después sacrificaremos la manzana en el fuego en honor a Yahvé, en honor al Edén y a nuestros queridos padres, el Hombre y la Mujer del Edén».

Lamech se había quedado dormido recostado contra el vientre de Elon.

Seth se preguntó en voz alta: «¿Cómo estará Enoch? Me prometió que nos volveríamos a ver y que también visitaría a nuestros padres. Se lo deseo de todo corazón a nuestros padres. Has criado a tu hijo de maravilla, hermano. Tan joven y tan sabio. Me ha enseñado tanto en estos dos días».

«Eso se lo debe sobre todo a Shira, Seth. Es una pena que nunca hayas conocido a Shira. Para Lamech, su muerte al dar a luz fue una catástrofe. Inmediatamente se sintió culpable y rebelde por su muerte. Belial tuvo vía libre desde el primer momento. Yo mismo seguía entonces agobiado por mi maldición y mi culpa por la muerte de Abel. Incluso me sentía culpable de la muerte de Shira. Fue Henoch quien lo fue enderezando todo paso a paso.

Djibril le entregó una pluma blanca en la cuna de Henoch». Caín echó más leña al fuego.

Seth no supo qué responder de inmediato. «Tú bien podrías ser mi padre. Supongo que a Enoch y a mí no nos separan muchas diferencias. Pero lo que no entiendo es cómo Gerülv pudo llegar a ser tan importante. Enoch conocía el lenguaje de los lobos como nadie. ¿De dónde lo sacó? Sé que madre también nos habló de vuestro lobo, se llamaba Loep, si no me equivoco».

La noche volvió a ser su compañera para contar la larga historia de Shira, la loba líder, Graülv y Pequeña Loep, hasta llegar a Gerülv. «Gerülv es el hijo más joven y, al mismo tiempo, el más fuerte de Graülfur y Djizah», concluyó Caín.

Eso no hizo más que aumentar la añoranza de Seth por Gerülv: «Me temo que Gerülv no ha sobrevivido. Aquella erupción en el Amak Fajoua. Henoch nos dijo al despedirnos que solo debía recordar tres cosas: la envidia y la codicia de Belial y tener confianza en Gerülv. No me sorprendería que... que hubiera dado su vida». Se calló con un nudo en la garganta. Se hizo el silencio por un momento y fue Elon quien levantó la cabeza hacia él y lo miró como diciendo: «Ten confianza», para luego seguir durmiendo. Seth, por extraño que pareciera, se sintió reconfortado por ello y retomó la conversación con Caín: «¿Te ha hablado alguna vez mamá de la caída de los ángeles?». Caín

No tuvo que rebuscar mucho en su memoria para negar con la cabeza. Seth continuó: «Belial, creado por Dios como ángel, se llamaba al principio "Lucifer", pero Lucifer sintió envidia del ser humano y quiso superar el poder de Yahvé. Envidia y codicia. Y precisamente esos dos puntos débiles es lo que Enoch utilizó para ayudar a Lamech. ¿Enoch nunca ha oído esta historia de ti o de Shira? ¿De dónde sacó entonces ese conocimiento?».

Caín contemplaba conmovido el fuego y se sumió en pensamientos lejanos. A Caín no le sorprendió en absoluto que Henoch fuera tan clarividente y, de repente, lo comprendió: «Henoch obtuvo ese conocimiento de Shira. ¿Cuántas veces los he visto a ambos, desde lejos, hablando entre ellos con total seriedad? Cuando le preguntaba a Shira de qué hablaban, ella respondía invariablemente: "De mi encuentro con Djibril, sobre lo que sentí en lo más profundo de mi ser cuando hablaba con Djibril, y lo que aún recuerdo de la forma de hablar de Djibril, sus gestos, sus palabras, su risa, su seriedad y, sobre todo —y de eso Enoch no se cansaba de oír hablar—, cómo, al despedirme, vi a Djibril como un ángel de Yahvé con una pluma llamativamente ausente de su ala blanca».

Era el propio ángel Enoch quien ahora convertía estos pensamientos en palabras a través de Caín para la mente cansada, pero receptiva, de Seth. Era como si las palabras

se hubieran escondido en la tumba de Shira y ella permitiera que el poder de su hijo y del ángel Henoch utilizara a Caín como conducto para transmitir su recuerdo más preciado de Djibril a Seth. El fuego se apagó lentamente junto con las palabras no pronunciadas. Ambos hermanos comenzaron a parecerse entre sí, tanto por dentro como por fuera: Caín parecía de repente mucho más joven y Set parecía mostrar de pronto rasgos más maduros. Si Eva se hubiera unido a ellos junto al fuego, quizá se hubiera dirigido a ambos como si fueran Abel. Ambos hermanos se quedaron dormidos sobre una piedra. Las piedras sobre las que dormían compartían su mensaje con las piedras de la tumba de Abel. Tres piedras, tres hermanos, tres vidas, tres historias, tres hijos de Yahvé.

La mañana siguiente comenzó con mal pie para Seth. Salió corriendo para ver si Gerülv no había vuelto a casa. Lamech se acercó a él y percibió su preocupación y su tristeza. «Lo siento, Seth», dijo, sin atreverse apenas a mirarlo a los ojos. «Ojalá estuviera aquí Henoch, así podría expresarle también mi pesar por Pequeño Loep. Yo maté a Pequeño Loep. Estoy maldito, igual que mi padre». Seth se sobresaltó, pero no tuvo que pensarlo mucho: «¿Tu padre sigue maldito? ¡Aprende de él! ¿Qué es eso que llevas al cuello? ¿La pluma blanca, verdad? ¿Dónde está Djibril entonces? ¿Dónde está Henoch? Tu arrepentimiento te hace más que

digno de llevar esta pluma blanca de Djibril y de colocar esta noche la manzana sanada del Edén aquí, en la hoguera. Tú y solo tú». Lamech se hizo digno de su nombre del Edén: su «fuerza» renacida para el bien logró, por primera vez, arrancar sus lágrimas de bajo el viejo muro de amargura, envidia y rencor. Y donde se escapa una lágrima, se escapan todas las demás y socavan así pacientemente el dique hasta que se rompe. Elon no dejó solo a Lamech por mucho tiempo. Lo siguió a distancia, con gran respeto por su nombre, mientras Lamech, llorando sobre la tumba de su madre, por fin daba rienda suelta a sus lágrimas. También los animales del Edén hablaban el edénico. Elon resultó descender de una estirpe bendita de osos que intentaban mantener vivo el tesoro del Edén. El idioma del Edén resultó ser prácticamente lo único que habían podido llevarse del Edén. Su madre, la osa, había aprendido el idioma de sus abuelos y bisabuelos y había enseñado a sus cachorros todo el léxico del Edén durante los preparativos para la hibernación. «Lamech» era una palabra que siempre inspiraba un gran respeto, aunque nadie en el Edén entendía lo que significaba ese concepto abstracto. Al fin y al cabo, la tristeza o las lágrimas no existían en el Edén, aunque ya se alabaran en su forma abstracta. Yahvé no tuvo más remedio que crear en Su poder las palabras «dolor» y «lágrima», al igual que también creó un

El ángel caído no pudo evitarlo para que la libertad dentro de la creación no se redujera a una esclavitud creada. Pero en el Edén nadie podía asimilar ni comprender estas palabras superfluas.

Al día siguiente se preparó la fiesta de ofrenda de la manzana curada. El hacha estaba lista. A Lamech se le asignó la importante tarea de custodiar y proteger la manzana hasta la noche. Lamech pidió inmediatamente la ayuda y la atención de Elon para no caer en una nueva trampa de Belial. Elon no se apartó ni un metro de su lado. Caín se afanaba en preparar un banquete de frutos secos y galletas. Seth recogió la leña para el fuego y apiló la pila de madera sobre la tumba de roca de Shira, el Pequeño Abel y Graülv. También asumió la tarea de maestro de ceremonias y lo preparó todo, tal y como había visto hacer a su padre cada año. Todos esperaban pacientemente a que se pusiera el sol. Estaban alineados: Caín, Lamec con la manzana, Elon y Seth con una antorcha en la mano. Seth le hizo una señal a Lamec para que colocara la manzana en la pira. Lamec depositó la manzana, con cierta torpeza, sobre la pila de leña que coronaba la tumba. A continuación, Seth hizo una señal a Caín y le tendió el cuchillo. Las manos de Caín temblaban de miedo. Seth dijo: «Yahvé, te damos gracias por tu perdón por nuestros errores

«Y con este fuego también queremos recordar a Abel, al Pequeño Abel, a Shira, a Loep, al Pequeño Loep, a Graülv y a Gerülv. También queremos recordar a Henoch y al Hombre y a la Mujer del Edén». Seth le dio a Caín la señal para que asestara el golpe. Caín se quedó paralizado y tembló; levantó el hacha, pero no se atrevió a golpear. Lamec se acercó a él: «Lo haremos juntos, papá. Tú por Abel, yo por Pequeño Loep». Y ambos clavaron juntos el hacha en el suelo. Como por arte de magia, la pira ardió por sí sola y la tierra no sangró. Yahvé aceptó su ofrenda y su arrepentimiento. Todos contemplaron con asombro el fuego y vieron cómo la manzana esparcía su dulce aroma en forma de humo blanco. Todos observaban maravillados, excepto el anciano Elon, que, con ojos en la nuca, se retiró silenciosamente para dejar espacio entre Seth y Lamech. De repente, Lamech sintió una mano en su hombro y, al mismo tiempo, Seth sintió una cabeza de lobo que buscaba su mano libre. Caín, Seth y Lamech se quedaron sin palabras de felicidad. Henoch le susurró al oído a Lamech: «¡Qué bonita pluma blanca tienes, hermanito!». «Me la ha dado mi hermano». «Djibril está muy contento de que ahora la lleves tú». A continuación, el ángel se dirigió a Caín: «Háblame del amor, padre». Y Henoch se arrodilló ante su padre en forma de ángel. «Tú eres el amor, hijo mío», dijo Caín. Se sentía casi infeliz por tanto honor, del que era imposible que fuera digno. «Aprendí el amor de mi

«Madre y padre», respondió Henoch en voz baja. Henoch se dirigió entonces a Seth, lo abrazó y le susurró en voz alta: «Me convertí en el mar, hermano». Seth ya no podía responder entre lágrimas. Henoch se volvió entonces hacia Elon y lo miró fijamente a los ojos. Tomó entre sus manos la oreja caída y herida de Elon y la soltó. Volvió a quedar perfectamente erguido, como él no recordaba que hubiera estado nunca antes de que Caín lo hiriera cuando era un cachorro. A continuación, Henoch se despidió de Gerülv, lo acarició y le dijo en el idioma de los lobos: «Gracias». Después, el ángel Henoch desapareció de su campo de visión. Seth comenzó a cantar a pleno pulmón la canción de la montaña. Lamech intentó acompañarlo, mientras Gerülv empezaba a llorar en la cima de la colina más cercana. Caín estaba de rodillas ante el fuego y no sabía cómo expresar su agradecimiento por tantas cosas buenas que les estaban sucediendo a todos.

Poco después, alrededor del fuego, no paraban de hablar de la noche más maravillosa de sus vidas. Si Gerülv no hubiera estado allí en persona, nunca habrían creído lo que habían vivido. Lamech se retiró junto con Elon. Gerülv se quedó acurrucado junto a Seth.

—¿Qué vas a hacer ahora, hermano mayor? Te estás haciendo mayor y tu maldición se ha levantado —le preguntó Seth a Caín.

Caín se quedó pensativo durante un buen rato. Seth no le presionó para que respondiera rápidamente y se dedicó por completo a acariciar a Gerülv hasta que este arqueó el labio superior de felicidad y le asomaron los colmillos, mientras sus ojos casi se cerraban.
Caín suspiró profundamente: «Una vez vi las murallas de Edén. Allí enterré a Abel bajo unos cantos rodados. Desprecié al querubín. He causado tanto dolor a mis padres. Aún tengo que arreglar todo eso. Tengo mucho que compensar, pero no puedo dejar solo a Lamec».
«¿Puedo ayudarte en algo? El Edén, ¿no queda muy lejos? Ya no eres precisamente joven», dijo Seth preocupado.
«Quizá sea demasiado mayor para emprender un viaje así y demasiado joven para dejar atrás a Lamech».
«Mi querido hermano, si hay algo que tu hijo mayor me enseñó, fue: ¡ten confianza! ¡Henoch se convirtió en un ángel de Yahvé! ¡Y ahora ten confianza en tu hijo menor! ¡Ve! Yo me quedaré aquí con Lamech hasta que sea lo suficientemente fuerte como para tomar sus propias decisiones. Ten confianza en tu hermano menor y en tu hijo menor».
«Puede que físicamente te parezcas mucho a mí, pero tu carácter se parece más al de Abel, y menos mal», sentenció Caín, siendo sincero consigo mismo.

Seth se acercó hasta quedar a un palmo de la cara de Caín. Sus miradas ya no podían evitar encontrarse. «Cuando Yahvé te perdone, hermanito, tú también debes perdonarte a ti mismo. No hacerlo es muestra de una terrible soberbia. No solo me parezco a ti, compartimos muchas más cosas. Estoy seguro de que, si yo hubiera sido el hermano mayor, habría hecho exactamente lo mismo que tú. Tú no tenías ningún hermano por encima de ti. Mi lugar, el más bajo de todos, me facilitó aprender de vuestros errores. Piensa en nuestros padres, en cómo tienen que seguir viviendo con los errores que cometemos. Recibir hoy la manzana intacta como regalo significa tanto recibir perdón como perdonarse a uno mismo». Seth abrazó a su hermano, mejilla con mejilla, y ya no lo soltó. Le susurró al oído: «¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?... ¿Cómo te llamas?… ¿Cómo te llamas?… ¿Cómo te llamas?» Siguió repitiéndolo hasta que Caín, conmovido hasta las lágrimas, respondió: «Querido hijo». «¡Repítelo!» «Querido hijo». «¡Repítelo!» «Querido hijo». «¡Repítelo!» «Querido hijo. Querido hijo. Querido hijo. Querido hijo. Querido hijo. Querido hijo». Caín lloraba como un bebé recién nacido.

Seth siguió hablándole con palabras cálidas y le susurró suavemente al oído: «No tienes por qué estar siempre recordando lo que hiciste mal en el pasado. Tu hijo Henoch nunca habría podido convertirse en ángel sin una enorme dosis de Abel y Caín». Así, Seth intentó que Caín se mostrara más indulgente

hacerse más indulgente consigo mismo. Y así sucedió: «El que mata a los hombres» murió aquella noche, y «Querido Niño» renació. Dos ángeles de Yahvé fueron testigos y la manzana conservó su dulce aroma toda la noche.

El corazón es a menudo un juguete entre el blanco y el negro mientras no examine y siga con suficiente intuición las fuerzas que lo mueven. El espejo muestra el ego, el cristal el corazón. Aprender a dominar esas fuerzas es la misión final del corazón, creado en toda su libertad, y eso es algo que Abel supo hacer magistralmente. Belial no tiene en gran estima a su esclavo. Belial tolera a su esclavo, como mucho, como una cosa que no merece respeto. Y ahí radica precisamente la inmensa diferencia con Yahvé: Yahvé ama incluso al esclavo de Belial, porque Él es el Amor. El Amor Divino nunca puede odiar, al igual que la fuerza diabólica nunca puede amar al amor y a la falta de amor.
Caín asintió agradecido: «Vamos ya a dormir». Djibril y Henoch observaban desde detrás de la cima del Djebel Akhbar. Tampoco ellos tenían que pensar en nada.
Los serafines hicieron señas y se apartaron todos para dejar pasar la poderosa luz que se elevaba por encima del Santo de los Santos. «¡Santo! ¡Santo! ¡Santo!», se oía por todas partes.

34. LA CASA DE ADÁN Y EVA

«El hombre es, en esencia, deseo de ser, pero las flores del manzano en flor se echan de menos»

Lucio Rufo Varo

El invierno había vuelto a ser duro y la primavera hacía su aparición. El último cambio de año les había pasado factura a sus cuerpos. Eva ya hacía tiempo que no podía hacer sola el recorrido diario con la jarra de agua desde el río hasta el manzano. Adam la ayudó durante bastante tiempo y la apoyó con la jarra para subir juntos, hasta que él tampoco pudo seguir cargando la jarra. Se miraron con ternura. «Quiero decirte algo más, querida esposa». Él mismo se asustó al tener que decirle lo que nunca antes se había atrevido a expresar. «Quiero decirte que lamento no haberte dicho nunca antes que te quiero, y que incluso ahora las palabras no parecen lo suficientemente sinceras. El amor que sentí en su día en el Edén nunca lo he vuelto a encontrar y, por eso, me parece una mentira usar estas palabras. Lo siento, mientras ahora...» Pero la Mannin le hizo callar suavemente con los dedos sobre sus labios. Lo miró a los ojos, larga y profundamente, entre las arrugas de sus párpados cansados. Minutos

transcurrido. Adam ya no veía arrugas ni cicatrices, sino que, cada vez con mayor claridad, contemplaba ante sí a la Mujer del inigualable Edén. «Te quiero, Mujer», dijo el Hombre, y la Mujer respondió: «Te quiero, Hombre». Y se acostaron abrazados para pasar la noche, sabiendo ambos que esa sería su última noche. Ya no se preocupaban por encender el fuego para la fría noche de primavera, pues se tenían el uno al otro y, por tanto, lo tenían todo. Ya no tenían que vivir en el recuerdo del Edén, pues volvían a vivir en él. No necesitaban más palabras que las últimas que acababan de pronunciarse el uno al otro.

Aquella mañana, al amanecer, la Mujer fue la primera en abrir los ojos, pero ya no podía levantarse. Tampoco el Hombre podía ni quería levantarse. Solo quedaba esperar con confianza lo que fuera a suceder. Apretados el uno contra el otro. No por mucho tiempo.

Dos figuras resplandecientes entraron en la cueva a contraluz del generoso sol de la mañana. La Mujer lo reconoció primero: «¡Djibril!». «No temáis, os traigo una buena noticia», dijo Djibril, «de vuestra descendencia nacerán una Madre y un Redentor. Él sanará lo que está enfermo y enderezará lo que está torcido. Las puertas del Edén se volverán a abrir. Todo será restaurado a su estado creado por Yahvé».

«Hágase en nosotros según tu palabra. ¿Qué va a ser de nosotros, Djibril?», preguntó la Mujer en voz baja.

Djibril dio un paso a un lado y el ángel Henoch se mostró en todo su esplendor. Ahora era el Hombre quien no daba crédito a sus ojos: «¿Caín?». El ángel respondió: «Soy Henoch, hijo de Shira y Caín. Os traigo saludos de mi padre. La manzana curada también ha curado a mi padre». Adán y Eva lanzaron un grito de alegría: «Bienvenido, hijo de nuestro querido hijo y ángel de Dios. ¿Puede nuestra felicidad ser aún mayor?», dijo Adán como un abuelo rebosante de alegría.

«Por supuesto», dijo Djibril, y abrazó al Hombre, mientras Henoch abrazaba a la Mujer, y todos salieron de la cueva en busca del manzano, en plena floración. Djibril olió primero profundamente una delicada flor y se la ofreció al Hombre: «Algún día despertarás como esta flor, como un nuevo Adán». Adán siguió su ejemplo, la olió y cayó inmediatamente en un sueño profundo. Henoch le dijo a la Mujer: «Tú también despertarás algún día como esta flor, como una nueva Eva». Y le ofreció una ramita en flor. La Mujer no respondió de inmediato y no podía apartar la mirada de los ojos de Caín en su nieto. Henoch, el ángel hecho hombre, le regaló una lágrima como regalo de bienvenida al nuevo Edén. La Mujer aceptó la lágrima con gratitud y apartó la mirada

para elegir con cuidado la flor más marchita de la rama. Sonrió tímidamente a Henoch, olió el pétalo más rojizo de todos y cayó inmediatamente en un sueño profundo.
Los pétalos blancos son como un vestido de novia y representan la delicadeza y la ternura del amor.

Los pétalos rojizos son como una manzana magullada que, incluso entonces, con el tacto y la actitud más tiernos, puede sanar hasta convertirse en un nuevo fruto. Henoch quedó impresionado por la lección de vida de la abuela.
Djibril y Henoch se acurrucaron juntos en la cueva, entrelazaron la mano izquierda del Hombre con la mano derecha de la Mujer y, en su mano libre, guardaron la ramita de flor de manzano que habían olido. Djibril y Henoch salieron de la cueva y taparon la entrada con rocas. Todos sus movimientos eran observados por una bestia rastrera que acechaba. Djibril se volvió bruscamente hacia Belial y miró a la serpiente fijamente a los ojos. Henoch ya había comenzado a cavar con un pico una zanja circular alrededor del manzano, de la que brotó inmediatamente la sangre de Abel. Con la primera sangre de Abel, Djibril roció las rocas que bloqueaban la entrada. Belial se horrorizó ante la sangre.

y desapareció de inmediato para no volver jamás. Henoch cerró el círculo alrededor del tronco, con lo que el manzano quedó desde entonces inaccesible para cualquier ser vivo, animal, insecto, humano o ángel con malas intenciones. De este modo, las manzanas no podían ser recogidas y caerían siempre intactas y maduras, en su momento más dulce, bajo el tronco, de modo que este pudiera extraer de ellas, a lo largo de los siglos, poderes curativos hasta que llegara la hora de la madera.

La única y última lágrima del ángel Henoch causó gran conmoción en el Santo de los Santos. Caín había llamado una vez a su hijo Genog, por un ratón ciego. Shira lo convirtió en Henoch, pero en el Edén «Hé noch» significa «Una lágrima». Mucho más arriba de lo más alto, los serafines observaban y plegaron de inmediato dos pares de sus seis alas, para que la luz procedente de abajo pudiera alcanzar al Señor de los ejércitos lo más alto posible. La luz multiplicada mil veces desde arriba bendeciría a Henoch, a su regreso al Santo de los Santos, hasta convertirlo en Metatrón[7] .

---

[7] *El Libro 3 de Henoc describe cómo Henoc, transformado en «Metatrón», el ángel más poderoso, se sienta en el trono celestial y toda la creación se inclina ante él. Fuente: El libro completo de los ángeles - Margaret Barker ISBN 978 90 443 1790 9/ p. 324-325.*

Nota del autor: quiero señalar que estos tres libros sobre Henoc son cuestionados por la mayoría de las religiones cristianas, en todos los sentidos posibles: interpretativo, exegético y de contenido. Pero también me gustaría remitir al prólogo.

«Porque se sabe que las flores curan
la desesperación del hombre común».

Oscar Wilde, de «La balada de la cárcel de Reading», 1897

«Entonces mi alma se ocultó, y
ascendí a los cielos,
Y vi a los santos hijos de Dios,
Caminaban sobre llamas ardientes
Sus vestiduras eran blancas
Y la luz de sus rostros resplandecía como la nieve».

Libro de Enoc 1: 71

35. LA CASA DE CAÍN

«El hombre es, en el fondo, el deseo de ser cuando solo se tiene amor».

Lucius Rufus Varus, 2020

Lamech fue madurando a base de tropiezos y éxitos, siempre con la ayuda de Seth, Gerülv, Caín, Elon y la pluma blanca. Sobre todo, la historia de Seth sobre su encuentro con Henoch junto al lago, al pie del Djebel Akhbar, no dejaba de fascinarle. Y, sin embargo, fue Caín, quien en su día había llevado una pluma negra invisible de Belial, quien pudo ayudar fundamentalmente a Lamech a seguir viviendo sin sucumbir a un sentimiento de culpa insoportable. Caín sentía que envejecía día a día y comenzó a transmitir sus lecciones de vida a Lamech y Seth. Noche tras noche, Caín contaba junto al fuego la historia de su vida, revelándoles hasta el más mínimo detalle sus sentimientos, sus pensamientos de entonces y su lucha consigo mismo. Lamech pendía de sus labios y se sentía reconocido y consolado por ello. Era ávido de aprender y hacía cada vez más preguntas. A menudo, Caín se veía gratamente sorprendido. «¿Es la ira siempre mala y qué hay del odio?», le preguntó Lamech una noche a su padre. También Seth quedó impresionado por la pregunta y sintió curiosidad por

La respuesta de Caín. Caín contemplaba impasible ante sí el juego de las llamas. La pregunta era de tal envergadura que le alegró mucho que fuera precisamente Lamech quien la formulara. Al mismo tiempo, le quedó claro que también su enseñanza podía concluir poco a poco. Pero también le recordó cómo lanzó su lanza contra su hermano; oh sí, entonces estaba extremadamente enfadado y furioso, fue mil veces un error. Más tarde había conocido otro tipo de ira, y respondió con cautela: «Solo puedes calificar la ira de buena si es ira santa. La ira santa se dirige únicamente hacia tu interior: contra tu hostilidad, contra tu avaricia, tu brusquedad, tus sentimientos de odio, tus mentiras. Solo esta ira debe ser tu ira. Todas las demás formas de ira no te sirven». Miró por un momento a los ojos de Lamech para asegurarse de que había sido lo suficientemente claro. Lamech asintió suavemente y Caín continuó: «En cuanto al odio, el odio es la proyección de tu propia incapacidad para amar al otro. Un espíritu humilde no puede ser herido. Un espíritu humilde no necesita el perdón de otro. Toda expectativa o incluso exigencia de un «lo siento» por parte del otro mata tu propia humildad y tu arrepentimiento. Un espíritu orgulloso ama las palabras, un espíritu humilde ama el silencio. Un espíritu humilde siente compasión por un espíritu orgulloso y nunca lo odia, porque se siente fuerte

reconoce en ese espíritu orgulloso al que él mismo fue en su día, y es precisamente este recuerdo el que le ayuda a corregirse en un abrir y cerrar de ojos. La ira puede ser buena en cierto sentido, pero el odio, y sobre todo el odio hacia uno mismo, nunca. No hay nada más opuesto al amor que el odio. El odio niega toda existencia del amor. El odio no cree en el perdón. El odio mata todo lo que se cruza en su camino». Caín sabía bien de lo que hablaba: «¿Cuán orgulloso no he sido yo mismo? ¿Cuántas veces no he odiado a mis padres? ¿Cuán intensamente no he odiado a Abel? En aquel entonces no podía perdonar ni a mi madre ni a Abel porque lo hacía todo con las mejores intenciones. Exigía su arrepentimiento y, si no lo mostraban, los odiaba de todo corazón. Yo no cometía ningún error, así que ellos estaban equivocados». De repente, se hizo el silencio alrededor del fuego. Elon y Gerülv también sintieron un silencio digno que todos los presentes respetaron. Nadie esperaba nada, pues todos, humanos y animales, se reconocían en lo que decía Caín. Solo el tiempo esperaba pacientemente. El anciano Caín abrió la puerta de sus recuerdos y retrocedió hasta sus años de juventud, hasta llegar a una tarjeta de un blanco resplandeciente: «Mi padre me contó una vez cómo mi madre, que rara vez hablaba, le infundió nueva vida una noche bajo la morera. Papá estaba sumido en una profunda depresión y ella le había susurrado: “Solo aceptando el sufrimiento de mi corazón aquí fuera del Edén como algo de lo que se puede aprender,

«si hay algo bueno, el amor puede hacer que mi corazón recupere el Edén». «Entonces no entendí esas palabras». A Seth se le llenaron los ojos de lágrimas: podía oír a su madre decirle exactamente eso a su padre. Caín guardó silencio un momento, para que todos los presentes junto al fuego pudieran asimilarlo. Continuó: «De vez en cuando, mi padre hablaba de la diferencia entre su vida dentro del Edén y fuera de él. Yo no lo entendía. Solo quería sobrevivir al invierno. Abel me dijo que quizá sería mejor no matar animales para comer y que quizá sería mejor morir. Abel no tenía miedo a morir ni a sufrir. Para él era sencillo y evidente. Poseía una confianza inmenor. Aceptar el sufrimiento como algo bueno requiere una confianza enorme. La fuerza más importante en el amor, como también he podido aprender, es, además de la confianza y el conocimiento del sufrimiento, el perdón. Te perdono, así que perdónate también a ti mismo, como yo aprendí a perdonarme a mí mismo con gran dificultad. Shira, tu madre me enseñó eso». Caín miró con ternura a Lamec y siguió mirándole profundamente a los ojos: «Solo así logré alejar el odio hacia mí mismo, mi querido hijo. No niegues el amor de las personas y los animales que te rodean y que te aman. No tienes que quedarte ciego como yo para aprender a ver con los ojos ciegos. Nunca debes ignorar la sincera petición de perdón ni rechazar el perdón a un enemigo, porque

«Eso mata el amor en ti como nada más». Y Caín volvió a ver en los ojos de Lamec brotar de la fuente de su corazón lo más preciado. Lamec dejó que su corazón se desbordara en lágrimas que solo eran visibles para Yahvé, y Yahvé se conmovió por Lamec. Yahvé posó su mano sobre la cabeza de Lamec a través de Caín y dijo: «Te quiero, hijo mío». Y Lamec respondió: «Te quiero, padre». Caín experimentó la palabra «padre» en ese momento como algo puro, como una mano de Dios, y vio El Amor en los ojos de Lamec. Caín se levantó y dejó su testamento grabado en la memoria de todos los presentes: humanos, animales, insectos, ángeles, y miró hacia el mar. Elon lo seguiría, como siempre.
¿Y Belial?
Belial se sumergió un rato más en la oscuridad hasta que la tormenta pasara.

En aquella noche sagrada, Caín sintió que había llegado su hora. Ya no era necesario. Fue la mirada comprensiva de Elon junto al fuego lo que le dejó claro que también había llegado la hora de Elon. Decidió partir junto a Elon al amanecer para emprender su última misión, sin despedirse. Al fin y al cabo, ya se había dicho todo. Tenía plena confianza en que Lamech, Seth y Gerülv se las arreglarían sin él y

Elon. Esperó pacientemente hasta que todos se durmieron, abrió en silencio la tumba de Shira y del Pequeño Abel, buscó y encontró sus esternones —que siempre habían estado más cerca de sus corazones— para llevárselos a la tumba de Abel. Reunió algunas provisiones y, antes del amanecer, partió en silencio, junto con Elon. La ligera helada no auguraba nada bueno. Caín sabía que era imposible llegar lo suficientemente lejos hacia el este como para alcanzar el Edén. Pero ¿cuántas veces la «confianza ciega» no había resultado ser la clave para alcanzar la meta? También se sentía fortalecido por la presencia de Elon. Con razón. El querido recuerdo de la muerte de la osa en invierno seguía presente en su mente. Su hijo merecía ver el Edén en su nombre.

Avanzaban muy lentamente, pero a ninguno de los dos les importaba. Mientras se dirigieran hacia el este. Cuando por la noche se acurrucaba entre las piernas del anciano Elon para espantar el frío, a menudo recordaba aquel invierno en el pozo, cuando estaba ciego. Volvió a aprender a controlar y a amar el miedo de antaño. Cuanto más se adentraban hacia el este, más lejos dejaban atrás su pasado. No eran solo sus ojos los que poco a poco volvían a cegarse y a olvidar, también su memoria se cegaba y ofrecía generosamente un nuevo espacio para el Edén.

que ya no podía recordar del todo. Todo se apartaba con reverencia ante lo que estaba por venir, sin la más mínima expectativa. Solo las palabras que su hermano Abel le había transmitido a través de las piedras de su tumba, Caín las recordaba como si estuvieran grabadas en el granito más duro. «¡No soy digno, Señor!», resonaba en su cabeza a cada paso. También sentía las palabras así y, al mismo tiempo, no tenía que pensar en ellas ni recordarlas tanto. El sentimiento ocupó el lugar de su razón y su memoria. El frío no hacía más que empeorar. Compartió fraternalmente con Elon las últimas provisiones que le quedaban. Nunca habían estado tan unidos. Cada noche, Caín tocaba la oreja curada de Elon, como un recuerdo lejano. Ya no sabía cómo se había herido ni cómo se había curado, pero la tocaba con ciego respeto. Solo a Henoch lo sentía, de forma totalmente inexplicable, aparecer como una sombra fugaz desde una intuición lejana. El presente y el pasado se perdían en un vacío que se preparaba para ser llenado. Por la noche, Elon lo acunaba entre sus viejas patas delanteras y ninguno de los dos se hacía preguntas. Las fuerzas de ambos disminuían constantemente, pero no les importaba, pues iban juntos al Edén.

Al día siguiente se despertaron mucho más tarde de lo habitual. Un grueso manto de nieve los había protegido de la gélida noche. Elon fue el primero en oler la nieve

en las fosas nasales y estornudó hasta despertarse de golpe. Caín se sobresaltó por un instante. Sus ojos debilitados pronto sufrieron de ceguera por la nieve. Elon lo cargó a la espalda y se abrió paso a través de la nieve profunda durante dos días y dos noches seguidos hasta que él también sucumbió. Aquella noche, ambos se encontraban en tierra de nadie. A la mañana siguiente, Caín exclamó encantado: «¡Mira, Elon!». Aunque ya no veía con claridad, ningún animal ni ser humano podía apartar la vista del resplandor del Edén. Elon y Caín caminaron hacia allí con sus últimas fuerzas hasta que ambos sucumbieron. El ser humano puede creer que se dirige hacia el Edén, pero es el Edén quien decide si un ser humano llega a él. Cain recuperó el conocimiento horas más tarde y levantó la vista con dificultad. Aún pudo ver cómo Elon se encontraba ante el querubín y cómo este levantaba su poderosa espada para permitirle a Elon el acceso al Edén. Cain se arrastró a gatas hasta el querubín. El querubín también levantó la espada ante él.
«Doy gracias a Yahvé, pero no soy en absoluto digno de entrar en el Edén. Busco la tumba de mi hermano Abel». Caín aclaró lo que quería decir: «No soy digno de entrar en el Edén». Bajó la mirada. La espada permaneció en alto. «Siento que, una vez más, parezca que soy yo quien debe decidir esto. Dejo la decisión en tus manos, Señor. Solo tú sabes lo que es mejor para mí». Solo entonces el querubín bajó la espada y la dirigió hacia

La tumba de Abel. Caín dio gracias a Yahvé por tanta bondad y se dirigió tambaleando hacia allí. Junto a la tumba, retiró las piedras una a una con reverencia, y reconoció al instante sus vibraciones, las mismas que había sentido hacía mucho tiempo en la piedra del río. Le sorprendió no encontrar a Abel, salvo por un pequeño hueso: el esternón. Tomó el hueso con gratitud, lo besó y buscó los esternones del Pequeño Abel y de Shira en su bolsa de viaje. En su mano izquierda sostenía juntos los huesos de Abel el Pequeño y Shira, y en la derecha apretaba contra su pecho el esternón de Abel. Así se acostó en la tumba vacía. La luz se apagó lentamente en sus ojos, de modo que su vida pudo dar paso poco a poco a un descanso más profundo. El Querido Niño murió en paz.

Henoch, el Metatrón, apareció como un ser humano desde la gran puerta del Edén junto a la tumba. Se arrodilló respetuosamente ante su padre y colocó la piedra de Eva, sacada del río, sobre su corazón, para que cada piedra, en cualquier parte del mundo, conociera y transmitiera la historia de «Aquel que mata a los hombres», que murió como «Aquel que ama a los hombres».

Henoch tomó a su padre en sus brazos y lo llevó al interior del Edén.

El Señor Que Es descendió a la casa de Caín.

¿Siempre has estado tan cerca, Señor?

Yo soy el que soy, querido hijo.

Estoy contigo. Yo soy.

36. LA CIUDAD DE LA HUMANIDAD

Ya no se esperaba la casa del hombre, sino una Ciudad de la Humanidad.
La espera de esas dos personas se hizo muy larga. La primera era una mujer, la segunda era su hijo. Solo la inmensa casa de su Padre sería capaz de acoger todas las casas anteriores dentro de los muros seguros de Su hogar. En esta nueva Ciudad, Él les abriría las puertas, derribaría los muros y volvería a unir a las personas en un amor incondicional mutuo. Solo Él resultó capaz de restaurar la imagen divina en el ser humano y de acoger a sus hijos e hijas perdidos en un Nuevo Edén. En medio de esta ciudad crecería la madera del manzano en el campo de sangre y daría los manzanos más puros y sanados. Bajo el árbol habría una larga mesa donde se daría la bienvenida a cada nuevo peregrino y se le ofrecería el manzano sanado como banquete.
La espera fue larga.

«Pero la fe, el amor y la esperanza están todos en la espera».

T. S. Eliot, de «Four Quartets», 1943